

“SUDAR MATERIAL”

*CUERPOS, AFECTOS, JUVENTUD Y DROGAS.
UNA ETNOGRAFÍA DE LOS CONSUMOS
DE ATRACÓN ENTRE JÓVENES MADRILEÑOS*



CentroReinaSofía
sobre Adolescencia y Juventud

En colaboración con:



“SUDAR MATERIAL”

*CUERPOS, AFECTOS, JUVENTUD Y DROGAS.
UNA ETNOGRAFÍA DE LOS CONSUMOS
DE ATRACÓN ENTRE JÓVENES MADRILEÑOS*

Autoría:

Montserrat Cañedo (Coord.)

Lara Alonso

Ariet Castillo

Olga Fernández

Enrique Moral

CentroReinaSofía
sobre Adolescencia y Juventud 



En colaboración con:



Autores:

Montserrat Cañedo (Coord.)

Lara Alonso

Ariet Castillo

Olga Fernández

Enrique Moral

Maquetación: Joaquín Hornero Muñoz

ISBN: 978-84-17027-00-1

FAD © 2017

Nota: Las opiniones vertidas en el texto son responsabilidad de sus autores. El Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud y la FAD no se identifican necesariamente con ellas.

PRESENTACIÓN

¿Por qué cada fin de semana miles de jóvenes eligen convertir sus momentos de ocio en maratones de fiesta al límite donde las drogas –y especialmente el alcohol– tienen una presencia destacada? ¿Cuál es la funcionalidad de este consumo de atracción, de esta sublimación del exceso?

Desde la mirada adulta, no es fácil responder a esta pregunta. Y cualquier intento de simplificar la cuestión apelando a la “naturaleza juvenil” no hará más que instalarnos en estereotipos reduccionistas y alejarnos del conocimiento de la realidad que –esa es nuestra esperanza– pueda facilitar el diseño de estrategias de enfrentamiento ante un fenómeno que tiene mucho de problemático, al menos en lo que respecta al consumo de drogas asociado a esas noches catárticas de excesos.

Para tratar de avanzar en este sentido, el Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud de la FAD contactó con un equipo de profesionales de Antropología de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) y puso en marcha un estudio sobre la percepción del exceso en la marcha nocturna entre la gente joven, apoyada en la observación participante de jóvenes investigadores y en grupos de discusión que dieran voz a la población juvenil en estas cuestiones. En definitiva, el objetivo fue utilizar la metodología adecuada para preguntarles a ellos mismos con actitud dialogante, recoger sus discursos y analizarlos desde la objetividad para tratar de desentrañar las raíces de su comportamiento.

Y el resultado de esta observación participante es este estudio, un trabajo que no pretende dar cuenta de todo el universo juvenil en relación con la noche, los excesos y su imbricación con los consumos de drogas, sino que trata de visibilizar la perspectiva juvenil que tantas veces ha sido obviada en pro del teórico conocimiento adulto sobre lo que significa “ser joven”.

Esperamos que los resultados arrojen luz y nos permitan avanzar en la comprensión del ocio nocturno de los más jóvenes, para ser capaces así de intervenir mejor sobre los comportamientos y actitudes que ponen en riesgo su bienestar. En esta tarea, quiero agradecer a la Delegación del Plan Nacional sobre Drogas la financiación y el apoyo que siempre brindan a la Fundación y que permiten seguir trabajando por este objetivo.

J. Ignacio Calderón Balanzategui

Director General

Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud

Agradecimientos	7
Capítulo 1. Una aproximación antropológica a los sentidos prácticos del exceso en el consumo juvenil de alcohol y otras drogas	8
<i>Montserrat Cañedo</i>	
1. ¿Qué es el exceso? A vueltas con la definición del objeto de estudio	8
1.1. ¿Qué es el exceso para los jóvenes consumidores?	10
1.2. Las consecuencias teórico-metodológicas de la pregunta por los sentidos prácticos del consumo excesivo	11
2. El diseño metodológico y el desarrollo del trabajo de campo	12
3. Algunos presupuestos teóricos y conceptos relevantes de la investigación	14
4. Estructura del libro y contenido de los capítulos	16
5. Bibliografía	18
Capítulo 2. Las motivaciones del consumo de atracón	19
<i>Ariet Castillo</i>	
1. Introducción: ¿Qué mueve a los jóvenes hacia el consumo excesivo?	19
2. Tipos de motivaciones	21
2.1. Autoafirmación, independencia, libertad: Sentidos del yo	21
2.2. El placer, la diversión, el disfrute: Una experiencia intensamente corporal y afectiva	24
2.3. El sentido de pertenencia al grupo	25
2.4. La vivencia de nuevas experiencias	29
2.5. Las transgresiones	31
2.6. El fácil acceso a las sustancias	32
2.7. Las motivaciones para no consumir	34
3. Conclusiones	36
4. Bibliografía	37
Capítulo 3. Placeres arriesgados: percepciones y sentidos del exceso	39
<i>Lara Alonso</i>	
1. Introducción: el exceso, una categoría polisémica y ambigua	39
2. Fiesta y consumo: exceso, placeres y comunidades afectivas	42

3.	La frontera del “no control” como límite en la valoración del consumo excesivo	43
3.1.	<i>Los episodios traumáticos del consumo de atracción</i>	46
	• <i>Coma etílico, “amarillos” y otros sustos</i>	46
	• <i>El “mal viaje”</i>	48
	• <i>“Cuando te pasa le coges respeto”: consecuencias en las trayectorias de consumo</i>	48
3.2.	<i>El violento, el pesado, el paposo... Y otras figuras del exceso desvalorizado</i>	49
3.3.	<i>Resacas del cuerpo y de la mente: el arrepentimiento</i>	51
4.	Polisemia contextual y ambigüedad moral en la percepción y valoración del exceso en el consumo	53
5.	Diferencias en la percepción del exceso según el tipo de sustancia psicoactiva	55
	• <i>La normalización del alcohol</i>	55
	• <i>Los porros del día a día</i>	57
	• <i>La “maravilla” del MDMA</i>	57
	• <i>Secretismo y censura en torno a la cocaína</i>	58
	• <i>El speed, la droga barata</i>	59
	• <i>Otras sustancias menos habituales: en busca de experiencias fuertes</i>	60
6.	“El adicto” en el imaginario juvenil: quién es y cómo se comporta	60
6.1.	<i>Los adictos son los otros</i>	62
7.	Conclusión	64
8.	Bibliografía	65

Capítulo 4. Los pasajes del consumo: centralidad del espacio y el tiempo en las prácticas del consumo excesivo

Olga Fernández

1.	Introducción: pasajes del consumo	67
2.	Los prolegómenos	71
3.	Las salidas:	73
3.1.	<i>Encuentros en casas de amigos/discotecas</i>	73
3.2.	<i>“Noches tranquilas”. Salidas por locales/ bares de zonas de marcha</i>	75
3.3.	<i>Noches de “desfase”. De raves y macrodiscotecas</i>	76
4.	Epílogos: el mañaneo	82
5.	Conclusión	83
6.	Bibliografía	84

Capítulo 5. El <i>descontrol controlado</i> : la gestión del riesgo en los consumos de atracción	85
<i>Enrique Moral</i>	
1. Introducción: El riesgo en los consumos de psicoactivos	85
1.1. <i>El descontrol controlado</i>	89
2. Prácticas de gestión del consumo	91
2.1. <i>Prácticas de gestión relacionadas con el “cuerpo interior”</i>	91
2.2. <i>Prácticas de gestión ligadas al “cuerpo exterior”</i>	94
2.3. <i>La gestión del punto de (des)control</i>	96
3. Los cuidados entre pares como estrategia de (auto)control	98
4. El después de los consumos: cómo lidiar con la resaca	100
5. Bibliografía	102
Capítulo 6. Conclusiones	103
ANEXO ANÁLISIS CUALITATIVO: GRUPOS DE DISCUSIÓN	
Funcionalidad del exceso en los consumos psicoactivos de los y las jóvenes.	106

AGRADECIMIENTOS

Queremos expresar nuestro más sincero agradecimiento a todos aquellos sin los que no hubiera sido posible esta etnografía: a los encargados y responsables de los locales de ocio que nos facilitaron la entrada a sus establecimientos, y muy en especial a todos los y las jóvenes que nos brindaron la oportunidad de acompañarles en sus salidas de ocio por calles y plazas, casas particulares, discotecas y fiestas en Madrid, y que compartieron con nosotros conversaciones infinitas sobre las preocupaciones y los hallazgos (suyos y nuestros) de esta investigación.

Gracias también a Eusebio Megías y al Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud por ofrecernos la ocasión de llevar a cabo este trabajo, y muy en particular a Anna Sanmartín por su apoyo incansable.

1. UNA APROXIMACIÓN ANTROPOLÓGICA A LOS SENTIDOS PRÁCTICOS DEL *EXCESO* EN EL CONSUMO JUVENIL DE ALCOHOL Y OTRAS DROGAS

Montserrat Cañedo

1. ¿Qué es el exceso? A vueltas con la definición del objeto de estudio

El libro que presentamos aquí es el resultado de una investigación de carácter etnográfico sobre algunas dimensiones del consumo de alcohol y otras drogas —en concreto y como veremos, sobre los sentidos prácticos del exceso— entre jóvenes madrileños contemporáneos. El germen de la misma está, como tantas veces sucede en la investigación social, en una inquietud difusamente formulada al principio pero con el suficiente interés como para impulsar el proceso que, después de dieciséis meses de trabajo, culmina con la presentación de esta publicación. La inquietud nos fue transmitida desde el Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud en una primera reunión de trabajo a comienzos de noviembre de 2015, formulada más o menos en estos términos: los estudios más recientes parecen mostrar que, en los últimos años, el consumo habitual de alcohol y otras drogas entre los jóvenes españoles se mantiene constante e incluso se reduce mientras, por el contrario, el consumo excesivo, de atracción, no solo crece, sino que además se inicia a edades cada vez más tempranas.¹ La pregunta, entonces, parecía derivarse naturalmente de esta conclusión de las investigaciones más recientes: ¿por qué los jóvenes consumen de esa manera? O, dicho en términos más formales, ¿cuál es la funcionalidad del consumo excesivo en los modos de vida de los jóvenes madrileños? La pregunta iba acompañada de la invitación a diseñar una investigación de carácter etnográfico que hallase alguna respuesta. Habiendo impulsado y desarrollado numerosos estudios sobre el consumo juvenil de drogas basados en metodologías y técnicas cualitativas menos intensivas que la etnografía —fundamentalmente en grupos de discusión y entrevistas—, el interés del Centro Reina Sofía se centraba en este caso en explorar algún posible rendimiento diferencial del método con el que tradicionalmente los antropólogos se aproximan a sus objetos de estudio. Para ello contactaron con la que sería la coordinadora del proyecto, profesora de Antropología Social y Cultural de la UNED y autora de esta introducción, y con su equipo de investigación a los efectos del desarrollo de este estudio: un grupo de tres antropólogas y un antropólogo que —con la excepción de la coordinadora de campo— eran todos alumnos o recientes exalumnos del grado y/o del máster en Antropología Social de la UNED. Además de su formación como antropólogos, tenían en su haber algo que ya se intuía fundamental para el acceso a un campo empírico como el que la investigación requería: edades no demasiado disímiles en relación con las de la población estudiada. Así pues, el primer reto para el equipo de investigación fue transformar la pregunta inicial en un objeto de estudio y, en segundo lugar, diseñar en consecuencia una investigación con metodología etnográfica que aportase alguna novedad en el extenso panorama de investigaciones sociales sobre el consumo juvenil de drogas en España.

¹ Ver, por ejemplo, la Encuesta sobre Uso de Drogas en Enseñanzas Secundarias en España ESTUDES 2014-2015, publicada en 2016 y realizada por la Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas, dependiente del Ministerio de Sanidad.

Una primera toma de contacto con los trabajos publicados nos dejó clara la íntima imbricación, con respecto al tema del consumo juvenil de drogas, entre el propósito de investigar la realidad y el propósito de intervenir sobre ella. Una imbricación marcada por la presencia de discursos expertos (médicos, asistenciales, psicológicos, políticos, etc.) y atravesada en buena medida por un no menos intenso tratamiento del tema por parte de los medios de comunicación. Esta mezcla de discursos, agentes, propósitos e intereses —por otra parte muy habitual en los temas considerados socialmente “sensibles”— obliga a reforzar lo que el sociólogo Pierre Bourdieu y sus colegas llamaron “vigilancia epistemológica”, aplicada a los presupuestos y las categorías de análisis a emplear en cualquier nueva investigación sobre el asunto (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2002). En el caso de la nuestra, esta obligación se hizo imperiosa desde el principio en lo que hace a uno de sus conceptos clave: el concepto de *exceso en el consumo* (de alcohol y otras drogas).

El concepto de *exceso* aplicado al consumo de drogas es, ciertamente, un concepto difuso, ambiguo e impreciso. La aparente obviedad de su sentido en el discurso social cotidiano —pues a primera vista parece evidente el significado de consumir drogas en exceso— es, sin embargo, inversamente proporcional a su claridad analítica y a su precisión conceptual. ¿De qué se habla, entonces, cuando se alude a un consumo excesivo? Esa fue una de las preguntas fundamentales en los primeros pasos del diseño de la investigación, para responder a la cual revisamos distintos tipos de documentación, básicamente definiciones incluidas en las metodologías de algunas encuestas y variadas noticias de prensa sobre juventud y drogas que hacían hincapié en el tema del *exceso*. Así, en los usos más acotados del término, lo excesivo suele ser sinónimo del así llamado consumo de atracción (*binge drinking* en la literatura en inglés). La expresión se refiere a un tipo de consumo de drogas —aplicado en la práctica sobre todo al alcohol— caracterizado por unos tiempos y cadencias de la ingesta orientados al propósito de experimentar con intensidad y rapidez los efectos de una intoxicación alcohólica: se trata de un consumo rápido, episódico, restringido en el tiempo, generalmente concentrado en el periodo de una salida nocturna (o en ocasiones vespertina, en el caso de los adolescentes). Dejamos para más adelante la discusión sobre los modos en los que el consumo de atracción se ha caracterizado —se ha objetivado— en distintos estudios sociales del fenómeno, y el modo en el que lo hemos abordado en nuestra investigación. Antes, es importante explorar con un poco más de detalle el campo semántico en el que los conceptos de consumo excesivo y consumo de atracción se solapan sin fundirse, porque es muy indicativo del tipo de cautelas epistemológicas necesarias en un trabajo como el que presentamos.

El concepto de consumo excesivo incorpora habitualmente una valoración moral en sus frecuentes usos en el discurso ordinario: ya con independencia de si se trata de consumo de atracción o no, que el consumo juvenil de drogas en general en España es “excesivo” es un juicio habitual en discursos —no solo— expertos de distinto tipo (mediáticos, sanitarios, asistenciales), donde el exceso se valora negativamente. “Excesivo”, de este modo, no nombra en este contexto semántico más amplio un tipo de consumo caracterizado por un modo particular de ingesta (de atracción), sino una particular relación de los jóvenes con el alcohol marcada por un uso muy intenso, amplio o frecuente —excesivo—, generalmente condenable y con respecto al cual se juzga necesario desarrollar intervenciones que traten de atajarlo o eliminarlo. Por eso, el trabajo con un concepto tan polisémico en sus usos cotidianos —“excesivo” es un tipo de consumo y *también* es una muy extendida valoración general del consumo juvenil—, exige finura analítica.

Pero encontramos todavía otros motivos para demorar un poco más el paso por la clarificación del valor analítico que el concepto de *exceso* en el consumo tiene en la investigación. El intento más obvio de perfilar con mayor rigor un concepto suele consistir en proponer de una definición. Definir qué entendemos por consumo excesivo parece a priori la mejor manera de despejar, al menos hasta donde es posible, esa fusión entre descripción y valoración que el término incorpora en sus usos comunes. Por ejemplo, la ya citada Encuesta sobre Uso de Drogas en Enseñanzas Secundarias en España 2014-2015 considera consumo de atracción una ingesta de “cinco o más vasos, cañas o copas de bebidas alcohólicas en una misma ocasión”.² En el estudio se equipara este “consumo de atracción” con el así denominado “consumo de riesgo”, un término próximo al de “consumo excesivo” que, como este mismo, termina por reintroducir inevitablemente una valoración moral más allá de la descripción cuantitativa propuesta para el consumo de atracción: cinco copas de alcohol en una misma ocasión. Aun considerando que una “misma ocasión” pueda fácilmente corresponderse con una salida nocturna —una práctica habitual del ocio juvenil—, parece no solo difícil sino en buena medida insatisfactoria una objetivación como la que propone esta definición: ¿cinco copas? ¿Por qué no seis o cuatro? ¿Y qué sucede cuando, como ha sido frecuente

² La Guía de Drogas editada en el año 2007 en el marco de El Plan Nacional de Drogas del Ministerio de Sanidad y Consumo lo define, refiriéndose al alcohol, como el consumo de 5 o más bebidas alcohólicas en el caso de los hombres o de 4 o más en el de las mujeres en una misma ocasión (Ministerio de Sanidad y Consumo, 2007).

en nuestras observaciones, la ingesta de alcohol se combina con la de otras drogas, en interacciones que tienen diversos efectos (en función de las mezclas de sustancias) y que por lo tanto suelen seguir pautas de consumo diferentes? Todas estas disquisiciones formaron parte de la construcción de objeto al comienzo de la investigación. ¿Debíamos precisar una definición de “consumo de atracón” para estudiar el “consumo excesivo”, renunciando definitivamente a este último término? ¿O podíamos dar por supuesto, amparados en la extendida fusión de sentidos entre ambos términos, que todo el consumo de drogas percibido en nuestras observaciones en situaciones de ocio nocturno era consumo excesivo sin la necesidad de trabajar con una objetivación —bien cuantitativa (en número de “dosis”) o bien de otro tipo— del concepto?

El proceso de transformación de la pregunta inicial por los sentidos del “consumo excesivo” en un objeto consistente de investigación se alargó aún por otros caminos. Tanto las definiciones, más o menos explícitas, de consumo de atracón, como las de consumo de riesgo o consumo excesivo que aparecían en encuestas, estudios y notas de prensa bebían claramente de los que podemos llamar discursos expertos: sobre todo, opiniones de médicos de servicios de urgencias, pediatras, psiquiatras y sanitarios de diverso tipo, y también de diferentes instituciones de prevención y atención a los jóvenes consumidores de alcohol y drogas que transmitían los criterios médicos a la población general. El exceso en el consumo es, desde este horizonte del discurso experto, una realidad más o menos unívoca y objetivamente definible caracterizada como un problema de salud pública. Los medios de comunicación actualizan puntualmente esa construcción discursiva del exceso como concepto descriptivo-valorativo (moral) del consumo juvenil de alcohol y otras drogas. Así, durante la investigación recogimos periódicamente y sin mucha dificultad una variedad de noticias y reportajes de prensa y televisión que dan fe —y contribuyen a extender— la alarma social que se sintetiza en el vínculo que indisolublemente une juventud, drogas y exceso en un mismo campo semántico.³ En este contexto, que podría compararse a otros en los que toman forma otros temas construidos como “socialmente sensibles”, una pregunta parece inevitable: ¿comparten las poblaciones sobre las que se diagnostica el problema ideas similares sobre la existencia de un consumo excesivo y, en ese caso, sobre qué lo define?

1.1. ¿Qué es el exceso para los jóvenes consumidores?

Es precisamente la aproximación a los puntos de vista de los protagonistas del consumo lo que ha animado tradicionalmente numerosas investigaciones sobre el fenómeno llevadas a cabo bien con técnicas cualitativas o bien mixtas (combinaciones de encuesta y grupos de discusión, sobre todo) (Elzo *et al.*, 2003; Nogués *et al.*, 2004; Megías y Elzo, 2006; Pere Martínez, 2008; Rodríguez y Ballesteros, 2008; Elzo, 2010; Megías *et al.*, 2014). Un presupuesto de estos estudios es, creemos, compartido: los discursos juveniles no tienen por qué coincidir —y de hecho es esperable que, al menos en cierto modo, no lo hagan— con los discursos de médicos, políticos o periodistas, que tienen en general más peso en la construcción social del vínculo entre juventud, drogas y exceso como un asunto de salud pública. La investigación cualitativa presenta sin embargo una virtud que, según la ocasión y el cristal con que se mire, puede también ser considerada un defecto: incrementa la complejidad o, mejor dicho, rompe la linealidad de los discursos hegemónicos a fuerza de hacerse sensible a la complejidad de la realidad que estudia. Así, por ejemplo, no es solo que los discursos de los jóvenes consumidores puedan no coincidir con los discursos expertos, es que los “jóvenes consumidores” no constituyen un todo homogéneo que sea el sujeto de un discurso unívoco. Además, que sus discursos puedan diferir de los de los expertos no significa que, según la ocasión y el contexto, no puedan solaparse, en todo o en parte, con estos. Porque si por algo se caracterizan los discursos dominantes —y en el ámbito del consumo de drogas los discursos expertos lo son— es por su capacidad de pregnancia social: por su capacidad de definir lo que cuenta como relevante en la definición de una determinada realidad social. Hay determinadas figuras y escenas que en el imaginario colectivo están asociadas con los excesos de la ingesta de drogas en el sentido más alarmante y desvalorizado de la práctica social del consumo: por ejemplo, la figura del “adicto” y la ingesta de determinadas sustancias —típicamente, la cocaína— vía inhalación nasal. De ahí que en los discursos de los consumidores los adictos siempre sean los demás y que las prácticas asociadas con mayor fuerza a lo que podríamos llamar el estigma del consumo tiendan a evitarse o en todo caso, si se practican, a no declararse ni verbalizarse en las entrevistas y grupos de discusión, precisamente por lo que tienen de desvalorizadas y desvalorizantes para los sujetos que las llevan a cabo, incluso ante sí mismos. Esto explica que, aun tratándose de jóvenes consumidores “de atracón” de distintos tipos de drogas y con un patrón más o menos habitual de consumo, estos puedan ocasionalmente alinearse en sus discursos con las mismas ideas socialmente dominantes que, sin embargo, parecen contradecir con sus prácticas. Es precisamente la comprensión de todo ese complejo

³ Algún ejemplo significativo: http://politica.elpais.com/politica/2016/11/18/actualidad/1479478651_199453.html [Acceso 20/02/16]. Sección de Salud del magacín televisivo Madrid Contigo, emitido por Telemadrid el 20/01/17, del minuto 1:57:00 al 2:07:30 [Acceso 25/01/17].

juego social —el por qué, cómo, cuándo y dónde de todas las objetivaciones que adquiere el exceso en el consumo para los actores sociales— y lo que ese juego dice sobre los presupuestos de sentido de la sociedad que lo sostiene, el verdadero objeto de interés de una aproximación cualitativa. Por eso, lo que empezó por ser un problema —la ambigüedad del concepto de exceso aplicado al consumo juvenil de drogas— termina por constituir el objeto mismo de la indagación.

1.2. *Las consecuencias teórico-metodológicas de la pregunta por los sentidos prácticos del consumo excesivo*

La complejidad que trae consigo la proliferación de sentidos del exceso derivada, en este último supuesto que venimos comentando, de la influencia de la asunción de los discursos dominantes por parte de los jóvenes consumidores de alcohol y otras drogas, tiene sus corolarios en los planos teórico y metodológico. Con respecto a este último, parece obvio que no siempre la entrevista o el grupo de discusión —habitualmente desarrollados en contextos más o menos “formales” de investigación y, en todo caso, casi siempre fuera de los momentos y lugares donde los jóvenes ingieren drogas— son las mejores técnicas para producir una información cuya verbalización, en muchos casos, no es considerada por los propios entrevistados como social (ni personalmente) aceptable. El ocultamiento, o al menos la evasiva, parecen entonces respuestas que al menos el entrevistador debe considerar como posibles;⁴ respuestas que pueden mostrar una coincidencia de ciertas imágenes sociales dominantes del exceso con las mismas percepciones y valoraciones de los jóvenes. ... Isolamente en el propio contexto de la entrevista! En otras palabras, se trata de discursos que difieren de las prácticas y/o que no formarían parte de las verbalizaciones de los propios jóvenes en los espacios y los tiempos en los que ellos mismos consumen o conviven con el consumo de alcohol y drogas. No diríamos, sin embargo, que es “el ocultamiento” la causa de que los sentidos prácticos del exceso para los propios jóvenes consumidores sean tan difíciles de desentrañar en una investigación. Tampoco “la contradicción”, la “falta de autoconciencia” u otras explicaciones —que en realidad no son sino valoraciones que no solo no captan sino que moralizan un problema metodológico— de las discrepancias entre palabras y conducta.

Estas consideraciones metodológicas se imbrican necesariamente con consideraciones teóricas que afectan al modo en que entendemos cómo se construye la subjetividad de los agentes sociales —o lo que en un lenguaje más extendido se suele denominar la identidad personal—. Las supuestas discrepancias pueden verse, en contra del razonamiento habitual, como el indeseado efecto de un prejuicio de coherencia. Los discursos verbales producidos por un sujeto en situaciones formales o informales (de entrevista o cualesquiera otras) no son producciones que manifiesten las opiniones, ideas, valoraciones, expectativas o creencias del sujeto *con independencia* de cualquier condicionamiento contextual. Tampoco el sujeto —ningún sujeto— es exactamente una entidad autocontenida, consistente y estable a través de todas las escalas de su práctica social. Por ejemplo, un joven consumidor puede sostener a la vez que tomar drogas es placentero y que es problemático y hasta indeseable. Lidia con dimensiones de sentido diferentes que se actualizan —igual que él mismo lo hace, como sujeto que razona y que siente, a través de su práctica social— en distintos contextos y con diferentes condicionamientos y disposiciones (como por otra parte hacemos todos con las distintas dimensiones que componen nuestra vida práctica, en las que difícilmente todo encaja en una sola pieza que pueda, además, ser narrada como un relato coherente y sin fisuras). Por eso, cabe pensar que cuanto más lejos estén los jóvenes de los contextos localizados en los que el consumo tiene un *sentido práctico* (Bourdieu, 2007) para ellos —pongamos por ejemplo en la sala donde un investigador les pregunta por sus percepciones, valoraciones y hábitos—, más difícilmente emergerá la pluralidad compleja de sentidos que el consumo de drogas y la idea de consumo excesivo tenga desde su punto de vista. Este presupuesto teórico y epistemológico se traduce, en el diseño de esta investigación, en un presupuesto metodológico que da la medida, a nuestro juicio, de la aportación que un enfoque antropológico puede hacer al estudio del consumo de drogas.

El presupuesto metodológico es el siguiente: es importante, sí, entrevistar; pero también es importante *dónde* se entrevista (es indiferente ahora si individualmente o en grupo) y es importante hacer *algo más* que entrevistar. Traducido a otros términos esto significa dar un lugar a la observación participante junto a las otras técnicas propias de la investigación cualitativa, como veremos con más detalle en el epígrafe siguiente al precisar cuál ha sido el diseño de nuestro estudio. Si los sujetos se definen continuamente a sí mismos en el propio ejercicio de sus prácticas sociales, y si las prácticas sociales son por

⁴ Un problema que, por otra parte, es un clásico de larga data en la discusión epistemológica de los usos de este tipo de técnicas propias de las metodologías de la investigación social. Una referencia ya clásica en la discusión de este problema se encuentra en Bourdieu, Chamboredon y Passeron 2002. Una —divertida— discusión, para públicos más amplios, al hilo de estos problemas en las encuestas sexológicas, puede verse en la reseña de Lewontin 1995.

necesidad localizadas y contextualmente dependientes, cabe pensar entonces que es localizada y contextualmente como hay que aprehender los modos, las formas —inextricablemente formas del discurso y de la acción— a través de las cuales dichos sujetos dotan de sentido a su práctica. El carácter eminentemente práctico del sentido —lo cual significa también que este no es necesariamente transparente, unívoco o al menos susceptible de verbalización en cualquier contexto para el propio sujeto— es un presupuesto antropológico que puede servir de contrapeso a metodologías de investigación en exceso dependientes de la producción de discurso verbal fuera de contexto.

En cierto modo, lo hemos dicho ya, la etnografía hace de la necesidad virtud: la dificultad de precisar “objetivamente” qué es el exceso y el reconocimiento de que, en sus usos cotidianos, el concepto de consumo excesivo es a la vez descriptivo y valorativo, deja de ser un problema y se convierte en lo que algún sociólogo llamaría un analizador. Es precisamente la ambigüedad moral, y por lo tanto epistémica, ligada a la misma idea de exceso (en el consumo de drogas) lo que hace interesante el hacer de este concepto el centro de la pesquisa, siempre y cuando se tome como un objeto de estudio y no como un descriptor objetivo de una determinada realidad. Qué es el exceso, en qué se traduce, para quién, en qué contextos... son preguntas que nos permiten aproximarnos al tema del consumo de drogas respetando la condición localizada de sus sentidos sociales y tomando la ambigüedad moral que rodea a un tema socialmente sensible como un interesante indicador del modo de ser de la sociedad que así lo configura.

Desde la pregunta inicial por la razón de que los jóvenes consuman en exceso hemos llegado entonces a la formulación de un objeto de investigación: ¿cuáles son los sentidos prácticos del exceso en el consumo de alcohol y otras drogas para jóvenes consumidores madrileños? (de otras precisiones del objeto, igualmente necesarias, que afectan por ejemplo a la edad, hablaremos más adelante). Un objeto de estudio que, además, va a requerir una metodología etnográfica, esto es, una participación sostenida —en una serie de observaciones participantes y entrevistas— por parte de los investigadores en los espacios y los tiempos donde los jóvenes practican el consumo de atracón.

Una última precisión: esta configuración del exceso como objeto de estudio nos ha llevado a utilizar el término en cursiva a lo largo de todo el texto, precisamente para evitar dar por supuesta una definición a priori del concepto, marcando de algún modo así su apertura semántica y ontológica, algo que ha sido una fuente de preocupación constante en el desarrollo de la investigación —como muestra la ya excesiva duración de este epígrafe—. Si lo hemos conseguido o no, son ya los lectores quienes deben juzgarlo.

2. El diseño metodológico y el desarrollo del trabajo de campo

El diseño metodológico se corresponde con la definición del objeto de estudio y tiene en cuenta las precisiones sobre el mismo que hemos discutido en el epígrafe anterior. Incluye observaciones participantes y también entrevistas. Entre estas últimas, algunas son conversaciones individuales o grupales en los contextos más informales de las observaciones, y otras —todas ellas individuales— se corresponden con un formato de entrevista más formal y fueron realizadas fuera de los espacios y los tiempos de las observaciones participantes. Las observaciones se diseñaron inicialmente sobre la unidad temporal de una “salida” de ocio juvenil (vespertino o, más generalmente, nocturno); esto es, cada una de ellas se extendió desde el encuentro del grupo de jóvenes al que se acompañó hasta su separación después de la salida, entre dos y doce horas después (según los casos). En muchas ocasiones, si bien no en todas, la observación incluyó lo que llamamos los “prolegómenos” y el “después” de las salidas, es decir, la preparación de las mismas y los comentarios en el día y los días posteriores, llevadas a cabo por los participantes a través de las redes sociales (WhatsApp, Facebook, Instagram, Messenger, Snapchat etc.). Cada observación participante fue realizada por un investigador/a, salvo una de ellas en la que estuvieron presentes dos investigadores del equipo. En total, llevamos a cabo 24 observaciones participantes entre diciembre del 2015 y abril del 2016, generalmente estructuradas con periodicidad semanal o quincenal y concentradas en los fines de semana.

El diseño del plan de observaciones siguió el método bola de nieve —unos jóvenes nos fueron llevando a otros—, en función tanto de la facilidad del acceso al campo como de los requerimientos de la investigación. Estos últimos tuvieron que ver con varios factores: uno de ellos, garantizar que las variables edad y género pudiesen tener alguna relevancia analítica, lo cual exigía observaciones con grupos tanto mixtos como diferenciados por género y salidas con grupos de edad más o menos jóvenes (los intervalos seleccionados fueron dos: 16-19 y 20-24/27 años, si bien finalmente el último grupo está más representado, entre otras cosas porque tanto la frecuencia como la variación del tipo de salida y del

consumo de sustancias estupefacientes es, en términos generales, mayor entre veinteañeros que entre adolescentes). Otro requisito en el diseño del plan de observaciones, derivado de nuestro interés por vincular la experiencia del consumo con los distintos y específicos contextos de su práctica, nos llevó a identificar diferentes tipos de espacio-tiempos que consideramos los más característicos de las salidas juveniles nocturnas en el Madrid actual. En otras palabras, lo que hicimos a lo largo de la investigación fue catalogar diferentes tipos de salidas en función de los lugares y la secuencia temporal de asistencia a los mismos. A medida que fuimos componiendo una suerte de mapa de espacio-tiempos, reajustamos las observaciones para tratar de cubrir los principales nodos del mapa: casas particulares, parques, calles y plazas públicas, bares y zonas *de marcha*, discotecas, macrodiscotecas y *raves*. Se trató, como es característico en una etnografía, de un diseño metodológico en proceso, no cerrado desde el principio sino atento a nuestros propios progresos tanto con el conocimiento del campo como con el perfilado de las categorías de análisis a partir de los mismos materiales empíricos, y también con las redes sociales que fuimos tejiendo. Aunque alguna vez acudimos a observar por nuestra cuenta algún espacio nocturno que concentraba población joven consumiendo alcohol y otras drogas, casi siempre la estrategia utilizada fue la de acompañar a algún grupo concreto de jóvenes en su plan de salida nocturna. Pronto nos dimos cuenta de que así se facilitaban mucho las posibilidades del investigador de integrarse en el ambiente observado, sin mermar las ocasiones de interactuar con otros individuos y grupos allí presentes. En ese sentido, nos ajustamos al modo en el que los propios jóvenes organizan sus salidas nocturnas en relación con las compañías y con las pautas de apertura/cierre a la interacción social entre pares durante las mismas. Aunque en muchas ocasiones unos jóvenes nos llevaron a otros —a través de redes de amistad, familia, etc.— en pocos casos las observaciones se llevaron a cabo acompañando al mismo grupo de amigos/as.

A lo largo del trabajo de campo el equipo de investigación se reunió periódicamente para analizar el material empírico, trabajar las categorías analíticas y re-lanzar las observaciones participantes (y luego las entrevistas), modificando el guión —común— de observación (y el de entrevista) y ajustando la secuencia y localización de las observaciones cuando fue necesario. Para facilitar esta labor de trabajo conjunto del equipo sobre la totalidad del material empírico que se iba produciendo, recurrimos a formatos documentales comunes que diseñamos al comienzo de la investigación: (1) un diario de campo, (2) un diario de campo glosado y (3) lo que llamamos una hoja de hallazgos. El primero, de uso habitual en etnografía, es una transcripción escrita de las notas de campo que cada investigador ha llevado a cabo en cada una de las observaciones. El segundo es ese mismo documento pero anotado al margen por el mismo investigador. Las anotaciones se corresponden con la puesta en relación del material empírico con las categorías y los argumentos de análisis en los que se va profundizando —y que también se van modificando en función de los propios materiales empíricos— a lo largo de las sucesivas reuniones del equipo y el desarrollo de la fase de campo. El tercer documento, la hoja de hallazgos, es una síntesis breve de los elementos más relevantes de la observación a juicio del investigador que la llevó a cabo. Es un documento muy útil para facilitar el conocimiento de todos los materiales de campo a todo el equipo de investigación a lo largo del proceso —que en la práctica siempre se antoja corto y veloz— de la producción de los mismos (a lo largo de la fase de campo). Todos estos documentos, junto con los derivados de las reuniones de equipo —las reformulaciones de las categorías de análisis y del guión de observación, por ejemplo— fueron archivados en un repositorio digital de acceso común que resultó verdaderamente útil en las fases siguientes, incluyendo la fase de preparación de esta publicación.

Una vez finalizadas las observaciones participantes, los meses de abril y mayo de 2016 los dedicamos a realizar una serie de doce entrevistas en profundidad a los que la antropología más clásica llamaría informantes clave; esto es, a jóvenes consumidores que habíamos conocido a lo largo de las observaciones de campo y cuyo discurso nos había parecido entonces especialmente relevante, bien por su riqueza de matices, bien por dar cuenta de experiencias particulares de especial interés (las de consumidores diarios de drogas, por ejemplo), contemplando además edades distintas y una representación de mujeres y de hombres entre los entrevistados. Manejamos un guión común de entrevista que consensuamos previamente, y que también sufrió modificaciones en una reunión de equipo hacia la mitad del proceso. Todas las entrevistas fueron transcritas literalmente y añadidas al repositorio común de la investigación. Las redes trazadas en el campo con distintos jóvenes participantes en las observaciones y/o entrevistas a lo largo de las distintas fases de la investigación nos dieron la posibilidad de comentar también con ellos los resultados que íbamos cuajando en las reuniones conjuntas del equipo. Sus observaciones, críticas y comentarios fueron no solo relevantes como datos empíricos en sí mismos, sino también y a menudo del mismo orden que los que producíamos en nuestras sesiones de trabajo de análisis; esto es, no pocos de los jóvenes que conocimos en el campo fueron verdaderos colaboradores en la reflexión analítica y en la producción de resultados en formas, muchas veces inesperadas, de coautoría, que resulta obligado reconocer aquí.

En paralelo a nuestra investigación y pensada al inicio como una fase simultánea a la misma, un grupo de sociólogos abordó una problemática similar con un diseño metodológico distinto, basado en grupos de discusión con jóvenes realizados en distintas ciudades españolas. En una primera y única reunión entre ambos equipos compartimos nuestros planteamientos de investigación y, en nuestro caso, el guión que estábamos utilizando en las observaciones participantes, lo cual hizo posible que pudieran tener en cuenta alguno de nuestros heurísticos en el diseño de sus grupos de discusión. Aunque finalmente no se planteó una integración de ambas investigaciones sino un desarrollo independiente, sí pudimos manejar un informe de sus resultados durante la etapa final de elaboración de este libro. Aunque las perspectivas de análisis son diferentes, sí apreciamos confluencias entre ambas y citamos el Anexo en algún punto de esta publicación.

Finalmente, hemos de añadir que contemplamos también, ante la riqueza y la expresividad del vocabulario recogido en el campo, la idea de elaborar un diccionario de términos relacionados con el consumo de drogas entre jóvenes madrileños, aunque después optamos por definirlos a pie de página cuando aparecen mencionados para facilitar la búsqueda y la comprensión del lector.

3. Algunos presupuestos teóricos y conceptos relevantes en la investigación

El paralelo a las discusiones sobre la definición del objeto de estudio, al diseño metodológico de la investigación y también al desarrollo de las diferentes fases de ésta, llevamos a cabo asimismo un trabajo de lectura y discusión bibliográfica de otros estudios de temática similar. Si previamente al diseño del proyecto consultamos sobre todo la bibliografía en español sobre el consumo juvenil de drogas, con especial detalle en lo que hace a las publicaciones de la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción y a otras basadas en investigaciones con metodología cualitativa o mixta en España, (Elzo *et al.*, 2003; Nogués *et al.*, 2004; Megías y Elzo, 2006; Pere Martínez, 2008; Rodríguez y Ballesteros, 2008; Elzo, 2010; Megías *et al.*, 2014) en fases posteriores del proyecto, y debido a la necesidad de perfilar las categorías analíticas en relación con los datos empíricos que íbamos produciendo, acudimos además a todo un corpus bibliográfico de estudios socio-antropológicos —fundamentalmente académico y publicado en revistas científicas— del consumo juvenil de drogas en el ámbito internacional, sobre todo europeo. Esta revisión bibliográfica del estado de la cuestión nos fue particularmente útil para precisar algunos de los conceptos y presupuestos teóricos que a la postre resultaron, como ahora veremos, muy relevantes en nuestra perspectiva de análisis y producción de resultados.

Nuestro objeto de estudio parte de la idea de la condición múltiple, heterogénea, plural y contextual de la idea de exceso en el consumo de estupefacientes. En otras palabras, lo que se considera un consumo excesivo no es algo cuantificable u objetivable de una manera definitiva, ni mucho menos de una manera compartida por todos los agentes sociales relacionados de un modo u otro con el fenómeno. Por mucho que las encuestas, los servicios asistenciales o el Plan Nacional sobre Drogas puedan necesitar fijar, a determinados efectos biopolíticos, una medida estandarizada de lo que constituye un consumo excesivo, lo cierto es que, en las prácticas de consumo, los sentidos de lo excesivo son muchos y distan de ser convergentes. Por un lado, muy pronto en las observaciones participantes se puso de manifiesto que, desde el punto de vista de los jóvenes, la idea de exceso en el consumo es tan importante como lo es en los discursos sanitarios y mediáticos, del mismo modo que, como ocurre también en estos, el exceso constituye para ellos un problema (si bien, y esta es una diferencia importante, *no solo* un problema). Una de las observaciones reiteradas a lo largo del trabajo de campo fue cómo gran parte del discurso y, muy en particular, de las prácticas asociadas al consumo juvenil de alcohol y otras drogas tenían por objeto el control sobre la ingesta y sus efectos. Así, una de las sorpresas iniciales tuvo que ver precisamente con la paradoja de que, por un lado, el consumo juvenil de atracón era representado en los discursos expertos como un consumo directamente ligado al descontrol —a la falta de agencia de los consumidores, con todo el corolario de alusiones a la inconsciencia, la inmadurez, el sentido gregario de los jóvenes y similares frecuentes explicaciones del asunto—, mientras que, por otro lado, en la propia representación de los jóvenes de sus propias prácticas de consumo (y en el modo en el que el campo las observábamos *in fieri*), el así mencionado “(auto)control” jugaba un papel muy importante. Esto mismo, que se hizo más evidente con el progreso de la etnografía, se destaca igualmente en distintos estudios sobre el consumo de drogas en diversos países europeos, estudios en los que se acuñan algunos conceptos para dar cuenta de la agencia juvenil en la gestión de las propias prácticas de consumo. Tal y como se presentaba en nuestros datos empíricos, el “control” se expresaba de diversas formas en el marco de un equilibrio precario, que constituía el corazón mismo tanto de cada salida como de las trayectorias de consumo vistas en perspectiva diacrónica: (auto)control y pérdida del control se correspondían, así, con las dos caras de una misma moneda. El concepto “controlled loss of control” de Measham (2002, 2004) nos resultó por ello particularmente

útil para aproximarnos a esta dinámica. Una dinámica directamente relacionada con una concepción del riesgo propia de las sociedades contemporáneas, tal y como la ha perfilado en detalle la sociología (Beck, 1998; Giddens 1995). De acuerdo con ella el riesgo no es, ni potencial ni deseablemente, algo a erradicar del todo. Así, el riesgo no se elimina sino que se controla, concibiéndose el control como una praxis, culturalmente conformada y ejercida, que trata de maximizar los beneficios minimizando los riesgos. “Descontrol controlado”, “gestión del riesgo”, “desfase faseado” (o por fases, estructurado), son algunos de los conceptos que en la bibliografía internacional sobre el consumo juvenil de estupefacientes ponían en primer plano el modo en el que los jóvenes practicaban distintas estrategias para regular los modos de sus intoxicaciones por ingesta etílica o de otras sustancias. (Measham, 2004b; Lindsay, 2009; Hunt *et al*, 2009; Moore, 2011; Pennay, 2012; Hutton *et al.*, , 2013).

La ambigüedad valorativa del exceso en el consumo resultó, igualmente, un elemento de importancia central según avanzaba el trabajo de campo. El exceso es, ciertamente, para los jóvenes consumidores —y por *distintos* motivos— un problema, pero también puede ser y es un anhelo (de cosas varias y dispares) y/o un signo de distinción entre pares: así es claramente en el *desfase*, un término que nombra la visión más lúdica y positiva del exceso. El exceso, como veremos en la etnografía, es a la vez —y según el cómo, el cuándo, el dónde y el con quién— un disgusto, un problema —un estigma incluso— y una bendición placentera, oscilación que queda bien contenida en el concepto de “calculated hedonism” (Fry, 2011). Este concepto y otras formulaciones de la misma idea, ampliamente utilizadas en las investigaciones más recientes sobre el consumo de drogas (O'Malley, 2004; Szmigin *et al.*, , 2008; Pennay y Moore, 2010; Pennay, 2012), describe un propósito y una (cierta) capacidad —ejercida no solo por el individuo sino por el grupo de pares— de controlar el propio estado emocional y psicofísico para abrirse a experiencias placenteras que, sin embargo, nunca garantizan la ausencia de malestares.

Otro eje de la discusión teórica al hilo tanto de la revisión bibliográfica como de nuestros avances con la etnografía, se refiere al hecho de que las prácticas del consumo son profundamente afectivas y corporales. Involucran intensos estados de ánimos, intensos efectos psicofísicos, corporales, que en numerosas ocasiones borran la frontera entre el cuerpo individual y el cuerpo colectivo —el grupo de amigos que sale de marcha junto, el grupo de desconocidos que comparte intoxicación y baile en una discoteca o en una *rave*—. El reconocimiento de la centralidad de la corporalidad y la mediación afectiva nos remite a un presupuesto teórico que también ha sido importante en esta investigación: si bien la agencia racional juvenil (individual y grupal) y su traducción en prácticas de “gestión” —en un sentido estratégico de cálculo de medios-fines— es importante en las prácticas del consumo, es fundamental comprender cómo el reconocimiento de esta capacidad agencial no es lo mismo que presuponer la existencia de un individuo consistente a través de todas las escalas de su práctica social. Un individuo que en cada caso “decide” los pros y los contras de su acción a la manera en que, por ejemplo, la teoría de juegos da por sentado que actúa el “sujeto racional”. Aquí estamos lejos de partir de supuestos similares. La agencia, la capacidad de acción, es compartida y contextual: los propios efectos de las drogas, los grupos de pares, la música y la proxémica del baile, entre otros elementos, se engarzan en cada caso del tal modo que producen efectos-sujeto diferentes: la joven que desfasa felizmente, el que decide que esta noche irá “de tranquilis”, el que se asusta una buena temporada tras sufrir un “mal viaje”, la que se pregunta con inquietud si sus hábitos no la vienen asemejando a una “adicta”, el que orgullosamente *transgrede* los límites, la que decide *libremente* lo que hacer con su tiempo, el que hace el ridículo, la que *experimenta*. . . . Todo ello dibuja un panorama complejo, del que no puede dar cuenta ninguna aproximación que niegue o reduzca en extremo la agencia de los consumidores, pero tampoco ninguna teoría de la elección racional que considere los efectos contextuales de las intoxicaciones por ingesta de drogas simples decisiones de sujetos autónoma y definitivamente (pre)constituidos. Un panorama complejo donde la ambigüedad moral —de la que el exceso como concepto *emic* es un buen analizador— y la densidad afectiva y corporal de las prácticas de uso de drogas, son determinantes a la hora de configurar los sentidos prácticos que el consumo, el *control* y el *exceso* adquieren para sus protagonistas. Los jóvenes hacen sus prácticas, pero también estas *les hacen a ellos*; como individuos, como jóvenes, como mujeres u hombres, etc.

Esta que hemos llamado densidad corporal y afectiva de los sentidos prácticos del consumo de drogas y de su exceso se hace evidente de manera casi poética en una expresión que en un par de ocasiones oímos en el campo y con la que hemos querido dar título a esta etnografía: “sudar material”. Las drogas —esas sustancias fijadas por sus nombres pero también variables en sus efectos e interacciones y en el modo en que son percibidas y valoradas según el contexto— son en cierto sentido materias que se in-corporan: en la fiesta, (típicamente) en el baile, en el entramado de las relaciones sociales en las que el grupo de pares “cuida” al que *se excede* con su ingesta. . . . Materias que se incorporan y que contribuyen al modo en el que sujetos, objetos y relaciones se crean y recrean dentro de marcos culturales de sentido.

4. Estructura del libro y contenido de los capítulos

De octubre 2016 a febrero 2017 tuvo lugar la fase de redacción del libro. Aunque las autorías de los capítulos son individuales, el proceso de escritura siguió la misma dinámica de las fases anteriores de la investigación, con reuniones conjuntas de trabajo, primero para elaborar esquemas de los distintos temas a abordar y después para revisar los distintos borradores que fuimos elaborando de cada uno de los capítulos. Una forma de trabajar con la que pretendíamos que la dispersión (también en sentido positivo) que acompaña a todo proceso de escritura, no enturbiase en su fase final el carácter comprensivo y de equipo que había definido al estudio desde su inicio.

Algunas consideraciones generales nos han servido de guía en la preparación de esta publicación: por ejemplo, el propósito de describir, hasta donde la escritura lo hace posible, nuestra experiencia de campo, dando espacio a la polifonía de voces que allí nos encontramos. Una descripción con la que pretendemos hacer accesible a los lectores—o eso esperamos— el modo en que los sujetos de nuestro estudio hablan, sienten, piensan y actúan, además de mostrarles los espacios y los tiempos, los ambientes, en los que las prácticas que nos interesan tienen sentido para ellos. Y una polifonía de voces que, al menos también hasta cierto punto, puede permitir a quien lea este libro alumbrar otras consideraciones que quizá no estén dichas con las voces de los investigadores que lo han escrito. Para ello, además de citas literales de nuestros informantes, hemos incluido extractos de los diarios de campo que reproducen descripciones observadas, diálogos escuchados o mantenidos en el campo y reflexiones *in situ* de los investigadores.

Con respecto a las citas, la literalidad sirve al efecto de recuperar la textura de lo dicho, si bien otra consideración general con respecto a la escritura de este libro tiene que ver, precisamente, con la dimensión ética que incorpora la decisión de qué mostrar en la escritura entre todo aquello que ha sido visto y escuchado en el campo. Por supuesto, los nombres que aparecen en el texto son ficticios, para preservar el anonimato de los informantes. Pero en un tema como el del consumo, y el exceso en el consumo de alcohol y otras drogas, respecto al que existe una suerte de imaginario social teñido de temores, juicios críticos, condenas morales y otros intensos afectos colectivos, lo que se muestra y cómo se muestra se convierte en un asunto particularmente sensible. Por ello, y respetando siempre la literalidad de las citas y de los extractos de los diarios de campo, hemos procurado huir de las descripciones y citas potencialmente morbosas o de aquellas que, sin aportar gran cosa a los argumentos del análisis, podían reforzar los prejuicios negativos que operan sobre determinado tipo de prácticas, discursos o ambientes sociales. La discusión del equipo sobre este particular resultó muy fructífera también como reflexión epistemológica porque nuestra cautela, que a veces también percibimos como una —quizás pernicioso— autocensura, nos permitió experimentar en carne propia ese *dictum* de la antropología según el cual los investigadores nunca se sitúan a distancia de la investigación que producen (otra cosa es que sí aspiren a situar la investigación misma a cierta distancia de los arraigados presupuestos del sentido común).

Finalmente, el libro se estructura como sigue: el (este) capítulo 1 introduce la investigación, da cuenta de su génesis, de su objeto de estudio, de su diseño metodológico, de algunos presupuestos teóricos de los que parte y de las consideraciones más generales sobre el proceso de su escritura sintetizando, además, los temas abordados en cada uno de los restantes capítulos. Como una suerte de introducción, ofrece una perspectiva panorámica sobre el trabajo del equipo así como herramientas para su crítica desde la explicitación de algo que muchas veces queda oculto, el *making of* de todo el proceso de investigación.

El capítulo 2 se centra en las motivaciones para el consumo de atracción tal y como son aducidas por los jóvenes y también deducidas de su discurso. Cómo se liga el uso de drogas, y en particular la idea del exceso, con un sentido y sinsentido — ambas cosas a la vez— del propio yo, en relación con valores expresados como autoafirmación, independencia y/o libertad. O con el placer y el disfrute (o con su carencia). O con un sentido de pertenencia al grupo, o con la anhelada vivencia de nuevas experiencias o con un deseo de transgresión. Pero igual que para consumir, también hay motivaciones para no consumir (de manera esporádica o sostenida), o para dejar de consumir (en una noche, o en una temporada). ¿Qué mueve a los jóvenes en relación con la ingesta de alcohol y otras drogas? ¿Qué anhelos, expectativas, rutinas, etc. se ponen en juego y cómo se modulan las prácticas de consumo en esa frontera del *descontrol controlado*?

El capítulo 3 tematiza las percepciones y las objetivaciones del exceso entre los jóvenes, tanto aquellas valoradas positivamente como aquellas otras ligera o intensamente desvalorizadas. Incide en cómo el control se visualiza en tanto un equilibrio inestable en el que cada sujeto se va conformando de un modo cada vez más sofisticado (si bien control y descontrol aparecen siempre como caras de una misma moneda) a partir de un aprendizaje que no (solo) tiene que ver con la información que se tiene y se acumula. Es, sobre todo, un aprendizaje práctico que se aprende por exposición

a la ingesta y a la ingesta de otros, por ensayo-error, en el propio cuerpo y en los cuerpos del grupo de pares; las resacas, los arrepentimientos del día después, los bajones y los *amarillos* y otras consecuencias no deseadas del exceso son experimentadas en primera persona y forman parte de un aprendizaje práctico en el que las estrategias de control —y también los episodios de descontrol— se van complejizando. La segunda parte del texto hace un repaso de las principales drogas consumidas por los jóvenes en nuestras observaciones y la consideración de las mismas según el tipo de efectos que producen y el modo en el que se ligan a otros elementos dentro de las prácticas de consumo. Así, el exceso cobra dimensiones diferenciales no solo en función de la cantidad o la frecuencia de la ingesta, sino también del tipo de sustancia cuyas características, además, solo son comprensibles en contexto —en interacción con otros elementos del ambiente—.

El capítulo 4 aborda lo que hemos llamado pasajes del consumo, reflejando la importancia de los espacios y los tiempos en los sentidos prácticos del exceso. En él se ensaya una tipología —no exhaustiva pero sí bien contrastada a lo largo del trabajo de campo— de los lugares más habituales para las salidas nocturnas ligadas al consumo de alcohol y otras drogas, así como a las secuencias temporales que van encadenando distintos tipos de prácticas de consumo en cada uno de los espacios, objetivando las diferentes dimensiones que el exceso tiene para los jóvenes. Se trata de un capítulo donde la descripción etnográfica de los ambientes tiene un especial protagonismo.

El capítulo 5 se centra la discusión, al hilo del material etnográfico, del concepto de *descontrol controlado* y en la descripción de las prácticas de gestión del riesgo en el consumo *excesivo* tal y como las hemos observado en el campo. El “descontrol”, ligado directamente al exceso, está como idea muy presente entre los jóvenes, si bien sus sentidos reflejan la polisemia y la ambigüedad de un término que nombra a la vez un peligro, un límite negativo y también lo más valorado del consumo de drogas unido a la fiesta y al ocio juvenil. La descripción de las variadas prácticas de gestión del consumo se ordena a partir de la distinción entre cuerpo interior y cuerpo exterior, y presta especial atención a cómo el grupo de pares se configura como el sujeto central de las prácticas de cuidado, fundamentales en la gestión del (des)control y directamente ligadas a la (re)producción de roles de género.

Finalmente, el capítulo 6 sintetiza las principales conclusiones de la investigación ya expuestas a lo largo de los capítulos del libro, permitiendo al lector una vista panorámica sobre el alcance y rendimiento de la misma. Esperamos que el conjunto suscite la curiosidad de aquellos interesados en el tema del uso de alcohol y drogas entre la población juvenil y, en particular, en los modos de vida y los marcos de sentido en los que se conforman sus prácticas de consumo.

5. Bibliografía

- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J.C., y Passeron, J.C., (2002). *El oficio de sociólogo*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Elzo, J. (2010). *Valores sociales y drogas*. Madrid: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Elzo, J., Pallarés, J., Laespada, M. (2003). *Más allá del botellón. Análisis socioantropológico del consumo de alcohol en los adolescentes y jóvenes*. Madrid: Comunidad de Madrid.
- Delegación del Gobierno para el Plan Nacional sobre Drogas. (2016) *Encuesta sobre el Uso de Drogas en Enseñanzas Secundarias en España, ESTUDES 2014-2015* Madrid: Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.
- Fry, M-L, (2011). "Seeking the pleasure zone: Understanding young adult's intoxication culture". *Australasian Marketing Journal*, v.19, pp. 65-70.
- Giddens, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Ediciones Península.
- Hunt, G., Evans, K., Moloney, M., Bailey, N. (2009). "Combining Different Substances in the Dance Scene: Enhancing Pleasure, Managing Risk and Timing Effects" en *Journal of Drug Issues*, v. 39(3), pp. 495-522.
- Lewontin, R.C., (1995). "Sex, lies and social science" en *The New York Times Review of Books*, 20 de abril, pp. 24-28.
- Measham, F. (2002). "'Doing gender'—'doing drugs': conceptualizing the gendering of drug cultures" en *Contemporary Drug Problems*, v. 29(2), pp. 335-375.
- (2004a). "The decline of ecstasy, the rise of 'binge' drinking and the persistence of pleasure" en *Probation Journal*, v. 5(4), pp. 309-326.
- (2004b). "Play space: historical and socio-cultural reflections on drugs, licensed leisure locations, commercialisation and control" en *International Journal of Drug Policy*, v.15.
- Megías, E., Elzo, J. (Coords.) (2006). *Jóvenes, Valores, Drogas*. Madrid: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Megías, E., Rodríguez, E., Megías, I., Navarro, J. (2014). *Percepción social de los problemas de las drogas en España*. Madrid: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Moore, D. (2011). "Beyond disorder, danger, incompetence and ignorance: Re-thinking the youthful subject of alcohol and other drug policy" en *Contemporary Drug Problems*, v.37 (3), pp.475-498.
- Nogués, Antonio.M., Borrás, F., Segura, J.V., Ruiz, J.L., Botella, F. (2004). "Carnavalización y botellón. Una etnografía estadística del ocio juvenil en la provincia de Alicante" en Álvarez-Sousa, Antonio (coord.). *Turismo, ocio y deporte: VIII Congreso Español de Sociología*. A Coruña: Universidade da Coruña, pp. 141-158.
- O'Malley, P., Valverde, M.(2004). "Pleasure, freedom and drugs: The uses of 'pleasure' in liberal governance of drug and alcohol consumption" en *Sociology*, v. 38(1), pp. 25-42.
- Pennay, A. (2012). "Carnal pleasures and grotesque bodies: Regulating the body during a "big night out" of alcohol and party drug use" en *Contemporary Drug Problems*, v. 39, pp. 397-428.
- Pennay, A., Moore, D. (2010). "Exploring the micro-politics of normalisation: Narratives of pleasure, self-control and desire in a sample of young Australian 'party drug' users" en *Addiction Research and Theory*, v. 18(5), pp. 557-571.
- Pere, D. (2008). *"Discursos y subjetividad de los protagonistas del consumo recreativo de drogas ilegales"* [Acceso: 10/02/17]. Disponible en: www.researgate.net.
- Rodríguez, E., Ballesteros, J.C. (2008). *Lectura juvenil de los riesgos de las drogas: del estereotipo a la complejidad*. Madrid: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Szmigin, I., Griffin, C., Mistral, W., Bengry-Howell, A., Weale, L., Hackley, C., (2008). "Re-framing 'binge drinking' as calculated hedonism: Empirical evidence from the UK" en *International Journal of Drug Policy*, v. 19, pp. 359-366.

2. LAS MOTIVACIONES DEL CONSUMO DE ATRACÓN

Ariet Castillo

1. Introducción: ¿qué mueve a los jóvenes hacia el consumo excesivo?

Las motivaciones asociadas al consumo de atracón —entendiendo por éste el consumo sucesivo de muchas o de una sola sustancia en un corto período de tiempo— son múltiples entre los jóvenes de nuestro estudio, como heterogéneas son las maneras de entender este *exceso, atracón o binge drinking*⁶. Al hilo de esto podríamos preguntarnos, ¿qué es el exceso? Algo que parece tan libre y subjetivo como la intención de consumir o no drogas puede exhibir ciertas regularidades más relacionadas con una posición social en un orden institucional de “permisividad social” que con características estrictamente individuales. En la actualidad, el consumo excesivo podría haberse convertido en una “moda” placentera y lúdica. Una manera de evadirse de los horarios y responsabilidades establecidos entre semana, además de una forma de ocupar el tiempo a falta de alternativas de ocio, vinculándose todo ello, y estrechamente, con un período, el “ser joven”. Asimismo, las experiencias que los jóvenes de nuestras observaciones y entrevistas viven en relación con las drogas les facilitan la gestión del consumo así como el conocimiento sobre lo que quieren o no para sí mismos, sobre lo que les motiva a consumir y sobre lo que, en cambio, no desean al respecto.

Por otro lado, el imaginario social refleja una lógica de exclusión donde se yergue la figura simbólica del drogadicto (Apud, 2009:1). Este imaginario condiciona políticas que adquieren un valor de legitimidad y hegemonía dentro del conjunto de saberes sobre el consumo de drogas que circulan en el campo social. Dicha legitimidad debe ser necesariamente vinculada a una trama histórica y cultural en la que se construye progresivamente nuestra relación con aquellas sustancias que se nos ofrecen bajo el calificativo de drogas. Se produce, pues, una estigmatización y desvalorización simbólica del consumidor que no es capaz de controlar el consumo, un consumidor que se identifica con la figura del “adicto” (Apud, 2009: 3).

Aun existiendo discursos hegemónicos que valoran y deslegitiman unas y otras prácticas de consumo, debemos tener en cuenta que tanto las valoraciones como las culturas del consumo son heterogéneas. A pesar de que vamos a clasificar —como veremos— las motivaciones para el consumo en varios tipos, en relación con las distintas y múltiples causas que mueven a los jóvenes a consumir “en atracón” o de forma *excesiva*, debemos poner de manifiesto la diversidad que atañe a estas motivaciones sin olvidarnos del contexto en el que se sitúa cada uno de nuestros informantes. Asimismo, no podemos dejar tampoco de lado la consideración de la posición dominante que determina el discurso y la acción social en torno a los jóvenes sujeto de estudio. Como señalaría Elzo (2010), son los jóvenes quienes asimilan modelos sociales de comportamiento que, aun pareciendo espontáneos, son socialmente motivados.

Algunos de los jóvenes de nuestras observaciones mostraban posiciones que parecían ser suscitadas, sobre todo, por una necesidad de afirmación identitaria que subraya una idea de autenticidad y por la pertenencia a un grupo concreto de pares. Estas, en parte nuevas, formas de conformación de la subjetividad y de la relación social también pueden observarse en la manera en que actúan las redes sociales y las aplicaciones móviles en los entornos que hemos

⁶ Epíteto en inglés con el que se conoce el acto de consumir bebidas alcohólicas en un periodo corto de tiempo

estudiado, fomentando por ejemplo la convocatoria de *botellones* en espacios privados tales como casas particulares, y en espacios públicos como plazas, discotecas o raves⁷. Como veremos en las numerosas observaciones, el consumo colectivo es el objeto central de la reunión de pares en los espacios de ocio. Las sustancias psicoactivas estimulan y desinhiben, además de ser una puerta de entrada al flirteo y una manera de compartir experiencias que consolidan la identidad grupal que se ve ensalzada, a su vez, por las personas que ostentan el liderazgo en los grupos. La motivación principal de nuestros informantes radica en experimentar el placer de compartir un rato con sus amigos y disfrutar de la salida. Es importante considerar, por tanto, no sólo los factores individuales sino también, y de forma relevante, los factores sociales que condicionan a los jóvenes de nuestro estudio, no olvidando que el individuo es persona-en-relación. Los valores positivos del consumo vinculados con el “ser joven” son vistos como algo socialmente aceptado, lo que puede marcar las líneas de un patrón a seguir por los miembros del grupo que además experimentan, en cierta manera, formas de conducta y de relación que se vinculan con la independencia, madurez y evasión de la vida rutinaria y conformada o establecida socialmente. El sentimiento de insatisfacción y cierta anomia o, incluso, el nihilismo que respiran algunos de los jóvenes, puede desencadenar un consumo recurrente a lo largo del período “joven”. Elzo señala una búsqueda de identidad a través del consumo, lo que puede constatarse en nuestra investigación. “En el grupo y con el alcohol, el joven encuentra diversión, pero, además, el grupo se constituye en un escenario propicio donde desarrollar dos procesos complementarios: la búsqueda de identidad personal y la búsqueda de integración grupal” (Pons y Buelga, 2011: 87)

Asimismo y en relación con esa búsqueda de identidad, una parte de nuestro estudio que merece una mención es la alusión al proceso ritual del consumo. Así, “la afiliación y la identidad se pueden facilitar por la adhesión a ciertas conductas rituales afianzadas en el grupo” (Pons y Buelga, 2011:87) que suponen comportamientos implícitamente aceptados como normativos:

“Se recurre a las bebidas alcohólicas para fortalecer la camaradería. El alcohol ayuda a crear una atmósfera cooperativa, facilita la comunicación y el intercambio compartido de sentimientos y experiencias, además de permitir los diferentes procesos de identificación entre iguales. Los jóvenes se sienten fuertes, atractivos, independientes y más libres, así como construyen su propia reputación y estatus dentro del grupo. Una “marca diferencial” vivida y experimentada colectivamente donde el joven busca adaptación a su medio con los recursos de los que dispone en lo que concierne al consumo de alcohol” (Pons y Buelga, 2011:88)

El concepto de riesgo asociado al consumo es también fundamental, pues llama la atención sobre el modo en que se pone en juicio lo que es o no normal y se marcan los límites existentes en las relaciones con el consumo, “los límites dentro de los cuales se determina lo socialmente aceptable. Habrá determinados comportamientos (como los relativos a consumos de drogas, legales o ilegales), que serán asumidos como parte normal de etapas adolescentes de experimentación y aprendizaje, pero tales consideraciones habrán de ser puestas en relación directa con la edad, pues los límites de la normalidad variarán a medida que el joven crece y se acerca a los terrenos en torno a los cuales se determina socialmente la madurez (Cuando ya se habrá superado la fase de experimentar y probar, de hacer las cosas sin pensarlas, de no ser consciente de los riesgos. . .) De igual forma, dentro del colectivo de los propios jóvenes, las proyecciones de estereotipos sociales (son otros los que estarían en los márgenes de lo normal, de lo tolerable, y los que mantienen una relación inaceptable e imprudente con los riesgos) estarán condicionadas por las representaciones que se atribuyen al colectivo en su conjunto, las cuales definen esa imprudencia como algo consustancial a la voluble naturaleza juvenil, salvando siempre la propia capacidad de diferenciación: yo “controló” (Rodríguez, 2008:13).

Hemos agrupado las motivaciones del consumo excesivo de los jóvenes de nuestras observaciones en siete dimensiones principales. En primer lugar, las relacionadas con los sentidos del yo y los sentimientos de libertad e independencia que dibujan las prácticas de autoafirmación de los jóvenes. En segundo término, el anhelo de disfrutar y de pasárselo bien con el círculo de amistades, lo que nos lleva directamente a la idea de pertenencia al grupo de pares que se tratará en tercer lugar. El propio aprendizaje derivado de la experiencia personal y grupal media en las prácticas de consumo que, a su vez,

⁷ Término en inglés (su significado literal es “delirar”) que se ha extendido en otros países para hacer referencia a un tipo de fiesta de música electrónica de larga duración. Pueden tener un carácter autoorganizado o comercial, y generalmente se realizan en grandes espacios abiertos alejados de los centros urbanos. Su aparición ilegal se remonta a los años 80 en países como Inglaterra y Holanda como una respuesta a las restricciones de los horarios de locales y espectáculos nocturnos.

se ven modeladas por las variables de la edad y el género. Consumir supone un aprendizaje que aporta nuevas vivencias a los jóvenes. La motivación que supone experimentar con los consumos se verá tratada en cuarto lugar. En relación con las transgresiones que puede suponer el consumo de alcohol y otras drogas, analizaremos en quinto lugar cómo toman forma estos quebrantamientos del orden, tanto social como físico y también sexual. Esto nos llevará a tratar como sexta dimensión de las motivaciones para el consumo la cuestión de la normalización o no del consumo con respecto a la facilidad del acceso al alcohol y a otras drogas. Cuando el consumo no se ve normalizado o cuando las prioridades son otras y prima estar en perfecto estado para llevar a cabo alguna actividad al día siguiente o en los días siguientes al consumo, la motivación que demuestran los jóvenes es la de no consumir o la de detener el consumo en un momento dado de la salida. Esta —la motivación para el no consumo— será la que se tratará en séptimo lugar y la que cerrará el capítulo antes de pasar a las conclusiones. La libertad que motiva el consumir y que analizamos como primera dimensión se transforma así en la séptima y última en la libertad para parar de hacerlo o, directamente, en la libertad de no consumir.

Las construcciones sociales asociadas a este “ser joven” responden a un contexto social y son, asimismo, compartidas por los grupos de referencia, esto es, de socialización juvenil, configurando la consecuente interacción colectiva. Debemos pues entender el exceso en el consumo en jóvenes con respecto a su contexto, así como considerando las variables de edad y género. A pesar de que las prácticas de consumo puedan aparecer como el fruto de decisiones autónomas, voluntarias e individuales, el contexto social en el que se producen las condiciona, siendo determinante en la toma de decisiones (Rodríguez, 2008:16).

2. Tipos de motivaciones

2.1. Autoafirmación, independencia, libertad: sentidos del yo

La “libertad” y/o la “independencia” son dos de las motivaciones más extendidas de entre las aducidas por los jóvenes de nuestro estudio para explicar su consumo de atracón. La sensación de estar haciendo y decidiendo lo que se quiere en relación con el tiempo ordinario de responsabilidades y control de padres es notable: “En el pueblo te quitan la correa a los 12 como quien dice” (Joaquín, 24 años). Esta sensación, que supone evasión de la dependencia y un sentimiento de libertad, es una de las motivaciones más llamativas entre los jóvenes para iniciarse en el consumo de atracón. El *botellón*, por ejemplo, responde a un ritual que algunos jóvenes llevan a cabo de forma habitual cuando llega el fin de semana y se desprenden del control de los padres, profesores, jefes y otras figuras de autoridad. Esta sensación de libertad e independencia está vinculada, asimismo, con la ruptura de la rutina diaria, la despreocupación de los tiempos de ocio e incluso, la transgresión de lo considerado como norma de actuación. En palabras de uno de nuestros informantes:

Es como en el caso del botellón, lo que buscas es la manera más rápida de perder todos esos condicionantes, las convenciones sociales a las que tenemos que estar sujetos todo el día (...) cuando me drogo más de lo que es teóricamente razonable, lo que busco es eso, una pérdida de la conciencia controlada en este caso (...) Pero obviamente la droga es la vía de escape fácil para llegar a ese tipo de sensaciones ¿no? Abrirte a otras situaciones” (Nacho, 23 años).

En una de nuestras observaciones (O.4) se percibe cómo los jóvenes, sometidos a una carga de responsabilidades debido al periodo de exámenes, buscan y mencionan esa sensación de libertad que lleva al grupo a desprenderse de la rutina semanal consumiendo alcohol. Asimismo, la emoción y excitación provocadas por el consumo pueden suponer una forma de desinhibición, de desfase, en contraste con la monotonía de la vida cotidiana: “Han sido dos semanas intensas pero ya nos liberamos saliendo un poco y bebiendo algo también” (Cristina, 22 años). El fin de semana se instaura como el momento para olvidar las inercias penosas de los días lectivos: el imperativo es desconectar (Rodríguez, 2008:341).

Pero el proceso de toma de decisiones puede verse condicionado por las tendencias de las instituciones en que se hallan inmersos los jóvenes por lo que, en ocasiones, detrás de esa libertad e independencia pueden pesar ciertas “imposiciones”: “Es un cumpleaños, tienes que beber” (Sonia, 27 años). El joven se ha comprometido, de alguna manera, con el grupo y debe seguir unas pautas de consumo que le permitan ser parte integrante del mismo (Mac Nally *et al.*, 1998). Aun así, un sentido de la “libertad” aparece recurrentemente en los discursos como motivación para el consumo: “O sea, yo, por ejemplo, llega el viernes y no sé si será porque tampoco es que esté especialmente a gusto en mi oficina pero es como... uf, liberación. O sea, como que te sientes más libre” (Joaquín, 24 años). Y en palabras de otro de los jóvenes: “Pues el fin de semana es total libertad, cero responsabilidades” (Juan, 27 años). Definitivamente: “El plan es que no hay plan” (Joaquín, 24 años).

La libertad de la que hablamos también puede asociarse especialmente a ciertos espacios de consumo como raves y centros sociales autogestionados⁸ —entre otros— donde los jóvenes se sienten cómodos y, por tanto, más libres. Se trata, incluso, de una apropiación del espacio por parte del grupo, en lo que podrían considerarse como espacios simbólicos. Como expresan algunos informantes en referencia a las raves: “Estás como en casa, nadie te mira ni por las pintas ni por lo que tomas” (Carla, 22 años). Muchos jóvenes parecen preferir este tipo de espacios “porque el ambiente es diferente y bueno, también, porque me puedo drogar como me apetezca; no tengo que estar escondiéndome de porteros o arriesgándome a que me echen y porque la gente es diferente (...)” (Ainhoa, 24 años). “Es más libre, hago lo que quiero, ¿no? entonces ahí sí que la gente se suelta (...) al estar ahí al aire, todo el mundo se está drogando libremente” (Ainhoa, 24 años). Algo similar se ponía de manifiesto en relación con los centros autogestionados:

A mí, personalmente, me gustan mucho (...) En plan, cuánta más libertad haya en ese espacio, mejor. Y asumiendo que esa libertad conlleva responsabilidades de los usuarios, ¿sabes? (...) la libertad que te dan los espacios autogestionados, por ejemplo, públicos de raves y tal (...) te da cierta libertad, digamos, de... te da más posibilidades de elección, digamos, tuya” (Joaquín, 24 años).

La cita habla de la libertad entendida como autocontrol, como responsabilidad de los propios actos en espacios compartidos donde se busca una alternativa de ocio colectivo en la que el consumo está también presente. Y habla igualmente de la elección personal para elegir unos espacios y no otros:

Sí, porque sé que voy a consumir, así que prefiero yo marcarme lo que quiero consumir, me lo llevo yo ya de casa (...) Me parece, además, una forma... o sea, el ocio alternativo me parece súper válido y me parece una forma de ir contracorriente también, ¿sabes? y no seguir bailando el agua a... que para divertirse tienes que estar en discotecas, tienes que pagar, tienes que tal, ¿no? Mi ocio me lo monto yo, me lo organizo yo, me lo gestiono yo y no necesito pagar, no necesito... estar dentro de eso, ¿sabes? (...) (Ainhoa, 24 años).

O sea, [el acudir a raves] te da cierta libertad, digamos, de... te da más posibilidades de elección, digamos, tuya (...) o sea, como que te permiten de decir... si quiero quedarme hasta las 4 de la tarde, me puedo quedar hasta las 4 de la tarde... no me tengo porque ir a las 6 de la mañana con el pedo⁹, ¿sabes? si me lo estoy pasando bien” (Joaquín, 24 años).

Elecciones y decisiones personales que los jóvenes sostienen cuando quieren reconocer su individualismo. El “lo hago porque quiero” es una forma de representar tanto la separación respecto al grupo o a lo convencional, como la motivación de decidir acorde a lo que el grupo de pares representa o en base a las circunstancias de la salida, pero siempre manteniendo la idea de decisión *propia e individual* y por ello *auténtica*. “En mi grupo, bebemos y consumimos todos de forma diferente (...)” (Juan, 27 años). El sentimiento de pertenencia a unos espacios o grupos puede chocar en ciertas ocasiones con el sentimiento de libertad, pues la identidad de los miembros del grupo se adhiere a una manera concreta de consumo: “Es que no sé muy bien lo que buscamos cuando salimos, ¿sabes? En plan... Quieres relacionarte con la gente, quieres evadirte... Quieres desahogarte, yo qué sé, hablando, bailando, lo que sea, sales a ligar... Esas cosas” (Selene, 23 años).

La relación entre libertad, evasión y espacios de consumo a la que aluden los jóvenes de nuestro estudio se pone de manifiesto en las motivaciones principales para el consumo de alcohol y otras drogas: “*Places of play are often places of “excess”*” (Urry, 2004: 209). Las formas de consumo suponen para los jóvenes una cierta rebelión contra el orden establecido y ponen de manifiesto su identidad, independencia y autonomía. Esto mismo se analizaba en un estudio de jóvenes en Noruega, donde el *russefeiring*¹⁰ se erigía y se erige como un rito de paso que marca la transformación hacia la madurez (Sande, 2002).

⁸ Espacios alternativos de actividades y ocio para los jóvenes ubicados generalmente en edificios ocupados, con un modelo de gestión y funcionamiento horizontal basado en el asamblearismo y la autofinanciación de sus actividades.

⁹ Término coloquial utilizado como sinónimo de emborracharse.

¹⁰ El rito de paso del *russefeiring* tiene lugar en las calles y supone transgredir ciertas normas y tabúes, romper las reglas. El consumo de alcohol puede ser definido como un símbolo clave en estos procesos rituales.

Además de esta referencia importante a los espacios, los tiempos de consumo también son valorados de formas diferentes por los jóvenes de nuestras observaciones y entrevistas: "(...) es un tiempo que sí que lo considero que es para mí. Entonces, para mí, el viernes a las tres de la tarde salgo de currar, empieza el fin de semana hasta el lunes a las nueve que entro, y es mi tiempo, mi relax, mi ocio, mi diversión" (Juan, 27 años). Destaca la idea de un tiempo propio, en el que poder ser más libre para decidir "cuando se tercié", sin (tantas) limitaciones de tiempos y espacios. La urgencia de desprenderse de los quehaceres diarios lleva a "necesitar salir" como medio de evasión, un salir que implica consumir. Así, el tiempo de ocio es una representación clara de los tiempos extraordinarios que rompen con los ordinarios, aunque paradójicamente, ese tiempo de ruptura acabe convirtiéndose también en un tiempo rutinario (repetido cada fin de semana). El ocio juvenil asociado al consumo de atracón se vincula entonces a la ruptura de la rutina, la despreocupación, un tiempo de "cero responsabilidades", un tiempo de "relax": "Llega el viernes y (...) o sea, como que te sientes más libre (...) desconectar un poco de la rutina del día a día y pasártelo bien (...) El caso es eso, o sea, estar a gusto. Estar a gusto en otro espacio" (Joaquín, 24 años). Ese tiempo extraordinario del ocio y el consumo es también un tiempo de evasión de conflictos o problemas (Mac Nally et al, 1998), ya sean estos de encaje respecto al grupo, de falta de trabajo, de frustraciones sentimentales, de falta de expectativas, etc. "Beber para olvidar, para abstraerse" (Selene, 23 años). O como evasión de realidad misma, cuando el joven carece de motivaciones positivas hacia ella: "La vida entre semana casi siempre es hacer cosas que, pues, no me motivan especialmente" (Ainhoa, 24 años).

En algunos casos, la búsqueda de evasión de los problemas de la vida cotidiana puede convertir los consumos excesivos de fin de semana en cotidianos y rutinarios: "Los porros porque casi en realidad ya los he metido en mi rutina. Pero porque también me calman bastante la ansiedad (...) Cuando estoy toda rayada, me tomo tres copas y ya me lo paso bien. Ya como que no estoy dándole vueltas al coco" (Paula, 19 años).

Siguiendo con la cuestión de la temporalidad, suelen ser las ocasiones especiales y/o extraordinarias las que conllevan un mayor consumo de atracón, un consumo que se sale de lo rutinario dentro de la propia no-rutina:

Yo, eso, si es el cumpleaños de quién sea y sé que va a haber un fiestón, la situación la busco para que ese fiestón sea así. Y ahí sí que te diga, copas, químicos y de todo. Pero... es... suele ser por un hecho específico (...) ¿Consumo excesivo? los putos festivos; ¿consumo excesivo? El Viña" (Juan, 27 años).

Uno de los rasgos constitutivos de "lo joven" tiene que ver con la capacidad para aprovechar las ocasiones que brinda el presente, el momento, como expresa bien el dicho: "lo que no hagas de joven, no lo harás nunca". La sensación de desinhibirse, el poder comportarse sin vergüenza, sin los miedos que habitualmente impiden actuar de acuerdo a los (sentidos como) propios sentimientos, deseos o capacidades, y el descontrol asociado al desfase, son otras de las motivaciones que aducen los jóvenes para consumir en forma de atracón. Un consumo que suele, además, verse incrementado cuando se está en grupo:

Pero para amigos míos sí que es necesario, por ejemplo, "el puntillo"¹¹, como dices tú, el beber mucho, o lo que sea, y encontrarte desinhibido, y poder hablar con todo el mundo y eso. Otros los porros los ven totalmente necesarios, si no, no pueden tal... " (David, 26 años).

Esta desinhibición va ligada a la libertad que sienten los jóvenes cuando se despreocupan de los quehaceres cotidianos y se alejan de las responsabilidades que les acompañan en la vida diaria. Los consumos fomentan que la desinhibición y el desfase aparezcan en las salidas de ocio debido a la relajación del (auto)control cotidiano que pueden provocar ciertas ingestas: "yo ya he perdido la cuenta", "a mí ya todo me da igual", enfatizándose el hecho de haber consumido grandes cantidades de alcohol hasta el punto de no controlar y llegando, incluso, a poder sobrepasar los límites de lo políticamente correcto:

Espero no beber hoy tanto como aquel día porque me acuerdo de pocas cosas, la verdad (...) lba muy ciego y no me acuerdo mucho. De hecho, llegué a casa pero yo llegué sin bici (...) Es que no puede ser, tío; pero es que otro día perdí otra; en poco tiempo, además. No se puede beber así, coño" (Juan, 27 años).

¹¹ Ligeramente borrachera a causa del consumo de alcohol.

Las conversaciones sobre este tipo de episodios de descontrol y desinhibición, de los que hablaremos más adelante, suelen ser muy recurrentes dentro de los grupos de jóvenes. Causan hilaridad y/o aceptación dentro del grupo y parecen asociarse también con ciertos roles asociados a sus miembros.

La desinhibición, por último, también va ligada a la búsqueda y experimentación de determinados estados del yo potenciados por el efecto de las drogas: “Ya sea con alcohol o con tres tiros¹², voy a crear un estado de desinhibición y tranquilidad porque estoy centrado en mis estímulos” (Nacho, 23 años). “Desfasar”, “desparramar”, “desinhibirte”, “fiiparlo” son algunas de las expresiones con las que los jóvenes hacen referencia a este tipo de motivación relacionada con el *descontrol*. Motivaciones asociadas a un consumo excesivo y a un cierto desfase tanto en cuanto a la ingesta de consumos como a las situaciones en las salidas llegando, en algunos casos, hasta un descontrol que es considerado como excesivo, como la pérdida de uno mismo, para muchos de los jóvenes.

2.2. *El placer, la diversión, el disfrute: una experiencia intensamente corporal y afectiva*

La diversión, la búsqueda de hedonismo, el “pasármelo bien” y “divertirme” son otras de las motivaciones más usuales asociadas por los jóvenes de nuestro estudio con el consumo de atracón. La diversión del joven se entiende dentro del grupo, generando comunidad y un placer compartido que se manifiesta en diferentes lugares y tiempos de ocio: fiesta, reuniones de amigos, botellones, discotecas, todo lo que, generalmente, no se entiende sin que medien ciertos consumos. Según Lasén (2010: 19), la vinculación afectiva es una necesidad, un principio (...) que reproduce “el estar en comunidad”, lo que es imprescindible para la mayoría de los jóvenes de nuestro estudio y que es constatado por la importancia de la pertenencia a un grupo concreto de pares. Así, algo que es compartido en la mayoría de las observaciones y entrevistas es la importancia del grupo de amigos, la sociabilidad que crean ciertos consumos asociada a la diversión en las salidas así como al hacer “un poco lo que te va apeteciendo en ese momento (...)”. Divertirte, al final. El caso es eso, o sea estar a gusto. Diversión, amigos” (Joaquín, 24 años). Y en palabras de otro informante, la conjunción de “(...) principalmente, eso, colegas y alcohol” (Juan, 27 años).

El placer está relacionado con el efecto y la mezcla de unas sustancias u otras y con las cantidades consumidas. El pasárselo bien y la diversión asociada a ciertos consumos converge también en el gusto por ciertos tipos de música, tiempos y espacios de salida. Se trata de una diversión que busca aprovechar y vivir el momento —*carpe diem*—, el presente, sin ningún tipo de condicionantes salvo los deseos de ese momento, y compartirlo con los amigos: “Disfrutar de las cosas que te apetece disfrutar en ese momento, como que te libera el camino para llegar a lo que quieres (...)” (Nacho, 23 años). Para Elzo (2010) el ocio, el disfrute del tiempo libre, se deifica como si fuera incluso una obligación necesaria en el contrato social actual del “ser joven”. Apud (2009: 11), haciendo mención al antropólogo Gabriel de Souza, presenta fiestas donde se privilegia lo sensorial, el placer, el autoabandono a través del ritmo, el clima colectivo y festivo de la “buena fiesta”, la ebriedad, el contacto de los cuerpos. Espontaneidad del “aquí y ahora” gracias a la desinhibición que aumenta la sensación de placer al mismo tiempo que otorga tranquilidad y efusividad, todo en un mismo bloque. Placer ligado a la sociabilidad para almacenar experiencias de ocio en las que se involucra el consumo de sustancias.

La droga ofrece, al menos inicialmente, placer y, su importancia está justamente, en ponerse en relación con el fenómeno de aceleración, pues no sabemos cómo viviremos, cuánto viviremos porque el clima de inseguridad es bastante global (Olievenstein, 1985: 36).

En esta línea, podía relacionarse el consumo de atracón con la aceleración y necesidad de placer inmediato. Existe una estrecha relación entre el placer y el consumo de determinadas sustancias (MDMA, fundamentalmente) en conjunción con la música electrónica, una combinación que potencia los sentidos y/o lo físico-corporal determinando una mayor sensación de placer, calidez y de confianza, una mayor relajación o excitación dependiendo de las sustancias tomadas y de las expectativas buscadas. Este placer va ligado, asimismo, al hecho de tener “experiencias” y experimentar con nuevas sensaciones o repetir anteriores si han sido positivas. Son también algunas drogas potenciadores corporales que evaden el cansancio. Ayudan a seguir la noche “hasta que el cuerpo aguante”, lo que suele considerarse entre los

¹² Puede referirse a una calada de un cigarro o un porro, o a una raya de cocaína o de otra sustancia.

jóvenes como “hacer trampas”, aludiendo al uso de sustancias para resistir y aguantar los límites corporales. Para alcanzar las expectativas puestas en las salidas es necesario aguantar. No se concibe una salida que no se extienda cuantas más horas mejor y, cada vez, el tiempo y los itinerarios son más amplios y variados, llegando incluso hasta el “mañaneo”¹³. Es la propia dinámica de la noche la que va marcando la pauta de los consumos para obtener determinados estados y, según se va necesitando, contrarrestar los efectos de unas sustancias con otras. Se trata, en todo caso, de aprovechar el tiempo al máximo, no perder ninguna oportunidad y disfrutar de la salida: “darlo todo”. Pasar bien es, pues, percibido como una forma de pasar el tiempo juntos, lo que supone compartir experiencias. Esta es una de las motivaciones centrales del ocio juvenil, vinculado, además, al sentimiento de pertenencia a un grupo concreto. Esto nos lleva a constatar la importancia del consumo como situación social, lo que lleva consigo connotaciones de interacción social y unidad (Simonen, 2011).

2.3. El sentido de pertenencia al grupo

El sentido de identificación personal dentro de un grupo de pares supone formar parte de un colectivo donde puede darse la presión social hacia el consumo por la necesidad de sostener dicha identidad grupal. El asistir a los mismos espacios y realizar los mismos consumos responde a un marcador identitario que determina membresía dentro del grupo social juvenil (Room y Sato, 2002) pues supone vínculos más estrechos, generándose cierta intimidad entre pares y experiencias compartidas que reafirman la identidad colectiva del grupo, tal y como se pone de manifiesto en los siguientes testimonios: “Lo mejor es compartir los efectos con los amigos (...) Como que ya hemos ido haciendo una familia y al final nos encontramos en la rave los mismos (...) Entonces que... realmente, que conecte todo el mundo y que se note” (Ainhoa, 24 años)

Los términos asociados a la pertenencia son, también, llamativos: “drogolegas”¹⁴, “raveros”, “callejeros”, términos que aluden a una forma de ocio concreta que conlleva, asimismo, unos u otros consumos. En la misma línea puede comprobarse cómo pertenecer a un grupo u a otro intensifica el consumo, además de poder existir cierta presión social hacia los miembros del grupo cuando se trata de una ocasión especial que parece incitar al consumo excesivo y a la búsqueda de embriaguez. El anhelo por formar parte del grupo y de adquirir, incluso, cierto status y popularidad dentro del mismo, contribuye a la configuración de un sentimiento de identidad colectiva muy importante para los jóvenes de nuestro estudio. El consumo es colectivo y aceptado socialmente, con lo que se pone de manifiesto la elevada necesidad de aprobación social. Las formas de manifestar el tiempo lúdico son las de sociabilidad. Entre ellas, como tratábamos con anterioridad, el botellón podría verse como una representación de la cultura juvenil, un proceso ritual donde se producen y reproducen espacios llenos de significado. La combinación entre consumo de ciertas sustancias (como MDMA) y la asistencia a fiestas ha sido de hecho considerada recientemente (Bogt *et al.*, 2002) como una experiencia que puede contribuir positivamente a desarrollar una identidad personal y grupal durante la juventud. Estas experiencias ayudan a algunos jóvenes a sentirse valorados, lo que sumado a los estímulos producidos por la propia sustancia (que entre otras cosas, puede generar placer y facilitar el contacto con los otros produciendo cierta desinhibición), produce en muchas ocasiones una sensación positiva de la propia identidad ligada al dominio de las habilidades sociales (Bogt *et al.*, 2002). Este aspecto ritual se relaciona además con la ruptura con las restricciones y regulaciones de la vida cotidiana (Pennay, 2012), asociándose al tiempo de ocio del “fin de semana”. Las experiencias de fiesta, consumo colectivo y exceso entre jóvenes ofrecen por tanto un espacio ritual donde los jóvenes tienen la oportunidad de definirse como tales y de constituirse, también, como sujeto colectivo (Contreras, 1996:2).

Como hemos visto con anterioridad, la ruptura con la rutina del intervalo lunes-viernes (estructura) supone que el fin de semana es visto como el alivio de lo anterior, lo anómico que sale fuera de las responsabilidades que ejercen presión entre semana (anti-estructura). Durante el fin de semana se da, por lo general, una más intensiva socialización entre pares a la que se trasladan las formas rituales de expresión de lo juvenil que se representan en el botellón y en otros espacios

¹³ Expresión utilizada por los jóvenes para referirse a un momento de la salida que coincide con su final o con su continuidad, en el que el consumo adquiere una determinada expresión según se busque mermar los efectos excitantes de las drogas o, por el contrario, alargar la salida.

¹⁴ Palabra empleada por los jóvenes para hacer referencia a sus amigos de experiencias de consumos pero también aquellos otros nuevos que puedan hacer en el contexto de la fiesta.

de consumo, donde el grupo de iguales es el principal agente enculturador de los jóvenes en su tiempo de ocio (Nogués y Pedregal, 2004:148). Como en todo ritual, se da, además, un intercambio de bebidas y objetos (vasos, por ejemplo) entre los distintos grupos. Así, se producen fórmulas de intercambio que fomentan y facilitan la comunicación entre los diversos grupos de jóvenes.

El consumo ha sido descrito por algunos autores como un ritual de paso formado por: artefactos rituales (el alcohol en sí mismo y otras sustancias); un guión ritual (sobre lo que se puede consumir legalmente y lo que es ilegal; cuándo y dónde; los preparativos en cuanto al transporte para acceder al espacio donde se consumirá alcohol); los roles representativos del ritual (sobre cómo consumir, cuánto, cómo comportarse mientras se consume) y por último, un público del ritual (los mismos jóvenes que participan en el consumo) (Treise *et al.*, 1999). Esto resulta muy interesante al ser las recompensas sociales las que posibilitan la adquisición de una identidad individual dentro del grupo, en función entre otras cosas del consumo. El grupo es, en sí mismo, una motivación hacia el consumo, pues moviliza un ritual colectivo donde se juegan roles diferenciados, se consolidan vínculos y se intensifican experiencias compartidas.

La querencia hacia el liderazgo podría considerarse como el anhelo de destacar en el grupo y representar una figura de modelo a seguir, una posición significativa de status y, con ello, de popularidad. El líder es una persona con iniciativa y capaz de desenvolverse en varios ámbitos relacionados con el consumo: quien organiza la fiesta, quien mantiene muchas relaciones interpersonales, establece dinámicas, tanto internas como externas, respecto al grupo y se erige como la figura principal del grupo de pares, socialmente muy valorada, como muestra el siguiente extracto etnográfico:

De camino me hablan sobre el ejercicio físico y la importancia de estar "en forma". Borja (23 años): "Mi cuñado, el hermano mediano de la Rebe (24 años), está como un toro. Levanta 120 kilos de pesas. Yo salgo mucho con ellos; su hermano de 30 es muy grande; un día pasamos al Moma, todo pagado, alcohol y droga, la que quisieras había. Estábamos en un reservado y ahí con nuestras botellas. Luego vas a cualquier discoteca normal y no te dejan pasar por las pintas. Lo de mi cuñado sí que es beber. Contra él no puede nadie" Extracto del Diario de Campo (O.2)

Entre los miembros del grupo son notorias las diferencias y comparaciones que se dan entre ellos en función del consumo y la capacidad de resistir sus efectos, en una relación en la que el líder sería aquel que más capacidad de resistencia mostraría en consumos excesivos. En dicha línea, el uso de ciertas categorías como "garrulo", "blandito" o "maricon", que se dan entre los miembros de algunos grupos cuando la ingesta de alcohol y otras drogas no se ha producido en las dosis consideradas suficientes por el grupo, remarca la carencia de determinadas actitudes valoradas por el propio grupo. Es notorio como la mitificación sobre la ingesta de alcohol alude al status de líder entre la mayoría de los jóvenes:

Las conversaciones fueron en torno a la próxima fiesta que celebrarían juntos, el viernes 29 de enero:

- "Ahí sí que si vamos a beber y a perder el control. La ocasión lo merece, ¿verdad, David?". "Aunque bueno, tío, tú eres más blandito, no bebes casi; menos aquel día que tuvimos que dejarte casi en casa y el taxista te dijo: "¿Estás seguro de que quieres subir? Tu estado era un tanto lamentable". (Wally, 23 años).

- "Ese día fue horrible, tío; es que yo no os sigo el ritmo. Era una locura lo que bebimos. Creo que es el recuerdo de mi peor borrachera. Estaba como un mono. Hay bastantes cosas de las que no me acuerdo y no me suele pasar". (David, 30 años).

- "Bah, tío, el pan de cada día cuando salimos". "Somos muy bestias, tío" (Wally, 23 años).

- "Pero y lo bien que lo pasamos ¿qué? Yo estoy deseando ya vernos el viernes que viene. La vamos a liar. Bar Manolo a beber y comer y luego a La Sal" (David, 30 años).

Extracto del Diario de Campo (O. 3).

El grupo se cohesiona en base al consumo aun cuando teóricamente no se presiona a nadie, por lo que el liderazgo podría verse, incluso, como una motivación hacia el consumo *intensivo*. Frecuentar algunos espacios de ocio juvenil, como las macrodiscotecas, también genera una cierta popularidad entre los jóvenes, mostrándose allí una mayor exhibición y cierto “postureo”. Esto puede vincularse, en muchas ocasiones, con el incremento de los consumos para ocupar posiciones de liderazgo en los grupos de pares. Generalmente, la figura de líder es la persona más desinhibida del grupo, lo que suele ser sinónimo de la persona que realiza un mayor consumo y que, además, anima al resto de miembros del grupo a consumir ciertas sustancias y/o hacerlo con más frecuencia o intensidad. Representar este exceso suele estar socialmente valorado entre los integrantes. El grupo de pares también ejerce una fuerte influencia entre sus miembros, pues se presenta como una entidad que toma decisiones en común. Así, el grupo podría considerarse el propio “agente” del consumo:

Todo se va desarrollando en torno a las necesidades que tenga el grupo, o sea, si el grupo quiere estar de tranquis, pues te quedas en un bar hablando y tomando unas cervezas. ¿Que el grupo quiere salir de fiesta? Pues te vas de rave o te vas a un garito a bailar (...) [Organización de las salidas] “Yo creo que no suele ser una persona sola, o sea en el grupo tiene que haber un fin común que sigan varios o varios a los que les apetezca algo parecido (...) ¿quién toma la iniciativa? Pues la gente que suele tener más experiencia (...) (Selene, 23 años).

Otros autores han señalado cómo en las prácticas de ocio de la que han llamado “generación química” la música electrónica o techno es igualmente importante, como destacado factor de unión grupal, en la génesis de sentidos de pertenencia colectiva (Bogt *et al.*, , 2002). La combinación de drogas, música (electrónica) y baile es determinante en la construcción de “comunidades emocionales” entre los jóvenes, —un concepto que se haría eco de la teoría de Maffesoli (Voriol 2010:132) y que define sentidos de pertenencia caracterizados por la importancia del presente, las temporalidades efímeras y los lazos afectivos tejidos en torno a emociones compartidas—.

En una fiesta de cumpleaños en un piso, varias amigas recordaban episodios de exceso que habían vivido juntas:

“Dios, Sonia, eso fue increíble (risas). Ese día fue el de la Heineken, cuando a Lucía le dio un amarillo y se cayó en medio de la pista y luego le tocó a Sonia. ¡Cómo íbamos todas aquel día! No celebrábamos nada, ¿no? Fue un día normal, ¿verdad?” (Berta, 27 años)

“Sí, pero vaya, como si estuviéramos celebrando algo. Tía, qué vergüenza. Lo peor fue que luego me caí yo por las escaleras que iban hacia el baño. Puf, tía, de verdad; yo no recuerdo bien qué bebimos o si me echaron algo en la copa; porque no me acuerdo de nada más a partir de ahí” (Sonia, 27 años)

Extracto del Diario de Campo (O.8).

Este tipo de historias y anécdotas de momentos donde hubo consumo excesivo en el grupo se repetían sin cesar en las salidas de los jóvenes durante trabajo de campo, repeticiones que (re)creaban memorias y mementos de este tipo de consumo. Los grupos de amigos rememoraban entre risas historias de borracheras memorables, de comportamientos excesivos y de miembros del grupo “descontrolados”, historias que se erigen como hitos en la trayectoria y cohesión grupal. Así, a menudo estas anécdotas son muy valoradas puesto que dotan al grupo de cohesión e historia; las experiencias de exceso compartido reafirman la pertenencia grupal y vertebran la trayectoria de las salidas de ese grupo de amigos. Cada grupo de jóvenes que salen juntos ha construido parte de su historia sobre episodios no ordinarios de exceso. Al igual que de manera personal los jóvenes tratan de “vivir experiencias” a través del consumo, esto ocurre también de manera colectiva. Revivir estas experiencias a partir de su narración reafirma la pertenencia al grupo, que se fortalece a través de su relato. Es por ello que, en general, a no ser que se trate de episodios considerados muy negativos en los que la pérdida del control sea total y conlleve acciones especialmente poco valoradas entre los jóvenes (violencia, riesgo extremo para la salud, acoso sexual, etc.), estas anécdotas tienen un valor muy positivo y sus protagonistas también. Estos relatos suelen tener un punto de transgresión y rebeldía, de desinhibición, de diversión y de placer, y reflejan así todos aquellos aspectos que son valorados en relación con el consumo. Para que estos aspectos puedan convertirse en capital simbólico, es necesario que sean vistos o escuchados en forma de narración (Lunnay *et al.*, 2011). Esto nos ayuda a entender la “performatividad” del consumo de estas sustancias (Lunnay *et al.*, 2011).

Aun así, en algunas de estas historias las prácticas de los personajes estaban asociadas a práctica del consumo no valoradas, en cuyo caso sus protagonistas tendían a asimilarse a esas figuras negativas del exceso que hemos mencionado anteriormente, como la del drogadicto. Sin embargo, muchas veces, narrados con sentido del humor, estos episodios se convertían en aventuras divertidas, donde los jóvenes se transformaban en personajes transgresores, graciosos y líderes:

(...) Dentro del autobús me empiezo a marear que flipas, y estaba petado el bus, y recuerdo en plan que me levanto, meto codazos así como si no hubiera un mañana, y le digo: "Ábreme el bus, pero ya", encima le hice así (chasquea los dedos). Lo abrió, y eché toda la pota cuando se piró. Toda la pota. Y me quedaban aún tres o cuatro kilómetros para casa. Y era el último bus. Digo: "No puede ser". Y claro, yo lo que hice fue andar un kilómetro, y de repente veo una churrería abierta y digo: "Dios, dime que llevo dinero", abro la cartera y tenía cinco pavos, y yo: "¡Vamos!", y me compro unos churros y me fui todo el camino comiendo churros. Llego a casa, pero ya estaba reventado de caminar claro, llego a casa y no tengo llaves. Y son las seis de la mañana. Y yo: "¿Qué hago tío?". (...) Voy por detrás y me cuelo en mi casa como si fuera un puto ladrón, pero o sea, ¡como un ladrón! Encima lo hice con un arte que... porque al día siguiente lo hice sin estar borracho y no me salió tan rápido, me rayé mazo, casi me caiga. Pero borracho yo hice, o sea, mi único objetivo era entrar. Como un lince salté la valla, tú, y pasé. Abro la verja, tú, y me tiro al sofá como un plomo y me duermo. Al día siguiente me despierto, veo a mi tío leyendo el periódico, mi tía con el ordenador, mis primos desayunando viendo los dibujos, mi madre haciendo la comida ya, porque la hace muy pronto, y yo en calzoncillos en mitad del salón. Y yo: "Madre mía" (todos ríen) (Jorge, 17 años).

En esta historia, Jorge consigue convertir un episodio que seguramente vivió con angustia en una anécdota graciosa, en la que varios elementos no valorados del exceso en el consumo adquieren una connotación positiva transformándose en elementos valorados asociados a la transgresión, la desinhibición y el placer. Vemos con esto que otro posible efecto de la narración de episodios de exceso parece ser relativizar experiencias negativas de consumo. Los jóvenes que las han vivido les restan importancia a través de estos relatos, ya sea justificándolas por un contexto concreto y específico que tuvo lugar ese día y que por lo tanto no tiene que volver a darse, subrayando su "normalidad" en la narración o afrontándolas desde el sentido del humor. De esta manera, episodios que seguramente se vivieron con preocupación en el momento se convierten en relatos divertidos que pueden contarse a los amigos y otorgar así capital simbólico dentro del grupo de pares. El consumo de alcohol y otras sustancias da pie a formas de capital cultural y puede verse como un objeto socialmente simbólico capaz de comunicar distinciones sociales (Lunnay *et al.*, 2011). El propio sentido de diversión y seguridad que da a los jóvenes el consumo de alcohol y otras sustancias viene, por tanto, determinado por la sensación de aceptación y pertenencia al grupo que los jóvenes experimentan a través de las prácticas de consumo colectivo. En estas prácticas, no todos los comportamientos aumentan el status, por lo que es importante comportarse de una determinada manera y no de otra al consumir. Para que la acción repercuta en el capital cultural es necesario que ésta sea vista, lo que determina la importancia de beber en grupo y el papel esencial de las redes sociales como *WhatsApp* o *Facebook*, que se utilizan como plataformas con este fin. Como pudimos observar durante el trabajo de campo, las redes sociales están presentes como vías de comunicación entre jóvenes, sobre todo de cara a los preparativos de la salida y en cuanto a las relaciones sociales que fundamentan las experiencias del grupo y actúan otorgando status a determinados miembros además de exaltando la amistad entre los pares.

Muchos estudios han analizado el grupo como una entidad influyente en la percepción del comportamiento hacia el consumo (Lo, 1995); si el grupo de pares bebe, el individuo asume que es un hecho normalizado además de ser socialmente valorado y una representación colectiva asociada al "ser joven". Los conceptos, las actitudes y los comportamientos frente a las drogas se fundamentan en buena medida en aspectos claves de la socialización tratándose incluso, el uso de drogas, como un riesgo socializado. El deseo particular es formar parte de esa realidad, identificarse con ella y, en función de esa necesidad, se asumirán las pautas grupales como propias (Rodríguez, 2008). Hacer lo que hacen los amigos, compartir sus experiencias desde la confianza, aporta sentido y seguridad a la identidad personal. El deseo de ser aceptados por el grupo surge como un eje de iniciación hacia el consumo. Beber alcohol o consumir drogas son actos sociales que tienen sentido en el contexto del grupo; no sentirse distinto es la otra cara de la misma moneda, en la medida en que distinguirse en un grupo puede significar excluirse de él. El consumo es cosa de jóvenes según el imaginario social. El que resulta caracterizado como grupo de pertenencia parece resumir todo lo legítimo y lo auténtico, mientras que en el "otro" aparece lo "falso" y lo "malo". (Megías, 2004).

Los signos de efusividad entre pares se ven incrementados cuando media el consumo de ciertos estupefacientes y alcohol. La exaltación de la amistad suele darse en las últimas etapas de la salida, una vez se ha llevado a cabo una importante ingesta de drogas. Se comparten gracias y virtudes, se incrementan las muestras de afecto y euforia además de sentirse

y escenificarse una mayor confianza y cercanía entre pares: “Con el M he hablado cosas con un amigo que no hubiera hablado nunca. Hemos llegado a puntos que no habríamos llegado” (Óscar, 23 años). Estas demostraciones afectivas profundizan y refuerzan más si cabe la pertenencia al grupo de pares.

Entonces, Laura (24 años) anunció: “Yo ya he decidido que voy a pegármela hoy en vez de mañana”, y llamó a un amigo (Fernando, 22 años) para que se nos uniera. Al ver que no le respondía, puso voz de contestador automático y dijo: “Su colega está demasiado puesto para descolgar el móvil”. Llegó Fernando y Héctor (25 años), le saluda llamándole “drogolega”.

Extracto del Diario de Campo (O.15).

La exaltación de la amistad supone, de nuevo, hacer alusión a anécdotas anteriores relacionadas con el consumo: “Y lo que se suele recordar (...) las cosas que hacemos en el grupo, en plan cantar una canción, o bailar algo juntos, o los momentos así, pues “emocionantes”, en plan de risa, o de amor entre todos” (Selene, 23 años). Esta exaltación implica, asimismo, cierto reconocimiento de algunos de los miembros del grupo, lo que suele vincularse con las figuras de liderazgo de las que también hemos hablado anteriormente.

El anhelo por conocer gente y hacer amigos y buscar nuevos ambientes de expansión de la sociabilidad son otros de los motivos para la ingesta compartidos entre muchos jóvenes cuando tienen lugar las salidas de ocio. La desinhibición provocada por los efectos del consumo excesivo facilita las relaciones interpersonales y la posibilidad de crear nuevos grupos de pares donde se compartan gustos y posibles “necesidades”. Básicamente, la motivación de conocer gente y hacer nuevos grupos de pares se vincula con compartir experiencias, espacios y tiempos de salida, además de consumos:

O con gente que conozca, y sentirme cómoda con esas personas, y entonces conocer gente nueva y decir: “¡o, qué guay, conocimos a éste, estuvimos haciendo el tonto”, cosas así, o incluso con las personas que a lo mejor conocía un poco, intimar más” (Delia, 23 años).

2.4. La vivencia de nuevas experiencias

Detrás del consumo excesivo puede estar el deseo de experimentar, de probar cosas nuevas, de involucrarse en diferentes ambientes y experiencias que pueden vincularse con la idea de “ser joven” o con actitudes como “aprender” o “madurar”, lo que va ligado a su vez a la actitud impulsiva e inquieta asociada con los jóvenes :

Ser joven lo asocio un poco con el ser impulsivo, con el estar... tener esa necesidad de estar realizando cosas todo el rato... y, ya, no sólo hobbies o actividades o tal sino un poco, el ser capaz de ponerte metas, de conseguir esas metas, de avanzar, de equivocarte, de caerte, de levantarte... un poco todo eso... aprender... lo que viene siendo aprender” (Juan, 27 años)

En relación con esta vivencia de “experiencias” en una trayectoria de aprendizaje, se marca con claridad la importancia de las variables edad y género. La primera hará referencia a lo que supone “ser joven” en términos de madurez e inmadurez. La segunda estará relacionada, directamente, con el anhelo de representación de hombría y/o feminidad en el grupo de pares. La experiencia supone la experimentación, para muchos jóvenes, con el alcohol y otras drogas. Si los resultados han sido positivos, el consumo puede verse incrementado. Sin embargo, si han sido negativos o incluso traumáticos, puede darse una disminución del consumo normalmente temporal, o bien un cambio en las pautas, o incluso puede llegar a abandonarse la ingesta. Otras experiencias previas, no necesariamente relacionadas con el propio consumo, pueden incidir en la desmotivación:

En otro viaje en ascensor —pues había muchas cosas que trasladar a los coches en el garaje— Rodri (27 años) y yo bajamos las cervezas, la nevera y los hielos. Es entonces cuando le pregunto que cómo es que él no bebe nada y que cómo aguanta toda la noche. Me dice: “Aguanto mejor que cualquiera, al final. Yo con mi música tengo suficiente. Yo nunca he bebido mucho, igual un par de copas. Antes me drogaba algo pero tampoco mucho y ya nada. Yo creo que ha sido por cosas que oyes en casa, cosas que vi de pequeño. Igual llegabas y tu madre te decía, no muy contenta: “Tu padre aún no ha venido, está en el bar” y, pues eso, sólo de oídas ya me quedé con eso como que no era algo bueno. Era algo malo. Yo creo que ha sido por eso, pero, vaya, que aguanto yo mejor que cualquiera de todos estos”. Extracto del Diario de Campo (O.5).

Así pues, los saberes del consumo son saberes prácticos, incorporados. El desconocimiento respecto a una particular sustancia, forma de consumo y efectos puede derivar en una curiosidad y en el anhelo de obtener información y, tras ello, bien incorporarla —“lo vas descubriendo y cuando lo descubres, dices: “vale, este es mi sitio. Aquí me quedo” (Joaquín, 24 años)— o, bien, rechazarla. El exceso, para muchos de los jóvenes del estudio, podría traducirse, en ocasiones, como la falta de experiencia en los consumos. El “experimentar”, entonces, supone la adquisición de un conocimiento paulatino y de primera mano de los efectos que se pueden esperar al ingerir ciertas sustancias:

Para mí, consumo excesivo es cuando no te conoces suficiente y... o sea, como que no calculas bien lo que necesitas y entonces se te va de las manos y lo que estás buscando, que es disfrutar, al final, se convierte en una desgracia, ¿Sabes? y te fastidias la noche, el día, la mañana... lo que sea” (Ainhoa, 24 años).

Las “experiencias” de los jóvenes parecen ser constitutivas de un período de la vida, la “juventud”, que se entiende como un rito de paso que completa el aprendizaje. Muchos de los jóvenes del estudio consideran que cuando eran más pequeños consumían más, de una manera más peligrosa y menos consciente. Sin embargo, con la edad, la experiencia y la adopción de responsabilidades, el consumo desciende, como también lo hacen los riesgos al existir un mayor control por parte de los jóvenes que se asocia a madurez, a conocimiento y elección, como expresan las siguientes palabras: “Y me alegro también de esto que te digo, que me veo más maduro, que sé cuándo mi cuerpo me está diciendo: “No, Juan, hoy no” y sé cuándo mi cuerpo me está diciendo: “Juan, hoy sí” (Juan, 27 años). La idea de “ser joven” se despliega en la autopercepción juvenil como una especie de gradiente según el cual a más edad se entiende que hay más experiencia y, por tanto, más madurez respecto al consumo. Por el contrario, a menos edad se supone mayor inmadurez. Sin embargo, también es verdad que la edad y la experiencia en el consumo determinan en muchos jóvenes una mayor asunción de riesgos —consumir nuevas drogas, adoptar prácticas de policonsumo, etc.— que suelen ir de la mano de estrategias más complejas de gestión de las ingestas. En todo caso, consumir unas drogas y no otras para “ser mayor y ser guay” es una práctica asociada para los jóvenes a una idea de control sobre el consumo y de asunción de las consecuencias frente a la falta de responsabilidad que se asociaría con la inmadurez de las edades más tempranas. Los propios significados de lo que es ser joven suelen recoger esta diferencia, según la edad de quien lo defina: “Definición de lo que es ser “joven”, inmadurez, básicamente” (Rafael, 19 años).

En algunos casos, esta aducida falta de madurez se traslada en frases como “qué divertido, vuelvo a tener 15 años” o “empecé a beber como un adolescente; bebía como una quinceañera” (Juan, 27 años). En cuanto a la variable edad, también salen a relucir expresiones como: “Si no lo hacemos ahora, no lo haremos nunca” implicando una vinculación directa entre “ser joven” y el consumo de alcohol y otras sustancias. Los tiempos asociados al consumo de atracción también se ven afectados por esta concepción del “ser joven”: “cuando empezamos a salir pues éramos adolescentes y todo sucedía mucho más pronto. En plan: quedabas más pronto, te emborrachabas más pronto, te ibas a tu casa pronto” (David, 16 años).

La distinción entre drogas *duras* y drogas *blandas* también se relaciona con esta concepción de la juventud. El consumo de las primeras representa en ocasiones una etapa de mayor madurez, puesto que el paso por fases previas de consumo se traduce según los jóvenes en una mayor capacidad de control que permite un acceso más seguro a la experimentación con el primer tipo de sustancias. Las drogas *blandas*, por su parte, representan la etapa de la iniciación en el consumo en las edades más jóvenes y se asocian por lo tanto a la falta de experiencia: “El consumo es progresivo pero también es acumulativo” (Juan, 27 años). Esta marca temporal dentro de la edad juvenil según la cual la madurez se señala a partir de la distancia con otros “más jóvenes” que uno, está constituida no solo por prácticas de consumo distintas, sino también por otras diferencias —muchas veces asociadas—, como por ejemplo en relación con los gustos musicales. “Cuando éramos más pequeños escuchábamos a los Fleshtones y ahora electrónica y drum & bass. Tendría que ser al revés, ¿no?” (Darío, 24 años). La cita introduce una pregunta retórica que pone en entredicho la idea, generalmente asumida, de que la escucha de música electrónica es propia de personas más jóvenes que el hablante.

El “ser joven” versus “ser adulto” constituye una diferencia muy significativa que incide en el consumo y en las distintas formas de ocio —y, a la viceversa, es una diferencia que se marca, entre otras cosas, a través de las mismas prácticas de ocio y de consumo de drogas—. La adolescencia se representa como una etapa para vivir experiencias inéditas. Un cierto anti-conventionalismo está a menudo presente, aunque generalmente se mantiene dentro de los límites admitidos socialmente como normales, legítimos y aceptables para la juventud (Mac Nally et al., 1998). Con respecto a la variable género, Measham (2002) ofrece un argumento similar, según el cual el consumo puede verse como un camino para “hacer género” —además de edad—. Así, los jóvenes construyen su identidad de género, sus modelos deseados de hombría y feminidad, también mediante su relación con el consumo (Simonen, 2011).

2.5. Las transgresiones

El deseo de transgredir ciertas normas que operan en los tiempos y espacios cotidianos lleva a los jóvenes a consumir en exceso ciertas sustancias psicoactivas que, en su percepción, les liberan de lo convencional y del sometimiento a leyes, normas, usos y costumbres sociales “adultas”. Estas transgresiones pueden observarse en tres niveles: el social, el físico y el sexual. Un ejemplo del primer caso: “Pues, por ejemplo, nada más de que esté prohibido, por ejemplo, es un factor que yo creo que... lo prohibido llama, por ejemplo” (Joaquín, 24 años). Una transgresión que estaría directamente vinculada con la sensación de libertad e independencia con respecto a las rutinas y normas sociales, lo que ocurría, por ejemplo, cuando los jóvenes de nuestras observaciones bebían alcohol en un autobús, metían una botella de vino en la discoteca (O.19), o practicaban el botellón en calles y plazas. En lo que atañe a la dimensión física, la transgresión hace referencia al propio pudor corporal, y se concreta en conductas como orinar en medio de la calle, a la vista de todo el mundo (O.8). Se transgrede el orden habitual de las cosas y se produce la alteración de las dimensiones espacio-temporales de la cotidianeidad; una transgresión que, no obstante, puede llegar a verse normalizadas tras la recurrencia de las conductas que la definen. En el exceso desde el punto de vista de la transgresión se ponen de manifiesto, asimismo, los “cuerpos grotescos” (Pennay, 2012), los cuerpos que pierden la noción de estabilidad y equilibrio y experimentan caídas, ausencia de pudores y exhibición de lo privado en público. Respecto a lo sexual y a las relaciones sentimentales, algunas jóvenes, especialmente chicas, señalan la existencia de diferencias respecto al género en las prácticas de consumo y sus efectos. Así, en lo que es una percepción generalizada, serían los hombres los que potencialmente “se aprovecharían” de situaciones en las que la mujer ha consumido en exceso, transgrediendo con ello las normas de lo socialmente asociado con la feminidad y sobrepasando los límites de lo políticamente correcto:

Entonces se sienten todavía más echaos para delante y, luego, por otra parte, les puede servir para justificarse cuando al día siguiente les digan: “acosaste a esta chica. “Buah, perdón, tal, es que iba mazo ciego, no sé qué, tal”. Y luego para las tías, lo que hace; a vista de lo demás, ¿vale? es que pierden totalmente el control (...) Yo creo que para la gente, las chicas, como seguimos siendo más débiles y todo el rollo, la chica que se droga es una chica mazo... no sé... como... no me viene la palabra pero... como que... como que no tiene control sobre su ciego, ¿vale?; entonces está más vulnerable... no sé si es vulnerable la palabra, pero como que entienden que tienen más posibilidades de acercarse, follar o tal y que no va a poner tanta pega porque como va ciega y no tiene control sobre su ciego...” (Ainhoa, 24 años).

El consumo parece facilitar la actividad sexual, aunque el sexo, cuando la ingesta de ciertas sustancias psicoactivas está involucrada, puede no estar consensuado en todos los casos, como se manifestaba en la cita anterior. El alcohol facilita la comunicación y que ésta sea más directa entre hombres y mujeres en lo que a la actividad sexual se refiere. Al mismo tiempo, hace que las conversaciones sobre el riesgo disminuyan (llegando incluso a suprimirse) y que determinados riesgos —asociados a las prácticas sexuales sin protección, por ejemplo— puedan verse incrementados. El consumo, como ponen de manifiesto diversos autores, aumenta la (auto)confianza y baja la percepción del riesgo, incrementando la desinhibición y la pérdida de control (Lindgren *et al.*, 2009: 17).

La desinhibición ocasionada por el consumo sirve a muchos jóvenes de trampolín para comportarse de una manera distinta, poco habitual y superar sus propios condicionantes para actuar en público: bailar, tener conversaciones más abiertas, mostrar comportamientos más efusivos, etc. En palabras de los propios jóvenes: “yo necesito otra copa para bailar más” (Silvia, 27 años). Asimismo:

La gente normalmente con el alcohol es como que se desinhibe bastante, es decir, que pueden hablar de muchas más cosas, que ser torpe o hacer el idiota no tiene importancia... Como que en general te da más igual lo que la gente piense de ti a la hora de actuar” (Selene, 23 años).

Otra de las consecuencias de la transgresión de ciertas normas, reglas y rutinas que asocia con el consumo es la aparición de ciertos conflictos que se producen en los espacios y tiempos de salida. Especialmente notorio es el riesgo asociado a la violencia, la tendencia a la agresividad y las peleas en el contexto festivo, aspectos todos ellos valorados negativamente por los jóvenes. Del mismo modo, se destaca como algo muy desagradable el que, debido al exceso en el consumo, uno mismo o algún amigo del grupo sean expulsados de los locales de ocio, o que directamente no se les haya permitido el acceso.

*En el trayecto hasta Cibeles, Rubén (22 años) se pone a llorar: “Es que soy un puto niño y le he arruinado el cumpleaños a mi piba. Lo que tenía que haber hecho es lo que pensaba al principio; no beber e irme pronto que mañana tengo partido y punto”. Espe (20 años) intenta calmarle pero él se siente muy culpable diciendo además: “María últimamente está muy rara y todo es por mi culpa; que soy un puto niño y no le doy más que problemas y encima bebo y se me va la olla”.
Extracto del Diario de Campo (O.2).*

El período de transición que supone la juventud tal y como está construida socialmente en nuestra sociedad condiciona en cierto modo una experiencia liminal en la que las relaciones socioculturales ordinarias y las normas son temporalmente suspendidas; una temporalidad que favorece la violación de expectativas sociales y culturales además del rechazo del cumplimiento de ciertas normas. El consumo podría, incluso, en ciertos contextos, erigirse (en la percepción de los jóvenes) como un ritual de rebelión en el que se pondría de manifiesto un reto a la autoridad, el orden social y el control jerárquico. Las formas de transgresión que pueden experimentar los jóvenes mediante el consumo también pueden servir al efecto de liberar(se) del estrés interior y presiones externas.

Podríamos asimismo hablar de una transgresión negativa de la transgresión que en sí misma constituye en consumo: la caracterizada por el consumo adictivo, rutinario. La figura del “adicto” adquiere rasgos negativos, concebidos por lo general como causa de desintegración social e individual pues se trata alguien que consume solo y de forma cotidiana: las formas del consumo recreativo, que es el socialmente aceptado, serían transgredidas en el afán irresistible de experimentar una vez más, fuera de los espacios-tiempos acotados para ello, los efectos del consumo. Esta idea del consumo habitual como un consumo excesivo en un sentido negativo, se aproximaría a la noción de un estado salvaje desmesurado, del lado de la naturaleza, donde se encontraría el adicto —a diferencia del consumidor sin más, que se localizaría, sin embargo, en el lado más civilizado, el de la cultura—.

El alcohol y otras sustancias tienen una funcionalidad innegable entre la población adolescente, ya que permiten jugar con los límites de lo permitido y lo no permitido dentro de las posibilidades configuradas socialmente (Elzo, 2010:75). En líneas generales, los consumos socialmente aceptados se consideran normalizados y “controlados” dentro del grupo de pares. Sin embargo, lo que sale fuera de la norma social del grupo en cuestión se estigmatiza y se valora negativamente, a menudo a través de la mención a la adicción, al “enganche”, términos habitualmente asociados a las prácticas de consumo cotidiano e individualizado, fuera de los espacios de las salidas de ocio. Parece que el consumo tolerable es el que se ve arropado por el colectivo en los espacios y tiempos comunes de la diversión y fiesta, los únicos en los que se puede ser “consumidor” de drogas y no —algo considerado muy diferente— “adicto” a las drogas.

2.6. El fácil acceso a las sustancias

Otra de las motivaciones asociadas a la ingesta de alcohol y/o drogas que los jóvenes aducen es la facilidad de acceso que, por ejemplo, presentan el alcohol y el hachís, pues pueden localizarse en cualquier espacio y, prácticamente, tiempo. La facilidad de acceso a ciertas drogas se vincula directamente con la normalización de su consumo entre los jóvenes. Así, se aprecia cómo se ha ido normalizando el consumo de drogas ilegales al mismo tiempo que se ha generalizado su uso vinculándose al ocio juvenil, integrado en la sociedad. Una droga que se hace habitual en el ámbito del ocio juvenil se normalizaría, estando el ser “joven” directamente vinculado, al menos en potencia, con el consumo de dicha droga (Rvinen y Demant, 2011). “Algún vicio hay que tener. Lo primero, porque es muy fácil conseguirlo; es muy fácil y no está tan mal visto y se ha normalizado una cosa que no es normal” (Juan, 27 años). Asimismo, los juicios de valor respecto a lo que es aceptado y lo que no también normalizan el uso de unas sustancias y, por el contrario, no de otras. Según nuestra observación, lo más accesible es igualmente lo que se consolida como consumo normalizado, siempre en el marco de un consumo compartido dentro del grupo de pares. Así por ejemplo, la facilidad de acceso a sustancias como el alcohol supone que su consumo sea más habitual que otros, estando de facto directamente asociado al ocio juvenil (Mac Nally *et al.*, 1998).

El factor económico también es otro factor que influye en el acceso a unas drogas u a otras. Un factor que se vincula directamente con las trayectorias de consumo respecto a la variable edad. Pareciera como si el “ser (más) joven” implicara una menor disponibilidad de recursos económicos, mientras que el paso al “ser adulto” estaría marcado por una suerte de *deprecarización* sostenida en una situación socio-económica distinta que adquieren los jóvenes cuando tienen el privilegio de acceder a una ocupación laboral remunerada. El joven consume para alcanzar expectativas de consumo más próximas al consumo de atracción. Por ello, el joven de más edad, al disponer —generalmente— de una economía más holgada y,

sobre todo, sobre la que tiene un mayor control personal, parece que hace un gasto no necesariamente más limitado pero sí más selecto al mismo tiempo que menos impulsivo, aunque esto no ocurre evidentemente en todos los casos ni en todas las situaciones.

Si el acceso a los consumos se normaliza hasta el punto de hacerse cotidiano, sin alojarse sólo en el casillero del uso recreativo, el consumo puede iniciarse en grupo para luego convertirse en algo que no necesita de compañía para llevarse a cabo. En todo caso el que el consumo sea habitualmente un fenómeno de grupo es muy a menudo una de las motivaciones —y justificaciones— no solo para el consumo en sí, sino para el desarrollo de unas u otras prácticas de consumo.

La culpa, “mal de muchos consuelo de tontos” (...) lo hace todo el mundo, si lo hace todo el mundo no está tan mal, si lo hace todo el mundo no me voy a sentir yo tan mal, (...) el hecho de que la gente lo haga lo justifica. Y esa justificación grupal te ayuda a dar el paso a hacerlo tú con tus circunstancias personales” (Nacho, 23 años).

En relación con el grupo, determinados consumos también se normalizan cuando sus miembros los practican en conjunto. Si un grupo —por ejemplo— es consumidor habitual de cannabis y no, en cambio, de drogas de síntesis, sus miembros verán como normal el consumo de la primera sustancia y quizás no de la segunda, pudiendo incluso rechazarla. Así, la normalización del consumo “reside, en parte, y es necesario tenerlo en cuenta, en la tradición (...) conjunción de fenómenos cristalizados en automatizaciones y procesos reflexivos, conforman la vía de cómo se hacen y deben hacer las cosas. La tradición es, en principio, el orden positivo en tanto fuerza de la costumbre o hábito que se abre camino sobre el caos de las posibles alternativas. Dicha tradición construye un pathos, una forma de actuar intuitivamente que involucra normas estéticas y automatizadas” (Apud, 2009: 6). Se trata de un hábito empático y espontáneo debido a la familiarización de patrones de conducta que se interiorizan como “normales”.

Retomando el tema del acceso y la situación económica de los jóvenes, Elzo (2010) sostiene algo que se constata en nuestro trabajo etnográfico: la ausencia de dinero suficiente para ciertos consumos es una de las razones que propician la existencia del botellón y de reuniones en lugares públicos, más económicos que ciertos bares y discotecas. El consumo de alcohol se ve muy influido por esta variable económica: “Prefiero tomarme unas cuantas cocteleras que sale más barato y no comprarme dos copas en un local, mucho más caras y que, además, no tienen los mismos efectos; no es tan rápido” (Andrea, 21 años). Se bebe en la calle (*botellón*) porque es más barato, se acude a raves donde no hay que pagar entrada o a ciertos locales donde los precios son inferiores. En la elección del consumo, por lo tanto, influye también la capacidad económica para consumir unas u otras sustancias, en mayor o menor medida, en unos u otros espacios de ocio. Entre los jóvenes de menor edad suelen ser más habituales los consumos —más baratos— de vino (calimocho) o cerveza, además del de hachís y marihuana, mientras que entre los jóvenes de edades superiores tiene lugar el consumo de bebidas espirituosas de mayor gradación y mayor coste y el consumo de drogas de síntesis; llevándose a cabo, en algunos casos, el consumo acumulativo de unas y otras sustancias:

Es así, está la cosa jodida, y si te has administrado mal la semana te quedas sin un duro. Es así. Así que... el día que se da bien, o yo que sé, esa semana has fumado menos y te han sobrado cinco pavos, y a otro colega le han sobrado cinco pavos, pues ya está. Depende de la situación. Hay veces que está de puta madre. Que vamos, estás sobrado, tienes dinero, tienes lo otro, y hay otras veces que no tienes dinero, no tienes speed, no tienes para fumar, no tienes nada” (Paula, 19 años).

Algunas alternativas a las limitaciones que impone el poder adquisitivo son formas de consumo distintas de las convencionales, que se fomentan debido a su bajo coste o, incluso, a su no-coste —como en la práctica del reciclaje de bebidas¹⁵—. En el caso contrario, cuando la capacidad económica es superior, generalmente cuando los jóvenes desempeñan ya una actividad remunerada en el ámbito laboral, no es extraño que realicen un gasto mayor en los consumos o que, al menos, esto no sea motivo de preocupación. Una mayor capacidad económica también puede estar relacionada con la extensión de los consumos al plano de la vida cotidiana, algo que —como hemos visto repetidamente— está en general mal considerado.

¹⁵ Reciclaje de bebidas: Acción de “recolectar” el alcohol sobrante que otras personas han desechado para consumirlo uno mismo.

Para empezar es factor social y lo peligroso con las otras es cuando lo haces solo (...) Estudiaba con speed, tío, y es como, puf (...) Yo, hace unos años, me drogaba más de lo que me drogo ahora; bastante (...) Y fue cuando pensé: "No. No me mola" porque ya estás haciendo de algo normal, una cosa que antes era una situación especial (Juan, 27 años).

"Pues los porros casi a diario y ya no lo veo como algo tan, que me desinhiba tanto. El speed sobre todo. Porque no tengo una mierda de ganas de ir a clase, porque voy súper cargada, tengo que coger el metro, que no me gusta nada coger el metro, entonces justo cuando voy a salir de casa es como "Dios, no quiero ir, me quedaría aquí en casa y tal", pues cojo me pongo un tiro y es en plan de "me voy para clase" (Paula, 19 años).

Las citas anteriores muestran un uso no recreativo sino cotidiano, al efecto de que la vida del día a día resulte en un sentido u en otro más llevadera, agradable y fácil. Parece similar al consumo diario de porros que hemos observado entre algunos jóvenes, con la diferencia de que el speed es una sustancia con efectos diferentes (activación, frente a la relajación del cannabis, etc.). En el proceso de normalización del consumo de una sustancia se pueden identificar, según Järvinen y Ravn (2011), cuatro técnicas de neutralización: redefinición de la unión del grupo en torno al consumo, mayor control de los efectos de la sustancia, revalorización del consumo y aumento de las situaciones aceptadas de consumo. Vemos que estos elementos, también graduales, están presentes en el discurso de Paula.

El hábito o costumbre de utilizar ciertas sustancias como forma de resistencia o necesidad para realizar ciertas actividades que tienen lugar en la vida cotidiana también existe, como ejemplifican los discursos, entre algunos jóvenes: "para sobrellevar/ aguantar el día a día", "para aliviar la ansiedad", "para dormir", "para trabajar", "para estudiar", "para concentrarse" (E.12), (E.1), (E.2). En estos casos, el consumo diario puede suponer una motivación asociada a la necesidad de escapatoria, de refugio, debido a ciertas condiciones difíciles personales y/o estructurales. Los jóvenes de nuestro estudio reflejan estas circunstancias que viven desde una intensa ambigüedad: entre la autodefensa —declarando que el consumo cotidiano es una opción perfectamente válida— y la sensación de que no deberían estar haciendo lo que hacen.

Retomando la variable de la edad, relevante en lo que concierne al acceso al consumo, pueden observarse progresiones etarias. Las experiencias pueden crear hábitos en cuanto a consumos progresivos, al mismo tiempo que suelen ser estos acumulativos en base a dicha experimentación:

Creo que es bastante progresivo pero porque es natural, por edades propias. Empiezas a beber, primero; yo, casi... sí, empiezas a beber primero, luego a fumar; luego va esto, luego no sé qué... y, también, es progresivo pero... hay unos pasos que... yo he dado unos, otros han dado más y otros han dado menos. Y... es progresivo pero luego, a parte, lo que pasa no es que pases a una y el resto lo quites sino que se va acumulando: primero bebes; luego bebes y fumas; luego bebes, fumas y te drogas; luego bebes, fumas, te drogas y no sé qué y... van siendo muchas cosas. Entonces creo que es progresivo pero al final es acumulativo" (Juan, 27 años).

2.7. Las motivaciones para no consumir

Respecto a la idea de no consumir o de parar de consumir en un momento determinado de la salida, es importante considerar el concepto de control. "Controlar" significa para los jóvenes ser conscientes de la ingesta y, por ello, saber y ser capaz de dejar de consumir cuando sea preciso —para lo cual es necesario atender a los límites que eviten la llegada a estados indeseados debido a la ingesta de sustancias estupefacentes—:

No, tío, a mi es que no me gusta estar fumado. Me encanta el sabor pero lo de estar fumado, nada. Paso, gracias (...) No sé, tía, a mi es que me ha sentado mal tantas veces que no me gusta esa sensación. Igual un día que estoy en casa tranquilo viendo una peli, más a gusto pero así bebiendo y por la calle; me da cosa que me pegue un chungo" (Pablo, 27 años).

Esta idea de control va de la mano de la noción de experiencia ligada a la madurez que los jóvenes asocian al "yo controlo", una madurez que se expresa, por ejemplo, en que sean ellos mismos quienes tomen la decisión de abandonar el consumo en determinadas jornadas de ocio. En las observaciones hemos registrado diferentes motivos que les impulsan a detener el consumo a o largo de una noche. Sin embargo, esto puede ocurrir o no pues puede observarse como la propia práctica del consumo excesivo es la que va generando distintos comportamientos que no tienen por qué coincidir con

los discursos. Por tanto, una vez más, es el contexto el que media respecto al “joven” como persona-en-relación. Entre las motivaciones principales para parar de consumir se encuentra la siguiente: cuando “no se espera más” de la noche. Esto es, cuando la jornada está prácticamente acabada y parece haber llegado el momento de retirarse a casa. También se para de consumir cuando las expectativas de la noche no se están cumpliendo y se genera un desinterés hacia el consumo: “No, si nos vamos a ir ya también. Mañana, al final, tenemos todas cosas que hacer y la gente no quiere liarse hoy” (Juan, 27 años). Otro de los mecanismos que señalan esta gestión del consumo se traduce en el dejar de consumir cuando uno ya está “bien”, cuando se ha llegado al punto óptimo considerado (es decir, cuando han conseguido los efectos buscados) y se quiere evitar entrar en una fase en la que la sustancia empiece a sentar mal, o se teme alcanzar un punto más allá del cual ya no es posible el control:

A ver, drogarme tampoco lo considero necesario, aunque me gusta hacerlo. Sí que normalmente me gusta coger un poco el “puntillo”, y para que la noche me parezca divertida lo esencial es que pueda socializar, es decir, que me comunique con el exterior, y... no sé, y ya si bailo, estupendo” (Selene, 23 años).

La principal razón entre los jóvenes para detener el consumo es tener algo que hacer al día siguiente para lo que se requiera sobriedad —y ausencia del malestar asociado a la resaca—. Entre estas actividades, la más respetada es tener que trabajar. Asimismo, el realizar deporte, tener alguna visita familiar o planes de viaje también implican que el consumo se detenga antes: “Esta y me voy que mañana tengo un día duro. No puedo ir destrozao a currar” (varón, 27 años). Otra motivación es tener una fiesta al día siguiente para la que es necesario “reservarse”. Generalmente, estos motivos de no consumo o de consumo reducido están justificados dentro del grupo de pares además de valorados socialmente. El tener pareja también hace que disminuya el consumo excesivo. Este motivo, junto con el de tener que trabajar, hacen que los hábitos de consumo se reduzcan en la mayoría de los jóvenes de nuestro estudio a medida que cumplen años. El haber consumido mucho últimamente motiva también el parar de consumir, aunque sea en parte y/o temporalmente, entre otras razones porque puede haber hecho que aumente la tolerancia y por lo tanto, los efectos no sean tan positivos como solían ser. Esto ocurre típicamente con sustancias como el MDMA. Al hilo de lo expuesto y en relación con los elevados consumos, la resaca, por su parte, es un efecto no deseado que también puede suponer una limitación del consumo por parte de los jóvenes para así evitar las consecuencias físicas del día siguiente:

Hombre, si he desfasado pues bastante mala, porque no puedes hacer nada, básicamente. Si estás con resaca o lo que sea pues estás durmiendo y no estudias y ni haces nada, y eso perjudica también a tus estudios. Y si no he consumido nada pues, normal, como si fuera otro día (David, 16 años).

En su libro *Etnografía de la droga*, Mac Nally et al., (1998) exponen varias limitaciones al consumo que hemos podido observar en nuestra propia etnografía: las responsabilidades en cuanto a proyectos de vida, obligaciones como el trabajo al día siguiente o realizar algún deporte. Se trata de proyectos que pueden resultar incompatibles con el consumo excesivo de drogas. El malestar físico o mental son también otros de los motivos por los que los jóvenes limitan el consumo gracias a las experiencias previas de situaciones que no desean repetir. Si la experiencia ha sido negativa (un *amarillo*¹⁶, por ejemplo) o incluso traumática —ya sea para sí mismos o para algún miembro de su grupo de pares— puede derivar en una disminución del consumo llegando, incluso, a su abandono.

Hay personas que deciden no consumir sustancias psicoactivas (todas o algunas) no sólo una noche sino casi siempre. A veces no consumen porque, sencillamente, no les gustan esas sustancias o lo que implican para ellos. Este argumento no es siempre socialmente valorado y es cuestionado por algunos jóvenes, que no pueden entender por qué sustancias habitualmente consumidas a esas personas en concreto no les gustan. También puede ser que lo asocien con un comportamiento de poca hombría (en el caso de los varones). En otra vertiente, algunos jóvenes se sienten preocupados por las consecuencias físicas y psicológicas del consumo, los efectos sobre la salud, y prefieren no consumir. El reconocer no controlar el consumo es otra de las causas que mueve a los jóvenes a no consumir o a detener el consumo en un momento determinado de la jornada de ocio.

¹⁶ Bajada de tensión que puede ocurrir a veces al consumir cannabis. Se llama así por la palidez que adquiere el rostro cuando se padece. También se denomina pálida o blacón.

3. Conclusiones

Las motivaciones asociadas al consumo excesivo de alcohol y otras drogas entre los jóvenes de nuestro estudio son heterogéneas. Sin embargo, es notorio como el “nosotros” que constituye el grupo de pares es un pilar fundamental que mueve a los jóvenes hacia el consumo. El reclamo de lealtad y pertenencia al grupo como representación de identidad colectiva es enormemente relevante. Este consumo *intensivo* se ve justificado en la diversión, en un cierto sentido del hedonismo y la experimentación que se asocia a la etapa juvenil, además de en la búsqueda de evasión y libertad frente a las responsabilidades que se llevan a cabo durante la semana. Los jóvenes consideran que deben experimentar y, con ello, deben poner en juego el valor de la libertad, de la independencia para poder disfrutar y lograr las expectativas que se marcan en los tiempos y espacios de ocio.

Las experiencias o trayectorias personales son muy relevantes en la práctica del consumo de atracción pues aportan a los jóvenes un aprendizaje y conocimiento sobre los límites del consumo y permiten sofisticar el control sobre el mismo a pesar de que, en ocasiones, los propios jóvenes son conscientes de todas las ocasiones en las que no han sabido gestionarlo. Control y descontrol aparecen, así, como dos elementos imbricados que se presuponen mutuamente. La normalización del consumo se circunscribe a los espacio-tiempos del ocio de los jóvenes, apreciándose una dualización temporal donde el fin de semana es el tiempo de la fiesta y el consumo con los iguales. Se trata de experiencias que se dan fuera de los ritmos formales correspondientes a la semana “laboral” de lunes a viernes, donde prima la asunción de otras responsabilidades y normas sociales. A pesar de tratarse de consumos individuales con respecto a los que se aduce como motivación la de la elección personal, estos resultan ser hábitos que se han socializado en el interior del grupo y, más allá, han sido normalizados por el conjunto de la sociedad. El habitual “todo el mundo lo hace” habla, en este sentido, por sí solo.

Por último, es importante considerar cómo se modula la noción de riesgo percibido, pues es significativo cómo se alude a los problemas de los “otros”, que más raramente se perciben en uno mismo (France, 2000). El riesgo entendido como algo que hay que calcular pero también como algo a lo que hay que exponerse, supone “experimentar” para sentir en carne propia los límites de lo deseable y adquirir así un aprendizaje de lo que podría ocurrir en ciertas situaciones asociadas al consumo. Todas estas motivaciones operan diferencialmente en los contextos prácticos en los que los jóvenes consumen alcohol y otras drogas, y es en ellos donde deben ser entendidos.

4. Bibliografía

- Apud, I. (2009). *La estigmatización en el consumo de drogas ilegales*. Montevideo, Uruguay: CSIC, Universidad de la República.
- Bogt, T. T. (2002). "Dancestasy": Dance and MDMA use in Dutch youth culture". *Contemporary Drug Problems*, 29: 157-181
- Contreras, D. (1996). "Sujeto juvenil y espacios rituales de identidad: comentarios sobre el caso del carrete". *Última década*, 5: 1-17
- Elzo, J. (2010). *Hablemos de alcohol: por un nuevo paradigma del beber adolescente*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- France, A. (2000). "Towards a Sociological Understanding of Youth and their Risk-taking", *Journal of Youth Studies*, 3:3, 317-331.
- Järvinen, M., y Demant, J. (2011). "The normalization of cannabis use among young people – Symbolic boundary work in focus groups", *Health, Risk and Society*, 13, 165-182.
- Järvinen, M. y Gundelach, P. (2007) "Teenage Drinking, Symbolic Capital and Distinction", *Journal of Youth Studies*, 10:1, 55-71.
- Kolind, T., Demant, J. y Hunt, G. (2013). "Studies in youth, drug and alcohol consumption at the Centre for Alcohol and Drug Research". *Drugs: education, prevention and policy*, 20(6): 457-464
- Lasén Díaz, A. (2003): "Notas de felicidad extrema La experiencia musical dance." *Papeles del SEIC*.
- Lindgren, K., Pantalone, D., Lewis, M., y George, W., (2009). "College Students' Perceptions about Alcohol and Consensual Sexual Behavior: Alcohol Leads to Sex." *J Drug Educ.* 2009; 39(1): 1-21
- Lindsay, H., Advocat, K. (2009). "It's my time to shine... "Young Australians reflect on past, present and imagined future alcohol consumption", *Youth Studies Australia*, 28, (4), 44-51
- Lindsay, J. (2009). "Young Australians and the staging of intoxication and self-control". *Journal of Youth Studies*, 12, (4), 371-384
- Lo, C. (1995). Gender differences in collegiate alcohol use. *Journal of Drug Issues*, 25, 817-836.
- Lunnay, B., Ward, P. y Borlogdan, J. (2011). "The practise and practice of Bourdieu: The application of social theory to youth alcohol research" en *International Journal of Drug Policy*, v.22. no.6, Nov, p. 428 (9)
- Mac Nally, M. T., Menéndez, M.I., Rabetzky, N. y Viale, C. (1998). *Etnografía de la droga*, Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Measham, F. (2002): "Doing gender"—"doing drugs": conceptualizing the gendering of drug cultures". *Contemporary Drug Problems* 29 (2): 335-375.
- Megías, E. (2004). *Percepción social de la problemática de las drogas en España*. Madrid: FAD.
- Megías, E., Elzo, J. (2006). *Jóvenes, Valores, drogas*. Madrid: FAD.
- Nogués, AM. (2004). "Carnavalización y botellón. Una etnografía estadística del ocio juvenil en la provincia de Alicante" en Álvarez Sousa, Antonio (coord.) *Turismo, ocio y deporte*. A Coruña: Universidad da Coruña, pp.141-158.
- Olievenstein, C. (1985). "La Toxicomanía" en Eugenio Madueño. *El Baró de Viver, un barrio ocupado*. Cuadernos de estudios y documentación. Prevención (1989). Vol.3: 1-76.
- Pennay, A. (2012). "Carnal pleasures and grotesque bodies: Regulating the body during a "big night out" of alcohol and party drug use". *Contemporary Drug Problems*, Vol. 39, Issue 3: 397-428
- Pons, J. y Buelga, S. (2011). "Factores asociados al consumo juvenil de alcohol: Una revisión desde una perspectiva psicosocial y ecológica". *Universitat de Valencia. Psychosocial Intervention* vol.20 no.1 Madrid abr.2011, pp. 75-94
- Rodríguez, E. (2008). *Lectura juvenil de los riesgos de las drogas. Del estereotipo a la complejidad*. Madrid: FAD.
- Room, R. y Sato, H. (2002). "Drinking and drug use in youth cultures: 1. Building identity and community" en *Contemporary Drug Problems*, v.29. Issue 1
- Sande, Allan (2002). "Intoxication and rite of passage to adulthood in Norway" en *Contemporary Drug Problems*, v.29, pp.277-303.

- [Simonen, J. \(2011\)](#). "In control and out of control. The discourse on intoxication among young Finnish women in the 1980s and 2000s" en *Nordic Studies on Alcohol and Drugs*, v.28.
- [Treise, D., Wolburg, J.M y Otnes, C. \(1999\)](#). "Understanding the "social gifts" of drinking rituals: An alternative framework for PSA developers" en *Journal of Advertising*, v.28, pp.17-31.
- [Urry, J. \(2004\)](#). *Mobilities. Places*. Lancaster University; Polity. Reino unido
- [Voirol, J. \(2010\)](#). *Ritmos electrónicos y raves en la mitad del mundo. Etnografía del fenómeno tecno en Ecuador*. Quito: Abya-Yala.

3. PLACERES ARRIESGADOS: PERCEPCIONES Y SENTIDOS DEL *EXCESO*

Lara Alonso

1. Introducción: el exceso, una categoría polisémica y ambigua

A medida que nos adentrábamos en el trabajo de campo, y con él en la noche madrileña, en su desenfreno, sus fiestas prolongadas más allá del amanecer, con la presencia imponente y a la vez discreta de la droga¹⁷, la cuestión de la percepción de los jóvenes sobre el exceso ligado al consumo de estupefacientes se problematizaba más. Los discursos diferían, dependían del contexto y no siempre coincidían con las prácticas. Nuestra pregunta de investigación parecía complejizarse y no aceptar una única respuesta: ¿cuál es la percepción de los jóvenes sobre el exceso?

Los discursos sobre el exceso en el consumo de psicoactivos son socialmente contruidos y constantemente renovados por los jóvenes. Son por lo tanto complejos, diversos, dependientes de un abanico de variables (entre ellas, el género y la edad) y de aspectos contextuales (el grupo de amigos, los lugares por donde se sale y hasta el tipo de música que se escucha). Por lo tanto, la percepción de los jóvenes sobre el exceso en el consumo de drogas no es única, sino que diferentes percepciones dialogan y construyen significados socialmente relevantes en los que los sujetos inscriben y definen sus prácticas de consumo. En este sentido, nuestro objetivo no es negar los distintos niveles de daño que pueden estar asociados al consumo de estupefacientes entre la juventud, sino comprender las percepciones actuales de los jóvenes sobre el exceso y entender de qué manera desafían algunas de las ideas dominantes sobre las conductas de consumo juvenil.

En las últimas décadas, el consumo de drogas se ha generalizado en las prácticas de ocio de los jóvenes (Järvinen y Ravn, 2011). El antiguo consumo aparentemente asociado a subculturas marginales (Järvinen y Ravn, 2011) ha dado lugar a un nuevo consumo normalizado, llevado a cabo por los jóvenes "integrados" en la sociedad (Pennay 2012), que realizan un uso recreativo (Parker, 2003) y habitual. Estas prácticas de culto al hedonismo a través del consumo recreativo tienen como objetivo la búsqueda del máximo placer individual en el tiempo de ocio y, en este sentido, no se oponen a las normas socialmente establecidas del trabajo o la educación (Bogt *et al.*, 2002). Sin embargo, en una era en la que los discursos de salud pública juegan un papel esencial en la construcción y regulación del cuerpo (Beck, 1992; Giddens, 1991), las prácticas de consumo de estupefacientes de los jóvenes sí desafían en buena medida unos discursos hegemónicos que algunos autores han analizado en tanto mecanismos biopolíticos de control (Pennay, 2012).

¹⁷ Utilizamos "drogas", "sustancias psicoactivas" y "estupefacientes" (entre los que incluimos el alcohol) como sinónimos.

Había quedado con Nacho en el centro de Madrid en su pausa del trabajo para comer. Nacho es un chico bajito, con gafas y pelo corto castaño; tiene veintitrés años y bastante éxito laboral. A pesar de su corta edad, es autónomo y su empresa de producción audiovisual va muy bien. Además, es músico, y en este ámbito también le va bien, con una de sus composiciones en los rankings de “mejores canciones” de una conocida cadena de radio de música electrónica. Quizás por esto, Nacho transmite una elevada seguridad en sí mismo, a través de sus movimientos y su manera de hablar. Las veces que salí con Nacho y sus amigos, siempre fue él quien compró las drogas para el grupo. Una noche me dijo que había gastado cien euros en cocaína para invitar a sus amigos.

Era la primera vez que veía a Nacho de día. En realidad, le había visto de día dos veces, al amanecer, tras eternas noches de fiesta que se prolongaban hasta mitad de la mañana o la hora de comer. Era la primera vez que le veía en un contexto no festivo, quiero decir.

E: ¿Cuándo piensas en salir de noche qué palabras o qué imágenes se te vienen a la cabeza? Así, sin pensar, - le pregunté.

R: Excesos. Drogas. Abusos. Diversión. Abusos en el sentido de excedemos con la dro... con sustancias, ya sea, incluso alcohol, para empezar con alcohol de hecho. (Nacho, 23. E.9).

Otro día, en un piso de Embajadores, hablábamos con Ainhoa, una chica de veinticuatro años, estudiante de Periodismo. Ainhoa tiene el pelo muy corto, negro, y un piercing en la nariz.

E: El consumo de atracción para ti sería... .

R: Sí. El meterte todo lo que veas para intentar disfrutarlo; que igual luego te sale al revés, pero, bueno, esa es la idea. (Ainhoa, 24. E.2).

Efectivamente, el exceso está muy presente en las prácticas y discursos de los jóvenes ligados al consumo de drogas. Sin embargo, en contra de la imagen proyectada por los medios de comunicación, que reflejan el estereotipo de jóvenes fuera de control, carentes de disciplina y moralidad (Moore, 2011), nuestra investigación etnográfica muestra cómo los jóvenes se involucran en prácticas de control del consumo, gestionando los efectos de las sustancias para conseguir maximizar los beneficios y minimizar los riesgos. En los últimos años, diferentes estudios cualitativos han destacado “la pérdida de control controlada” (Measham, 2004) que consiguen los jóvenes a través del consumo de sustancias, resaltando la intoxicación por fases (Lindsay, 2009) que llevan a cabo mientras practican un hedonismo calculado (Szmigin *et al.*, 2008).

Mediante el “descontrol controlado” los jóvenes tratan de alcanzar un estado de intoxicación deseado, estructurado y controlable (Measham, 2004), y lo hacen utilizando diversas técnicas de gestión¹⁸. Entre las percepciones de los jóvenes sobre el exceso en el consumo destaca por tanto la responsabilidad y el deseo de reducir daños, en su intento por alcanzar los placeres del consumo colectivo de sustancias (Moore, 2010). Las sesiones de consumo se estructuran, asociando drogas particulares a contextos concretos, los tiempos y cantidades se calculan, y los espacios determinan el nivel esperado por los jóvenes de control del descontrol (Pennay, 2012). Por lo tanto, el límite en la percepción del exceso no parece residir tanto en lo que se consume sino en la capacidad del consumidor para controlar los efectos de la sustancia (Lindsay, 2009). En definitiva, el exceso no se refiere a conductas ni características (de las drogas, los consumidores o las prácticas de consumo) objetivables de manera abstracta y universal, sino que se vincula a la capacidad contextual del consumidor de “controlar”, es decir, de minimizar los efectos negativos sin disminuir los positivos.

¹⁸ Para un mayor desarrollo del tema de las estrategias de gestión véase el capítulo cinco.

Paula tiene el pelo rapado y unos ojos azules brillantes, de mirada transparente y nítida. Hemos quedado en casa de una amiga en común y ha llegado con su novio en moto. Tiene diecinueve años y está estudiando un Ciclo Formativo de Caracterización. Suele pasar las tardes y los fines de semana junto a su novio y más amigos en un Centro Social Okupado Autogestionado (CSOA)¹⁹ de un barrio a las afueras de Madrid. Para ella también el exceso se define por el descontrol.

Pues que no te drogas y de repente un día dices: "buah, vamos a comernos ocho pastillas²⁰", y coges, las pillas²¹ y te las comes. Pues a mí me parece que eso es una gilipollez como un templo, porque tú no puedes... realmente muchas drogas, hasta que tu cuerpo no se acostumbra, no las toleras. Tú te piensas que estás aquí de subidón²² y te está sentando como una patada en el culo. Y la gente aquí a lo mejor, o lo que pasa con muchas, que te das una dosis, o te comes un trozo de lo que sea, y te piensas que no te ha subido²³ porque estás aquí que quieres estar pedo²⁴ ya, y te comes otra. ¿Qué pasa? Que luego el pedo no lo vas a poder controlar. O si no lo has comido nunca, esa droga a lo mejor, pues tío no sabes lo que te va a pasar. Tampoco te comas aquí ocho pastillas de estas que no sabes ni cuáles son porque es que a lo mejor tu cuerpo no las tolera. Que no todo el mundo tolera los mismos tipos de droga tampoco. (Paula, 19. E.12).

El exceso es el "descontrol", que aunque en la práctica se objetiva en conductas concretas, en el fondo siempre remite a un equilibrio inestable e indeterminado, encarnado de formas diferentes en las prácticas de consumo, en las que, además, el límite se traspasa a menudo. Ese equilibrio inestable – el "control" – que tiene el exceso en uno de sus polos, es un aprendizaje práctico, que procede por tanteo, y que se va incorporando a medida que el sujeto experimenta con el consumo y vive en sus carnes y en las de sus grupos de pares episodios de exceso.

Ese aprendizaje suele estar relacionado con la edad, que es una de las variables más determinantes en la percepción del exceso. Observamos en general una tendencia de cambio de menor a mayor tolerancia y aceptación de las drogas y de menor a mayor control de sus efectos. En este sentido, la edad del joven avanza en paralelo a su trayectoria de aprendizaje de consumo de estupefacientes. Por lo tanto, la percepción de lo excesivo también es distinta según la edad. Cuando los jóvenes empiezan a consumir sustancias psicoactivas, el hecho de consumir drogas que no sean alcohol y porros es contemplado por los propios jóvenes como excesivo.

Estábamos con Jorge paseando por su barrio, donde suele quedar con sus amigos en un parque y fumar porros. Tiene diecisiete años y estudia primero de bachillerato en un colegio de la zona. Hablábamos de su consumo de alcohol y marihuana, y le pregunté si había tomado otras drogas.

No. Es que no lo hemos ni hablado, no está ni presente. ¿Qué te refieres en plan coca, LSD, esas mierdas? Pues no, es que no lo hemos ni planteado básicamente. No está planteado: "¿tío, pillamos un día para probar?", pues no. O sea todo el mundo siempre dice: "Yo voy a probar un día las setas alucinógenas", pero lo dicen en plan como que lo harán igual en siete años, pero poco más. O alguno dice: "Tío, pues yo quiero probar el cristal²⁵". Pero lo dicen en el sentido de "lo quiero probar", que luego que lo hagan o no es muy diferente. (Jorge, 17. E.11).

Como ocurre con el género, la identidad en términos de edad se construye a través de las performances que se llevan a cabo en las prácticas de consumo de droga (Kolind et al., 2013). Por lo tanto, la edad condiciona las prácticas del exceso y su valoración, pero dichas prácticas también "hacen edad".

¹⁹ Espacio alternativo de actividades y ocio para los jóvenes ubicados generalmente en edificios ocupados, con un modelo de gestión y funcionamiento horizontal basado en el asamblearismo y la autofinanciación de sus actividades.

²⁰ Pastillas o comprimidos de MDMA, también conocidos como éxtasis.

²¹ Comprar droga.

²² Momento en el que se nota más el efecto de la droga. Excitación, climax.

²³ Cuando hace efecto la sustancia.

²⁴ Los efectos del estupefaciente.

²⁵ MDMA.

Respecto al género, entendido este como una identidad construida mediante la repetición estilizada de actos que suponen la reconstrucción de significados socialmente establecidos (Butler, 1990), sucede lo mismo: el género influye en la percepción del exceso y, a la vez, la identidad de género es construida mediante la práctica de consumo de drogas. Por lo tanto, el género influye en el consumo y, al mismo tiempo, el consumo “hace género” (Measham, 2002). En este caso, los jóvenes construyen sus “masculinidades” y “feminidades” para encajar en determinadas situaciones sociales de consumo (Hutton, 2013). Mientras que el consumo en mujeres ha aumentado en los últimos años equiparándose casi al de los hombres (Lo, 1995), las normas juveniles respecto al consumo son más permisivas para los hombres que para las mujeres (Lo, 1995), y existe por lo tanto para ellas un mayor riesgo de dañar la propia imagen (Romo, 2001). Parece que las mujeres deben disfrutar del consumo con libertad pero a la vez preocuparse de ser respetadas por los otros en mayor medida que los hombres (Hutton et al., 2013).

Una noche de fiesta Laura, de veinticuatro años, consumía MDMA y speed con sus amigos en una calle de Lavapiés. Hablando sobre drogas, Laura nos preguntó: “¿Diriais que el tema del control es algo de mujeres?” Le dijimos que a qué se refería exactamente, y nos explicó lo siguiente: “yo cuando me drogo siempre controlo, dónde está mi casa, dónde estoy yo... Lo malo es que nunca llego a ponerme muy, muy ‘ciega’, precisamente para no perder ese control.” (Laura, 24. Extracto del Diario de Campo, O.24).

En el caso de los hombres, encontramos una asociación entre el consumo excesivo y la masculinidad. En este sentido, en varias ocasiones la hombría de algún joven que decidiera no consumir (sobre todo alcohol) fue puesta en duda, a través de comentarios como: “no seas maricón”; y en otros casos se relacionó directa o indirectamente a los que más consumían del grupo con los más “hombres”.

2. Fiesta y consumo: exceso, placeres y comunidades afectivas

David nos había invitado a ir con él y sus amigos a una fiesta en un piso de Moncloa. La fiesta, que empezó con cierta timidez, se aceleró a medida que pasaban las horas y se consumía todo el alcohol. A partir de la una, el salón era una masa uniforme de cuerpos que se movían estrepitosamente. La gente bailaba desahogada, gritaba, reía y las copas caían al suelo, que se convertía poco a poco en una superficie pegajosa. Todo el mundo parecía estar pasándolo de maravilla. David me avisó de que iban al cuarto de Víctor y que fuera con ellos. David tenía veinticinco años. Había sido un estudiante modelo, en el instituto y en la universidad, donde estudió Administración de Empresas. No tardó en encontrar un buen trabajo en un banco, que le permitía vivir una vida acomodada de joven emancipado. Sin embargo, trabajaba mucho durante la semana, y llegaba al fin de semana con ganas de desconectar y divertirse.

En el dormitorio, Víctor, sacó el MDMA y preparó unas rayas sobre la mesa. Mientras lo preparaba, me explicó que tenía un perfil artístico (sobre su cama había unas fotografías hechas por él impresas a tamaño grande) y que por eso le gustaban las drogas.

- Lo más divertido es meterse una raya juntos, toda la liturgia de hacerlo escondidos - añadió David, mientras esnifaba una de las rayas que había preparado Víctor- y lo que está claro es que el MDMA es la droga favorita.

Entraron entonces dos amigas en el dormitorio y una de ellas hizo un baile sensual en el que decía que era la reina del sur²⁶ mientras se sacaba una bolsita de MDMA de entre los pechos. Todos reían y disfrutaban de la noche. (Extracto del Diario de Campo, O.16)

Salir de fiesta y consumir junto a los amigos representa un tiempo lúdico-recreativo donde se producen y reproducen espacios llenos de significado (Nogués Pedregal et al., 2004). Por lo tanto, resulta quizás más conveniente no entender este tiempo sólo como el opuesto del tiempo laboral, sino como un tiempo cualitativamente diferente, (Nogués Pedregal et al., 2004) teniendo

²⁶ Novela de Arturo Pérez-Reverte sobre una mexicana que se ve envuelta en el narcotráfico. Más tarde, fue versionada en una serie de televisión colombiana.

en cuenta la posibilidad que generan estos espacios de trascender barreras, restricciones y regulaciones asociadas a la vida cotidiana (Pennay, 2012).

En este contexto festivo, compartir emociones comunes (algunas percibidas como parte del exceso) ligadas a la música, al baile, al consumo de drogas y al ambiente de la fiesta, provoca una efervescencia colectiva que genera un sentimiento de pertenencia grupal (Voiron, 2010). El consumo colectivo de algunas sustancias puede considerarse por lo tanto un acto de construcción de comunidad, y a la vez, un mecanismo para generar euforia en este proceso (Room y Sato, 2002) y densidad afectiva.

En un sentido más amplio, puede verse como un rito de paso a la adultez, en el que los jóvenes se encuentran en una fase liminal (Turner, 1988) que legitima la violación de las normas de la comunidad (adulto) de lo socialmente aceptado. En esta situación interestructural se genera un espacio de protección en el que los jóvenes se sienten libres de transgredir ciertas normas llevando a cabo conductas de exceso relacionadas con el consumo (Lindsay, 2009). El consumo excesivo puede ser por tanto valorado como parte de la fiesta.

Esa noche que salimos con David, él y sus amigos observaron una tabla que yo había dibujado en una libreta en la que iba apuntando el consumo de cada uno de ellos durante la noche. Al descubrirlo, se lo tomaron como una competición sobre quién bebía más, y durante toda la noche me preguntaban: "¿quién va ganando?", tras lo cual el "ganador" celebraba su victoria. (Extracto del Diario de Campa, O.16).

En muchas otras ocasiones durante el trabajo de campo observamos cómo se valoraba a las personas que eran capaces de consumir más. Con comentarios del tipo: "Lo de mi cuñado sí que es beber. Contra él no puede nadie" (Borja, 23), se generaban relaciones de jerarquía y liderazgo vinculadas a la capacidad de consumo de estupefacientes.

Sin embargo, para que el consumo elevado sea valorado, la pérdida de control que este conlleva tiene que ser controlada. Para ser valorada como consumidora, la persona que ha consumido debe poder mantener, hasta cierto punto, el control (físico y mental) de los efectos de la sustancia. Por esta razón, la mayoría de los jóvenes tienden a resaltar que "están controlando", como nos dijo Mateo, cuando, después de haber estado bebiendo y consumiendo cocaína en el piso de Álvaro, nos lo encontramos en una discoteca y al preguntarle qué había tomado, contestó que: "una pastilla Silver²⁷, MDMA, cocaína, speed, whisky, y estoy bien." (Mateo, 27). Igual ocurría a la hora de valorar a otros consumidores, como dijo Álvaro mientras bebíamos en su casa: "tengo unos amigos en mi pueblo que son un desfase. Que estos tíos les ven y les aplauden. Se meten quince rayas y no se les nota." (Álvaro, 20).

Podemos por lo tanto entender el consumo de sustancias psicoactivas como una actividad simbólica a través de la cual los jóvenes tratan de influir en su posición en las jerarquías sociales (Lunnay et al., 2011). En el contexto de la fiesta el consumo funciona como capital cultural, y el alcohol y las drogas, como capital simbólico objetivado, capaz de comunicar distinciones sociales (Bourdieu, 2000). Según estas interpretaciones, la diversión, relajación y confianza que estos jóvenes atribuyen a consumir en estos contextos surge en parte de la sensación de aceptación y pertenencia conseguida gracias a poseer competencias sociales asociadas a pautas de consumo (Lunnay et al., 2011).

3. La frontera del "no control" como límite en la valoración del consumo excesivo

La discoteca se levantaba con su imponente tamaño entre naves y solares desiertos en un polígono industrial a las afueras de Madrid. En el parking, los jóvenes se reunían agarrando su copa de plástico en torno a los coches de los que salía música por enormes altavoces instalados en el maletero. El aparcamiento, como un campo de batalla abandonado, mostraba los restos del botellón de esa noche: bolsas de plástico, botellas vacías y charcos de hielo derretido, testimonio de recientes glorias, desperdigados ahora entre los pocos grupos que aún no habían entrado a la discoteca.

Enrique y yo estábamos dentro del coche con Selene y Juanjo, su novio. Habíamos vuelto a por más alcohol. Selene se lió un porro y preparó dos rayas de speed. Tenía veintitrés años, el pelo largo y liso, era guapa, delgada, y había conocido a su novio en la gasolinera donde ambos trabajaban.

²⁷ Pastilla de MDMA que según un análisis de la organización Energy Control resulta peligrosa por riesgo de sobredosis (Energy Control 2015)

- *Juanjo: qué pedo voy, ahora mismo ya no me comía nada más.*
- *Selene: con las pastillas, cuando paras es cuando te das cuenta de lo pedo que vas.*
- *Juanjo: con la música lo vas quemando, pero aquí parao dices "hostia, cómo voy".*

Hablamos entonces de las personas que habíamos visto aparentemente pasándolo físicamente mal en la discoteca: una chica vomitaba en un cubículo del baño con la puerta abierta, ayudada por su amiga; en el baño de chicos, un joven yacía inconsciente sujetado por dos amigos que le echaban agua en la cara; en la terraza, otra chica estaba casi tumbada, inclinada sobre sí misma en unas escaleras, con los ojos cerrados, mientras sus amigas la abanicaban; y en la puerta, intentando entrar, un joven con la mirada ida y un hilillo de mocos cayéndole sobre el labio permanecía en silencio, como en algún otro lugar muy lejano, mientras el portero explicaba a sus amigos que así no podía entrar. Entonces Juanjo nos dijo: "aquí dentro he visto cosas espeluznantes, sobre todo en los baños. Unas caras de sufrimiento en algunos, que se ve que lo están pasando mal." (Extracto del Diario de Campo, O.14).

Dentro de los discursos de los jóvenes, el exceso parece estar a veces valorado negativamente: se trata de ciertas prácticas, estados y situaciones relacionados con el consumo de sustancias que se rechazan y se intentan evitar. El riesgo de estas experiencias no se calcula según parámetros mensurables concretos (cantidad, tiempo, sustancia...), sino en función de experiencias previas, físicas y emocionales, de pérdida de control (Lindsay, 2009).

A pesar de la confluencia de discursos y prácticas diferentes sobre la percepción del consumo, todos los jóvenes con los que hemos pasado los últimos meses parecen coincidir en la valoración y la búsqueda al salir de fiesta del "descontrol controlado". Como dijo Jorge, el chico de diecisiete años con el que fuimos a un parque con sus amigos a fumar marihuana: el control es la clave.

Pues excesivo... es que si una persona fuma mucho o bebe mucho pero sabe controlar y está totalmente pedo pero no le da por tirarse en el suelo y morirse en el suelo, para mí ese tío está bien ¿no? Mientras no le pase nada malo y no haga nada malo, ese tío está bien, aunque se meta veinte petas²⁸ o se haya metido veinte cubatas. (Jorge, 17).

La transgresión y experimentación se asocian por tanto a nociones de control y límites autoimpuestos (Mac Nally *et al.*, 1998) y los jóvenes consumidores enfatizan la necesidad de regular sus cuerpos, sobre todo en espacios públicos, en línea con los discursos hegemónicos que promueven el orden y la racionalidad (Pennay, 2012).

Sin embargo, estos límites a veces se sobrepasan y se da una pérdida de control corporal y mental, en la que el cuerpo —ahora un cuerpo grotesco (Pennay, 2012)— y la mente pueden reaccionar de distintas formas. El descontrol corporal que trata de evitarse es el que lleva a la persona a perder el control total de su cuerpo, con prácticas físicas no intencionadas como el vómito, la pérdida de habilidad motriz, o más graves: la bajada de tensión, el desmayo o incluso el coma. El descontrol mental que generalmente se intenta esquivar (a no ser que se consuman drogas específicamente con este fin), puede conllevar confusión, incapacidad de hablar, desubicación o, en casos extremos, ataques de ansiedad, paranoia y alucinaciones.

En la pérdida de control físico, la acción más común es la práctica involuntaria de vomitar tras un consumo elevado, que hemos visto en numerosas ocasiones durante el trabajo de campo.

El sábado, al mediodía, escribí a Silvia y me comentó: "La vuelta terrible. Me acompañó Sonia a casa y vomité en mi portal. No me dio tiempo a subir a casa. Ella me dijo que, cuando llegó a la suya, también, así que, en fin... ¡Vaya resaca! El día que me espera". (Silvia, 27. Extracto del Diario de Campo, O.8).

Otras pérdidas de control corporal comunes tras el consumo elevado son las que conllevan el detrimento de las habilidades motrices: caerse, no poder caminar o perder el control de los movimientos.

²⁸ Porros.

En cuanto a la pérdida de control mental, el consumo puede producir el característico estado de estar "ido", incapaz de hablar, confuso, habiendo perdido la noción del lugar en el que se está, de qué se está haciendo o de lo que se está hablando. Para la mayoría de estos jóvenes, esta sensación extrema de estar perdido no es deseada y además se considera peligrosa, ya que puede aparejar riesgos. La percepción y acción frente a situaciones de riesgo se relaciona estrechamente con los roles de género definidos socialmente (Romo, 2001) y en el caso de las mujeres, el consumo de alcohol y drogas supone un aumento significativo en el riesgo de sufrir experiencias sexuales no deseadas (Pino y Johnson-Johns, 2009; Lindgren et al., 2009).

Un día Selene y su amiga Delia contaron lo que le ocurrió a una amiga una noche que salieron juntas:

Pero mira, sí que pasó una vez... Aquí yo era bastante... Tenía dieciocho años, salí con unas chicas y salimos a una sala que era muy famosa porque la gente se metía²⁹ ahí bastante y ponían música, un tipo de música, ahora mismo no me acuerdo cuál es, pero ahí fuimos con un grupo de chicas (bueno, de hecho, una era mi prima), y bueno, mi prima se liaba... Se lió con uno, luego se lió con otro, y con uno que se lió se la llevó a un parking. Y después apareció, estaba ahí llorando, y tal, dijimos: "¿pero qué te ha pasado, qué te ha pasado?", todo en plan muy trágico. Y es que parece ser que el tío estaba súper puesto³⁰, ella se había arrepentido, le había dicho que no, y como que la había forzado. (Delia, 23).

Ese día que intentaron abusar de Pilar y pues terminamos la noche en comisaría, en el hospital, en el centro este donde te obligan a hacerte pruebas, y fue bastante desagradable. Por su parte... A ver, creo que estaba bastante influido por su actitud. En plan, porque ella ya de por sí es una persona muy sociable, lo que pasa que cuando se emborracha pues pierde la noción muchas veces de... de dónde está, o de con quién está. Y, a la hora de salir, pues te juntas con gente que no conoces y se pueden aprovechar de ti. No sé, lo que nos contó a nosotras fue que, pues, ella estaba bebiendo de su copa y llegó un momento en que no sabía muy bien lo que estaba haciendo, y se vio en una situación que no supo cómo reaccionar. (Selene, 23).

Los efectos del alcohol y las drogas provocan que algunos hombres interpreten ciertos comportamientos femeninos como intereses sexuales, viendo a la mujer como más dispuesta y provocativa (Pino y Johnson-Johns, 2009), como nos explicó Ainhoa:

Yo creo que el consumo en ellos... el consumo en sí da bastante seguridad, entonces se sienten todavía más echao para delante y, luego, por otra parte, les puede servir para justificarse cuando al día siguiente les digan: "acosaste a esta chica", "Bua, perdón, tal, es que iba mazo ciego³¹, no sé qué, tal". Y luego para las tías, lo que hace; a vista de lo demás, ¿vale? es que pierden totalmente el control. Yo creo que para la gente las chicas, como seguimos siendo más débiles y todo el rollo, la chica que se droga es una chica mazo... no sé... como... no me viene la palabra, pero... como que no tiene control sobre su ciego³², entonces está más vulnerable... como que entienden que tienen más posibilidades de acercarse, follar o tal y que no va a poner tanta pega porque como va ciega y no tiene control sobre su ciego... no va a pensar en "oh, dios mío, se me está acercando este chico y no me gusta". No. Como si estuviéramos con los ojos cerrados, sin ver, y simplemente nos dejásemos llevar. Bueno, a mí me ha tocado directamente, ¿sabes? Yo iba ciega y ni me daba cuenta pero me lo contó Joaquín, que... de yo estar bailando y de estar invadiéndome mazo, mazo, mazo y tocándome y rozándome. Pues como te ven bailar... y dicen: "Oh, dios mío, vía abierta", ahí y "hala... voy con todo". (Ainhoa, 24).

Una noche habíamos salido de fiesta a una discoteca en el centro de Madrid con Inés, Carla, Diana y Eva. Mientras estábamos en la pista de baile, un chico con cara de estar bastante drogado se acercó a Carla y le empezó a tocar la espalda y la cintura. Carla le quitó la mano. Él volvió a tocarla y ella volvió a quitarle la mano. Una tercera vez la tocó y ella le apartó de nuevo, más abrupta. Entonces su amiga Eva, que estaba

²⁹ Consumir droga.

³⁰ Drogado.

³¹ Utilizado como adjetivo para referirse a una persona borracha o drogada.

³² Utilizado en este caso como sustantivo para referirse a la propia borrachera o el estado provocado por otras drogas.

viendo la escena, agarró a Carla y empezó a besarla. El chico lo vio y se sorprendió. Parecía enfadado. Estuvo mirando un rato diciendo cosas que no oíamos y al final se fue. Le pregunté a Carla que si estaba bien y me dijo: "Me jode que la peña se crea que tiene derecho a tocarle. Me he tenido que liar con mi amiga para que me deje en paz." Cuando salimos, Carla se quejaba ante sus amigas del chico que la había tocado: "¿Por qué me estás tocando si no te he dado permiso?"; nos contaba enfadada. Su amiga Diana le dijo que probablemente estaba drogado y ella contestó: "Me suda la polla lo que lleve encima. Si le digo que no me toque, que no me toque. Se toman la potestad de tocarle y hacerte lo que quieran cuando tú le estás diciendo que no. ¡Me da asco!". (Extracto del Diario de Campo, O.19).

Por último, algunos jóvenes relacionan la pérdida de control mental con la irrealidad de las sensaciones producidas por las sustancias. Para ellos, lo que sentían tras consumir ciertas drogas no era "real", lo que cuestionaba el valor de dichas experiencias, como me dijo Lucas en una discoteca cuando le comenté que otro amigo (que llevaba un rato en el mismo lugar bailando solo) estaba muy feliz, a lo que me contestó: "¿Feliz? Está abstraído de la realidad, pero ¿feliz?".

Esta abstracción que supone la pérdida de control mental tras el consumo de drogas es además criticada por otros jóvenes, que la ven como un estado de enajenación que impide que la juventud reflexione y actúe social y políticamente, como vemos en esta canción que interpretó un grupo de música en una fiesta en un CSOA:

MENTES DESPIERTAS

Espacios de seguridad
¿Dónde queda el cuidado por las noches?
Veo miradas medio idas
Las drogas me violentan
Mi colega está borracho, y por eso te babea
Mi colega está espídica, y por eso no te escucha
Las drogas, me violentan
Drogas y diversión no son siamesas
Parece que se olvida
Ataquemos al sistema rechazando sus ofertas
Mentes despiertas
Intentar justificar desata toda mi rabia
Cómo poder gestionar con la boca desencajada
Las drogas me violentan
(Sirenitas Barracudas)

3.1. *Los episodios traumáticos del consumo de atracción*

Hombre, es que lo excesivo nunca es bueno. He visto gente a veces bastante mal. No sé, malestar, algo incontrolable ¿no? Gente que se le va la olla, gente que ves que lo está pasando mal. Pues eso, locura, pero en el mal sentido de la palabra. (Inés, 23).

- *Coma etílico, "amarillos" y otros sustos*

Más allá de la pérdida de control corporal y mental que es considerada indeseable por los jóvenes, existe un límite más lejano, una barrera que no todos han pasado y que se da cuando esa pérdida de control es total e implica riesgos graves para la salud. Entre estos episodios extremos destacan el coma etílico y, de menor gravedad, el "amarillo"³³.

³³ *Bajada de tensión que puede ocurrir a veces al consumir cannabis. Se llama así por la palidez que adquiere el rostro cuando se padece. También se denomina pálida o bláncón.*

Una noche habíamos ido a casa de Tomás, al que le habían preparado una fiesta sorpresa por su veinticinco cumpleaños. Allí conocimos a Aitor, que había sido compañero suyo en la carrera de Matemáticas en la universidad. Aitor me miró a los ojos y me dijo: “Yo me desperté en pañal en un hospital”. Me contó que cuando se despertó, no recordaba nada, y una enfermera que estaba en la habitación se le acercó y le dijo: “tú no sabes la pena que dabas anoche”, y le explicó que le había dado un coma etílico. Aitor se sentía bien y quiso irse a casa pero le dijeron que no podía porque estaban esperando sus resultados de un TAC (exploración por rayos X para evaluar lesiones). Al parecer, se había golpeado muy fuerte la cabeza contra la puerta de la ambulancia que le llevó al hospital. (Extracto del Diario de Campo, O.18).

Un coma etílico es un estado comatoso producido por consumo elevado de alcohol en poco tiempo y se debe a que el etanol (componente del alcohol) es anestésico en altas dosis. Al sufrir un coma etílico es necesaria la actuación de un equipo de emergencias que reanime y rehidrate al paciente (Barceloux, 2012).

Por otro lado, un “amarillo” es una bajada de tensión que puede ocurrir por fumar porros. Como en los episodios de bajada de tensión originados por otros motivos, sus efectos —mareo, confusión, visión borrosa— pueden generar una sensación de angustia y llegar a provocar un desmayo. A diferencia del coma etílico, el “amarillo” no requiere la intervención de los servicios de emergencias, puesto que su efecto es breve y el que lo sufre puede recuperarse bebiendo líquido, tumbándose con las piernas elevadas y tomando azúcar (ya que el “amarillo” también refleja una bajada de azúcar).

Inés tiene veintitrés años y estudia Diseño Gráfico y Arte en la universidad. Tiene una melena castaña y ondulada que le llega hasta los hombros, los ojos marrones, y un piercing entre los dos orificios de la nariz. Es una chica alegre que sonríe casi todo el tiempo. Tiene un grupo de amigas cercanas con el que todos los fines de semanas acuden a una discoteca de música electrónica en el centro de Madrid. Hablando con Inés, nos contó una experiencia en la que le dio un “amarillo”:

Pues por ejemplo una vez con porros. Bueno, había bebido y nada, había fumado, pero súper poco en realidad. No sé... dos o tres caladas a un porro y pues me dio un amarillo, y nada me quedé así un poco chof en el sofá de la casa donde estábamos y dije: “me voy a casa”, y cogí el bus para mi casa, iba yo sola y me encontraba bastante mal físicamente, porque cuando te da un amarillo te sientes fatal, y encima estaba yo sola y tal, y sí que dije: “qué mal”. Pero bueno, mientras te está pasando eso piensas: “sé que es por efecto de los porros así que tampoco me voy a rayar mucho, se me pasa en un rato y ya está.” (Inés, 23. E.10).

Otros episodios de riesgo de salud asociados al consumo de sustancias son los ataques de ansiedad, como el que sufrió Nacho, el joven técnico de sonido:

Ese día aguanté como hasta las doce de la mañana o algo así, y estaba en un momento con mi socio muy agitado, estábamos teniendo muchos problemas y tal, y me fui yo del after³⁴, me empezó a llamar mi socio, empezamos a discutir no sé qué, me acuerdo de estar a las doce de la mañana llegando a casa gritando por la calle, y cuando llegué a casa no había nadie, me senté en el sofá y del agobio me dio una crisis de ansiedad terrible, nunca me había dado una cosa así. Obviamente fue por haber consumido más de lo que debía de speed y también por el estrés. Es lo que te digo, también la situación personal, vital, ética... lo que sea, está comprometida o está jodida, no es un complemento, es una vía de escape, y si te pasas, te has escapado mal, y a mí me pasó eso ese día. Entonces me puse como una piedra, o sea rígido y me dio una crisis, no podía moverme, me quedé tirado en el sofá. Llamé a mi madre, llamaron al SAMUR, una movida. (Nacho, 23).

Existen además otros riesgos de salud relacionados con el consumo a los que los propios jóvenes consumidores hacen referencia, como los accidentes de tráfico. Paula, la chica de ojos azules, sufrió uno de ellos.

³⁴ Espacios (club o discotecas) relacionados con el consumo intensivo de drogas, que estuvieron de moda en los años 80 y 90 como lugares para prolongar la fiesta hasta y después del amanecer pero que actualmente están un poco en declive frente a los espacios abiertos de las raves o las casas particulares.

De hecho yo, vamos, viví un accidente de tráfico, que no fue muy grave, pero iba al volante un tío que... que ese sí que iba desfasado³⁵. Y claro, nosotros tampoco podíamos decir nada porque no lo conocíamos mucho, era su coche y tal y nos iba a hacer el favor de acercarnos a otro sitio. A doscientos y pico por la M30 y yo diciéndole: "que sí, que tío que conduces muy bien pero que no hace falta que vayas tan rápido tío, que ya hemos visto que conduces muy bien, frena un poquito", pues total, fuimos unos cuantos kilómetros a toda hostia por la M30 y cuando llegamos casi a nuestro destino, por Poblado, pues íbamos pasando unas calles y se nos cruzó una furgoneta, el chaval no la debió ver o iba... Ni se fijó, lo que sea, nos estrellamos. Y para mí el marrón fue, bueno a mí no se me venía encima nada, pero la que se le venía al chaval porque es que no sabía ni lo que estaba diciendo ¿sabes? Y venían los guardias ya para hacer los papeles y la prueba de alcoholemia, y el chaval no conocía. No sabía ni lo que decía. (Paula, 19).

- El "mal viaje"

Un tipo diferente de episodios extremos asociados a la ingesta y valorados negativamente por los jóvenes ocurre cuando, tras el consumo de una sustancia psicodélica (LSD, THC, setas alucinógenas...), se vive un momento de emociones negativas e intensas. La persona que está teniendo estas sensaciones suele desear salir del "mal viaje" (puesto que le resulta demasiado intenso o le muestra cosas desagradables). Observar la imposibilidad de salir de ese viaje, y sentir que se está condenado a vivir ese sufrimiento varias horas más, puede generar una crisis de ansiedad y una vivencia psicológica muy negativa y extrema.

Estábamos entrevistando a Paula, que, junto a Bruno, su novio, frecuenta el CSOA. Él nos escuchaba en silencio durante la entrevista, pero tenía muchas historias que quiso compartir; entre ellas, su experiencia cuando tuvo un mal viaje de LSD.

A mí por forzar la máquina un día que no debía comer LSD me lo comí en pleno centro de Madrid y pensé que todo Madrid me quería matar. Toda la paranoia pero producida por el LSD. Me monté en un taxi, ahí, como pude, de: "buh, llévame tres calles más para allá, zigzagueando, que me quieren matar", cuatro euros de taxi. Me bajo del taxi, me monto en el metro, una locura. Una locura. Llego a mi barrio y no se me pasa. Seguía todo pedo. (Bruno, 28. E.12).

- "Cuando te pasa le coges respeto": Consecuencias en las trayectorias de consumo

"Cuando te pasa le coges respeto", me dijo sobre su primer "amarillo" uno de los chicos que fumaban marihuana en un parque. En efecto, una vez que un joven vive una experiencia de este tipo, su percepción del exceso en el consumo de sustancias puede cambiar. El resultado habitual es dejar de consumir la sustancia durante un tiempo y, al volver a consumirla, sofisticar la gestión del consumo, mostrándose más alerta ante sus efectos.

Aitor me contó que después del coma etílico estuvo tres meses sin beber, hasta que se dio cuenta de que "había sido algo fortuito" y volvió a beber. Nunca después ha vuelto a estar cerca de una experiencia así, pues, según él, lo que le pasó le hizo aprender a evitar que le volviera a pasar, estando más atento. (Extracto del Diario de Campo, O.18).

Estas experiencias son muy intensas psicológicamente. En el caso del mal viaje, puede incluso estar seguido de episodios de estrés postraumático en el que se reviven algunas de sus partes. En cuanto a los episodios de riesgo extremo de salud (como el coma etílico), también se trata de vivencias muy fuertes para el individuo. Por lo tanto, es esperable que después de haber pasado por algo así, el joven se cuide especialmente de que no le vuelva a pasar.

³⁵ En el sentido de que había perdido el control sobre los efectos de la sustancia psicoactiva que había consumido.

3.2. El violento, el pesado, el paposo... Y otras figuras del exceso desvalorizado

No todas las prácticas asociadas al consumo aumentan el status. Algunos comportamientos no están valorados y el prestigio y la distinción ligados al consumo son también reafirmados a través de la desvalorización de individuos o grupos que exhiben conductas no congruentes con las formas dominantes y legítimas asociadas al consumo colectivo (Lunnay *et al.*, 2011; Järvinen y Gundelach, 2007).

En uno de los folletos informativos de Energy Control (un colectivo que ofrece información y asesoramiento sobre drogas con el fin de disminuir los riesgos de su consumo) aparece una clasificación paródica de las figuras del exceso. Se trata de “tipos ideales” caricaturizados que mantienen comportamientos relacionados con el consumo de sustancias y desvalorizados por parte de los jóvenes:



“Ética ética”, folleto informativo de la organización Energy Control.

Los jóvenes que hemos conocido en este trabajo de campo comparten esta visión de las “figuras no valoradas del exceso”, como menciona Irene, una joven estudiante de Filología Clásica:

Pero en plan, gente cada uno con su perfil y su rol, ¿no? Porque también tenemos nuestros roles cuando salimos de fiesta, ¿no? Entonces hay de todo un poco: hay música, hay drogas, hay luces, hay babosos, y borrachos, y borrachas, ¿no? (Irene, 19).

Veamos algunas de estas figuras no valoradas del exceso a las que se han referido los jóvenes que hemos conocido:

- El violento

La mayoría de los jóvenes con los que hemos convivido recuerda negativamente episodios en los que se llevaron a cabo actos violentos tras el consumo de sustancias.

Estando en casa de Álvaro, la noche que se bebía y tomaba cocaína antes de ir a la discoteca, Álvaro dijo que Matea, un amigo en común de los que estaban allí: “tiene un problema. Se vuelve muy agresivo cuando se pone. Una vez lo pasé mal. Se le fue la pinza. Me levantó y me empezó a apretar. Me estaba haciendo daño y me fui de ahí”. (Extracto del Diario de Campo, O.20).

- *El pesado*

Estábamos en un parque con Jorge y sus amigos, que fumaban unos porros de marihuana. Uno de ellos le dijo a otro que llevaba un rato haciendo chistes malos: "Pepe cuando estás fumao eres un pesao." (Extracto del Diario de Campo, O.15). En otra experiencia de trabajo de campo, un chico, Fabio, estuvo todo el rato hablándole a otro joven de política italiana. Él mismo se dio cuenta, y le dijo: "perdona tío, no dejo de comerte la oreja"³⁶, y su amiga, al oírlo, añadió: "Fabio, tío, eres un chapas"³⁷. (Extracto del Diario de Campo, O.24).

El pesado es por lo tanto aquel que, como consecuencia del consumo, no calla o hace de toda la conversación un monólogo tedioso. Por otra parte, el pesado también puede ser aquel que, debido al consumo, no se entera de cuando "sobra", es decir, de cuando ya no es bienvenido en un lugar, como el caso que nos contaron Ainhoa y Joaquín, los chicos del colectivo que organiza raves³⁸.

Parece que en una ocasión, tras un festival entre semana, llegaron a casa el viernes junto a un chico que habían conocido de rave. Presentándole como "el pesao", contaron como estuvo desde el viernes hasta el domingo por la noche en su casa.

Lo único que hacía era drogarse. Se metía cinco rayas. Se ponía a bailar. Le daba el bajón y se metía otras cinco rayas. Así, casi las cuarenta y ocho horas. Ya llegó un punto que le dijimos "pero, tío, vete a ducharte"; es que olía fatal; como a rancio, a química, no sé. Es que ya sudaba material. Cuando salía de la ducha, se metía otras cinco rayas o así y seguía bailando y sudando material; sin parar; pero era un cachondo; era muy divertido. Ya llegó la noche del domingo y le tuvimos que decir: "tío, vete, que mañana nosotras ya trabajamos". (Alba, 26. Extracto del Diario de Campo, O.5).

Existe además la variante de "el pesado depresivo" que, cuando bebe, se pone triste y aborda a todo el mundo para contarle sus penas.

Una noche me había juntado con Lucas, Nacho y Fede, los chicos que habíamos conocido en el piso de Álvaro donde se consumió cocaína. Sobre las seis de la mañana, fuimos a casa de uno de sus amigos, donde habían decidido seguir la fiesta una vez que cerró la discoteca. Allí, en la cocina había una chica llorando (le había pasado algo con su novio) y todos los de la fiesta huían de ella porque decían que era una pesada que estaba armando un número y que no paraba de "soltarle el rollo" a todos. (Extracto del Diario de Campo, O.22).

- *El paposo*

Se trata de aquella persona que suele vomitar como consecuencia del consumo. Durante las salidas hemos observado muchos episodios de vómito y hemos visto que algunos de estos jóvenes suelen ser considerados por el resto del grupo como el "que siempre vomita", como le dijeron una noche Inés y sus amigas a Carla: "tú siempre potas", Carla reconoció que así era.

- *El pasado (también el desfasado)*

Esta figura se corresponde con la percepción de los jóvenes de aquel que ha pasado el límite deseado del autocontrol.

³⁶ Insistir mucho a alguien sobre algo, tratando a veces de convencerlo.

³⁷ Un pesado.

³⁸ Término en inglés (su significado literal es "delirar") que se ha extendido en otros países para hacer referencia a un tipo de fiesta de música electrónica de larga duración. Pueden tener un carácter autoorganizado o comercial, y generalmente se realizan en grandes espacios abiertos alejados de los centros urbanos. Su aparición ilegal se remonta a los años 80 en países como Inglaterra y Holanda como una respuesta a las restricciones de los horarios de locales y espectáculos nocturnos.

La noche que fuimos a la discoteca a las afueras de Madrid, vimos que uno de los porteros no dejaba entrar en la discoteca a un joven. El chico se mantenía rígido con la mirada ida, le goteaba un poco de agülla por la nariz y no podía hablar. El portero le decía a su amigo: "Esperad un poco, que se dé una vuelta a ver si se le pasa, así no puede pasar, va muy drogado". Antes de que se marcharan, se giró hacia el muchacho afectado y le dijo: "ve a que se te pase el globo"³⁹. El amigo se lo llevó a una esquina, alejada del portero, donde estaban dos o tres amigos más esperando. Entonces le dio un abrazo, le miró a los ojos y le dijo muy serio: "Nuestro impedimento para entrar eres tú. Si no entramos es por ti. Tienes que ponerte serio". El chico no reaccionaba, ante la desesperación de sus amigos. (Extracto del Diario de Campo, O.14).

A través de estas figuras tipificadas del exceso, los jóvenes están valorando negativamente como "excesivas" las conductas que no encajan con los comportamientos socialmente valorados asociados al consumo de drogas. Entre ellas, destaca el descontrol total, físico y mental, que puede significar el cese de la diversión (para el joven afectado y, en muchos casos, también para sus amigos, que tendrán que cuidarle) e incluso el fin de la noche. Por otro lado, hay que tener en cuenta que algunos de estos comportamientos tampoco son valorados en la sobriedad, como por ejemplo, ser pesado o violento.

3.3. *Resacas del cuerpo y de la mente: el arrepentimiento*

De alcohol sí que hay veces que digo: vale, me he pasado. Sobre todo al día siguiente, (ríe) que es cuando dices: "joder, bebí demasiado". En esa misma noche no, porque no eres tan consciente ¿sabes? Es sobre todo al día siguiente, con la resaca, que dices: "madre mía...". (Inés, 23).

Como dice Inés, la estudiante de Diseño y Arte, con la resaca puede llegar la sensación de arrepentimiento. Generalmente el motivo de arrepentimiento es haber consumido demasiado (sobre todo porque se piensa que si se hubiera consumido menos, el malestar de la resaca que se está experimentando sería menor). Esta sensación también puede tenerse al volver a casa de fiesta, momento en el que se anticipa lo que se cree que pasará después (no poder dormir al llegar a casa, incomodidad física al día siguiente. . .) como explica Nacho, el joven técnico de sonido:

Sí, suelo rayarme cuando vuelvo a casa y voy más bebido de la cuenta o tal, ahí sí que me entra culpa y me digo: "¡Tío! ¿Por qué coño te has puesto hasta arriba?", días que sales por salir o porque un colega te dice que salgas, no sé, ¿qué necesidad había? (Nacho, 23).

Otras veces, algunos jóvenes parecen arrepentirse no por haber consumido de más, sino por haber consumido. Como me dijo mi amiga Claudia después de habernos acompañado la noche anterior a casa de Álvaro, donde Nacho, Lucas, Fedé y los demás chicos tomaron cocaína antes de ir a una discoteca:

Me arrepiento de haber tomado drogas. Ahora no lo veo como el sábado. No me súper arrepiento porque lo hice a propósito buscando un sentimiento, un estado de ánimo, una actitud frente a la realidad... Pero hay algo del "rollo" que no me encanta o con lo que no me identifico, como por ejemplo el rollo postureo que hay con la cocaína. No sé, lo veo diferente si hubiera tomado con un chico a solas, como para follar, por ejemplo, o con un amigo como experiencia, que ser participe momentáneamente como fuimos de ese grupito... ¿Me explico? Y bueno mi conclusión es que solo obtuve lo que esperaba de la droga en parte, no del todo. Es decir, fue para mí una decisión puntual la de drogarme un finde y no me gustaría verme como ese grupo del rollo todos los findes porque es lo que nos mola... No sé, me dio mala sensación eso. (Claudia, 26).

Esta cita refleja cómo los límites entre la dimensión positiva y la negativa del exceso son porosos y cómo ambas caras pueden darse de manera simultánea. Además, el sujeto que está de fiesta no es el mismo que está sobrio el día después, en otro contexto discursivo y en otro plano de su vida. Ambas valoraciones se hacen, pues, desde lugares y momentos diferentes, y por lo tanto es fácil que cambien de sentido.

³⁹ En referencia a los efectos de la sustancia psicoactiva.

Más allá del consumo en sí mismo, existen acciones (relacionadas con el consumo) que son motivo habitual de arrepentimiento entre estos jóvenes. Entre ellas destaca el tema de las relaciones sexuales. En el caso de las chicas, este arrepentimiento está íntimamente vinculado al acoso sexual. En estos casos, el arrepentimiento surge al darse cuenta (generalmente al día siguiente) de haber sido forzada a hacer cosas que realmente no querían hacerse, y que se aceptaron por estar bajo la influencia del alcohol u otras drogas. Estas experiencias no son casos aislados, sino que han aparecido en los discursos de muchas de las jóvenes que nos han acompañado en el trabajo de campo, entre ellas, Ainhoa, la chica del colectivo que organiza fiestas raves:

El tema del acoso me parece súper interesante porque a mí alguna vez me ha pasado. Hubo en una rave que yo, luego, he acabado llorando. La vez que peor lo he pasado. Tengo un recuerdo horrible porque con la droga no te das cuenta y luego cuando llegas a casa... ¡Puff! Horrible, tía; no me quiero ni acordar. Al día siguiente, sí que me daba cuenta de que me había sentido forzada pero en ese momento no era consciente del todo. (Ainhoa, 24).

El arrepentimiento vinculado a las relaciones sexuales puede estar también ligado a haberlas mantenido sin protección, como me contó Nacho, el joven técnico de sonido:

Claro, sales de pedo, los dos borrachos o drogados o lo que sea y no hay condón y te la suda. Por ejemplo, yo lo he hecho, a lo mejor lo has hecho tú, no lo sé, lo hemos hecho muchos. En ese momento no tienes la sensación, bueno tienes la sensación de riesgo pero te la suda, la has perdido, no está en tus prioridades, ya lidiaré con esto mañana. Luego te cagas en la puta claro y... nada. (Nacho, 23).

En otros casos, el arrepentimiento se debe a ser consciente de no haberse comportado como es socialmente valorado en relación al consumo, y sentirse ridículo o avergonzado.

Una noche salimos con Rubén y sus amigos, un grupo de jóvenes de las afueras de Madrid. Era el cumpleaños de la novia de Rubén. Hicieron botellón en Nuevos Ministerios y de allí fueron a una discoteca, donde no les dejaron entrar. Cuando el portero les dijo, sin aparente explicación, que no podían pasar, Rubén empezó a discutir con él y acabó escupiéndole. A partir de ahí se armó una pelea entre los porteros de la discoteca y los chicos del grupo, que finalmente decidieron irse a casa. En el camino hasta Cibeles para coger el autobús nocturno que les llevaría a su barrio, Rubén se puso a llorar:

Es que soy un puto niñato y le he arruinado el cumpleaños a mi piba. Lo que tenía que haber hecho es lo que pensaba al principio; no beber e irme pronto que mañana tengo partido y punto. María últimamente está muy rara y todo es por mi culpa; que soy un puto niñato y no le doy más que problemas y encima bebo y se me va la olla. (Rubén, 22. Extracto del Diario de Campo, 02).

En muchos casos, este arrepentimiento surge por sentir que se ha sido una de esas "figuras no valoradas del exceso" que hemos visto anteriormente ("el pesado", "el violento", "el desfasado"...). El consumo de sustancias psicoactivas funciona como actividad simbólica a través de la cual los jóvenes tratan de influir en su posición en las jerarquías sociales (Lunnay *et al.*, 2011). Sin embargo, como hemos visto, no todas las conductas asociadas al consumo son socialmente valoradas. Los jóvenes crean, conocen y comparten este conocimiento sobre el consumo de drogas como capital cultural, y por ello, si piensan que al consumir drogas se han comportado de una forma poco valorada, pueden sentir arrepentimiento o vergüenza.

Por último, también puede darse un arrepentimiento más bien de tipo pragmático, por haber agotado toda la sustancia y ahora ya no tener para consumir más, o por haber gastado mucho dinero, como dijo Paula: "Normalmente de lo que más me arrepiento al día siguiente es cuando abro la cartera y digo: ¡Mierda...! Me he gastado toda la pasta". (Paula, 19).

En todo caso, los discursos de arrepentimiento entre los jóvenes tras el consumo son complejos y reflejan la ambigüedad moral asociada a la ingesta de drogas. Su significado ha de entenderse en un continuum entre el arrepentimiento extremo (como en el caso de las relaciones sexuales sin consentimiento) y el arrepentimiento circunstancial, que funciona en ocasiones más como tópico discursivo que como un sentimiento negativo que anticipe cambios en las prácticas de consumo.

4. Polisemia contextual y ambigüedad moral en la percepción y valoración del exceso en el consumo

Por un lado, hemos visto que los jóvenes comparten la valoración de ciertas prácticas y discursos ligados al consumo (principalmente del “descontrol controlado”) y el rechazo de otras (especialmente de la pérdida total de autocontrol). Sin embargo, este conocimiento compartido no implica que la percepción de los jóvenes sobre el exceso sea unívoca, sino que las distintas percepciones que existen se complementan y generan prácticas, también compartidas, de gestión del consumo. Parece necesario por lo tanto abandonar el planteamiento dicotómico que ve la percepción juvenil del exceso ya como resultado de su ambiente sociocultural o como una decisión racional independiente (Lunnay *et al.*, 2011), y acercarnos a estas percepciones desde su complejidad, ambigüedad y variabilidad reales.

Habíamos ido a una fiesta rave en Ciudad Universitaria con Inés y sus amigos. La música sonaba desde la tarde en una explanada de césped que terminaba en la facultad de Bellas Artes. Ya de noche, mucha gente bailaba frente a la mesa de mezclas. Grupos de jóvenes alejados de la improvisada pista de baile conversaban y consumían drogas. Yo hablaba con Oscar, un chico de veintitrés años amigo de Inés, que me habló por primera vez del sentimiento de culpa: “mola la sensación, pero luego me da un poco de culpabilidad. Pero me alegro de haberlas tomado, como experiencia”. (Oscar, 23).

Un rato después, mientras hablábamos y reíamos con las chicas, la mayoría ya un poco borrachas, me encontré por casualidad con unos amigos de la universidad. Cuando los vi estaban comprando speed. Aunque no les pregunté, me dijeron que “no era para ellos”, sino para otros amigos que estaban por ahí. Al rato me los volví a encontrar. Le pregunté a uno si había consumido, me dijo que no. Al mirarle me fijé que tenía todo el orificio nasal derecho y sus alrededores manchado de blanco. Le dije que se había manchado, él se rió y no dijo nada. (Extracto del Diario de Campo, O.21).

Otro día estaba hablando con Nacho, el joven técnico de sonido, que me explicaba que su consumo de drogas era recreativo y no regular, y que había pasado por diferentes etapas:

Pues ha ido por épocas, o sea, no tengo adicción a nada, yo nunca he sido adictivo, no he sido una persona adictiva, fumo desde los dieciséis años y entre semana no fumo, ni me tomo una cerveza ni hago nada, por ejemplo. Entonces, ha habido épocas en las que hemos tomado MDMA, ha habido épocas que no hemos tomado nada, ha habido épocas que hemos tomado alguna pastilla, speed otra época, últimamente farlopa⁴⁰. . . pero es como lo que nos va dando, o sea, no. . . no es que diga: “voy a ir a una fiesta y necesito, esta cantidad de MDMA, esta cantidad de speed”, hay gente que sí, hay gente que sale y lo tiene súper preparado, nosotros es mas en plan: “¡venga!, ¿que nos apetece? Ya está”, pero nos da igual, mientras estemos juntos y lo estemos pasando bien. Yo personalmente prefiero no pasarme tanto con una sola cosa, sino coño, equilibrar un poco. (Nacho, 23).

Pero al ahondar sobre el tema de la frecuencia del consumo, aparece un consumo más elevado del que pareció definirse al comienzo de la charla:

E: Por ejemplo ¿este finde consumiste?

R: ¿Este finde consumí?

E: ¿Cocaína?

R: Un poco el sábado, pero poco, solo tres (rayas).

E: ¿Y el finde pasado?

R: ¿El finde anterior qué hicimos? ¿Cuál fue el finde anterior?

E: Semana Santa creo que fue.

R: También algo, pero. . . la cantidad, un gramo, entre cuatro o cinco personas en todo el finde.

E: ¿Y el anterior también?

R: Algo así también.

E: O sea, ¿dirías que sueles, en esta etapa de tu vida, consumir todos los fines de semana?

R: Los últimos dos meses, en poca cantidad, menos uno creo, pero sí. Pero ya te digo, porque me compensa en el otro sentido, o sea, es que por ejemplo reduzco mucho el consumo de alcohol en comparación a si no lo tomase. (E.9).

⁴⁰ Cocaína.

Estos episodios de aparente contradicción entre discursos y prácticas ligadas al consumo esconden en realidad la complejidad del diálogo entre diferentes valoraciones del consumo de sustancias: por un lado, las estrategias establecidas por los jóvenes, por otro, las circunstancias contextuales concretas de cada evento de consumo. Los sujetos no poseen una identidad única, sino que existen diferentes espacios de discurso que implican que el yo se sitúa en diferentes lugares según el contexto y en relación a distintos universos discursivos. En cada uno de ellos la percepción y la valoración del exceso en el consumo de drogas difiere.

Los estereotipos negativos asociados al consumo de los jóvenes que predominan en gran parte de la sociedad y en los medios de comunicación influyen inevitablemente en el imaginario de los consumidores. Estos discursos sociales dominantes son en gran medida asumidos por los jóvenes, que reproducen a veces sus narrativas a pesar de manejar sus propias prácticas racionales de gestión del consumo que parecen contradecir a aquellas. Pero, en otros contextos, también los jóvenes construyen otras narrativas diferentes (que, por ejemplo, valoran el exceso y el “desfase”). Esto refleja la enorme ambigüedad moral asociada a las narrativas y las prácticas de consumo.

Además, el discurso social mayoritario sobre la percepción del consumo juvenil tampoco es unidireccional. La demonización y estigmatización del consumo de sustancias contrastan con la promoción estatal de la economía del ocio nocturno y con la imagen de la normalización del consumo en la etapa joven promocionada por la publicidad (Lindsay, 2009). En el contexto de la ciudad actual, el hedonismo es fomentado y explotado por el mercado (Lindsay, 2009) a la vez que los jóvenes consumidores son representados en los medios de comunicación como carentes de disciplina y moralidad y sus prácticas como peligrosas y arriesgadas (Moore, 2011).

Por otro lado, aparecieron también discordancias entre discursos y prácticas en los casos de los jóvenes que decían no querer consumir en una salida nocturna y acababan consumiendo. De nuevo, conviene no entender dichas desigualdades desde la contradicción, sino tratar de recrear las diferentes intenciones y presiones que se ponen en juego a la hora de consumir. En este caso, por un lado las responsabilidades, restricciones o auto imposiciones, y, por otro, las expectativas de placer, la inercia de la noche y la euforia del consumo colectivo.

Como dijo una joven que había planeado volver pronto a casa y no consumir, y acabó quedándose y consumiendo: “Ha empezado muy bien la noche para irse ahora” (Cristina, 22). Por eso, parece que ni los propios amigos se lo creen cuando alguien dice que una noche “irá de tranquis”, (que no se quedará hasta tarde, no consumirá, etc.). Una declaración a la que los amigos suelen contestar con afirmaciones del tipo: “Ni de coña, tío. Pues a ver quién te para a ti” (David, 27), o: “Anda, contigo nunca se sabe. No lo digas muy alto que nos conocemos” (Alberto, 27).

La siguiente aparente paradoja es que, a pesar de las estrategias de gestión, no siempre se consiga el valorado “descontrol controlado” y se pase a veces el límite de la pérdida de control. Las prácticas planeadas y gestionadas de consumo, en las que predomina la intención de maximizar beneficios y minimizar riesgos, se dan en paralelo a las prácticas más espontáneas, sin planificación ni gestión, que son a veces protagonizadas por los mismos jóvenes. Ambas narrativas y prácticas del consumo no son necesariamente contradictorias sino que, combinadas, sugieren una explicación más realista de cómo los jóvenes consumen y perciben dicho consumo (Hunt *et al.*, 2009). Además, los límites no son cerrados, sino difusos y porosos, y se tantean y se descubren en la práctica, siendo a veces traspasados voluntariamente.

La última aparente oposición que vamos a mencionar es el contraste que tiene lugar cuando los jóvenes por un lado aseguran “estar controlando” y por otro culpan a las sustancias que han consumido de ciertas conductas y comportamientos. Como nos dijo Svetlana de camino a una rave: “Para mí el alcohol es una excusa para hacer todo lo que no haría cuando no estoy borracha, en plan, hala, a la puta mierda”. (Svetlana, 23). Entre las cosas que se han justificado en el trabajo de campo como consecuencia de haber consumido destacan los episodios de temática sexual (entre ellos, haber cometido o sufrido acoso) y sentimental, por ejemplo, la infidelidad. De nuevo, parece conveniente trascender esta aparente contradicción y observar en su lugar la compleja relación que se da entre el control que predomina en el consumo de jóvenes (Lindsay 2009) y el espacio de transgresión de las normas sociales habituales que se genera durante el rito juvenil de consumo colectivo de drogas (Crawford y Novak, 2006), incluyendo el placer que conlleva dicha transgresión (Hayward, 2002).

5. Diferencias en la percepción del exceso según el tipo de sustancia psicoactiva



Fotografía: Greg Planchuelo

E: O sea, la idea de, pues eso, consumo en exceso, de atracción, ¿qué significa para ti? O sea, ¿a qué lo ligarías tú?

R: Pues yo lo ligaría a (que es lo que he visto en algunas ocasiones) a personas, pues eso, que empiezan, pues, bebiendo, después empiezan a tomar speed, después de tomarse el speed se meten una pastilla, luego unas setas, luego más speed, más speed, más alcohol y más speed, y están como a la una de la tarde pues metiéndose speed y bebiendo.

E: ¿Del día siguiente?

Delia, una chica de veintitrés años que estudia un máster de Psicología, asocia el exceso con el policonsumo, una opinión generalizada entre muchos de estos jóvenes. La práctica del policonsumo (consumir diferentes sustancias psicoactivas en una sola salida) ha sido muy común en las noches del trabajo de campo. El alcohol, siempre presente, funciona como base sobre la que se adhieren más drogas (porros, MDMA, cocaína o speed, generalmente). Con el policonsumo los jóvenes pretenden extender temporalmente los efectos de las sustancias, incrementarlos o reducirlos (Hunt *et al.*, 2009).

En todo caso, la percepción del exceso en el consumo de drogas depende principalmente de la sustancia que se consuma. No todos los estupefacientes se valoran de la misma manera, y, como dijo Bruno: “Es que incluso dentro de los propios ámbitos de drogas hay peña súper radical, de “esto sí, pero lo tuyo no”. (Bruno, 28). La percepción diferenciada de las sustancias psicoactivas depende además de la familiaridad. Si se consume sólo alcohol, la percepción de otras drogas se aproxima más a la del imaginario dominante. Si se consumen también otros estupefacientes, la percepción es más compleja y más ambigua.

- *La normalización del alcohol*

El alcohol (etanol o alcohol etílico) es un depresor del sistema nervioso central que produce desinhibición y euforia a bajas dosis y sedación a altas. A la activa actitud inicial del efecto (cordialidad que instaura beber en común, liberación de inhibiciones y episodios de lucidez extraordinaria), le sigue otra de retroceso físico (que conlleva una narcosis proporcional a la cantidad de alcohol ingerida y a la tolerancia de cada individuo) (Escotado, 1999). El consumo de alcohol está normalizado en la sociedad occidental actual (Lunnay *et al.*, 2011) y se considera un elemento indispensable en

la socialización y las celebraciones (Lindsay, 2009). Uno de los factores que fomenta esta normalización es el marketing desarrollado por las marcas de bebidas alcohólicas, que diseñan campañas publicitarias dirigidas a los jóvenes en las que muestran un estilo de vida juvenil (de diversión y excitación) asociado al consumo de su producto (Mc Creanor et al., 2005). A esta orientación positiva al consumo de alcohol que desarrollan las marcas se suma el esfuerzo estatal de muchos países actuales por aumentar el mercado del ocio nocturno (Lindsay 2009). Este panorama influye en la agencia juvenil, que reproduce ciertas tendencias mayoritarias de la sociedad como el consumo normalizado de alcohol. El alcohol se da por hecho en las salidas de los jóvenes, por lo que "salir sin beber" es prácticamente impensable, como nos explicó Inés, la chica que estudia Diseño y Arte y frecuenta una discoteca del centro de Madrid.

E: ¿Qué elementos considerarías tú que son esenciales en una salida?

R: Pues, esenciales... Que estés con buena gente, con amigos y con gente con la que te lleves bien, te diría que alcohol. O sea no es indispensable, pero sí que siempre que salgo bebo. Si me planteo no beber pues igual no bebo, pero sí que es un elemento que nunca falta. (Inés, 23).

De hecho, en veintitrés de las veinticuatro salidas de trabajo de campo que realizamos con jóvenes se consumió alcohol, es decir, en todas excepto una (en la que sus protagonistas eran menores de edad y fumaron porros pero no bebieron). El consumo de alcohol está por lo tanto estrechamente asociado al ocio juvenil, como mencionó Juan, un joven arquitecto:

E: Y, respecto a "ser joven", ¿te vendría alguna imagen o varias imágenes concretas a la cabeza; algo que represente este "ser joven"?

R: Pues... me viene, por ejemplo; fíjate, el botellón. De las primeras que me ha venido a la cabeza... El tener, pues eso, el ocio de la gente joven, que al final es beber, ¿no? (Juan, 27).

En este sentido, algunos jóvenes nos hablaron de la dificultad de encontrar opciones de ocio que no incluyan el consumo de alcohol, como afirma Iván, un chico que conocimos en la fiesta navideña donde se consumió MDMA: "te cuesta buscar métodos alternativos de ocio que no impliquen beber, o te sales totalmente del mundo, siendo deportista o algo así, o no hay un punto intermedio". (Iván, 25).

Por otro lado, la mayoría de los jóvenes con los que hemos realizado trabajo de campo conocen los riesgos del alcohol (para la salud, a corto y largo plazo, y por acciones y comportamientos que a veces puede provocar: actitudes violentas, accidentes de tráfico...) y de hecho piensan que se trata de la droga más peligrosa, precisamente por considerarla la más normalizada, la más habitual y una de las más adictivas. Como siguió diciendo Juan, el joven arquitecto: "el alcohol está bien visto y es una putada porque... Porque es muy peligroso; y socialmente bien visto, que se hace apología del alcohol en todos lados." (Juan, 27).

Nacho, el joven técnico de sonido, añade sobre este tema:

R: Cuando digo drogas incluye alcohol. Quiero que eso quede claro. A mí el alcohol me parece de lo más peligroso que hay en la noche, y siempre se toma como algo que está muy... interiorizado, normalizado, cuando es lo más peligroso que hay. Hay muchos prejuicios en cuanto al consumo de drogas y no se tiene en cuenta eso.

E: ¿Y por qué es peligroso? ¿Por qué te parece peligroso el alcohol?

R: Precisamente por eso, por lo normalizado que está. A una persona que se toma ocho copas, diez copas, y le da un coma etílico o empieza a potar por la calle se ve mucho más normal que alguien que se mete una raya de cocaína. Yo puedo salir una noche meterme dos rayas de cocaína, beberme tres, dos copas, estar estupendo, irme a casa a dormir y al día siguiente hacer vida. Y el hecho de que yo pueda consumir dos rayas de cocaína está bastan... mucho peor visto por el noventa y nueve por ciento de la sociedad que el otro que también se beba cuatro litros de cerveza y pote por la calle. O sea el estigma que va a obtener esa persona es mucho peor que... cuando el daño no está comprobado que sea mayor, o sea, peor en un caso que en otro, ¿me explico? (Nacho, 23).

Vemos en sus palabras que algunos de los jóvenes que consumen otras drogas se cuestionan por qué beber alcohol en grandes cantidades está mejor visto que consumir otras sustancias en cantidades más pequeñas, y prefieren escoger otras alternativas de consumo en las salidas. Sin embargo, los jóvenes que no consumen otros estupefacientes reproducen el discurso dominante, que establece que las demás drogas son más peligrosas que el alcohol, y prefieren por tanto el alcohol a otras sustancias psicoactivas.

- *Los porros del día a día*

Los porros porque casi en realidad ya los he metido en mi rutina. Pero porque también me calman bastante la ansiedad. Cuando los probé me di cuenta de que si a lo mejor me fumaba un par de porritos al día pues no le contestaba mal a mi madre, o estaba de mejor humor, o hacía más chistes o lo que sea, y digo, mira me gusta más estar así. Y porros ya fumo casi a diario. (Paula, 19).

Pues yo consumo, lo típico, ¿no? Primero porque me gusta, me encanta fumar, yo consumo marihuana y porros, me encanta fumar. Te hace pensar de una forma... Que también, sí, a veces te da la "bajona"⁴¹, las risas, tal. Pero las fumadas son unos pensamientos que a veces pienso: "si dejara de fumar, muchos de los pensamientos y de cosas que tengo claras, de 'pensamientos', llamaría así, de mi vida y de mi mente, muchas de esas reflexiones concretadas ya, las he sacado fumada". Y pienso: "si no me hubiera fumado ese porro, no habría llegado a lo mejor a esa solución", que ahora mismo creo vital y súper importante y que se da. Y que creo que existe, ¿no? en cualquier tipo de pensamiento, ¿no? Y a veces lo pienso y digo: "joder, es que si dejo de fumar porros, ya no llegaría a desarrollar a veces mi mente". También estás en el engaño de la droga, ¿no? Pero te hace pensar de una forma... (Irene, 19).

Paula e Irene son, como muchos jóvenes, consumidoras habituales de porros. Han incorporado esta sustancia a su cotidianeidad, les aporta aspectos que ven como positivos en su día a día y por lo tanto consideran su consumo habitual beneficioso para ellas. Los porros se hacen con hachís o marihuana, que se obtienen procesando las flores de la planta Cannabis. Su principio activo, el THC, tiene como principales efectos la relajación, los estados de ensoñación y creatividad, el aumento del apetito y la reducción del dolor (Barceloux, 2012). Sin embargo, no a todos los jóvenes les gustan los efectos de los porros (de hecho, a algunos les resultan muy desagradables), y tampoco todos ellos comparten esta percepción positiva sobre su consumo habitual. Para estos otros jóvenes, el consumo cotidiano de porros representa el mismo exceso que el consumo diario de otras sustancias psicoactivas, como explica Lucas:

Te piensas que el porro no hace nada, y ves a gente que los porros les han jodido la cabeza. Por ejemplo, un amigo, está jodido, va a poner un DVD y tarda tres horas. Y llego a clase a las nueve de la mañana y me ofrece un porro. Pero claro, si te tomas dos copas antes de ir a clase, eres un borracho. (Lucas, 26).

Y de hecho algunos de los jóvenes consumidores sienten parte de estas consecuencias negativas en sí mismos (pérdida de memoria, deterioro pulmonar, cansancio...). Para evitar estas consecuencias negativas y seguir manteniendo los beneficios que les aportan los porros, muchos jóvenes tratan de regular su consumo, marcándose pautas de gestión concretas (restricciones de consumo, sustitución ocasional por tabaco y control de la cantidad, entre otras). Como explica Joaquín, el joven del colectivo que organiza raves, la clave para él no es eliminar el consumo, sino controlarlo para maximizar sus beneficios y minimizar sus riesgos:

No, a mí, en sí, no me sienta mal. No, no es por eso, es porque digo: a ver, no me quiero fumar cinco porros al día, ¿sabes? ni tres. O sea, no quiero por el hecho de eso... que, además sé que es algo perjudicial; o sea, no. Pues entonces, dices, sabiendo que eso, pues voy a hacerlo para tener la sensación que me gusta tener y, ya, igual, disfrutarlo porque me gusta fumar un porro, digamos; o por la sociabilidad que te dan los porros, ¿sabes? Que vas a un sitio y dices, ah, mira, tal; pues unos porros... Y eso sí me gusta, entonces, ya que me gusta, voy a cuidarlo, digamos, un poco. (Joaquín, 24).

- *La "maravilla" del MDMA*

En nuestras observaciones vemos como el MDMA (generalmente conocido como éxtasis e ingerido en forma de cristales o pastillas) es una de las sustancias psicoactivas mejor valoradas por los jóvenes, debido principalmente a su medio de consumo: la boca (frente a otras vías de consumo menos valoradas, como la nasal), y a sus efectos placenteros: una experiencia intensa de dos a tres horas que potencia la empatía y genera una catarsis emocional (Escohotado, 1999). Junto con otras

⁴¹ Deterioro brusco e intenso en el estado de ánimo debido a los efectos de las drogas. Suele producirse cuando ha pasado un tiempo desde el consumo y van desapareciendo los efectos.

sustancias conforma las llamadas “drogas de síntesis” (drogas obtenidas a través de procesos químicos en laboratorios), que se han popularizado en occidente desde los años noventa en el contexto cultural juvenil de las discotecas y la música “tecno” (Romo, 2001). Esta droga representa algunos de los aspectos que más se valoran en el consumo juvenil. Para los jóvenes que conocimos, el MDMA “es la droga favorita” (Diego, 25), que provoca “euforia inexplicable, amor, empatía” (Nacho, 23), “amorismo, que todo parezca maravilloso” (Selene, 23), y que facilita e intensifica las relaciones sociales: “con el M he hablado cosas con un amigo que no hubiera hablado nunca. Hemos llegado a puntos que no habríamos llegado” (Oscar, 23). La experiencia del consumo de MDMA en las fiestas ayuda a algunos jóvenes a sentirse valorados al socializar y crear vínculos más fácilmente, y a generar así estímulos positivos (Bogt et al., 2002). Además, sienten que esa droga, a diferencia del alcohol, les permite seguir actuando según su voluntad, con un mayor control y produciendo un cuerpo más aceptable para mostrar en público (Pennay, 2012), como dijo Javier, un amigo de David, en la fiesta navideña a la que fuimos con él y sus amigos: “Si pienso en mí borracho me doy asco. Sin embargo, si vas coloco vas controlando.” (Javier, 26).

Según Bogt et al., (2002): “para los que probaban por primera vez, la primera experiencia era inolvidable”, pues era excepcionalmente placentera, como nos contó Lucas:

El primer día que me drogué con M es de los mejores momentos de mi vida. De felicidad extrema. Esa sensación la he tenido solo tres veces en mi vida. Estaba en el cielo. Dices, ¿para qué voy a molestarte en nada si puedo tomar estos polvitos? Es lo más triste que me ha pasado en la vida: descubrir que la felicidad está en un trocito de plástico. (Lucas, 26).

Sin embargo, no todos los aspectos del éxtasis son percibidos como positivos. Según estos jóvenes, la resaca que da al día siguiente es especialmente negativa e intensa —una sensación de depresión, letargo e insomnio (Bogt et al., 2002)—, y además los efectos de la sustancia se pierden con el consumo continuado —a partir de la segunda dosis, el incremento del efecto psíquico es mínimo, a la vez que aumentan las sensaciones colaterales: apretar las mandíbulas, conatos de visión doble y coordinación corporal menor, (Escohotado, 1999)—, lo que explica que varios jóvenes comentaran haber vivido “un desencanto” del MDMA.

- *Secretismo y censura en torno a la cocaína*

Dos amigas me habían acompañado a un piso de estudiantes en el centro de Madrid. Allí, Diego, Nacho y Lucas, de veintitrés a veintiséis años, ponían música y hablaban con nosotras mientras bebían unas copas de Whisky. Sería como la una de la mañana cuando Diego se levantó y le pidió algo a Nacho, que le puso una bolsita en la mano. Dijo que iba al baño y salió de la habitación. Desde la puerta añadió: “Hay gente que le impacta bastante y yo no quiero molestarles.”

Al rato Nacho sacó la bolsita. A diferencia de Diego, él no quiso ir al baño. Puso su teléfono móvil en la mesa y derramó en él un poco de cocaína y con el DNI preparó tres rayas. Nos miró y preguntó si queríamos, dando por hecho que no. El ambiente del salón se congeló por un momento en un silencio incómodo, tenso. Al sacar la cocaína y ponerla sobre la mesa, Nacho parecía haber roto la barrera del secretismo, casual o intencionado, que había tenido lugar durante la noche respecto a ese tema. Nacho nos miraba, y los demás también.

Las chicas se quedaron calladas. Él entendió que tal vez sí querían. Ellas contestaron: “ya tenemos”. En ese momento la tensión se disipó de golpe, como si toda la bruma incómoda que inundaba la habitación en los últimos minutos desapareciera en un instante. Hubo una especie de relajación general y todos rieron. Nacho preparó un par de rayas más. Como las rayas estaban en el móvil, cada vez que uno se acercaba para inhalar, su rostro se reflejaba en la pantalla. Se lo pasaron a Lucas que agarró el turulo, inhaló una de las delgadas líneas blancas sobre el teléfono y dijo: “odio verme la cara cuando me meto una raya”. (Extracto del Diario de Campo, O.20).

Según los jóvenes de nuestro trabajo de campo, la cocaína es la sustancia peor considerada, y quizás por ello encontramos asociadas a esta droga el mayor número de prácticas de ingesta disimulada, sin que se vea ni se note, en espacios sin visibilidad (entre ellos el baño), y con discursos teñidos de secretismo. El influjo que ejerce la aceptación o rechazo de una droga sobre el modo de consumirla puede ser tan decisivo como sus propiedades farmacológicas (Escohotado, 1999). En este caso, la valoración negativa de la cocaína provoca que en general no sea la primera opción para empezar a consumir drogas, y que su consumo sea el resultado de una progresión a partir de sustancias socialmente mejor valoradas. Uno de

los principales motivos de su rechazo parece ser su vía de consumo nasal (que comparte con el speed), que está mal vista puesto que se asocia a conductas más drogodependientes que el consumo por la boca. Esta práctica de consumo (esnifar) funciona como marcador de exceso desvalorizado, como dijo Joaquín, el chico del colectivo organizador de raves: “Yo, para mí, también diferencio la forma de ingerir las drogas, sabes. . . Me resulta mucho más duro el esnifar una droga que el chuparla; por ejemplo”. (Joaquín, 24).

También se dan reacciones ante este estereotipo:

Tú puedes fumar porros y no ser un criminal, ¡pero cómo te pongas por la nariz! Ya eres aquí un desfasado, un loco. Tú puedes estar en un parque fumándote un porro y a lo mejor nadie te viene a decir nada, o no hay ningún problema, pero ojo, no se te ocurra ponerte una raya. Porque ya tienes ahí a todo el parque mirando, basta que llamen a los guardias o lo que sea. Es que está como muy criminalizado, ese tipo de drogas. Tú a lo mejor vas a un garito que sabes que no pasa nada, o que nadie te va a decir nada, y a veces sí te dicen algo, en plan de “oye no te pongas aquí”, y dices, bueno, también lo respetamos. Yo entiendo que a lo mejor a la gente no le apetezca verlo. Yo respeto. Por ejemplo, cuando estoy fumando, a la persona que tengo al lado le pregunto: “¿te molesta el humo?”. Yo no quiero molestar a nadie ¿sabes? Solo porque yo consumo. . . Tampoco entiendo por qué la gente tiene que sentirse molesta, en parte. Yo no quiero molestar a nadie pero me jode que se sientan como ofendidos. No sé, yo no me meto en sus vidas pero ellos en las nuestras sí, se sienten con la libertad de juzgarte. (Paula, 19).

La cocaína es un estimulante de acción rápida, intensa y de corta duración que produce gran euforia y exaltación a la vez que una disminución de fatiga (Barceloux 2012). A pesar de la valoración negativa que parece rodear a la percepción de la cocaína, a muchos jóvenes les gustan sus efectos, como explica Nacho, el joven técnico de sonido: “La cocaína te hace percibirte por lo menos, como mucho más locuaz, centrado y hablador, te da seguridad en ti mismo o llámalo como quieras, y también te despierta un poco” (Nacho, 23). Se trata de efectos que a veces se prefieren a los de otras sustancias (como el alcohol), lo que extiende su uso. España es, de hecho, uno de los países donde más cocaína se consume (UNODC).

- *El speed, la droga barata*

La noche que fuimos a la discoteca a las afueras de Madrid, salimos un rato al coche sobre las cuatro de la mañana para que Selene y su novio Juanjo bebieran un poco del alcohol que habían dejado allí. Selene sacó entonces un paquetito con polvos blancos y preparó unas rayas de speed sobre una carátula de CD. Juanjo nos dijo: “a mí no me gusta. Lo he probado poquitas veces. Sí, el pedo muy bien, pero luego no podía dormir, cerraba los ojos y veía luces, tenía sueños lúcidos, no me gustó nada.” Selene le dio un poco la razón pero justificó su consumo por su bajo precio: “te quita el sueño, te cierra el estómago. . . pero es la droga más barata, aunque la bajona es un poco chunga”. Juanjo siguió diciendo que a él no le gustaba, y que no le gustaba que Selene, su novia, se drogara con eso. Después cada uno inhaló una de las rayas sobre el CD. Estuvimos un rato más en el coche y, al rato, volvimos a la discoteca. (Extracto del Diario de Campo, O.14).

El speed—sulfato de anfetamina, cuyos efectos son parecidos a los de la cocaína, pero siendo este más neurotóxico (Barceloux 2012)—, parece ser una sustancia poco valorada por los jóvenes, incluso por sus consumidores, que justifican su consumo por su bajo precio, y porque ayuda a “aguantar”.

Paula, la chica que frecuenta el CSOA de su barrio es consumidora habitual de speed y nos habló de esta sustancia:

R: El speed, pues sobre todo como mantenerte ahí despierto, si a lo mejor tienes ganas de fiesta, que a mí me pasa muchas veces, que tengo muchas ganas de fiesta pero estoy muerta de cansancio, porque llevo toda la semana yendo a clase y tal, y a lo mejor llegas al sitio y dices: “buah. . . no puedo ni bailar de lo cansada que estoy”, pues el speed te quita eso, te da un subidón, en plan, estás animado, no tienes sueño, no tienes hambre, venga que pim que pam, otra copita, no sé qué, así.

E: Muchas personas me dicen que del speed lo que no les gusta mucho es el día siguiente. . . ¿a ti también te pasa eso?

R: Sí. Me pasaba sobre todo al principio, porque es que no sabes. . . tu cuerpo no sabe cómo llevar eso. Te sientes fatal, te duele todo el cuerpo, tienes la cabe. . . no sé, es como el día del horror. Es que te levantas, abres los ojos y ya sabes que va a ser un mal día, en plan estás ahí como: “dios, es que no puedo más”. (Paula, 19).

Estos efectos del día siguiente, sumados a la incapacidad que produce para dormir, provocan que muchos jóvenes rechacen el speed tras haberlo tomado algunas veces, como dice Nacho: “el speed, yo sé que tengo unos bajones terribles, se me descompensa todo, me entra casi depresión, paranoias, de todo. Entonces sé que de eso no puedo tomar.” (Nacho, 23).

- *Otras sustancias menos habituales: en busca de experiencias fuertes*

Las sustancias psicoactivas menos habituales en el consumo de drogas de los jóvenes (entre ellas: DMT, ketamina, setas alucinógenas, LSD...) parecen ser consumidas principalmente en busca de nuevas experiencias, diferentes y más fuertes que las producidas por otras sustancias más populares. Como me explicó Inés, la joven estudiante de Diseño y Arte que sale con sus amigas a una discoteca del centro:

Otras son más mentales, por así decirlo. Más psicodélicas, que te hacen ver cosas distintas, tener percepciones distintas o te alteran los sentidos un poco. O que te hacen pensar cosas distintas. (Inés, 23).

Muchas veces se trata de jóvenes que quieren llevar a cabo viajes psicodélicos como experiencia vital. En estos casos ya no se trata de consumo de drogas con fines recreativos para acompañar una salida nocturna, sino de consumo de sustancias psicoactivas con el fin de vivir esa experiencia interior. Sin embargo, no todos los jóvenes se ven atraídos por estas drogas. No tanto por mala fama (como en el caso de la cocaína o el speed), sino porque prefieren no tener ese tipo de experiencias tan intensas y en cierto modo más desconocidas por derivarse de la ingesta de drogas menos habituales; como dijo Svetlana, una joven estudiante de Derecho: “a mí es que tomar setas me da mal rollo, por no saber lo que va a pasar.” (Svetlana, 23).

6. “El adicto” en el imaginario juvenil: quién es y cómo se comporta

Los consumidores recreativos persiguen el ideal de equilibrar el consumo hedonista de droga y el rendimiento de su vida cotidiana (Järvinen y Ravn, 2011). Sin embargo, algunos no lo consiguen y desarrollan un estilo de vida muy influido por el consumo, en el que empiezan a dar nuevos usos a las sustancias psicoactivas y estas se convierten gradualmente en un aspecto más central de su identidad (Järvinen y Ravn, 2011). Este proceso, en el que cambian las redes sociales y las prácticas de consumo, debe ser entendido como un proceso gradual, como un continuum en el que los jóvenes pasan por diferentes fases (no siempre en el mismo orden y no necesariamente acumulativas) que Järvinen y Ravn (2011) describen de la siguiente manera:

	Uso recreativo de drogas	Uso regular de drogas
Redes sociales	Redes abiertas (formadas por consumidores y no consumidores)	Redes cerradas (todos los miembros consumen)
Fiestas	Fiestas de una noche	Fiestas más largas (de todo el fin de semana...)
Intoxicación	Intoxicación como medio para conseguir otra cosa	Intoxicación como objetivo en sí mismo
Acceso a las sustancias	Sólo compra	Compra y venta (entrar en la cadena de distribución de la sustancia)
Efectos de las sustancias	Efectos fijos	Efectos diversos
Auto presentación	Usuario en control	Alteración entre el control y la pérdida de control (ya sea momentánea: efectos no deseados de una ingesta, o más general: con consecuencias negativas en otras esferas de su vida)
Espacios	Ligados al ocio	No sólo ligados al ocio (uso de la sustancia en situaciones cotidianas)

A pesar de su interés por la caracterización de prácticas asociadas a distintos tipos de consumo (recreativo o regular), la tabla de Järvinen y Ravn supone una dicotomización excesiva del tipo de consumo que no se da en la realidad. Sin embargo, muchas de las características que se muestran en ella como parte de un proceso gradual de pérdida de "control" de las prácticas de consumo de drogas y de sus efectos, coinciden con aquellas mencionadas por estos jóvenes durante el trabajo de campo. Al pensar en lo que define al "adicto" (aquel que ha pasado el límite del consumo recreativo y lleva a cabo un consumo excesivo no valorado) la mayoría de estos jóvenes destacaron dos características principales: el aumento de espacios y tiempos de consumo (es decir, la ingesta cotidiana) y la pérdida de control de los efectos de la sustancia sobre la vida personal (cuando el consumo tiene efectos negativos en la vida diaria). En cuanto a la ampliación de los espacios y tiempos en los que se consume, el consumo diario de drogas está muy mal valorado y representa para los jóvenes el rasgo definitorio del "adicto". Como dijo Sonia, de veintisiete años:

Joder, un amigo de allí es que bebe, casi a diario. Se toma una copa al día después del trabajo, pero, luego, cuando sale no bebe tanto. Es como que le gusta beber así, en días normales; pero luego prefiere las cervezas aunque no sé; a mí no me gustaría beber a diario. Es que, tía, ahí solo en tu casa y te echas una copa... No sé, es raro. (Sonia, 27).

En estos casos, el consumo ya no está ligado al ocio sino a la cotidianeidad, y no siempre es social sino que la mayoría de las veces se lleva a cabo en soledad. Respecto a las consecuencias negativas del consumo regular de drogas en la vida personal, estos pueden ser de diferentes tipos: personales, profesionales, físicos, en las relaciones sociales... Para entender mejor las ambiguas relaciones entre causas y efectos del consumo en los jóvenes que traspasan la frontera del uso recreativo, puede resultar ilustrativo citar con cierta extensión el testimonio de Ainhoa.

Ainhoa vive en un piso de Embajadores con su amigo Joaquín. Ambos pertenecen a un colectivo de organización de fiestas raves. Ainhoa tiene veinticuatro años y estudia Periodismo. Es una chica simpática, inquieta y divertida. Tiene el pelo negro y lleva una melena corta que le llega por encima de los hombros.

R: *Los efectos negativos que yo veo cuando no estoy drogada... eso, el estar dispersa, el estar todo el rato pensando en que llegue el fin de semana; o, bueno, o la rave, o lo que sea, ¿no? Cuando sea, pero el momento ese de estar ahí drogada y no disfrutar de... pues, del resto del tiempo, ¿no? Yo ahora mismo, como te digo, me tengo que sacar la asignatura esta porque... y el curso de inglés para apuntarme a un máster que quiero hacer el año que viene y me veo muy pocas posibilidades (risas), o sea, no, pocas posibilidades porque no soy capaz de ponerme, de sentarme a estudiar; me cuesta, puf, la vida y si me pongo, para cuando me leo un párrafo y lo entiendo...*

E: *¿Crees que esto es a consecuencia de los consumos?*

R: *Sí, totalmente, totalmente. O sea, obviarlo sería muy... no... no, es que es así. Además, yo siempre he sido muy... de que me cuesta mucho concentrarme, bastante desordenada y yo creo que ahora como que se me está incrementando un poco y también he sido siempre muy irresponsable y esto también me hace ser más irresponsable. Sí, me hace ser más irresponsable no el consumir sino, o sea, los efectos que provocan en mí, pues como la desconcentración, tal, también la irresponsabilidad de que tienes que sacar una asignatura; pues, vale, vete de rave y drógate todo lo que quieras, pero de lunes a viernes siéntate y estúdiala. No soy capaz; o sea, soy más irresponsable todavía... pero como son efectos así, puf... muy poco palpables, en realidad; a no ser que los esté hablando contigo porque de muchas cosas, yo me doy cuenta cuando alguien me pregunta algo y las estoy hablando, ¿sabes? Y digo: "Ah, pues sí, mira". Entonces como son así un poco tal... como que no me importan y, de hecho, me da un poco miedo el que no me importen. Yo con la psicóloga hablaba de esto y me decía: "Joder, Ainhoa..."; al final me rayó bastante porque sí adopto un poco el rol de mamá de: "No te drogues, tal, además tú eres mazo sensitiva, no te hace falta la droga, tal... no quiero hacer de mamá pero es que no quiero que te echas a perder"; y yo decía, es que ya sé lo que es y todo y también te digo, aquí, súper segura, que no quiero dejarlo, no me apetece. Entonces es que no me voy a proponer porque me voy a amargar si me propongo no irme de... para no drogarme, no me tendría que ir de rave y es que no, me muero ahora mismo si tengo que dejar de hacer eso. (Ainhoa, 24. E.2).*

Ainhoa, Joaquín y el colectivo al que pertenecen habían organizado una rave en un cuartel del ejército abandonado a las afueras de Madrid. La fiesta empezó el viernes por la noche y duró todo el fin de semana. En la fiesta varios Djs pincharon música electrónica y los asistentes consumieron droga y bailaron durante horas, días. Esa tarde en casa de Ainhoa hablaron también de lo que pasó después de que nosotros, que les habíamos acompañado a la rave, volviéramos a casa:

Sí. Tenía que ir a trabajar el sábado y no fui (risas) A ver, no es... lo recuerdo y no es que diga... o sea, para nada, ni me puse mal ahí cuando no fui ni nada de eso y lo recuerdo y tampoco digo: "oh, dios mío". A ver, lo que pasa es que lo recuerdo y digo: "joder, tía, mazo irresponsable, muy mal por tu parte, las cosas no se hacen así", porque es que, mira, tenía que trabajar a las dos del mediodía del sábado, ¿vale?; y desde las nueve estaba intentando irme; no lo conseguí. Hasta la una que dije: "venga, ya" y le dije a Carlos: "tú, dime cómo me tengo que ir". Me intentó explicar, acaba y le digo: "tío, o sea, mi mente no es capaz de entender; no puedo descifrar tu mensaje"; le decía: "es que no puedo descifrarlo, de verdad, soy incapaz de hacer lo que me estás diciendo" y a lo mejor era recto y a la izquierda, ¿sabes? Pero es que... no, era incapaz, y dije: "a tomar por culo, pues no voy" No tenía móvil, no tenía el número, no llamé, nada. Claro, luego encima vuélvete a casa con todo el bajón, que llegué con toda la rayada ya, y dejé el trabajo ese día directamente y dije: "ya no voy" porque dije: "mira, lo he hecho muy mal, fatal, así no se hacen las cosas Ainhoa y esto no puede ser que por las drogas o por tal, hagas este tipo de cosas. No. Te tienes que organizar de otra manera; por supuesto que te permito que disfrutes de la rave, pero cuando tienes responsabilidades, tienes responsabilidades", pero dije: "bueno, ya está hecho"; tenía muchas ganas de dejar ese curro pues digo: "hala, para delante, a otra cosa." (Ainhoa, 24. E.2).

Otro día, Ainhoa contó preocupada un problema ligado al consumo que estaba teniendo con su familia:

Es que me pillaron unas pastis en Nochevieja y yo pensaba que no iba a llegarme la multa. El otro día me llamó mi madre y me dijo que había llegado una carta certificada que había abierto. Yo sé que está destrozada aunque ella no me ha dicho más nada pero se me puso a llorar. Yo le dije que estuviera tranquila y que no se preocupara porque no era mío y tal y cual... Bueno, ahora la cosa es que no sé qué hacer. A ella la llamo todo el rato para que esté tranquila. La llamo y le digo: "Voy a trabajar, acabo de llegar a casa..."; para que esté más contenta y dejarla tranquila, pero, puf, no sé qué hacer. (Ainhoa, 24. Extracto del Diario de Campo, O.5).

Encontramos en las palabras de Ainhoa varias ideas importantes sobre las maneras en las que estos jóvenes consideran que el consumo continuado de drogas puede afectar en la vida diaria. Por un lado, en la disminución de capacidades personales (concentración, inteligencia...) que Ainhoa achaca al consumo de sustancias psicoactivas; por otro, en la incompatibilidad del consumo de drogas con las responsabilidades diarias que, en este caso, se traducen en la pérdida del trabajo o tener dificultades para seguir adelante con los estudios, y, por último, las consecuencias del consumo de drogas en las relaciones familiares, ejemplificado en la reacción de la familia de Ainhoa al recibir la multa por posesión de drogas ilegales. Por otro lado, parece difícil discernir si todos ellos son efectos negativos del consumo habitual de drogas, o de las propias causas que (también) motivan dicho consumo. Es decir, que tal vez con el consumo de drogas Ainhoa busque escapar de una realidad que vive como poco gratificante (un trabajo que no le gusta, unos estudios en los que no consigue centrarse...). En efecto, en algunos perfiles juveniles el consumo tiene el propósito de evasión de la cotidianidad y de compensación del malestar vital.⁴² Esto no quita que este consumo cotidiano termine en algunos casos (como parece ser el de Ainhoa) por empeorar los problemas de los que el joven pretende evadirse.

6.1. Los adictos son los otros

Testimonios como el de Ainhoa —que hablan abiertamente de un uso cotidiano de las drogas, que reconocen los problemas que éste trae consigo y que, aun indirectamente, no eluden la peligrosa aproximación de la (auto)imagen a la denostada figura del "adicto"— no son, sin embargo, habituales. En este proyecto ningún joven se ha autodenominado o considerado

⁴² Más información sobre las motivaciones del consumo en el capítulo 2.

adicto, si bien varios de ellos han hablado de momentos de su vida pasada en los que consideran que sí tuvieron un nivel de consumo elevado que les preocupaba y de cómo superaron estos momentos: “O sea, considero que he tenido épocas que abusaba y no me gustaba” (Joaquín, 24), “Hubo una etapa que nos pasamos con el speed y dije ¡hasta aquí!” (Nacho, 23), “Yo por ejemplo sí me he llegado a considerar adicto. Y cuando me dio la paranoia lo dejé, luego ya dije: “con cabeza”, otra vez, claro, pero en esos tiempos también pensaba que era con cabeza” (Bruno, 28), “Hubo un momento que tuve riesgo de que, si no paro en ese momento, igual hubieran cambiado cosas eh; pero, bueno, no me arrepiento, por supuesto, pero. . . y me alegro porque, olé, lo hice y lo supe parar” (Juan, 27). Estas experiencias muestran que las fases del continuum que conforma el paso del uso recreativo al uso regular de drogas pueden también recorrerse en la dirección opuesta: alejarse del círculo de consumidores, dejar de ir de fiesta todo el fin de semana, abandonar su posición en la cadena de distribución de droga, parar el consumo cotidiano y evitar que las drogas sigan teniendo consecuencias negativas en la vida diaria (Järvinen y Ravn, 2011). Estos casos reflejan además cómo la identificación con el adicto es evitada a toda costa, si acaso proyectándose —en estos ejemplos que acabamos de ver— como un estadio pasado del yo que uno mismo ha conseguido superar.

Exceptuando este tipo de discursos sobre una etapa pasada, ya superada, de problemas en el consumo, al hablar del adicto siempre resulta que los adictos son los otros (France, 2000). Todos los jóvenes de este proyecto de investigación coinciden en afirmar que ellos no tienen un problema con el consumo de sustancias psicoactivas, pero que otros jóvenes (generalmente cercanos a ellos) sí lo tienen, como nos explicaron Nacho, el joven técnico de sonido e Irene, la estudiante de Filología Clásica:

Situaciones de abuso, de otros colegas de gente que vea, que han perdido el norte. O sea, tengo amigos con personalidades muy adictivas ¿vale? Y ves como las dinámicas, los hábitos van cambiando y van yendo a peor. Creo que cada uno tiene que tener tres barreras: una naranja, una naranja oscuro y una roja. Si pasas a la naranja oscuro para, porque a lo mejor llegas a la roja. Hay que conocerse a uno mismo, y hay peña que no está en sus cabales, peña normal que conoces que esta súper ida, sobre todo de cantidad. (Nacho, 23).

Pero bueno, es mi vida y no estoy estancada del todo, quiero decir, pues se ha estancado en momentos pero [baja mucho la voz] no soy un Tochi [nombre de un amigo suyo] del parque que no hago nada, tengo veintiséis años, ni estudio ni trabajo, y estoy todo los días fumando en el parque, ¿no? (Irene, 19).

Por otro lado, no todos los jóvenes consideran el consumo cotidiano (no recreativo) como algo negativo, sino que, como hemos observado, algunos lo consideran un complemento para la vida cotidiana. En este sentido la “adicción” no tiene siempre una connotación negativa, como explica Paula:

Adicción es algo que realmente te gusta mucho y intentas tenerlo siempre cerca. Hacerlo siempre. Pero no tiene por qué ser malo. Hay gente que le gusta mucho cocinar y se queda todo el día cocinando, haciendo bollos y mira, si no hace otra cosa más que cocinar en todo el día. No sé. . . adicción. . . pues eso, yo es que creo que si eres adicto es porque te gusta serlo. (Paula, 19).

En esto, la clave sigue siendo el control, que aparece aquí en la búsqueda del equilibrio que los jóvenes desarrollan entre su deseo de pasárselo bien y dejarse llevar, y las restricciones impuestas por el estudio, el trabajo, la familia y demás responsabilidades (Moore 2010). Para conseguir este equilibrio, los jóvenes optan por una regulación del consumo que les permita obtener los beneficios de la sustancia y esquivar los aspectos negativos que podría suponer el consumo sin control, como nos contó Joaquín:

Al final lo difícil es ser consciente de: “hostia, estás abusando”. Pues si eres consciente y no haces nada, ahí sí que, pues adiós. Pues intentas limitarte ya que es una cosa que, a mí, como me gusta, pues intento hacerlo lo mejor que puedo. Y, por ejemplo, una cosa que me he puesto es, eso de, no fumar hasta que no se haga de noche. Yo soy partidario de que todo con responsabilidad es bueno, ¿sabes? En plan. . . pues si te gusta una cosa es como al que le gusta beber. . . Si te gusta beber, puedes beber los fines de semana; si te gusta beber todos los días, ya sabes que no te puedes coger el pedo todos los días. . . por tu bien, de que al día siguiente estás con una resaca de la hostia. A mí, los porros, por ejemplo, considero que me sientan bien, pues que si quiero seguir haciéndolo, como me gusta, pues lo mejor es hacerlo responsablemente; un poco así, o intentar serlo, ¿sabes? (Joaquín, 24).

Como vemos, en la mayoría de los casos, los jóvenes que durante alguna etapa consumen cantidades altas de una droga, no desean abandonar el consumo de la sustancia, sino llevarlo de nuevo a la fase recreativa y de control (Järvinen y Ravn, 2011). En este sentido, las estrategias de intervención para disminuir el consumo fracasan al insistir en la abstinencia total (Järvinen y Ravn, 2011), sin tener en cuenta los factores estructurales que motivan el consumo (Crawford y Novak, 2006), sus funciones rituales y minusvalorando su componente de placer (Lindsay, 2009; O'Malley y Valverde, 2004; Pennay, 2012).

7. Conclusión

La percepción de los jóvenes del exceso es compleja y contextual. Para los jóvenes, la clave del consumo de estupefacientes reside en lograr un equilibrio entre la maximización de los beneficios y la minimización de riesgos. Este equilibrio es inestable y los límites son difusos y se tantean, traspasándose a veces voluntaria o involuntariamente. Se pone así en juego un diálogo entre las diferentes valoraciones del consumo, las estrategias de control y las circunstancias contextuales. En este pulso entre intereses, responsabilidades, placer y control, los discursos dominantes sobre el consumo son en parte interiorizados por los jóvenes y a la vez, desafiados a partir de sus prácticas. La relación entre el control predominante durante el consumo y la transgresión que se genera en los espacios de consumo colectivo se rige en gran medida por la valoración simbólica del exceso, cuyas prácticas y dimensiones son renegociadas por los jóvenes para influir en los modos en los que el consumo de alcohol y otras drogas funcionan como un marcador social identitario.

8. Bibliografía

- Barceloux, D.G. (2012). *Medical Toxicology of Drug Abuse: Synthesized Chemicals and Psychoactive Plants*. New Jersey: John Wiley&Sons, Inc.
- Bogt, T.T (et al.,). (2002). "Dancestasy": Dance and MDMA use in Dutch youth culture" en *Contemporary Drug Problems*, v.29.
- Bourdieu, P. (2000). *Poder, derecho y clases sociales*. Bilbao: Palimpsesto.
- Butler, J. (1990). *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge.
- Crawford, L. A., & Novak, K. B. (2006). "Alcohol abuse as a rite of passage: The effect of beliefs about alcohol and the college experience on undergraduates' drinking behaviors" en *Journal of Drug Education*, v.36(3).
- Contreras, D. (1996). "Sujeto juvenil y espacios rituales de identidad: comentarios sobre el caso del carrete" en *Última década*, 5.
- Elzo, J. (2010). *Hablemos de alcohol: por un nuevo paradigma del beber adolescente*. Madrid: Los libros de la catarata.
- Escobedo, A. (1999). *Historia general de las drogas*. Barcelona: Espasa.
- France, A. (2000). "Towards a Sociological Understanding of Youth and their Risk-taking" en *Journal of Youth Studies*, v.3:3, pp.317-331.
- Hayward, K. (2002). "The vilification and pleasures of youthful transgression" en Muncie, J., *Youth Justice: Critical Readings*. London: Sage.
- Hunt, G., Evans, K., Moloney, M., Bailey, N. (2009). "Combining Different Substances in the Dance Scene: Enhancing Pleasure, Managing Risk and Timing Effects" en *Journal of Drug Issues*, v.39(3), pp. 495-552.
- Hunt, G. y Barker, J. (2001). "Socio-cultural anthropology and alcohol and drug research: towards a unified theory" en *Social Science & Medicine*, v.53.
- Hutton, F., Wright, S. y Saunders, E. (2013). "Cultures of intoxication: Young women, alcohol, and harm reduction" en *Contemporary Drug Problems*, v.40.
- Järvinen, M. y Ravn, S. (2011). "From recreational to regular drug use – Qualitative interviews with young clubbers" en *Sociology of Health and Illness*, v.33, pp.554-569.
- Järvinen, M. y Demant, J. (2011). "The normalization of cannabis use among young people – Symbolic boundary work in focus groups" en *Health, Risk and Society*, v.13, pp.165-182.
- Järvinen, M. y Gundelach, P. (2007) "Teenage Drinking, Symbolic Capital and Distinction" en *Journal of Youth Studies*, v.10:1, pp.55-71.
- Kolind, T., Demant, J. y Hunt, G. (2013). "Studies in youth, drug and alcohol consumption at the Centre for Alcohol and Drug Research" en *Drugs: education, prevention and policy*, v.20(6).
- Lindgren, K. (2009). "College Students' Perceptions about Alcohol and Consensual Sexual Behavior: Alcohol Leads to Sex" en *J Drug Educ.* V.39(1), pp.1-21.
- Lindsay, H., Advocaat, K. (2009). "It's my time to shine... "Young Australians reflect on past, present and imagined future alcohol consumption" en *Youth Studies Australia*, v.28(4), pp.44-51.
- Lindsay, J. (2009). "Young Australians and the staging of intoxication and self-control" en *Journal of Youth Studies*, v.12(4), pp.371-384.
- Lo, C. (1995). "Gender differences in collegiate alcohol use" en *Journal of Drug Issues*, v.25, pp.817-836.
- Lunnay, B., Ward, P. y Borlagdan, J. (2011). "The practise and practice of Bourdieu: The application of social theory to youth alcohol research" en *International Journal of Drug Policy*, v.22.
- Measham, F. (2004). "Play space: historical and socio-cultural reflections on drugs, licensed leisure locations, commercialisation and control" en *International Journal of Drug Policy*, v.15.
- Mc Creanor, G. (2005). "Youth identity formation and contemporary alcohol marketing" en *Critical Public Health* v.15, pp.251-262.
- Mac Nally (1998). *Etnografía de la droga*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Moore, D. (2011). "Beyond disorder, danger, incompetence and ignorance: Re-thinking the youthful subject of alcohol and other drug policy" en *Contemporary Drug Problems*, v.37(3), pp.475-498.

- Nogués Pedregal, A.M. (2004). "Carnavalización y botellón. Una etnografía estadística del ocio juvenil en la provincia de Alicante" en Álvarez Sousa, Antonio (coord.) *Turismo, ocio y deporte*. A Coruña: Universidad da Coruña, pp.141-158.
- O'Malley, P. y Valverde, M. (2004). "Pleasure, Freedom and Drugs: The Uses of 'Pleasure' in Liberal Governance of Drug and Alcohol Consumption" en *Sociology*, vol. 38(1), Sage.
- Parker, H. (2003). "Pathology or modernity? Rethinking risk factor analysis of young drug users" en *Addiction Research and Theory*, v.11 (3), pp.141-144.
- Pennay, A.(2012). "Carnal pleasures and grotesque bodies: Regulating the body during a "big night out" of alcohol and party drug use" en *Contemporary Drug Problems*, v.39.
- Pino, N.W. y Johnson-Johns, A.M. (2009). "College women and the occurrence of unwanted sexual advances in public drinking settings" en *The Social Science Journal*, v.46, pp.252-267.
- Romo, N. (2001). *Mujeres y drogas de síntesis. Género y riesgo en la cultura del baile*. San Sebastián: Gakoa.
- Room, R. y Sato, H. (2002). "Drinking and drug use in youth cultures: 1. Building identity and community" en *Contemporary Drug Problems*, v.29.
- Sande, A. (2002). "Intoxication and rite of passage to adulthood in Norway" en *Contemporary Drug Problems*, v.29, pp.277-303.
- Simonen, J. (2011). "In control and out of control. The discourse on intoxication among young Finnish women in the 1980s and 2000s" en *Nordic Studies on Alcohol and Drugs*, v.28.
- Szmigin, I. (2008). "Re-framing 'binge drinking' as calculated hedonism: Empirical evidence from the UK" en *International Journal of Drug Policy*, v.19.
- Treise, D., Wolburg, J.M. y Otnes, C. (1999). "Understanding the "social gifts" of drinking rituals: An alternative framework for PSA developers" en *Journal of Advertising*, v.28, pp.17-31.
- Turner, V. (1988). *El proceso ritual*. Madrid: Taurus.
- Voirol, J. (2010). *Etnografía del fenómeno tecno en Ecuador*. Quito: Abya-Yala.
- Páginas web: Energy Control. <https://energycontrol.org/>
UNODC. United Nations Office on Drugs and Crime. <https://www.unodc.org/>

4. LOS PASAJES DEL CONSUMO: CENTRALIDAD DEL ESPACIO Y EL TIEMPO EN LAS PRÁCTICAS DEL CONSUMO *EXCESIVO*

Olga Fernández

1. Introducción: pasajes del consumo.

La manera en que los jóvenes consumen alcohol y otras sustancias, y la manera en que lo hacen en “exceso” está estrechamente relacionada con unas coordenadas espacio-temporales en las que se enmarcan los consumos. Los espacios y tiempos en los que toman forma las prácticas de consumo y las expectativas asociadas a cada uno de ellos marcan, orientan y predisponen a unas expresiones de consumo sobre otras, en las que la cantidad, el tipo de sustancia, la manera de ingerirla y la combinación de unas drogas con otras adoptan distintas configuraciones.

Para los jóvenes de nuestras observaciones las salidas nocturnas en raves⁴³ y/o macrodiscotecas están asociadas de una manera directa con un mayor *consumo* de drogas y un mayor “desfase”, expresión vinculada con el consumo excesivo pero también con vivir o experimentar un buen ambiente en el que disfrutar y pasárselo bien. Se trata de noches extraordinarias dentro del calendario ordinario de las salidas del grupo que, cuando consiguen conjugar positivamente esos elementos (consumo intenso, buen clima, música, diversión y placer) y por lo tanto, cumplir con las expectativas de la salida, pasan a formar parte de las narrativas e historias en común, en hitos de su identidad como grupo. Los consumos *excesivos* están presentes también en otros contextos de salida pero, sin embargo, no son concebidos como tales por el imaginario de los jóvenes, que los perciben como salidas tranquilas, nada especiales.

Del mismo modo que el espacio condiciona los consumos, los tiempos o los distintos momentos de la salida juegan un papel importante en la creación de un itinerario en el que lo que se consume, las combinaciones de drogas y sus cantidades adoptan igualmente diferentes expresiones a lo largo de las distintas secuencias y espacios de la salida. El consumo se secuencia, sigue unas pautas y fines diferentes según se trate de los inicios de la salida, su desarrollo o bien su final en el “*mañaneo*”.⁴⁴

En general, el consumo de drogas de los jóvenes observados es un consumo reducido al contexto de la noche y la fiesta (Faura y García, 2013). Es aquí donde alcanza su máxima expresión y donde adquiere también su rasgo definidor como un consumo recreativo (Pere Martínez, 2008), vinculado al ocio y el tiempo libre de los fines de semana y periodos vacacionales, rasgo que le diferencia de otros consumos pasados (Pere y Conde, 2013) ligados más a motivos ideológicos o contraculturales, de exclusión social o de delincuencia, como el consumo de heroína de los años 70 y 80.

⁴³ Término en inglés (su significado literal es “delirar”) que se ha extendido en otros países para hacer referencia a un tipo de fiesta de música electrónica de larga duración. Pueden tener un carácter autoorganizado o comercial, y generalmente se realizan en grandes espacios abiertos alejados de los centros urbanos. Su aparición ilegal se remonta a los años 80 en países como Inglaterra y Holanda como una respuesta a las restricciones de los horarios de locales y espectáculos nocturnos.

⁴⁴ Expresión utilizada por los jóvenes para referirse a un momento de la salida que coincide con su final o con su continuidad, en el que el consumo adquiere una determinada expresión según se busque mermar los efectos excitantes de las drogas o, por el contrario, alargar la salida.

Este consumo de ocio y diversión emerge fundamentalmente en las décadas de los 80 y 90 del siglo pasado (Pere y Conde, 2013:42-45) a medida que van proliferando y popularizándose paulatinamente el consumo de sustancias ilegales en las noches de fiestas. Los años 80 son, a grandes rasgos y políticamente hablando, los primeros años de andadura de la democracia, donde España comienza a jugar un papel más activo en la escena internacional, materializándose la integración en la UE en el año 1986. Económicamente, son los años de la reconversión industrial y del paso de un modelo económico de corte industrial a otro terciario, de servicios. La educación, la sanidad y determinadas prestaciones sociales se van extendiendo a todas las capas sociales con el desarrollo del llamado Estado de Bienestar, y el consumo de bienes y servicios aumenta y se erige en un valor destacado que dota de identidad social y de individualidad. Los significados que otorgaban sentido y daban cuerpo a la identidad comienzan a desplazarse y transformarse; si antes su definición se basaba en atributos relacionados con el trabajo, la responsabilidad, el esfuerzo y el sacrificio, el auge del consumo coloca como valores centrales de la personalidad la capacidad de adquirir y tener bienes junto con el ocio y el tiempo libre. Es el auge de las marcas y de su capacidad simbólica de construir y marcar diferencias sociales, de sentar estatus y reconocimiento social en quienes las tienen y exhiben, y de convertirse en objeto de deseo aspiracional para otros grupos sociales.

La definición de lo que es ser joven va transformándose también dentro de ese contexto sociocultural, caracterizándose por una mayor permanencia en el hogar familiar, una mayor prolongación de los estudios y el retraso en la incorporación en el mercado de trabajo - motivado pero no exclusivamente, por la difícil inserción laboral- que desplaza a su vez los proyectos de vida independiente y la adquisición de roles adultos. El tiempo de ocio de los jóvenes aumenta y se experimenta (Pere y Conde, 2013:41) no como un momento de descanso y estar en familia sino de consumo y ocio con el grupo de amigos, animado por toda la sugerente industria del ocio que emerge para dar distintas formas y contenidos a ese ocio en función de los gustos, corrientes musicales, estilos de vida, tipos de salidas, etc. El tiempo y los espacios de ocio se convierten paulatinamente en lugares y momentos sentidos como propios, de afirmación y recreación de la nueva identidad juvenil.

En este contexto -que con diferentes variaciones ha seguido hasta nuestros días- las pautas de consumo de alcohol dejan de relacionarse con usos gastronómicos (comidas, tapeo y celebraciones alrededor de la comida) para adquirir un uso más intensivo en los momentos lúdicos de diversión y fiesta. La ingesta de cannabis y sobre todo de MDMA y otras sustancias psicoactivas (speed, cocaína, ketamina, alucinógenos, pastillas) a medida que se generaliza, se socializa como un consumo más compatible con las obligaciones y las necesidades de la vida diaria, perdiendo - aunque sólo relativamente pues veremos posteriormente cómo los propios actores juegan de una manera ambivalente con la idea de "drogadicto"- la percepción dominante de consumo problemático, adictivo y marginal que estuvo muy asociada al consumo de heroína de los años 70 y 80 mencionado anteriormente.

En este proceso de normalización y legitimación del consumo han intervenido diversos factores. Uno de ellas, la experimentación de las drogas en los momentos de noche y fiesta, percibiendo su consumo como una experiencia libre y ocasional y no como un hábito o una adicción que constriñe al sujeto. Otra, el conocimiento de sus efectos positivos y negativos y la sensación de poder controlarlos. En tercer lugar y como consecuencia de su generalización, el desplazamiento semántico en el significado de las drogas y con ello, la aparición de una nueva jerarquización de las drogas según su mayor o menor peligrosidad, según su anclaje dentro de la escala que diferencia entre drogas "duras" (y por lo tanto, sustancias más peligrosas, adictivas) y drogas "blandas". (Järvinen y Demónt, 2011). Y por último, un acercamiento social en la visión de las drogas entre padres e hijos como consecuencia de que muchos de esos padres fueron o son conocedores y/o consumidores de algunas de ellas. (Pallarés y Pere, 2013).

Si el espacio y el tiempo, como decíamos, definen las expresiones del consumo, otro rasgo característico más es el policonsumo, es decir, la combinación durante la salida de distintos tipos de drogas. La mezcla de sustancias consideradas "blandas" (como el alcohol, el tabaco y el cannabis) y "duras" (drogas químicas especialmente) suele seguir una secuencia determinada en función del itinerario y de los espacios de las propias salidas, las expectativas y efectos buscados y asociados a ellos. Dentro de esta mezcla, el alcohol es la droga más consumida en todos los tipos de salida.

El conocimiento de las propiedades y los efectos de las drogas que los jóvenes han adquirido a lo largo de sus trayectorias de consumo y las experiencias compartidas en grupo influye en la forma que adquiere el policonsumo. Como se trata más detenidamente en el capítulo 5 del libro dedicado a la gestión del consumo excesivo, los jóvenes de nuestras observaciones manifiestan conocer los efectos negativos - físicos y psíquicos, pero también sociales- que determinadas combinaciones pueden generar, del mismo modo que conocen también aquellas combinaciones que les ayudan a rebajar los efectos negativos del consumo excesivo, o el cansancio y el sueño derivado de permanecer largas horas sin dormir.

Las noches de salida suelen iniciarse con un consumo de alcohol, tabaco y cannabis al que se van añadiendo, a medida que avanza la noche y la fiesta continúa en discotecas, raves o macrodiscotecas, las llamadas drogas “duras” en referencia a las sustancias sintéticas, químicas como el MDMA, speed, cocaína, ketamina o alucinógenos. Como veremos en los epígrafes siguientes, los jóvenes hacen un cálculo en los consumos y en el tipo de drogas tomadas que busca garantizar unos determinados efectos en unos espacios y momentos concretos. La relación entre efecto y espacio es importante y bidireccional. Si el consumo de drogas en la noche puede variar la experiencia con la que se vive la fiesta - haciendo que se viva como algo “genial” o por el contrario, como un “mal rollo”-, el propio contexto ejerce una influencia sobre los efectos de las sustancias de tal manera que las mismas sustancias tomadas en diferentes espacios y tiempos pueden modificar la experiencia. (Pérez Martínez, 2008).

En muchas salidas, la fiesta se prolonga al día siguiente en los “afters”⁴⁵, raves o en casas de amigos, donde en un ambiente íntimo y de camaradería, los jóvenes continúan consumiendo a un nivel muy bajo bien para rebajar los propios efectos del consumo en “exceso” de toda la salida o en otros casos, si es que la fiesta continúa, para seguir consumiendo y aguantar. Este momento, que los jóvenes denominan como el “mañanao”, adquiere una expresión diferente e importante en las raves, como tendremos oportunidad de explicar más adelante, convirtiéndose para algunos de ellos en uno de los momentos más especiales y centrales de la salida.

Si la salida tiene un carácter extraordinario dentro del calendario de salidas del grupo (por la celebración de un cumpleaños, la asistencia a algún festival o sesión especial de música) la relación entre fiesta, expectativas de diversión y drogas es mucho más directa e intensa. Una asociación parecida -que también tendremos oportunidad más adelante de analizar cuando hablemos de las raves y las macrodiscotecas - se da entre música electrónica y drogas. La música juega un papel muy importante en el momento de consumir y elegir los ingredientes. Una mala combinación entre música y droga puede generar en algunos jóvenes la sensación de estar perdiendo el tiempo: “Estamos ingiriendo alcohol para nada. Me está entrando el “bajón” debido a la música”. (Nacho, 27 años). O incluso puede estropear la propia experiencia de la noche:

Pues...buf... ¿Qué podría decirte? Yo me acuerdo en una...o sea, a ver, de raves que me lo he pasado mal... o sea, de decir, buf, vaya mierda de música están poniendo. Quiero que lleguen las 6... no es que me lo pasara mal sino que me acuerdo que me sentí muy mal pero, también, porque iba drogado, de hecho; de hecho, la primera vez que comía M, ¿Sabes? Y fue, eso, en una rave. (Joaquín, 24 años).

A lo largo del trabajo de campo han sido varios los espacios de consumo observados, especialmente, casas de amigos, raves, centros sociales autogestionados, bares y discotecas ubicadas en zonas de marcha y macrodiscotecas. En todos ellos hemos encontrado consumos excesivos, unos más visibles que otros, con diferentes expresiones y con intensidades también diferentes.

En combinación con el contexto espacio-temporal, el grupo, la edad, el género y las propias trayectorias de consumo de los jóvenes actúan también como elementos vertebradores de sus prácticas de consumo. Otro rasgo característico y central en las prácticas de consumo es su carácter de experiencia compartida que se practica en grupo. Esto se pone de manifiesto en el propio discurso de los jóvenes, que frecuentemente aluden a motivaciones de corte grupal para explicar el uso de drogas, tal y como se ha recogido en el capítulo dedicado a las motivaciones del consumo excesivo.

El consumo facilita, estrecha e intensifica las relaciones dentro del grupo⁴⁶, que a su vez facilita su práctica - especialmente de aquellas más intensas - con los cuidados sobre sus miembros. El grupo también genera y delimita con sus discursos las prácticas normales de aquellas consideradas desviadas, que pueden serlo tanto por exceso de consumo como por falta del mismo. El joven que se abstiene o decide parar en un momento determinado de la salida puede ser respetado en su decisión, pero en muchas ocasiones la presión del grupo - externa o interna si ésta ha sido individualizada por el propio joven - actúa en su contra para intentar mantenerlo dentro del nivel aceptado y legitimado por el grupo. Una de estas maneras es recurriendo al afeamiento de la conducta, o directamente al insulto.

⁴⁵ Espacios (club o discotecas) relacionados con el consumo intensivo de drogas, que estuvieron de moda en los años 80 y 90 como lugares para prolongar la fiesta hasta y después del amanecer pero que actualmente están un poco en declive frente a los espacios abiertos de las raves o las casas particulares

⁴⁶ Una expresión que ejemplifica esto es la de “drogolega”, con la que los jóvenes se refieren a sus amigos de experiencias de consumos pero también aquellos otros nuevos que puedan hacer en el contexto de la fiesta.

(...)” en el camino dije de tirar la bebida que me quedaba en el mini que se había servido Leo en casa de Clotilde, ya que era incómodo caminar con ella a la vez que llevaba una bolsa con parte de la bebida en la otra mano. Svetlana dijo que no lo tirase, que se lo diese a ella, y exclamó: “sois unos maricas por no beber, sobre todo tú.” (Svetlana, 23 años).

Situación que se repitió horas después.

A la vuelta, a las 7:11, Svetlana, Polier y Felipe comenzaron a presionar a Leo para que siguiera bebiendo, cuando él no quería hacerlo más y hablaba de marcharse a casa. Svetlana incluso le increpó: “el otro día te fuiste a casa como un marica en el coche de Nicolás.”(Svetlana, 23 años).

El uso de la palabra “marica” o “maricón” en este contexto, dirigida contra la persona que desiste de actuar como el grupo enfatiza, si cabe más, su actitud desviada respecto a la norma y remarca el estereotipo social que asocia hombría y masculinidad con consumo excesivo, que sirve para explicar por un lado, las conductas más moderadas de consumo por parte de las mujeres y, por otro lado, la dificultad de los hombres para sustraerse a unas pautas de consumo más excesivo por esa representación social de su identidad. Esta misma presión y desavenencias se pueden generar cuando la desviación es por arriba, es decir, cuando el joven realiza unos consumos por encima de lo considerado normal. En este caso, los calificativos que suelen utilizarse son los de “drogata”, “drogadicto” o “yonqui” que, paradójicamente, la conducta de abstención de uno de sus miembros puede devolver también al propio grupo como reflejo.

La práctica grupal no siempre es ideal. En ocasiones provoca una serie de tensiones dentro del grupo cuando las pautas de consumo de sus miembros no son las aceptadas o esperadas por él – porque están, como hemos visto, por encima o por debajo de los usos habituales del grupo- y también ciertos malestares cuando no existe una correspondencia entre la droga que se invita a consumir y la que se recibe. Como refleja un extracto de un Diario de Campo:

(...) empezaron a hablar sobre el hecho de invitar a drogas, quejándose de la falta de reciprocidad. Nacho dijo: “siempre soy yo el que invita, más que que me inviten,” (Nacho, 27 años)” a lo que Laura añadió: “yo invito a la gente porque drogarse sola es una mierda”(Laura, 24 años). Ambos se quejaban de que luego la gente nunca pillan y, en consecuencia, nunca son ellos los invitados, y mucha gente tampoco se ofrece a pagarles algo. “Pues decidlo, coño, decid que os inviten” (Fernando, 22 años). (O.24)

Invitar al consumo de drogas es un acto de amistad y también de cortesía cuando alguien de fuera del grupo se une. Es el mismo acto de dar y ofrecer que tiene lugar en el contexto adulto de una visita entre amigos. Al igual que el anfitrión agasaja a sus invitados con dulces, bebida y otro tipo de atenciones, en el contexto de las salidas y los jóvenes, los ofrecimientos se centran en el consumo de alcohol y otras sustancias, lo que pone de manifiesto su grado de normalización en el consumo recreativo de la noche. Pero al igual que ocurre con el don, los regalos y otras prácticas de intercambio estudiadas por la antropología clásica, la invitación no es desinteresada del todo, libre de toda contraprestación o reciprocidad. El que invita, pese a que con ello consigue su objetivo de integrar en el grupo a la persona nueva, de reforzar sus lazos de unión o incluso, como se indica en la cita anterior, de no consumir solo, busca también una gratificación material, la misma que él ofrece, es decir, recibir. Implícitamente, esta obligación –la de recibir- está unida a la de dar y cuando el joven que invita no se ve correspondido siente, de alguna manera, la sensación de que el grupo se aprovecha de él.

Por último, la edad y el género son otras dos variables que influyen también en las pautas de consumo. Son numerosos los estudios e investigaciones que ponen de manifiesto precisamente esas relaciones y que también hemos podido apreciar en nuestras observaciones. En el caso de la edad, los consumos excesivos se reducen y se reservan a momentos muy puntuales, excepcionales – como puede ser la asistencia a un festival u otro evento extraordinario – cuanto más años tienen los jóvenes y más responsabilidades familiares y laborales van adquiriendo. En el discurso de los propios jóvenes es muy frecuente hallar este tipo de correlación en referencia a su propia experiencia o trayectoria: “ (...) ahora bebes mejor, lo disfrutas más. Antes bebíamos para emborracharnos, ahora para disfrutarlo”. (Antonio, 23 años). O como la siguiente cita de una entrevista, en la que se introduce la variable género:

" (...) yo empecé a beber como un adolescente. Me acuerdo, me decían... decía Lore, mi colega, "Tío, bebes como una niña de 15 años, no sabes beber. Te pones a beber, pon, y estás a las 11 pedo" "Tío, bebes como una niña de 15 años, no sabes beber. Te pones a beber, pon, y estás a las 11 pedo." (Juan, 27 años).

En su discurso sobre su propia vivencia está implícita una valoración sobre los consumos de los más jóvenes, a los que se les atribuye inexperiencia y un saber beber, entre otras cosas, por su falta de control de los efectos de las drogas que les impide disfrutar de la salida. La cita anterior es un buen ejemplo en el que se ve clara la relación que se hace entre adolescencia y los consumos de atracón.

En cuanto al género, a pesar de no disponer de material empírico suficiente en nuestras observaciones para obtener una descripción densa e interpretar con cierto detalle la presencia de las diferencias de género en las pautas de consumo, sí pudimos constatar que, a pesar de que el proceso de normalización de las drogas y la baja percepción del riesgo han influido en que haya una mayor incorporación de las mujeres en los espacios y usos de drogas, la expresión que adopta el consumo es diferente al de los hombres (Romo-Avilés, 2011). Aunque hay una proximidad en las pautas de consumo (especialmente en las raves⁴⁷), las mujeres, según las observaciones realizadas, tienden a moderar más el consumo de sustancias y su mezcla.

De estos y otros aspectos de las prácticas de consumo hablaremos en los siguientes apartados. La importancia que tiene el espacio y el tiempo en la expresión que adopta el consumo de drogas por los jóvenes nos ha llevado a hablar en el título del capítulo y en su desarrollo de "Pasajes del consumo", con el que intentamos expresar, recoger y acercarnos a esas diferentes experiencias del consumo en función del espacio, los momentos y los tiempos del itinerario de las salidas, partiendo de las observaciones y de las entrevistas con los jóvenes durante el trabajo de campo.

2. Los prolegómenos

Las salidas comienzan mucho antes de su fecha efectiva. Días antes, los jóvenes, individualmente o en grupo, comienzan a experimentar y vivir la fiesta con las expectativas que generan alrededor de ella. Cuanto más extraordinaria y especial es la salida, mayores son las esperanzas, deseos e ilusiones de vivir una noche plena, de diversión, alegría y felicidad. Y cuanto más cotidiana o habitual es en el calendario de salidas, menos o más simples son las expectativas, mayor es la percepción de que "la noche no promete mucho." (Nacho, 27 años). En su imaginario hay una distinción que condensa esta diferencia: la de ir de "tranquileo" o noches tranquilas y la de ir de "desfase": "Entre los desfases esto es muy común: drogarse en la calle, juntarse varios grupos, seguir drogándose, ir por las puertas de bares, entrar a alguno... hay noches de desfase, las raves, y noches de tranquileo como éstas". (Delia, 23 años). El consumo de droga está presente en ambos tipos de salidas, incluso puede llegar a ser intenso en ambos, pero éste carácter sólo se reconoce en el segundo tipo de salida, aquel en el que el espacio, la música, el baile en masa y la droga se conjugan. En relación con lo anterior, cuanto mayores son las expectativas, mayor es también el consumo de drogas y su aprovisionamiento previo. La droga representa -junto con otros elementos que interactúan como la música, el espacio de la fiesta y la masa danzante (Lasén, 2003) - "la promesa de que te lo vas a pasar bien." (Selene, 23 años).

En un inicio, cuando el joven comienza a familiarizarse con las drogas, el acto de aprovisionarse de drogas es visto con recelo porque se le asocia a dependencia, adicción o consumo premeditado, no espontáneo. Pero a medida que la experiencia es mayor y el consumo se va haciendo más intenso, se le dota de otros significados más favorables relacionados con el precio, la seguridad de lo que se compra, la garantía de los efectos buscados, y por último, la mayor comodidad en el momento de su consumo.

⁴⁷ Lo que ha motivado estudios específicos de estos espacios desde una visión andrógina, analizando los límites borrosos y difuminados de los estereotipos de género y las discontinuidades del trinomio sexo-género y deseo (Lenarduzzi, 2014).

Sí, ahora sí. Yo eso lo he notado mazo en el último... no sé, ¿Qué te digo?; en los últimos tres meses porque antes, o sea, no nos drogábamos tanto; entonces, no pillábamos; a lo mejor, íbamos y si cuadraba que una amiga tenía M pues... chupábamos un poco y tal, ¿no?. Y yo me acuerdo, además, una vez que me dijo un amigo en plan de pillar antes y dije: "Bwah, no, no, que eso me parece mazo yonki ya" Yo cuando esté allí y tal pero yo, planearlo, no; pero, ahora, sí. Sí, porque sé que voy a consumir así que prefiero, yo, marcarme lo que quiero consumir; me lo llevo yo ya de casa. Sé a quién se lo he comprado porque también me arriesgo a que si voy sin comprar; a lo mejor alguien de confianza no me puede vender por X; entonces, a lo mejor se lo tengo que comprar a otra persona; y se lo acabaría comprando y no estoy ni tan segura, ¿no?, de lo que estoy pillando. Y, luego, a parte, pues cuando pillamos M⁴⁸, por ejemplo; lo llevamos preparado en bombetas⁴⁹; entonces, también, pues te lo haces en casa; mucho más cómodo". (Ainhoa, 24 años).

Otras maneras de acceso a la droga son el regalo, especialmente coincidiendo con fiestas y salidas por cumpleaños, donde al cumpleañosero o cumpleañosera se le puede agasajar con una noche de consumo intenso gratis. O la invitación dentro del grupo, buscando con ello compartir la experiencia, vivir en conjunto el buen ambiente derivado de las drogas, pero también buscar la correspondencia que garantiza el progreso y/o la continuidad del consumo.

Cuando ya llevábamos un rato, dijo: "os veo muy sobrias, quiero que lo pasemos bien" e invitó a Selene a una copa de vodka y limón, pagando un poco más por el vodka más caro que había. No dejaba de decir que se lo estaba pasando muy bien, y que no le importaba gastarse el dinero invitando a sus amigos, que además lo hacía "en pago" por la coca a la que Selene le estaba invitando; ésta dijo que no importaba, que eran "sobras". Pedro dijo: "una copa en Madrid es muy cara, más que en Canarias, pero bueno, la coca también es cara y me están invitando." (Pedro, 23 años).

Cuando no se da esta reciprocidad, como hemos visto anteriormente, se generan desavenencias y tensiones, o molestias cuando se siente que siempre es el mismo el que tiene que "pintar" o "picar" la droga, es decir, machacarla y dividirla en rayas.

Otra vía de acceso es la compra de sustancias in situ, con el riesgo de que si esta compra no es realizada a un proveedor conocido se adquieran sustancias de mala calidad y por lo tanto, no se logren los efectos buscados.

Dando una vuelta (en una rave) encontraron unas botellas de ginebra con limón y kalimotxo, y Nacho dijo: "si estuviésemos menos cansados, esto habría sido un pelotazo". Comentaron que el speed que les habían pasado era muy malo, que ni siquiera "mandibuleaban", es decir, no presionaban las mandíbulas a causa del consumo de speed. Nacho añadió que el speed "te pone la 'chorra cacahuete', el pene muy pequeño" y que, sin embargo, cuando fue a mear se lo vio como siempre, lo que quería indicar que el speed no era de buena calidad. (Nacho, 27 años).

La presencia de las drogas en los espacios de fiesta está tan normalizada que como un objeto de consumo más, el juego de la oferta y la demanda se da por sobreentendido. Los jóvenes saben que siempre va a haber algún proveedor que les suministre droga y los vendedores – que en ocasiones son jóvenes también que venden para autofinanciarse su propio consumo- saben igualmente que siempre va a haber alguna persona o grupo de jóvenes que busque tomar drogas más duras.

(...)"en un festival que estuve, pues en los festivales siempre se maneja mucha droga, de decir que estás con tus tiendas, que has acampado, tienes tu "campa" con tus colegas y viene gente: "eh, ¿queréis algo de marihuana, speed, coca, lo que queráis?". Vienen vendiendo, igual que viene el del hielo, que viene el de las gafas... Que viene mucha gente, pero que también hay oferta y demanda de... eso." (Irene, 19 años).

⁴⁸ MDMA

⁴⁹ Una manera de consumir el MDMA (o éxtasis), que consiste en enrollar una dosis en un papel (normalmente en papel de fumar) e ingerirlo por vía oral, lo que permite una absorción más uniforme y completa de la sustancia.

Dentro de este juego de la oferta y la demanda, el precio no es algo fijo sino que se da por hecho un cierto regateo entre ambas partes. Los jóvenes saben que los vendedores se aprovechan de la oferta limitada y de las ganas de consumir para subir los precios y los vendedores, a su vez, saben que si los precios son excesivamente caros y los jóvenes no disponen de suficiente dinero, no venderán la droga. En algunos contextos, como las raves, la oferta puede ser muy explícita y rápidamente identificable el vendedor. Pero también puede ocurrir que los jóvenes necesiten dar unas “vueltas de reconocimiento”, “merodear por la rave intentando “fichar” a la gente que “pasa” la droga, para poder “pillar” (O.10). Según la droga buscada, la ronda adquiere diferentes nombres, como por ejemplo, una “speedy-vuelta”.

Si la búsqueda es infructuosa en una primera ronda, puede recurrirse a la compra por teléfono o vía WhatsApp a “camellos” ya conocidos, con servicio o reparto a la fiesta incluido. En este caso, la solicitud no es tan explícita sino que se recurre a un juego metafórico entre droga y comida: “Hay hambre. ¿Tienes algo para comer? Se aceptan sugerencias de la chef” (Nacho, 27 años). El uso de metáforas relacionadas con la comida para referirse al consumo está muy presente en el discurso de los jóvenes. Metáforas que utilizan para nombrar las drogas (como, por ejemplo, “un pollo” para referirse a un gramo de cocaína; bollos de chocolate para hablar de hachis o un porro de “cheese”). O el mismo acto de ingerir y sus efectos, al que se refieren con expresiones como “va cocido como un piojo”, “comerse”, “ir comido”.

3. Las salidas

3.1. Encuentros en casas de amigos / Discotecas

Acompañamos a David, Javier, Mario y otros amigos a la fiesta que organiza un amigo en común, Víctor, en su casa por Navidad. Todos ellos tienen edades comprendidas entre los 22 y 25 años, la mayoría de ellos iniciando su carrera profesional en trabajos relacionados con sus estudios universitarios. Su trabajo les permite vivir de alquiler, independientes de sus padres, y costearse las salidas y los consumos de droga de los fines de semana. La fiesta se inicia a las 9 de la noche en la sala de la casa donde se reúnen todos los invitados, alrededor de 20, divididos en pequeños grupos que conversan y beben alcohol en un ambiente tranquilo. Las fiestas en las casas suelen ser el primer y último paso en el itinerario de la salida, y entremedias, la fiesta en una discoteca.

Mario será uno de los pocos en la fiesta que apenas beberá y consumirá otras drogas a lo largo de la noche. El grupo, para él, no parece ejercer una presión para que consuma. Como relata:

“(...) no estoy acostumbrado a beber mucho, aunque beba sólo cerveza me emborracho como los demás, y respecto a las drogas, nunca he sentido presión. Mis amigos siempre consumen discretamente, nunca delante para no incomodarme. Además el alcohol se consume en grupos grandes pero cuando la gente consume drogas más fuertes lo hace en grupitos más pequeños y a escondidas” (Mario, 24 años).

Ni tampoco para otro amigo común, Sergio, con una pauta de consumo de nivel bajo centrada sólo en alcohol. Nos cuenta que fumaba porros pero que la ansiedad que le generaban una vez que comenzó a trabajar y empezó a tener más responsabilidades hizo que optara por dejarlos. Otro factor que influyó fue tener pareja y dejar de salir tanto los fines de semana para preferir pasarlos más tranquilamente en casa. (Basado en el Diario de Campo O.16)

Cuando los jóvenes adoptan comportamientos más “adultos”, como por ejemplo, tener pareja, trabajar o conducir, el grupo deja de situarse en un primer lugar y es utilizado en momentos más puntuales (Elzo *et al.*, 2003). Las pautas de consumo pierden frecuencia e intensidad. Esto puede ser criticado y vivido con cierta tristeza por el resto del grupo, que ve como su integridad desaparece.

“Yo no puedo salir casi porque mis colegas están amuermados porque tienen novia. Antes salíamos todos los fines de semana. De los 18 a los 23 salíamos mazo y nos drogábamos un montón la verdad, ahora, una vez cada tres meses, cosa que no me parece bien. Antes hacíamos todo juntos.” (Juanjo, 29 años).

Pero en la fiesta encontramos también discursos que manifiestan experimentar la presión social cuando su comportamiento no es el deseado por el grupo. En unos casos la presión del entorno está interiorizada y son los propios jóvenes los que consideran que “si no estuviéramos bebiendo ahora nos sentiríamos raros, no tendría sentido estar aquí sin beber” (Antonio,

24 año). Implícitamente, detrás de esas sensaciones de rareza se está haciendo referencia también a los efectos del alcohol y otras sustancias para modificar la capacidad física del cuerpo y superar el cansancio y el sueño, de tal manera que “como no me ponga pedo no aguanto.” (Sergio, 24 años).

Una sensación de extrañeza que se puede dar también con el consumo de drogas, cuando estos y los efectos de las drogas son diferentes dentro del grupo y uno está más “puesto” o menos que el grupo, haciendo que te sientas también “como pez fuera del agua” (Javier, 23 años). Es lo que denominan el “efecto after”.

A diferencia de algunos amigos, David y Javier, que habían ido con la expectativa de “pasarlo genial”, serán algunos de los que mayor cantidad de drogas tomen durante la fiesta, calentamiento y antesala de la que seguirían en una discoteca del centro. Habían acudido provistos de alcohol y unos cuantos gramos de MDMA, y en sus planes contaban con seguir consumiendo alguna pastilla de éxtasis en la discoteca. (Basado en el Diario de Campo O.16)

El consumo de MDMA dentro de la casa no es público. Se hace en un espacio privado, la habitación del anfitrión. Este carácter reservado, lejos del escrutinio de los demás, y el propio acto compartido del consumo refuerza la unión y es vivido como un momento especial. “Lo más divertido es meterse una raya juntos, toda la “liturgia” de hacerlo escondidos.” (Jóvenes, 23-25 años). La droga se iniere, en esta ocasión, vía nasal. El anfitrión machaca la sustancia y divide las dosis en forma de rayas que uno por uno van introduciéndose por la nariz por medio de “*turulos*” (papel enrollado, habitualmente billetes) compartidos o no.

El repertorio de conocimiento de los jóvenes sobre las distintas maneras de tomar la droga (no sólo en cuanto a forma de ingerirla sino también en cuanto a cantidad, dosis) y sus efectos es amplio. Las conocen y practican en combinación con las expectativas buscadas.

“... hay diferentes maneras de tomar MDMA, en bombeta (envuelto en papel de fumar, se traga y se absorbe a través del estómago), chupándolo directamente (se chupa el dedo, se pasa por la droga que se queda pegada al dedo, y luego se vuelve a chupar el dedo; se absorbe a través de las papilas gustativas) o en la copa (se traga al beber). Otra modalidad, menos habitual, es la “Mocha” que consiste en preparar una raya de MDMA y esnifarla por la nariz. Se prefiere a veces porque el colocón es más rápido y fuerte. (Extracto del Diario de Campo, O.16).

La vía de administración más habitual del MDMA es la oral, tomada directamente con el dedo desde la saca o bien diluida en alguna bebida alcohólica. Es una forma cómoda y discreta de ingerirla porque no requiere ninguna preparación pero tiene como desventaja que es más difícil controlar la cantidad y proteger el esmalte de los dientes, y su sabor no es muy agradable. Pero si lo que se busca son efectos rápidos y menos duraderos sobre el estado de ánimo y la percepción, la vía más utilizada es la intranasal, que sin embargo, no está muy bien vista entre los jóvenes por su carácter explícito, que la vincula con las imágenes del consumo más negativo, adictivo y destructivo representadas por las figuras del heroinómano y cocainómano. “No me gusta lo de ponerme una raya, tengo que ir muy borracha para hacerlo, no me gusta ese gesto” (Laura, 23 años). Esta connotación negativa influye en que esta práctica sea menos visible que otras consideradas más “suaves”, y se traslade, por tanto, a espacios más íntimos y privados. La imagen del drogadicto está presente de una manera aparentemente silenciosa como un referente negativo, y en ocasiones es frecuente oírlo entre los jóvenes para dirigirse a los que están consumiendo, enfatizando una imagen en la que no se quieren reconocer pero con la que, a veces, mantienen un doble juego dentro de un contexto de camaradería, colegueo y consumo. Esa imagen les ayuda a definir su identidad oponiéndose a ella. Frente a la persona adicta y dependiente, ellos son personas “normales” que durante la semana trabajan y esperan el fin de semana para divertirse. Su ocio no es gratuito sino justificado por la rutina, el trabajo y las obligaciones entre semana. Y su consumo, para el joven, no es habitual sino ocasional, concentrado en las noches de fiesta y por lo tanto, controlable por él.

A las 12 de la noche, el ambiente de la fiesta había cambiado. A medida que el consumo de alcohol y cannabis había ido incrementándose, los grupos habían ido perdiendo poco a poco definición y forma, y los jóvenes discretamente empezaban a bailar. Una hora después, ya con las luces apagadas, los grupos han desaparecido para dar lugar a los bailes individuales. Los efectos del alcohol y otras sustancias se dejan notar en los jóvenes, que bailan con placidez y desinhibición. Los movimientos torpes e involuntarios de algunos asistentes se dejan notar en el mobiliario y en el suelo, con alguna copa y bebida caída.

Un poco impulsado por la queja de un vecino pero también por la llegada de la hora buena (aquella en la que los efectos de las drogas han empezado o se espera que empiecen), la fiesta en la casa finaliza. David y Javier siguen su plan inicial y ponen rumbo a una discoteca del centro de la ciudad. Ahí, entre la música electrónica y la masa de gente bailando consumen dos bombetas de MDMA, 2 copas de alcohol y una pastilla de éxtasis que uno de sus amigos, responsable de la fiesta en la discoteca, les regala en la entrada.

Al día siguiente, ninguno recordaba sus últimos consumos pero sí que la noche había sido muy divertida. (Basado en el Diario de Campo O.16)

3.2 “Noches tranquilas”. Salidas por locales/ Bares de zonas de marcha.

En la mañana del viernes, Nacho me avisó por WhatsApp de que una amiga suya, Laura había venido a Madrid, así que saldrían esa noche a celebrarlo. A las 21:12, cuando estaba preparándome para salir, me escribió y me dijo que la noche “no prometía mucho”. No obstante, cuarenta minutos más tarde volvió a escribirme y me dijo: “Vale, ya pinta bien”, así que me dirigí hacia Lavapiés, donde se encontraban. (Extracto del Diario de Campo, O.24).

Las noches tranquilas de salidas son aquellas noches ordinarias dentro del calendario de salidas del grupo, que transcurren en locales o bares de zonas de marcha y en la calle. Son noches de salidas en las que se espera pasar un tiempo agradable en grupo pero sin el fervor, ni las expectativas de diversión y felicidad de las noches de “desfase”. Esto no significa que en estas salidas no haya consumos de drogas. Los hay e incluso pueden ser también consumos de carácter intensivo y de mezcla de sustancias, como se afirma en la siguiente cita: “En una noche normal... normalmente alcohol, porros y, si acaso, anfetaminas en plan speed o coca. Lo que es el “eme” y las pastillas lo relaciono más con entornos de fiesta.” (Selene, 24 años). Pero desde el punto de vista de los jóvenes, no se perciben como consumos excesivos porque no tienen lugar dentro del contexto de la música electrónica y el baile en masa que están estrechamente asociados a grandes expectativas de diversión, y en definitiva, a una noche de fiesta y consumo.

Lo primero que me viene (preguntado por una imagen que le viene a la cabeza cuando piensa en noche de fiesta) es un discotecón pero me viene, además, con esa... no es un discotecón: “Oh, qué ganas de salir de fiesta”; no; es como... lo que se asocia con la fiesta es eso... es lo primero que me viene, una súper discoteca con música electrónica, con todo el mundo borracho perdido, magreándose entre ellos. Y otra imagen que me viene es la de la plaza hecha una mierda. Todo lleno...” (Juan, 27 años).

Algunos jóvenes, sin embargo, reducen sus consumos en este tipo de salidas al alcohol y el hachís, reservando las drogas más “duras” para otro tipo de noches más especiales.

“Yo, normalmente, no me drogo. O sea, salvo que sea, eso, festival o alguna cosa así puntual que, diga “venga, guay”. Y, bueno, por ejemplo, porros, sí. Porros, en verdad, fumo a diario pero no, o sea, droga química de, por ejemplo, comer M... no suelo así frecuentemente, ¿sabes?”

“(...) en el Viña Rock, seguramente, me coma; y, de hecho, me ponga hasta el culo, ¿Sabes? O sea, de hecho; festivales o, por ejemplo, que aquí venga un pepino de DJ, por ejemplo. O, yo qué sé, un planazo como quien dice. Algo lo que te comentaba de cómo sería el ideal; pues, digamos, en ese ideal, en ese fin de semana ideal seguramente chuparía M, por ejemplo, ¿sabes? Estoy casi seguro.” (Joaquín, 24 años).

O para salidas que, sin tener el carácter extraordinario de una rave, festival o macrodiscoteca, finalizan al ritmo de la música electrónica y el baile de una discoteca.

Pues, al final, casi siempre que voy a una discoteca, acabo consumiendo. Fíjate eso que te digo que es una noche normal, que no la suelo hacer, que no la considero una fiesta normal... cuando viene Diego, cuando nos juntamos con más colegas... siempre, yo, cuando consumo es una situación especial; o que sea el cumpleaños de alguien o que nos hemos juntado más, o que vamos de festival o lo que sea y... (Juan, 27 años).

Las noches de tranqueo suelen transcurrir de bar en bar y pueden finalizar en una discoteca o en una casa. El consumo de alcohol y otras sustancias como MDMA, speed o hachís se practica en plazas y en los espacios cerrados (bares,

discotecas), en estos últimos casos, de un modo más disimulado y buscando los lugares más reservados y menos visibles como baños o las plantas bajas. Las expectativas de partida de estas noches son diferentes. Se centran en pasar un buen momento con los amigos y divertirse pero sin llegar al estado de euforia, placer e intensidad que prometen las noches de raves y macrodiscotecas con su articulación de música electrónica, consumo de sustancias y cuerpos en movimiento, aunque no siempre lo prometido está donde se espera.

Camino al metro, le dije a Nacho que, en otra salida, Delia se había referido a esta modalidad de ir de bar en bar como una “noche de tranquileo”, ya que las noches de verdadero desfase se daban en las raves. Él me dijo que no siempre era así, que había raves que eran “una mierda” y noches de bares en las que desfasaban un montón y se lo pasaban genial. (Extracto del Diario de Campo, O.24)

3.3 Noches de “desfase”. De raves y macrodiscotecas

Tal y como se apuntaba en la introducción y en las líneas anteriores, si hay unos espacios de ocio asociados estrechamente por los jóvenes con el consumo intenso de sustancias son las raves y las macrodiscotecas, especialmente para aquellos jóvenes para los que la fiesta está intrínsecamente relacionada con la música y ésta, a su vez, con las drogas, hasta el punto de que la música puede determinar el momento del consumo.

Son espacios muy valorados por los jóvenes que se vinculan, casi automáticamente, con la “felicidad”, el “estar bien”, el “desfase”, la euforia intensa, la comunión y comunicación energética con los demás, y en definitiva, con la diversión garantizada precisamente por esa combinación entre consumo alto de psicoactivos y música electrónica.

Una buena noche es para mí disfrutar de la música y de la gente y con un ciego... con el ciego que a mí me guste, ¿no?... el de estar a gusto y sentir muchísimo la música y sentir muchísimo la gente, ¿no? estar así en ese momento de... o sea, que ese sea mi ciego, ¿no? el de estar... no sé, como en conexión como con la música y con la gente y ver que la gente también lo está disfrutando. La gente... sí la gente... o sea, sobre todo la gente cercana a mí pero aunque no conozca al resto de la gente... que también se disfrute. Porque, muchas veces, a lo mejor hemos estado en una rave y... nos ha dado la sensación de que... dices: “joer, esta rave no era tan familiar, tal, como que cada uno iba a su bola, no estábamos todos juntos... que aunque no te conozcas, ¿no?, pero... no hemos llegado a conectar. Entonces que... realmente, que conecte todo el mundo y que se note. (Ainhoa, 24 años).

Dos de esos espacios son las macrodiscotecas y las raves. Siendo espacios diferentes como son, ambos comparten un carácter marginal al estar situados o celebrarse, en el caso de las raves, en las afueras de los núcleos urbanos; y ambos dotan de un carácter extraordinario o especial a la salida, que sobresale así en el calendario de ocio de los jóvenes. Otro aspecto muy importante es el papel que en ambas juega la música electrónica (en sus diferentes variedades: house, tecno, acid, minimal, breetbeat, etc.) y el consumo de sustancias, dos técnicas de placer orientadas al baile y el movimiento corporal que posibilitan, con su interacción y la alteración de la percepción, experiencias y efectos subjetivos e intersubjetivos intensos. (Lenarduzzi, 2014). Son espacios de evasión y de disolución en la masa rítmica, en una euforia y excitación colectiva (Lasén, 2011). En el itinerario y secuencias de las salidas, ambos espacios ocupan las horas centrales y finales de la fiesta, que coinciden con los momentos de mayor consumo y efecto de las drogas. Los pasos anteriores del recorrido con consumos en casas y/o bares son momentos de calentamiento, de preparación del momento idóneo que se reserva a estos espacios, en el que las sustancias ingeridas anteriormente empiezan a hacer los efectos esperados en el contexto deseado.

Pero entre ellos hay diferencias. Por un lado, las raves que se organizan fuera de los circuitos comerciales suelen tener un carácter autogestionado y gratuito precisamente en contraposición a los eventos privados y con un fin económico organizados por empresas. Al celebrarse en espacios abiertos están sometidas a la suerte de las intemperies del tiempo -que puede hacer que se suspenda si durante los preparativos o después existe la amenaza de mal tiempo, lo que le otorga un carácter improvisado. Otra diferencia entre ambos espacios es su duración. Las raves suelen caracterizarse por durar horas y días, habiendo un goteo continuo de gente que se incorpora durante la noche o el día. Y precisamente esta duración, ese carácter de fiesta infinita, que no acaba, es uno de los rasgos atractivos de este tipo de eventos, entre otras cosas, porque permite a los jóvenes vivir el “mañanao”, del que tendremos oportunidad de hablar más adelante.

Dos colectivos juveniles organizan un viernes una rave en un cuartel abandonado a las afueras de Madrid. En general, las raves son organizadas voluntariamente y sin motivo concreto alguno por colectivos o asociaciones juveniles que se encargan de disponer de todo lo necesario: equipos de sonido, cervezas para vender, hielos y carpas para hacer frente a la amenaza de lluvia, y previamente, la elección de la zona de celebración y su difusión a través de las redes sociales (Facebook, WhatsApp, etc).

Se eligen zonas alejadas de la ciudad precisamente para evitar cualquier problema con vecinos y la policía.

(sobre la policía) "alguna vez han venido pero hacen la vista gorda. Les hemos explicado que, precisamente, hacemos ahí la fiesta para no molestar a los vecinos; porque está al lado de la carretera y no hay edificios. Entonces yo creo que lo entienden y ya está. No dicen nada. Han venido alguna vez y hemos seguido después." (Joaquín, 24 años).

La celebración de una rave exige a los organizadores un despliegue de esfuerzo, trabajo y planificación que puede vivirse como algo molesto a pesar de lo especial del encuentro.

(en relación al encargado de colocar el equipo de sonido) "está mosqueado, tía, porque habíamos quedado con él a las 19:30 para ayudarle pero es que, joder, tía, es un coñazo; eso es lo peor de las raves, montar y desmontar." (Alba, 28 años).

La asistencia es abierta y gratuita. Debido a la amenaza de lluvia, su preparación se vive con una gran incertidumbre tanto por lo organizadores como por los asistentes porque puede ocasionar que a última hora los organizadores deban cambiar el lugar del evento, teniendo que improvisar un nuevo escenario y arriesgándose a que la gente que en un principio tenía pensado asistir decida no hacerlo si el nuevo sitio no les viene bien, lo que afectaría al buen ambiente de la fiesta. La improvisación está también presente en el desarrollo de la fiesta.

Dependiendo del número de asistentes se va recurriendo a los amigos para colaborar y apoyar en las labores de venta de bebida, montaje de carpas, abastecimiento de bebidas o hielos, etc. ara y sus amigas son asiduas de este tipo de eventos. En su escala de sitios de salida preferidos, ocupan los primeros lugares, seguidos de las discotecas, siempre y cuando la sesión musical les agrade. Pertenecen, además, a uno de los colectivos que las organiza.

La primera sensación de la fiesta al empezar es el de una cierta lentitud, con el público llegando y como desentumeciéndose, con música de ritmos y bailes más reglados, con una coreografía marcada yailable en pareja como las cumbias o los reggaetones. A medida que las horas van pasando, el escenario de la fiesta va transformándose como consecuencia del trabajo de las drogas y de los efectos también de la música electrónica. Es entonces cuando la masa de jóvenes vibra bailando con los sonidos repetitivos, entrecortados, altos y acelerados que salen por los altavoces. (Basado en los Diarios de Campo O.5 y O.10)

Según algunos autores (Lasén, 2011), (Lenurzzi, 2014), el consumo de drogas, especialmente de MDMA y los flujos de sonido de la música electrónica actúan como dos técnicas de placer, dos tecnologías del yo en términos de Foucault, orientadas al disfrute del baile en combinación con la experimentación de sensaciones de pleno bienestar. Los efectos del MDMA enlazan muy bien con la música electrónica. Es una sustancia que altera la percepción y permite experiencias sensoriales de goce y disfrute del contacto, de la música y del baile en masa. Genera una empatía sensorial y una espontaneidad, simpatía, complicidad y apertura hacia los demás que se expresa con las miradas, las sonrisas y el contacto físico del abrazo, de ahí que sea conocida también como la droga del amor. Produce en el ánimo una actitud positiva y de predisposición al disfrute que impele a bailar, a moverse. Sus efectos son por lo tanto dobles, físicos o corporales y anímicos (Pere Martínez, 2008:8-9). Por su parte, la música electrónica conjuga muy bien con el MDMA porque pone el baile y el movimiento del cuerpo en el centro. Su objetivo es hacer bailar a los participantes, propiciar un ambiente de comunión donde lo esencial no es la palabra o la conversación sino el movimiento y el placer de experimentarlo en colectividad, la evasión y disolución en la masa de jóvenes. No hay coreografía o reglas que establezcan qué bailar y con quién. Es una música que por sus efectos, sonoridad y su diseño encaja perfectamente para ser recibida bajo los efectos del éxtasis.

Volviendo a la rave, el consumo intensivo en forma de policonsumo es la pauta común. Para algunos jóvenes, como Ainhoa -asidua a este tipo de eventos- es aquí incluso donde se inician las primeras prácticas de consumo excesivo.

En qué momento nos hemos aficionado tanto, ¿no? Y... eso, o sea, sí... el empezar a ir a raves, raves, tol rato, raves, ¿Vale? Sí que es verdad que... no sé, la música, el que sean los altavoces... o sea, a ver, no, no; no ese tipo de música te tiene que llevar a drogarte, obviamente, pero, a lo mejor, si has probado ya el estar en ese ambiente con esa música que es, que puede ser muy dura, ¿no? O sea, dura en el sentido de... no dura de mal; sino... como muy penetrante, sí, intensa. Recibirla además en altavoces que tienes aquí delante, ¿sabes? No es como una discoteca que... como que se va más un poco más el sonido, ¿no? Tienes, pues estás aquí, si quieres, delante del altavoz, comiéndotelo, ¿no? y, entonces, eso si lo has probado con drogas, ¿no? es otra historia; entonces, como que... me gustaba, o nos gustaba, la sensación que nos daban la drogas con esa música, con ese ambiente; entonces, poquito a poco... luego al final te rodeas de gente que se está drogando todo el rato... pues, también, ¿no?" (Ainhoa, 24 años).

Aproximadamente, los efectos de las drogas empiezan a sentirse entre media hora o una hora después de su consumo; dependiendo de la dosis, pueden durar de 4 a 6 horas. El cambio de estado no es inmediato sino que va llegando poco a poco. Los primeros efectos del éxtasis o MDMA son discretos, con una pequeña sensación de ingravidez y un aumento paulatino de la sensibilidad sensorial (Lenarduzzi, 2014: 87). La primera vez que se experimenta esta droga suele ser la más recordada y valorada, especialmente porque es un momento de descubrimiento que coincide con las sensaciones buscadas y oídas en los relatos previos del grupo. La repetición posterior de la experiencia difícilmente permitirá alcanzar la magia de ese momento inicial. Los relatos iniciáticos son comunes entre los jóvenes.

El primer día que me drogué con M (MDMA) es de los mejores momentos de mi vida. De felicidad extrema. Esa sensación la he tenido solo tres veces en mi vida. Estaba en el cielo. Dices, ¿para qué voy a molestar me en nada si puedo tomar estos polvitos? Es lo más triste que me ha pasado en la vida: descubrir que la felicidad está en un trocito de plástico." (Lucas, 26 años).

El policonsumo se materializa en la mezcla de alcohol y tabaco con otras sustancias psicoactivas, especialmente MDMA y, en un segundo lugar, speed, alucinógenos (LSD, setas, etc.), cocaína y ketamina. Detrás de la elección de las drogas⁵⁰ puede haber motivos relacionados con obligaciones laborales o familiares, buscando disminuir el cansancio y el sueño que pueden aparecer durante la fiesta y, posteriormente, en el tiempo de las obligaciones.

"Solemos meternos pastillas y cristal; en bombetas que echamos en la copa. A Sara no le gusta la nariz pero yo de vez en cuando me meto alguna raya de speed. Por ejemplo hoy. Mañana tengo que trabajar de 14 a 16 horas en el Pans&Company y si no, no aguanto. Me han puesto un turno de dos horas que me parte la rave a la mitad." (Ainhoa, 24 años).

O puede también buscarse disminuir los efectos de estar en un espacio abierto y a la intemperie.

"Tienes mucho frío, ¿Verdad? No creas, eh, a mi también me gustaría estar en mi sofá con una manta y con la música un poco más baja que esto, a veces, es demasiado". Aun así me dice que se quedarán todos de mañaneo y hasta lo que el cuerpo aguante: "Estos vienen más a tope y yo vengo con ellos aunque no descarto irme, si no, cuando empiece el cercanías si veo que lo estoy pasando muy mal." (Ainhoa, 24 años).

"harían falta muchas drogas para soportar la rave de esta noche." (Zoe, 25 años).

Pero los principales efectos buscados tienen que ver con encontrar y mantener lo máximo posible durante toda la fiesta un estado de placer y disfrute, de transformación de sí mismos con el fin de sentir una gran felicidad y una euforia intensa.

⁵⁰ Véase el capítulo tercero de este libro "Placeres arriesgados: percepciones y sentidos del exceso" para tener más información sobre el uso de drogas y sus efectos.

" (...) algo que no falte nunca... material; o sea, las drogas, y... ¿Qué más podría ser? No sé, es como... lo que te digo que como siempre sé que me lo voy a pasar bien, que voy a estar muy a gusto... entonces me produce como mucha... no sé... no sé si llamarlo tranquilidad porque, en realidad, no; lo que es estar ahí no es muy tranquilo pero la tranquilidad de, sabes, de lo bien que voy a estar, de lo a gusto..."

"No, la verdad que nunca pienso que me vaya a dar un bajón, la verdad; todo lo contrario. O sea, me apetece que me dé... o sea, me apetece sentir eso que siento cuando me drogo y me apetece estar escuchando tal tipo de música, estar bailándolo, sabes... Espero, simplemente, estar disfrutando de la rave" (Ainhoa, 24 años.)

Los efectos de las drogas se experimentan en dos niveles, el físico y anímico, y pueden ser positivos y buscados o, por el contrario, no deseados. Los anímicos influyen sobre el estado de conciencia y el ánimo, alteran la percepción de la realidad e intensifican los sentidos produciendo estados de auténtico placer, de euforia y empatía con los demás, de apertura emocional y de plena desinhibición. Son los estados prometidos, los más deseados, aquellos que convierten la salida en una noche especial, en un hito en la narrativa del grupo. Los corporales actúan sobre la capacidad física del cuerpo con el fin de aguantar y potenciar más la duración y la intensidad de la fiesta (reduciendo el sueño, el hambre y el cansancio) y/o combatir los efectos negativos de otras sustancias, como por ejemplo, el alcohol, cuya percepción negativa –a pesar de ser la droga más consumida– está fundamentalmente relacionada precisamente por la pérdida de control y desinhibición corporal y emocional que supone su consumo intensivo.

Ahora bien, no siempre los efectos buscados con las drogas se consiguen, lo que acaba influyendo en la propia experiencia de la fiesta. Un contexto inapropiado, la impureza de las sustancias y unas mezclas y dosis inadecuadas pueden dar lugar a una reacción del cuerpo en forma de vómitos, mareo, pérdida de la conciencia o bajada de tensión, estados todos ellos que los jóvenes denominan muy gráficamente con expresiones como "darte un amarillo o un pálido", o "darte un bajón". O puede que tampoco se logren enmascarar las condiciones y limitaciones físicas del cuerpo.

Dando una vuelta encontramos unas botellas de ginebra con limón y kalimotxa, y Nacho dijo: "si estuviésemos menos cansados, esto habría sido un pelotazo." (Nacho, 27 años.) Comentaron que el speed que les habían pasado era muy malo, que ni siquiera "mandibuleaban", es decir, no presionaban las mandíbulas a causa del consumo de speed (Extracto del Diario de Campo, O.10).

Y aún cuando se consigan esos efectos deseados, puede suceder que en su recreación posterior en el recuerdo y relato de la experiencia de consume algunos de ellos generen sentimientos de arrepentimiento, como por ejemplo, la desinhibición emocional. La apertura emocional puede dar lugar a conversaciones y comportamientos con los demás que en un contexto ordinario se considerarían impúdicos, de excesiva sobreexposición social o, simplemente, no tendrían lugar precisamente por los motivos anteriores. Un ejemplo de estas conductas puede ser liarse una noche con alguien.

Ostia, el otro chaval está por ahí" y digo: "Tú, tú, ¿me ha visto este (en referencia a su novio), no sé qué...?" y dice: "No sé, yo creo que no, tal" y yo: "vale, vale"... pero sí me había visto y ahí medio tuvimos movida; entonces, hombre, pues eso, luego, al día siguiente estaba toda rallada, ¿Sabes?, en plan, "joder; ¿Cómo haces eso, tal...?" Pero bueno, en verdad, fue guay porque... o sea... o sea, fue guay para mí, y para mis experiencias porque yo con este chaval me di un beso pero no fue un beso como de buscando yo liarme más con él ni nada... fue el momento de que estábamos... nos compenetrábamos muchísimo, tuvimos un montón de conexión bailando." (Ainhoa, 24 años).

O puede dar lugar a conductas y emociones que en sí mismas no generen sentimientos de culpa pero que sí lo hagan los episodios de descontrol corporal que las acompañan, que pueden revivirse con cierta vergüenza cuando se proyectan en el plano o contexto social.

"Hay un pavito en la empresa que me pone muy cachonda. Llevábamos ya doce horas bebiendo y me lo tiré vergonzosamente." (Adela, 21 años). Le pregunté que por qué decía que vergonzosamente, y me dijo que después se enteró que se había caído varias veces y que casi se había pegado con una camarera.

El consumo está tan normalizado en la rave y tan orientado al consumidor, que la oferta de drogas es muy visible y, en algunos casos, resulta molesta por ser tan explícita.

En ese momento un chico se acerca a nosotros y, sin ofrecernos sino casi introduciéndonos el inhalador en la nariz “nos ofrece” éxtasis líquido. Yo me aparto casi sin darme tiempo y el chico con el que estoy charlando hace el mismo gesto: “No, tío, quita, no me drogues”. El chico con el inhalador se aleja y realiza la misma acción con otros integrantes de la rave. Hay un grupo de personas, un par de chicos, que acepta inhalar el éxtasis a mi lado (Extracto del Diario de Campo, O.5)

Su materialización puede ser visible en la pista principal de baile, donde hay grupos chupando botes de cristal o fumando, pero en general, la poca luz, el movimiento de la gente al bailar y la falta de elementos de resguardo lo traslada, para mayor seguridad, a las zonas de más luminosidad y a las zonas de aparcamiento. Es ahí donde se suelen concentrar los grupos para ingerir las sustancias. El modo de consumir la droga y sus propiedades condiciona también la búsqueda de un lugar más luminoso y tranquilo.

“El speed, a diferencia de otras drogas como la coca, suele estar húmedo, hay que dejarlo que se seque sobre una superficie “y ‘picarlo’ [machacarlo] con tarjetas para que se ‘abra’ y seque antes.” (Selene, 23 años.) Estaban intentando “pintar” sobre una tarjeta pero se dieron cuenta que necesitaban una superficie más grande y lisa para hacerlo. (Extracto del Diario de Campo, O.9)

El consumo de alcohol (cerveza, kalimotxo, combinados) será, sin embargo, el más frecuente durante toda la rave. Una práctica relacionada con él es la de “reciclar” alcohol, que consiste en recoger, recolectar restos de alcohol que quedan en las botellas desechadas por la gente.

Ainhoa y sus amigas deciden abandonar la rave la noche del sábado con la sensación de que todas sus expectativas se han cumplido. Y cuando comience la semana y los efectos de las sustancias y del cansancio hayan desaparecido, volverán a desear de nuevo con todas sus ansias la llegada del fin de semana para revivir nuevas noches de placer y buen ambiente. (Basado en el Diario de Campo O.5)

Macrodiscotecas

Una de las principales macrodiscotecas de la región programa un sábado por la noche una sesión especial de música electrónica con un famoso DJ. La discoteca es un enorme y lejano complejo en un polígono industrial formada por varias naves, parking y corredores. El espacio en sí y su lejanía es ya un elemento destacado de la noche. La mayor parte de las macrodiscotecas se sitúan en estos entornos lejanos y semiabandonados, y se bautizan con nombres que refuerzan esta localización en entornos industriales o sus estilos de decoración de corte también industrial, tecno o futurista. La lejanía del lugar, la música elevada, la decoración, las luces y otros efectos de ambiente ya sólo te sumergen en el espacio y en el olvido exterior.

La entrada en el recinto está muy controlada por personal de la discoteca para evitar dejar pasar a gente visiblemente drogada, con dificultades de control. Cuando alguien así intenta pasar se le anima a él o a su grupo a que “vaya a darse unas vueltas hasta que se le baje el globo” (Portero de macrodiscoteca).

La fiesta se desarrolla dentro pero también en el parking de la discoteca, que es un enorme botellón donde los jóvenes se agrupan alrededor de los coches para beber y bailar la música que sale del coche. Ahí donde la música es más alta, más gente hay. Parece una competición donde los jóvenes juegan por tener el mejor equipo de sonido y los mejores y más grandes altavoces, garantizando al resto una fiesta de mejor calidad. Todo el suelo del parking está lleno de bolsas de plástico, botellas de alcohol y de refresco. Se ve a jóvenes también “reciclando” bebidas abandonadas por sus dueños para entrar en la discoteca. El parking sirve de precalentamiento, de espera de esa hora buena para entrar en la discoteca y vivir en toda su intensidad la experiencia de la masa rítmica (Lasén, 2011).

Dentro de la discoteca, los consumos son muy visibles en la pista principal, donde hay jóvenes que fuman tabaco o porros, otros esnifan sustancias y algunos otros se preparan rayas de cocaína o MDMA en sus documentos de identidad. El repertorio de drogas es bastante amplio. El alcohol está también muy presente y las botellas de agua para compensar la deshidratación del

baile, el calor y las drogas. La pista central de baile es un hervidero de gente bailando al ritmo de la música electrónica, una masa compacta que vibra y que sólo se resquebraja en sus contornos por los jóvenes que entran y salen.

A las 3 de la madrugada comienza con mucha expectación la actuación anunciada del DJ famoso. La gente silba, aplaude, grita y graba o fotografía con sus móviles su salida y el latido de la masa que nuevamente empieza a vibrar cuando la actuación comienza. (Basado en el Diario de Campo O.14)



Imagen 1: Pista central momentos previos a la actuación del DJ.
Fuente: Elaboración propia.

El papel del DJ en la fiesta es un papel que algunos autores comparan con el de un chamán o un maestro de ceremonias. Su labor es la de transmitir energía, generar un buen ambiente mediante un recorrido de sonidos y ritmos que incite a los oyentes a participar con el movimiento (Lenarduzzi, 2014), (Lasén, 2011) en un baile libre, carente de reglas.

La conexión y el juego entre la música, los efectos de sonido, los amplificadores y altavoces (que consiguen que el sonido adquiera cuerpo, presencia física) y los efectos de las drogas (de intensificación de la sensualidad, de bienestar y paz, de percepción profunda y refinada del sonido, y de desinhibición) ayudará a conseguir el ambiente esperado: el de una masa que baila maratonianamente y que, apoyada en los ritmos repetitivos y graves de los flujos de sónico altos y repetitivos, consigue su desconexión de los límites y rutinas externas mientras conecta de una manera energética y casi “ascética” con todos los que en ese momento comparten baile en la pista.

La calidad de la música electrónica no radica en su armonía, su instrumentalidad o belleza, sino en su capacidad de crear una buena atmósfera y hacer bailar a los jóvenes de una manera casi “mística”. La música penetra en ellos a través de sus ojos (con sus miradas dirigidas hacia el frente, buscando fijar al DJ) y de sus oídos. La música no se escucha, se ingiere⁵¹ como un alimento o una droga más para sentirla más intensamente y forme parte de uno.

Ahora bien, el descontrol emocional y corporal de las drogas puede desencadenar conductas placenteras y de verdadero éxtasis pero también conductas violentas o antisociales (de carácter físico o verbal) hacia los demás o el mobiliario urbano, al igual que puede ocurrir en otros contextos de consumo excesivo como en las raves, pese a que en el imaginario juvenil sean concebidos como espacios puros de diversión y placer. Como muestra la siguiente cita:

“No es que me lo pasara mal sino que me acuerdo que me sentí muy mal pero, también, porque iba drogado, de hecho; de hecho, la primera vez que comía M, ¿Sabes? Y fue, eso, en una rave y porque, de repente, vi a un metro mío como una pava... o sea, tumbaron a un pavo y una pava se le puso, rollo, así, encima y empezó a machacarle así como la cabeza... o sea, el cuerpo entero; agarrándole así como de los hombros contra el, esto, contra el suelo; y, claro, el suelo pues de tierra y era como... Para mí, fue como... ¡igual también por eso, porque era la primera vez que me drogaba de M y, como que tienes la sensibilidad a flor de piel (...) y mis amigos me quitaron; porque “te van a reventar a ti” y tal.

⁵¹ De ahí la expresión tan utilizada entre los jóvenes de “estar comiendo bafife” para referirse a la acción de bailar, de forma individual, de cara al altavoz.

Que pase en una discoteca, en mi pueblo pasa siempre, ¿Sabes?, o sea, pero... ahí, en ese momento, en ese rollo, digamos, no, no esperas que vaya a pasar eso, ¿sabes? Te decepciona un poco. (Joaquín, 24 años).

Estas conductas son muy frecuentes en los parkines de las grandes discotecas entre jóvenes muy drogados, que un portero de una macrodiscoteca describía como "cocidos como piojos (...) habiéndose metido toda la cristallera de la Catedral de Burgos y todas las rayas de Cali, dando saltos como una rana." O conductas consideradas poco "decorosas" socialmente como orinar en espacios públicos o desnudarse al calor de las drogas y del ambiente.

4. Epílogos: El mañaneo

Cuando ya todos los bares de copas llevan tiempo cerrados, el frío del amanecer empieza a molestar y la policía merodea por las calles y multa a los grupos de jóvenes que continúan la noche consumiendo en plazas y calles, Capi propone ir a su casa de "mañaneo" al resto del grupo (Sofía, Sara, Celia, Nacho y Sole), después de una noche "tranquila" de bares y plazas por el centro de la ciudad, hablando, cantando y bailando. (Basado en el Diario de Campo O.24)

El "mañaneo" es una extensión de la salida muy valorada por los jóvenes porque, entre otras cosas, supone una ruptura del binomio noche-día y de sus significados: desorden-orden, fiesta-actividad, dando una cualidad distinta al fin de semana. Y porque suele ser sinónimo de diversión, de una buena salida.

Es como que cuando sale el sol cambia mucho, ¿no? La cosa, no sé si es por el efecto que causa la luz en tu cuerpo, pero te sientes diferente, la gente está diferente, ya como que la cosa se calma un poco. Y, no sé, el ambiente... O sea, es necesario que haya un ambiente positivo y que la gente se esté relacionando bien para que eso continúe. Si es aburrido, o la gente no es maja, pues te vas. Y, no sé, también se comparte en ese momento." (Selene, 23 años.)

(...) a mí, me encanta terminar a los conciertos, ir a dormir y después despertarme y ya con el solecito, ver a la gente que estaba ahí en sus pedos y, yo, empezar a engancharme... Es que me encanta el pedo de día. Empezar a engancharme el pedito y tal... O sea, cosas que rompan un poco un fin de semana normal, por ejemplo, ¿no? (Joaquín, 24 años.)

En algunos casos, el "mañaneo" puede ser el punto final de la fiesta y en otros una transición, un espacio intermedio o una continuación cuando su duración se alarga durante el día siguiente. Para llegar a este momento se necesita resistir el cansancio y el sueño con el consumo, y se requiere igualmente que haya habido y siga habiendo un buen ambiente. Cuando las salidas llegan a su final, el "mañaneo" suele tener lugar en casa de un amigo, y si continúan, en un after o rave. En cualquier caso, el grupo aparece otra vez presente e igual que no es lo mismo y no se entiende consumir solo tampoco se entiende ir de "mañaneo" en solitario.

Asimismo, me dijo que tenía otro grupo, llamado Línea Directa, que usaba para cuando estaba "solo de mañaneo" y quería compañía; por lo visto, la gente de dicho grupo acude siempre que se lo pidan a acompañar a la gente durante sus mañaneos (Extracto Diario de Campo, O.9)

Dependiendo del espacio en donde se desarrolle y de su finalidad, el consumo de droga adquiere una expresión más o menos intensa.

Tumbados en el sofá de la casa, con música no demasiado alta para poder hablar, Capi y sus amigos fuman unos porros. Algunos, los que deciden continuar la salida tomando unas cañas al mediodía, se hacen unas rayas de speed mientras beben gran cantidad de agua. Las conversaciones, durante todo este tiempo giran en torno a las anécdotas de la noche y su amistad. Horas más tarde, cuando ya ha amanecido, algunos de ellos deciden marcharse a sus casas y otros optan por quedarse para intentar dormir un poco. (Basado en el Diario de Campo O.24)

Uno de los efectos del consumo excesivo de drogas es la excitación y la falta de cansancio y sueño que suele alargarse horas después de la ingesta y que provoca que una vez en la cama sea muy difícil conciliar el sueño y se acabe por

“comer techo”. Para paliar estos efectos y los del consumo anterior, los jóvenes, recurren a su repertorio de conocimientos y consumen ciertas drogas (porros de cannabis o marihuana) con efectos relajantes.

El mañaneo en las casas tiene un carácter privado, íntimo, de relación y conversación. Sólo se suele invitar a los amigos más cercanos. Es un momento de descanso, de charla sobre las anécdotas de la noche y de su recreación y selección para compartir fotos en las redes sociales. Pero el mañaneo en las raves adquiere otra expresión. Como continuación de la fiesta, es una alteración del tiempo, un momento más de diversión, disfrute, de música y baile en el que continúan los consumos de alcohol y otras sustancias, y es muy valorado por los jóvenes por el confort del sol y la luz del día. Para los que no se quieren perder la fiesta y todavía no han podido participar de ella, es el momento de entrada en la fiesta. Y para los que llevan ahí desde el principio, quedarse hasta el “mañaneo” significa aguantar, “ir a tope”, “darlo todo”. Además de suponer una forma distinta de vivir y experimentar la fiesta.

“A mi el solecito me sienta muy bien, me pone contenta de normal y drogada también me gusta más la sensación, me gusta mucho ver las caras. A mi me gusta muchísimo bailar y lo disfruto un montón. Y, el otro día, pensé que también creo que me gusta porque cuando yo estoy bailando es que estoy súper a gusto y si miro a la gente y la gente ve que le estoy mirando, la gustera que yo llevo se la transmito muchísimo y yo noto que se la estoy transmitiendo y eso me gusta un montón, entonces eso se ve más de día, ¿no?”

Por la noche como que el ciego de la gente es diferente, más... ¿Cómo decirte? Lo asocio igual a la borrachera sin más de: “Bah, qué locura, no sé qué...” y por la mañana de... todo el mundo está disfrutando un montón, está... como... no sé... como más familiar

Te acabas encontrando con la misma gente y... entonces como que hemos ido haciendo una especie de familia, ¿no? A lo mejor, no gente que veo todos los días; que veo de rave, que veo de mañaneos y sí que, de vez en cuando, pues a lo mejor alguien: “Ah, pues pásate por aquí.” (Ainhoa, 24 años.)

5. Conclusiones

Frecuentemente aparece en los medios de comunicación, en informes de distintos Observatorios e Institutos sobre juventud y otras investigaciones la expresión de “consumo excesivo” con la que se pretende definir un nuevo hábito de consumo de alcohol y otras sustancias de los jóvenes actuales caracterizado por un consumo intensivo. La Guía de Drogas editada en el año 2007 en el marco de El Plan Nacional de Drogas del Ministerio de Sanidad y Consumo, lo define, refiriéndose al alcohol, como el consumo de 5 o más bebidas alcohólicas en el caso de los hombres o de 4 o más en el de las mujeres en una misma ocasión. Pero el consumo excesivo no es una realidad fija, una pauta estable y bien definida ni un concepto con significados compartidos por todos (jóvenes y no jóvenes) de la misma manera sino que se trata de un concepto polisémico, que va construyéndose y definiéndose en cada práctica, condicionada por unos determinados ejes espacio-temporales que predisponen a unos mayores o menores consumos, a unas determinadas combinaciones y cantidades de sustancias consumidas según las expectativas y fines asociadas por los jóvenes a cada uno de esos espacios y tiempos de salidas.

En el imaginario juvenil hay una clara asociación entre consumo “excesivo” y dos espacios de salida concretos: las raves y las macrodiscotecas, en los que la combinación de drogas, música electrónica y el baile de los cuerpos en masa los convierte en espacios de diversión y placer casi garantizada. La forma que adquiere el consumo de drogas en ellos varía con respecto a otro tipo de salidas, en las que también puede haber consumos “excesivos” aunque no sean percibidos así por los propios jóvenes.

Por otro lado, los itinerarios de las salidas marcan también las expresiones del consumo. Sus inicios en casas o bares se caracterizan por unos consumos suaves, de baja y calculada mezcla de drogas buscando, en el caso de que la salida se alargue en una discoteca, rave o macrodiscoteca, experimentar sus efectos en esos espacios idóneos que coinciden con los momentos centrales y/o finales de las salidas y en los que el consumo adquiere una mayor intensidad. Los consumos finales en casas de amigos durante el “mañaneo” vuelven a tener de nuevo un carácter más suave, persiguiendo apaciguar los efectos de excitación cuando la salida ha llegado ya a su fin.

6. Bibliografía

- Blay, N. ; Calafat, A., Juan, M., Becoña, E., Mantecón, A., Ros, M., Far, A. (2010). "Violencia en contextos recreativos nocturnos: su relación con el consumo de alcohol y drogas entre jóvenes españoles" en *Psicothema*, vol. 22 (3). Universidad de Oviedo.
- Elzo, J. (2010). *Valores sociales y drogas*. Madrid: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Elzo, J., Pallarés, J., Laespada, M. (2003). *Más allá del botellón. Análisis socioantropológico del consume de alcohol en los adolescentes y jóvenes*. Madrid: Comunidad de Madrid.
- Fernández-Calderón, F., Lozano Rojas, Ó., Bilbao, I., Rojas, A., Videl, C., Vergara, E. y González, F. (2013). "Efectos asociados al policonsumo de drogas en fiestas rave" en *Health and addictions / Salud y Drogas 2012*, Vol. 12, no 1, pp. 37-59.
- Fernández-Calderón, F., Lozano Rojas, Ó., Rojas, A., Videl, C., Vergara, E. y González, F. (2011). "Análisis de las diferencias en el perfil y patrón de consumo de drogas de hombres y mujeres que asisten a fiestas rave". *Trastornos adictivos*. 13(4):167-174.
- Fernández-Calderón, F., Videl, C. (2011). Fiestas rave: ¿cultura andrógina? Una perspectiva de género en fiestas de música electrónica. *Adicciones* n° 23. (fecha de consulta: 7 diciembre 2016). Disponible www.adicciones.es/index.php/adicciones/
- Fernández-Calderón, F., Lozano Rojas, Ó. y Rojas, A. (2013). "Raves y consumo de drogas desde una perspectiva epidemiológica y psicosocial: una revisión bibliográfica sistemática" en *Adicciones*, vol.25 (3). Págs. 269-279.
- Gallo, G., Semán, P. (2013). "Superficies de placer: Sexo, religión y música electrónica en los pliegues de la transición 1990-2010" en *Cuestiones de Sociología*.
- Garmella, F., Álvarez, A., Romo, N. (1997). "La fiesta y el éxtasis: drogas de síntesis y nuevas culturas juveniles" en *Estudios de juventud*, n°40.
- Järvinen, M., Demant, J. (2011). "The normaliation of cannabis use among young people: Symbolic boundary work in focus groups." en *Health, Risk & Society* n° 2, Vol. 13. Pág 165-182.
- Lasén Díaz, A. (2003). "Notas de felicidad extrema. La experiencia musical *dance*". *Papeles del SEIC*, n°9.
- Lenarduzi, V. (2014). Química y electronica "Las técnicas del placer en el baile contemporáneo" en *Intersecciones en comunicación* n° 8. Pág. 75-95.
- Megías, E. y Elzo, J. (Coord.) (2006). *Jóvenes, Valores, Drogas*. Madrid: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Megías, I. y Ballesteros, J.C. (2013). *Mismas drogas, distintos riesgos. Un ensayo de tipología de jóvenes consumidores*. Madrid: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Megías, E., Rodríguez, E., Megías, I. y Navarro, J. (2014). *Percepción social de los problemas de las drogas en España*. Madrid: Fundación de Ayunda contra la Drogadicción.
- Ministerio de Sanidad y Consumo (2007). *Guía de Drogas*.
- Pere Martínez, D. (2008). "Discursos y subjetividad de los protagonistas del consumo recreativo de drogas ilegales" (fecha de consulta: 10 diciembre 2016). Disponible en: www.researgate.net.
- Pere Martínez, D., Pallarés, J., Espluga, J. y Canales, G. (2010). Informe 2009: Observatorio de nuevos consumos de drogas en el ámbito juvenil de Cataluña. Fundación Ingenus.
- Pere Martínez, D., Pallarés, J. (edit.) (2013). *De riesgos y placeres. Manual para entender las drogas*. Lleida: Mileno, 2013.
- Romo-Avilés, N. (2011). "Cannabis, juventud y género: nuevos patrones de consumo, nuevos modelos de intervención". *Trastornos adictivos*, n° 13 (3).
- Rodríguez, E. y Ballesteros, J.C.(2008.) *Lectura juvenil de los riesgos de las drogas: del estereotipo a la complejidad*. Madrid: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.

5. EL *DESCONTROL CONTROLADO*: LA GESTIÓN DEL RIESGO EN LOS CONSUMOS DE ATRACÓN

Enrique Moral

1. Introducción: El riesgo en los consumos de psicoactivos

"El clima de riesgo de la modernidad es, pues, perturbador para cualquiera; nadie puede eludirlo."

(Giddens 1995: 160)

"Y a veces no te importa correr un poco ese riesgo a cambio de pasártelo bien."

(Inés, 23)

Algunos sociólogos contemporáneos afirman que vivimos inmersos en la "sociedad del riesgo" (Beck, 1998). Con ello no quieren decir que en el presente nos acechen más peligros que en épocas anteriores; a lo que se refieren es a que, tras la llegada de la modernidad, se ha generalizado entre la población occidental un modo concreto de pensar en términos de riesgos y de su evaluación (Giddens, 1995: 159). Así, gran parte de las acciones que desempeñamos en nuestros quehaceres cotidianos, por triviales que parezcan (desde programar el despertador hasta conducir un coche), son consciente o inconscientemente sopesadas para valorar los posibles beneficios y percances asociados a su ejecución. Por otra parte, se asume que el sujeto de la modernidad, concebido como racional y autónomo, no solo tiene que ser capaz de evaluar los riesgos que entrañan sus prácticas, sino que también debe saber gestionarlos para optimizar los beneficios y minimizar los costes. Es por ello que, en busca de esa maximización de los beneficios, algunas personas se exponen a riesgos "voluntariamente asumidos", incluso en el caso de aquellas prácticas que, como el consumo de drogas y alcohol, pueden conllevar graves percances (Giddens, 1995: 160; Hutton *et al.*, 2013: 454).

De entre todos los sectores poblacionales de la "sociedad del riesgo", los jóvenes han sido señalados como los más propensos a asumir estos riesgos "voluntarios", debido al sentimiento de invulnerabilidad, a las ganas de experimentar y a las reducidas responsabilidades asociadas a la juventud (Plant y Plant, 1992: 113). Durante nuestra investigación, hemos podido comprobar cómo muchos jóvenes se entregan al consumo de atracón de drogas y alcohol siendo plenamente conscientes de los riesgos que éstos implican. En palabras de Inés: "todos sabemos las consecuencias y las cosas malas que puede acarrear el consumo de cosas ¿no? [...] al igual que te puede dar cosas malas, te aporta cosas buenas también" (Inés, 23).

Para comprender esta exposición voluntaria a los riesgos del consumo de sustancias psicoactivas por parte de los jóvenes, es necesario redefinir la palabra "riesgo". En los discursos "expertos", procedentes del ámbito de las políticas públicas, la medicina y los medios de comunicación, el término "riesgo" recibe una acepción plana y unívoca: a menudo se emplea como sinónimo de daño o perjuicio, concibiéndose como intrínsecamente negativo y problemático. Sin embargo, algunas autoras argumentan, en relación al consumo de alcohol y otras drogas, que el riesgo es solo "la posibilidad de obtener el daño en vez del beneficio" (Rodríguez San Julián, 2013), es decir, el "cálculo de probabilidad" de que un determinado resultado, tanto negativo como positivo, se manifieste (Duff, 2003: 287). Y es precisamente esa probabilidad, ese equilibrio inestable y en constante negociación entre los beneficios y los daños, lo que permite administrar los riesgos del consumo. La gestión del riesgo sería, entonces, una forma de organizar y regular la conducta personal, de determinar cómo debe actuar una persona, estableciendo cuándo, dónde, cómo y con quién es seguro (o no) consumir ciertos psicoactivos (Singer y Schensul, 2011: 1675). La multiplicidad de estrategias puestas en práctica por los jóvenes para gestionar el riesgo en el consumo de atracón, observada a lo largo de nuestra investigación, será el punto central de este capítulo.

El riesgo en el consumo podría definirse, por tanto, como un evento ambiguo, como una moneda lanzada al aire que contiene, al mismo tiempo, la posibilidad de obtener unos beneficios y la de sufrir unos daños. A veces, incluso, ambos resultados se manifiestan de manera simultánea, por lo que el consumidor debe asumir los últimos para obtener los primeros. Así, Irene afirmó que su consumo diario de marihuana era “como todo en la vida, [...] lado bueno y lado malo. Me desarrolla, pero me destroza. Pierdo memoria” (Irene, 19). En la misma línea, Ainhoa manifestó que, aunque notaba que las drogas estaban afectando a su memoria y a su capacidad de atención, prefería asumir estos efectos negativos antes que renunciar a los beneficios que obtenía de las salidas nocturnas: “para no drogarme, no me tendría que ir de rave⁵² y es que no, me muero ahora mismo si tengo que dejar de hacer eso” (Ainhoa, 24). De los daños y de su gestión y prevención nos ocuparemos en los siguientes epígrafes. En cuanto a los beneficios, la mayoría de los jóvenes de este estudio han expresado que el fin de consumir psicoactivos se relaciona, directa o indirectamente, con el placer. Por ejemplo, cuando preguntamos a Joaquín por sus expectativas durante las salidas nocturnas en las que consume psicoactivos, dijo que su objetivo era divertirse, “[el] caso es eso, o sea, estar a gusto” (Joaquín, 24). Paula, por su parte, declaró que, para ella, uno de los factores determinantes para que una salida fuese considerada exitosa era el “sentirse a gusto”, siempre ligado al uso de alcohol y drogas: “que haya buen rollito, musicón [...] Que haya musicote del que me gusta a mí, alcohol, porros, tabaco suficiente” (Paula, 19). Por último, Selene, al hablar de las facetas positivas del riesgo en el consumo de atracón, mencionó que “el hecho de drogarte también es emocionante por eso, porque no sabes muy bien qué es lo que va a pasar durante la noche, y [...] la droga es un poco la promesa de que te lo vas a pasar bien” (Selene, 23)⁵³.

El placer como polo positivo del riesgo en el consumo excesivo de drogas y alcohol también ha sido destacado en estudios realizados en otros contextos (O'Malley y Valverde, 2004: 39; Pilkington, 2007: 373), hasta el punto de que algunos investigadores se refieren a este consumo como “uso recreativo de las drogas” (Parker 2003: 141). Sin embargo, para algunos de los saberes expertos producidos por las políticas públicas, la medicina y los medios de comunicación, la búsqueda del placer mediante la exposición a un riesgo, especialmente en el caso de los jóvenes, es resultado de una serie de elecciones irracionales e irreflexivas (Singer y Schensul, 2011: 1676). El ideal de consumidor normativo promovido por las instituciones gubernamentales es coherente con el del sujeto moderno: define al consumidor “normal” como comedido, racional, reflexivo y prudente (Szmigin *et al.*, 2008: 360; para el caso español, véase Martínez Oró 2015: 98-101). Todo aquel que no se guía por estos estándares es estigmatizado, y sus placeres son concebidos como irreflexivos, impulsivos, problemáticos, configurando una suerte de “placeres desacreditados” (O'Malley y Valverde 2004: 25). Esta diferenciación entre consumidor “normal” y consumidor “fuera de la normalidad”, propuesta por los saberes expertos, no es meramente analítica, sino que implica una distinción moral entre los usuarios calificados como responsables (racionales y comedidos), que realizan consumos “correctos”, y los irresponsables (irracionales y excesivos), cuyas conductas se perciben como “incorrectas” y problemáticas. Estas posturas institucionales, sin embargo, obvian las prácticas y los discursos de los propios consumidores, de los jóvenes en nuestro caso, ignorando que, para ellos, el propio riesgo puede ser inherentemente placentero (Singer y Schensul, 2011: 1676).

La tensión entre los saberes expertos institucionales y los saberes “situados” de los propios consumidores evidencia el carácter contingente de la noción de riesgo (Pilkington, 2007: 374). Dicha tensión se materializa, por ejemplo, en el rechazo de algunos jóvenes a asumir la distinción entre drogas “normalizadas” e “ilícitas” promovida desde las instituciones, distinción que configura las primeras sustancias como menos dañinas que las segundas. El caso del alcohol es paradigmático: para Joaquín, “el alcohol igual mata a más gente que la ketamina; seguramente, [...] ya sea por accidentes de tráfico, porque te vuelves loco y, de repente, matas a... No sé, lo digo sin saber, pero... Como que puede ser más peligroso eso... Un borracho que uno que esté así tirado de heroína, incluso” (Joaquín, 24). Por su parte, Nacho opina que el alcohol también es “de lo más peligroso que hay en la noche, y siempre se toma como algo que está muy... Interiorizado, normalizado, cuando es lo más peligroso que hay” (Nacho, 23).

⁵² Término en inglés (su significado literal es “delirar”) que se ha extendido en otros países para hacer referencia a un tipo de fiesta de música electrónica de larga duración. Pueden tener un carácter autoorganizado o comercial, y generalmente se realizan en grandes espacios abiertos alejados de los centros urbanos. Su aparición ilegal se remonta a los años 80 en países como Inglaterra y Holanda como una respuesta a las restricciones de los horarios de locales y espectáculos nocturnos.

⁵³ Para un análisis más detallado de este punto, véase el capítulo 2, referente a las motivaciones del consumo de atracón.

Frente a la visión plana y unívoca de riesgo que defienden algunas instituciones, la percepción social del riesgo en cuanto a los consumos de sustancias psicoactivas es claramente multidimensional, es decir, se trata de una realidad “dinámica y compleja” (Rodríguez San Julián 2013: 126). Esta complejidad se debe a que los consumos juveniles no son uniformes, sino que se llevan a cabo dentro de unos contextos culturales específicos, en los que el riesgo se concibe y experimenta de manera particular, situada, dando lugar a estrategias propias para su gestión. La variabilidad de significados otorgados al riesgo por parte de los jóvenes en sus prácticas hace de éste, por tanto, una categoría socialmente construida, resultado de una serie de valores, experiencias y sentimientos “localizados” (Duff, 2003: 290; Nogués Pedregal et al., 2004: 142). Es por ello que el análisis etnográfico de la percepción del riesgo y de su gestión por parte de los jóvenes consumidores de psicoactivos debe dar cuenta del carácter sumamente ambiguo y polifacético de esta noción (Pilkington, 2007: 379). Por ejemplo, algunos sujetos se oponen radicalmente a los discursos sobre las drogas y el alcohol promovidos desde las instituciones gubernamentales porque consideran, como Paula, que no es posible ofrecer información de calidad desde posturas prohibicionistas:

La información que hay a pie de calle es una basura, porque está proporcionada por el Estado y por los cuerpos de policía, que lo que hacen es perseguirlo [el consumo de sustancias psicoactivas], entonces, ¿cómo vas a educar desde [...] la objetividad? ¿Cómo vas a enseñar a la gente lo bueno que tiene y lo malo que tiene, lo que es? ¿Cómo se lo vas a explicar si lo estáis persiguiendo y lo estáis criminalizando, si no sabéis lo que es, ni por qué es, ni por qué se vive, ni nada? Es un poco hipócrita, la verdad. (Paula, 19).

Para Paula, por tanto, la información a tener en cuenta sería aquella proporcionada por personas que, lejos de declararse “objetivas”, han consumido alcohol y drogas, han experimentado sus efectos y han aprendido de dichas experiencias. Más adelante abundaremos sobre la relación entre el aprendizaje de los consumos y la experimentación de sus efectos. Ahora bien, la tensión entre saberes expertos y situados no siempre se manifiesta en términos de oposición, como en el caso que acabamos de mencionar; en ocasiones, esta dicotomía es más bien una distinción-en-convivencia o incluso un solapamiento. De hecho, cuanto menos contacto se tiene con una sustancia, más se ajusta el discurso del consumidor sobre ella a los discursos sobre riesgos expertos sostenidos desde las instituciones. Por ejemplo, Rafael, consumidor asiduo de alcohol y porros, pero poco familiarizado con el éxtasis, alude incluso al potencial riesgo a sufrir alergias al ingerir una pastilla: “es más peligroso una pastilla que una copa porque si me tomo una pastilla, no sé cuánto me va a durar, qué efectos me va a hacer [...]. A lo mejor me tomo una pastilla de éxtasis y yo soy alérgico, o mi cuerpo no lo tolera y puede afectarme” (Rafael, 19).

Para entender esta heterogeneidad en la concepción del riesgo por parte de los jóvenes, es necesario contemplar el uso de drogas y alcohol como una práctica situada, es decir, delimitada por el género, la etnicidad y la ocupación de los agentes implicados en ella, así como por su edad y por el paso del tiempo, entre otros factores (Measham 2004: 319). En efecto, los riesgos no permanecen invariables a lo largo de la vida de una persona; por el contrario, los diferentes contextos, grupos, experiencias y conocimientos adquiridos con la edad llevan a redefinir la forma en la que los riesgos se perciben y (re)producen. Por ejemplo, algunos de ellos solo empiezan a ser percibidos tras un consumo reiterado en el tiempo, pero nunca después de los primeros contactos con la sustancia (Singer y Schensul 2011: 1685). Así, Ainhoa, al hablar del consumo de éxtasis, mostró su preocupación en cuanto a la tolerancia que estaba desarrollando por su consumo habitual, y expresó los nuevos riesgos que percibía como resultado de esa tolerancia: “[d]e hecho, eso [el consumo de bombetas⁵⁴ de MDMA] sí que es algo también que me preocupa porque crean muchísima tolerancia; entonces, yo me voy dando cuenta [...] de que, joder, hace dos semanas me metía una bombeta y estaba feliz toda la noche y ahora es que con una, digo... Ya se me ha pasado y ya estoy necesitando otra, ¿Sabes?” (Ainhoa, 24). Al margen de la edad, el género también es un factor significativo a la hora de percibir distintos tipos de riesgo. Por ejemplo, un riesgo que apareció con cierta asiduidad en el trabajo de campo y que únicamente afectaba a personas de género femenino fue el del acoso sexual. Selene, al narrar la experiencia de una compañera de la que abusaron en una discoteca, dijo que su amiga “ya de por sí es una persona muy sociable, lo que pasa que cuando se emborracha pues pierde la noción muchas veces de... De dónde está, o de con quién está” (Selene, 23). En su testimonio, como se aprecia, Selene achaca la baja percepción del riesgo de su amiga al consumo de alcohol.

⁵⁴ La “bombeta” es una manera de consumir el MDMA (o éxtasis), que consiste en enrollar una dosis en un papel (normalmente en papel de fumar) e ingerirlo por vía oral, lo que permite una absorción más uniforme y completa de la sustancia.

Una gran parte de los jóvenes, en definitiva, no son indiferentes a los riesgos del consumo de atracón. Sin embargo, el modo en que orientan sus decisiones sobre cómo, cuándo, dónde, cuánto y con quién consumir depende de distintos conjuntos de factores, lo que dota a la noción de riesgo de su carácter polifacético y diverso. Pilkington señala que son tres los niveles que influyen en cómo se percibe el riesgo, a qué se asocia y cómo se gestiona: estructura, contexto y agencia (Pilkington, 2007: 379). El primer nivel, el estructural, sería el más general; incluye tanto los saberes expertos promovidos desde instituciones gubernamentales y médicas como la opinión pública generalizada por los medios de comunicación. El segundo ámbito, el del contexto, hace referencia a los valores y convicciones del grupo de pares al que pertenece el consumidor, así como a su entorno inmediato. Por último, el nivel de agencia se articula en torno a las experiencias de vida y los saberes situados desarrollados por el propio sujeto. La percepción del riesgo y las decisiones tomadas en cuanto a su gestión son resultado del solapamiento de estos tres niveles, por lo que “riesgo”, como categoría, nunca debe ser entendido de manera monolítica, sino sumamente variada, heterogénea y contextual.

Para dar cuenta de esa variedad de matices que recoge la noción de riesgo, así como para enfatizar su carácter contingente, Duff ha acuñado el término “riesgo lego” (*lay risk*), en contraposición al de “riesgo experto”, que sería aquél formulado desde instituciones de salud pública y gubernamentales (Duff, 2003: 291). Con ello, el autor pretende evidenciar que los jóvenes no asimilan de forma acrítica los riesgos suscitados por los saberes expertos; por el contrario, a través de sus prácticas, experiencias y discursos, los jóvenes reelaboran esos riesgos, generando una serie de conocimientos situados que definen su propia percepción y estrategias de gestión (Pilkington, 2007: 374). Los usuarios habituales de ciertas sustancias, por ejemplo, han aprendido a gestionar su consumo para evitar cualquier percance que no estén dispuestos a asumir a cambio de obtener los efectos positivos de la sustancia. Sin embargo, para aquellas personas no iniciadas en esos consumos, los riesgos asociados a las mismas sustancias pueden ser mayores. En una de las salidas a las que acudimos, una fiesta en una casa con invitados de entre 22 y 25 años, observamos que muchos de ellos señalaron las diferencias entre consumir MDMA (algo que hacían habitualmente y que no percibían como arriesgado) y “meterse” una raya de coca, lo que les resultaba “mucho más agresivo y socialmente menos aceptado” (Extracto del Diario de Campo, O.16). Atribuían a la cocaína un riesgo no solo físico, sino también social, un riesgo al rechazo por parte del grupo. Y, como veremos más adelante, este riesgo a no permanecer “normalizado”, es decir, a no ser aceptado por el grupo, puede llegar a ser “mucho más peligroso y costoso desde esta óptica juvenil que el del consumo” (Rodríguez San Julián, 2013: 125). Vuelve a aparecer, aquí, la moralidad asociada al uso de psicoactivos, esta vez por parte de los propios jóvenes, que establecen que aquél que ingiere sustancias “aceptadas” es valorado, mientras que el que emplea sustancias “agresivas” o “arriesgadas” es rechazado. Sin embargo, esta moralidad ligada a las sustancias y a sus consumos no es homogénea, sino compleja y ambigua; sus valores varían de unos contextos a otros. Por ejemplo, en otra ocasión, Nacho confesó que para él la cocaína era más inocua que otras sustancias “normalizadas”: “Yo puedo salir una noche, meterme dos rayas de cocaína, beberme tres, dos copas, estar estupendo, irme a casa a dormir y al día siguiente hacer vida [...] Y el hecho de que yo pueda consumir dos rayas de cocaína está [...] mucho peor visto por el noventa y nueve por ciento de la sociedad que el otro que también se beba cuatro litros de cerveza y pote por la calle [...] cuando el daño no está comprobado que sea mayor, o sea, peor en un caso que en otro, ¿me explico?” (Nacho, 23)⁵⁴.

Como se aprecia en ambos ejemplos, los “riesgos legos” elaborados por los jóvenes son muy diversos, ya que son fruto de distintas experiencias y saberes situados. Sin embargo, esta distinción entre riesgos expertos y legos puede llevar a concluir que los discursos de los jóvenes se generan siempre en oposición a los saberes propugnados desde los organismos de salud pública, las instituciones gubernamentales y los medios de comunicación, cuando no es así. Como hemos visto un poco más arriba, los jóvenes no solo asimilan los saberes expertos en términos de oposición; también los reformulan y adoptan solapándolos, de manera más o menos parcial, con sus propios conocimientos. Para dar cuenta de esta (re)elaboración propia y situada de la noción de “riesgo” y de su gestión, Rodríguez San Julián prefiere emplear el término “riesgos subjetivos”, enfatizando “lo que la propia cultura, o microcultura, incorpora en la vivencia de la realidad cotidiana”, en este caso en cuanto al consumo de drogas y alcohol (Rodríguez San Julián, 2013: 123). A lo largo de este texto, hablaremos de riesgos subjetivos o, mejor, “subjetivados”, para destacar no solo el carácter contingente y situado de la percepción del riesgo y de su gestión, sino también el modo intersubjetivo en el que éstas se (re)producen.

⁵⁴ Para un análisis más profuso acerca de la percepción desigual de las sustancias por parte de los jóvenes, véase el capítulo 3, sobre las percepciones y sentidos del exceso.

En cuanto a esta intersubjetividad, ya hemos señalado que, a nivel contextual, los riesgos y su gestión no se generan únicamente de manera individual. Las fronteras entre los planos personal, colectivo y social en la (re)producción de las nociones de riesgo son porosas, permeables, y dan cuenta de las distintas nociones de sujeto *performadas*, esto es, puestas en práctica durante las prácticas de consumo. Por un lado, es sujeto aquel individuo que “decide libremente” qué, cómo y cuándo consumir, pero, por otra, no se es sujeto sino en-relación. La comprensión del riesgo por parte de los jóvenes está arraigada en convenciones compartidas, y sus respuestas ante dicho riesgo se construyen dentro de un contexto comunitario basado en la confianza y la obligación mutuas (Pilkington, 2007: 387). Dependiendo de la situación y del contexto, cada agente pone en práctica distintos discursos, *performando* una idea distinta de sujeto, dando lugar a un universo discursivo complejo y, a menudo, ambiguo. Por ejemplo, los discursos que un joven puede mantener en cuanto al consumo de drogas y alcohol en su entorno familiar diferirán de aquellos sostenidos por la misma persona dentro de su grupo de amigos y, a su vez, es posible que todos los anteriores se diferencien de los discursos que el mismo joven exprese en un contexto institucional, por ejemplo, frente a un médico. Es por ello que, sin perder de vista el papel desempeñado por la agencia y la capacidad de reelaboración individual de cada sujeto en el proceso de producción de los riesgos subjetivados, debemos asumir que éstos se generan y comparten como saberes situados dentro de contextos colectivos. Inés, en uno de sus testimonios aludido anteriormente, da cuenta de ello al manifestar que “todos sabemos las consecuencias y las cosas malas que puede acarrear el consumo de cosas ¿no? Pero yo creo que es controlable, en cierto punto, siempre que sepas cómo hacerlo, más o menos, o estés con gente que sepa hacerlo, que tenga experiencia” (Inés, 23). De este modo, la (re)producción colectiva de la percepción del riesgo contradice uno de los mitos de la modernidad: el de la “autonomía” del sujeto moderno, aludida por sociólogos como Beck y Giddens, así como por gran parte de los saberes expertos: como vemos, el riesgo y su gestión se construyen a través de narrativas colectivas, dentro de grupos de pares que proporcionan un contexto de seguridad, confianza e intimidad, y no solo a nivel individual. Por último, el testimonio de Inés que acabamos de mencionar hace referencia a un punto que será clave en el resto del capítulo: el control del consumo, directamente relacionado con el riesgo y su gestión.

1.1. El descontrol controlado

Como sucede con el riesgo, el control a la hora de consumir alcohol y otras drogas recibe una amplia variedad de significados por parte de los jóvenes, que desborda la rígida dicotomía que a menudo se establece entre los polos “control” y “descontrol”. El (des)control, más bien, sería un gradiente, un *continuum* entre ambos extremos, con múltiples posturas intermedias (Lindsay, 2009: 376-377). Esta variedad en la percepción del control se manifestó reiteradamente durante nuestras observaciones: por ejemplo, Joaquín reconoció esta diversidad de percepciones al afirmar que, para él, “hay como dos tendencias así de gente; o sea, como aquellos que [...] tienen control y los que no [...]; tú puedes tener control y tomarte dos drogas y guay, pero... Lo peor de todo... Es la gente que dice que tiene control y que no tiene control, ¿Sabes? O sea... Eso sí que es ya, o sea, el hecatombe” (Joaquín, 24). En su testimonio relaciona a aquellos “que no tienen control” con una hecatombe, lo que lleva a pensar que vincula la falta de control con el desastre, con situaciones negativas. Esta visión negativa del descontrol también fue compartida por David, que al ser preguntado por aquello que relacionaba a un consumo excesivo de alcohol, respondió: “Pues... Descontrol, policía, y problemas, sobre todo” (David, 16). Así, tanto Joaquín como David atribuyen, a nivel discursivo, valores morales negativos al descontrol, que se perfila como “problemático”, como “lo peor”. Sin embargo, mientras que, en ese punto, David asoció el descontrol a aspectos negativos como los “problemas”, en otro momento de la entrevista mencionó el “desfase” como algo positivo, al hablar de uno de los grupos con los que salía de botellón los fines de semana. Es evidente, aquí, la ambigüedad antes mencionada en cuanto al (des)control. Delia, por su parte, también relacionó el “desfase” con valores positivos, al mencionarlo como uno de los tres elementos esenciales en cualquier salida nocturna:

E: Vale, y en cuanto a salida, por ejemplo, si yo te digo a ti: “salida nocturna”, o salida, “salir de fiesta”, dime tres palabras o cuatro, o imágenes, que se te vengan a la cabeza. Lo primero que se te viene.

R: Vale, te voy a decir las dos primeras palabras que se me han ocurrido, ¿vale? Pero la tercera no se me ocurre.

E: Bueno, dos.

R: Una es... Una ha sido “borrachos”, y la otra “desfase”. Y ahora se me ocurre “bailar”. (Delia, 23).

Hayward ha observado que, para algunas personas, el riesgo y su gestión se emplean como medios para obtener un sentimiento de control o, más concretamente, de “pérdida de control controlada” (Hayward, 2002). De esta expresión, “pérdida de control controlada”, se hacen eco numerosas investigaciones relativas al consumo de psicoactivos por parte de los jóvenes (Measham, 2002; Pilkington, 2007; Szmigin et al., 2008; Lindsay, 2009; Singer y Schensul, 2011; Pennay,

2012), para mostrar que estos consumos, por muy excesivos que parezcan, siguen unas lógicas y unas pautas determinadas que garantizan una relativa seguridad, un colchón frente a los riesgos del consumo. Durante nuestra investigación, algunos sujetos formularon sus pautas de consumo en estos mismos términos, como en el caso de Nacho, que afirmó lo siguiente: “cuando me drogo más de lo que es teóricamente razonable, lo que busco es eso, una pérdida de la conciencia controlada” (Nacho, 23). Es significativo que, en su testimonio, aparezca la noción de consumo “razonable”, racional, presente también en los discursos institucionales, lo que refleja la permeabilidad discursiva mencionada en el epígrafe anterior, esto es, el complejo universo discursivo en el que los agentes se encuentran inmersos en relación a sus prácticas de consumo.

Al margen de la “pérdida de control controlada”, se han acuñado otras expresiones para manifestar la misma idea: por ejemplo, el “uso sensato de drogas” (Parker *et al.*, 2002: 943), los “estilos seguros de consumo” (Harnett *et al.*, 2000: 71), o el “hedonismo calculado” (Measham, 2004: 319; Szmigin *et al.*, 2008: 362; Pennay, 2012: 402), expresión que ha tenido una gran repercusión en los estudios de este ámbito. Todas ellas hacen referencia a una forma de gestionar el consumo para minimizar los posibles daños, tanto físicos como sociales, es decir, a un balance entre las consecuencias positivas y negativas del uso de drogas, una forma de “saber salir” (Informe de los grupos de discusión⁵⁴: 18). Dentro de ese equilibrio entran en juego una serie de variables, cuatro según Measham: el tiempo (cuándo consumir), el espacio (dónde hacerlo), la compañía (con quién), y la intensidad (Measham, 2004: 319). Términos como “hedonismo calculado” y “descontrol controlado” permiten entender, en definitiva, cómo los jóvenes llevan a cabo prácticas de consumo de atracción administrando ese comportamiento a través del tiempo, el espacio y la situación social, de manera que los riesgos a padecer percances sean mínimos. Aunque es evidente por las investigaciones antes mencionadas que la gestión del consumo ya ha sido analizada tanto desde la sociología como, en menor medida, desde la antropología, las estrategias concretas tomadas por los jóvenes para administrar sus consumos y evitar incidentes no han sido definidas con detalle. La mayoría de estudios se limita a mencionar alguna práctica, de manera anecdótica (véase, por ejemplo, Szmigin *et al.*, 2008: 363). A lo largo de este capítulo, sin embargo, ahondaremos en mayor medida en dichas prácticas, dando cuenta de la variabilidad y de los matices que rodean a la gestión del riesgo en el consumo de atracción de alcohol y otras drogas.

El “descontrol controlado” pone en jaque uno de los mitos difundidos por las instituciones de salud pública y gubernamentales en cuanto al consumo de psicoactivos: el hecho de considerar el *consumo excesivo* de ciertas sustancias como intrínsecamente irracional e irreflexivo, alegando que puede acarrear múltiples daños. Por el contrario, la idea de “descontrol controlado” evidencia que los jóvenes, al consumir (independientemente de la intensidad con la que lo hagan), toman decisiones racionales, es decir, llevan a cabo consumos racionalizados con los que previenen los efectos dañinos de las sustancias (Plant y Plant, 1992: 113; Parker *et al.*, 2002: 948; Parker, 2003: 143; Pilkington 2007: 377; Pennay y Moore, 2010: 567). Una de las prácticas de gestión que mejor representa esta racionalidad del descontrol controlado es aquella que podríamos definir como “desfase faseado”, esto es, la administración del consumo por etapas, por “fases”, dentro de una misma salida, controlando la cantidad de sustancia ingerida en cada toma hasta alcanzar y mantener el “puntillo”. Sería el equivalente de lo que algunas autoras, procedentes del ámbito anglosajón, denominan “*stage intoxication*” (Lindsay, 2009; Pennay, 2012: 402). En la práctica del desfase faseado, los jóvenes estructuran cuidadosamente las sesiones de consumo de alcohol y otros psicoactivos, empleando ciertas sustancias solo en determinados contextos y repartiendo las dosis en el tiempo para asegurar el control de sus efectos. Así, el placer solo se consigue si la sustancia correcta se consume en el contexto adecuado, en el momento preciso (Lindsay, 2009: 376). Durante la investigación, fuimos testigos en diversas ocasiones de este desfase faseado. Ainhoa, por ejemplo, admitió que lo que ella hacía era “consumir de poquito en poquito; sobre todo cuando es una droga que estoy probando [...], si es nueva, muy poquito y veo como me reacciona el cuerpo y, entonces, ya valoro si puedo consumir un poquito más” (Ainhoa, 24). También afirmó que otra estrategia era consumir en pareja, para controlarse la una a la otra: “Sara y yo, lo que hacemos es consumir a la vez; entonces, a lo mejor, a mí me apetece y digo: ‘tú, ¿nos metemos ya la bombeta?’ y dice, ‘Espera un poco y tal, no sé qué, anda venga’” (Ainhoa, 24). Esta práctica de control y de vigilancia mutuos coincide con la idea expresada con anterioridad de que, en las prácticas de consumo, sólo se es

⁵⁴ En paralelo a esta investigación, un grupo de sociólogos llevó a cabo un proyecto de problemática similar, empleando un diseño metodológico diferente, que se basaba en los grupos de discusión con jóvenes de distintas ciudades españolas. A pesar de que ambos trabajos, el de los sociólogos y el nuestro, no se han integrado en una publicación única, sí hemos podido acceder a un informe de sus resultados, que será citado en varias ocasiones a lo largo de este capítulo.

sujeto en-relación, es decir, en constante interacción con el grupo de pares. Asimismo, Selene declaró que, para alcanzar ese control, esa estrategia de desfase faseado, tuvo que sufrir primero las consecuencias del descontrol “para ver cómo paliar los efectos y cómo evitarlo”. En sus propias palabras: “no te metas una raya cada hora, no te bebas una botella, pues eso, en dos horas, porque te va a acabar sentando muy mal” (Selene, 23). Por último, Inés, en su testimonio, hizo hincapié no solo en la periodización del consumo para lograr un descontrol controlado, sino también en la cantidad de sustancia de cada ingesta: “a lo mejor de ciertas sustancias el riesgo es mayor con menos consumo, y otras sustancias puedes consumir más sin correr ningún riesgo. Entonces tienes que saber cuánto de cada cosa” (Inés, 23).

El descontrol controlado, así como el desfase faseado y el resto estrategias puestas en práctica para alcanzarlo, muestra que los jóvenes no son meros sujetos pasivos frente a los consumos de alcohol y otras drogas. Sin embargo, debemos matizar la capacidad de agencia que rodea al control y a su gestión en dichos consumos. Un énfasis excesivo en la agencia de los sujetos durante la ingesta de psicoactivos puede dar lugar a una imagen demasiado “rígida”, esclerotizada, del sujeto consumidor. Éste no es, en última instancia, un individuo autónomo, preexistente a los consumos y capaz de gestionar la ingesta y los efectos de las sustancias con independencia del entorno que le rodea. Por el contrario, el propio sujeto se conforma (de maneras diversas y contextuales) en y a través de las propias prácticas del consumo, en interacción con otras agencias que exceden la del propio consumidor: las drogas, el alcohol, el espacio, el grupo de pares, la música... El sujeto consumidor, así como su capacidad de agencia, de gestión y de control, se encuentra por tanto inmerso en un ambiente específico, conformado por un paisaje de cuerpos, humanos y no humanos, en constante interacción (Poulsen, 2015: 13). En los siguientes epígrafes desgranaremos las prácticas de las que se sirven los jóvenes para asegurarse un descontrol controlado durante el consumo de atracción, pero sin perder de vista esta idea de que el sujeto consumidor y su capacidad de agencia no preexisten al contexto en el que se producen los consumos, sino que se constituyen en constante interrelación con las distintas agencias, humanas y no humanas, que dicho contexto ofrece.

2. Prácticas de gestión del consumo

Una vez analizado el carácter contingente y heterogéneo de los riesgos y del (des)control, es hora de examinar las estrategias que, a lo largo de nuestra investigación, pusieron en práctica los jóvenes con el objetivo de gestionar sus riesgos subjetivados para alcanzar y mantener en el tiempo un estado de descontrol controlado.

En su texto, *The body in consumer culture*, el sociólogo Mike Featherstone realiza una interesante distinción entre los dos planos en los que, en su opinión, se divide la gestión del cuerpo en la “cultura de consumo”. Por un lado, estaría el “cuerpo interior” (*inner body*), relacionado con la salud y el funcionamiento óptimo del organismo a nivel estrictamente fisiológico. En su gestión entrarían las prácticas relacionadas con el mantenimiento y la recuperación del cuerpo frente a enfermedades, abusos y deterioros. Por otra parte, encontraríamos el “cuerpo exterior” (*outer body*), que haría referencia a la apariencia, así como al movimiento y al control del cuerpo dentro del espacio social (Featherstone, 1991: 171). La gestión del cuerpo interior iría, por tanto, destinada a prevenir o paliar los riesgos asociados a la salud y a la integridad física. La del cuerpo exterior, por su parte, se dedicaría a evitar los riesgos de índole social, es decir, el riesgo a dejar de permanecer normalizado y a ser excluido del grupo (Szmigin et al., 2008: 362), pues los costes del consumo de atracción no afectan únicamente a la salud, sino también a la “credibilidad cultural” de cada individuo, esencial a la hora de (auto)adscribirse a un grupo de pares (Measham, 2004: 319).

Ambas esferas, cuerpo interior y cuerpo exterior, no son opuestos irreconciliables. Por el contrario, existe entre ellas una porosidad, un cierto grado de permeabilidad que conduce a que determinadas prácticas, como los episodios de vómito, tengan repercusiones negativas tanto en un ámbito como en el otro. Por ello, aunque a continuación nos sirvamos de esta distinción para ordenar las prácticas de gestión frente a los riesgos del consumo que desempeñan los jóvenes, cuerpo interior y cuerpo exterior deben entenderse como una especie de cinta de Moebius, en la que cara interna y cara externa se encuentran inevitablemente interrelacionadas. Asimismo, analizaremos aquellas prácticas de gestión destinadas a alcanzar y mantener un punto de descontrol controlado a lo largo de toda la salida.

2.1. Prácticas de gestión relacionadas con el “cuerpo interior”

Como acabamos de señalar, la gestión de los riesgos en el consumo de atracción está relacionada con el mantenimiento de la salud y de la integridad física. A lo largo de esta investigación, pudimos presenciar distintas situaciones en las que este tipo

de gestión no fue exitosa, viéndose comprometida la integridad física de los jóvenes mediante caídas, desmayos, episodios de vómito y “amarillos”⁵⁷ o “jaris”⁵⁸. El riesgo a sufrir estos percances es frecuente en otros contextos, tal y como demuestran los estudios de Harnett *et al.*, (2000: 72) y Lindsay (2009: 375) para los casos de jóvenes británicos y australianos, respectivamente. Solo de forma indirecta, a través de los testimonios de los propios jóvenes, supimos de episodios de comas etílicos y sobredosis, lo que nos lleva a pensar que éstos son los daños menos frecuentes de todos los anteriormente mencionados.

Ya hemos comentado que una de las estrategias para administrar el consumo excesivo de alcohol y otras drogas y evitar estos percances es el desfase faseado, es decir, la ingesta pautada de dosis controladas (en mayor o menor medida), repartidas a lo largo de la salida. Otra estrategia observada es el control del origen de la sustancia. Para algunos jóvenes, en determinados contextos el consumo de psicoactivos de origen desconocido no entraña ni un sólo riesgo. Por ejemplo, en una de las salidas a una rave pudimos observar cómo Nacho (27) y Roberto (25), una vez se les acabó el alcohol que estaban bebiendo, fueron a dar una vuelta en busca de “alcohol para reciclar”. El “reciclaje”, en este ámbito, consiste en recolectar los restos de alcohol que quedan en las botellas desechadas por la gente. Sin embargo, otros sujetos preferían saber, en todo momento, la procedencia de las sustancias que consumían, para evitar percances. Una estrategia para lograrlo era “pillar” (esto es, adquirir) las sustancias a un “camello” de confianza. Inés, al hablar de la persona a la que pillaba las sustancias, reconoció que “[s]iempre es mejor que sea alguien conocido y que tengas confianza, a que sea alguien que conoces en una discoteca” (Inés, 23).

Los riesgos de adquirir sustancias desconocidas no solo están relacionados con percances para la salud; otra consecuencia negativa puede ser “que te timen”, es decir, adquirir una sustancia de baja calidad que no reporte los efectos esperados. Por ejemplo, en la rave que acabo de mencionar, llegado un punto de la noche Nacho (27) y Selene (23) se separaron del grupo por un momento y, al volver, dijeron que habían ido a dar una “rueda de reconocimiento”. Cuando les pregunté que a qué se referían con eso, me dijeron que consiste en merodear por la rave intentando “fichar” a la gente que “pasa” droga, para poder pillar. También se refirieron a esa “rueda de reconocimiento” como “la speedy-vuelta” (de speed). Terminaron comprando un gramo de speed, que consumieron a lo largo del resto de la salida. Cuando volvíamos a casa, comentaron que el speed que les habían pasado era muy malo, que ni siquiera “mandibuleaban”⁵⁹.

En otras ocasiones, los psicoactivos de origen desconocido se consumen sin que la persona que los ingiere lo sepa. Por ejemplo, en una ocasión Adela nos contó que, durante una salida, acabó en el hospital porque “le metieron algo en la copa y se puso muy mal” (Adela, 21). Para evitar que volviera a ocurrir, desde ese momento Adela siempre vigila su copa, siempre controla donde está su vaso y, si tiene que ir al baño, se lo deja a una amiga.

Por otra parte, para evitar el “jari” o el “bajón” tras el consumo de atracón, una estrategia es comer y beber bien antes de ingerir las sustancias. Lo contrario, consumir con el estómago vacío, se percibe como un riesgo. Por ejemplo, para Paula:

Mucha gente con la anfetamina no se da cuenta de que, como que te acelera el cuerpo, y pasa el tiempo muy rápido, y no te das cuenta de que han pasado a lo mejor catorce horas, y no has bebido nada, no has comido, no has ido a hacer pis, porque estás aquí a tu rollo, y se te pasa el tiempo volando y no te enteras de que no has comido en mazo de tiempo [...] [y] luego a lo mejor te encuentras mal y dices “bua, tío, me ha sentado fatal”, y en realidad lo que te hace falta es comer, porque llevas a lo mejor veinte horas sin comer. (Paula, 19).

Con el objetivo de evitar este malestar, algunos jóvenes, como Juan, comen algo antes de salir: “antes no lo hacía; ya ceno siempre porque si no me pillo unas toñas muy serias” (Juan, 27), o recomiendan a sus amigos que lo hagan, como Mateo: “mañana cenad bien e id bien bebidos de agua” (Extracto del Diario de Campo, O.20).

Otros jóvenes optan por llevar comida durante la salida, con el fin de paliar los efectos negativos del consumo de atracón, incluso cuando éstos ya se han manifestado. En una ocasión vimos cómo dos chicas llevaban a una rave una lata grande de

⁵⁷ Bajada de tensión que puede ocurrir a veces al consumir cannabis. Se llama así por la palidez que adquiere el rostro cuando se padece. También se denomina pálida o blancón.

⁵⁸ Otra expresión utilizada por los jóvenes para referirse a la bajada de tensión como consecuencia del consumo excesivo de cannabis.

⁵⁹ Por “mandibular” se entiende la acción de presionar y mover las mandíbulas de forma rítmica, como resultado del consumo de speed.

piña en almíbar y una barra de pechuga de pavo. En otra salida, observamos cómo, tras el consumo de porros, varios jóvenes de 16 años acudieron a un Burger King para saciar el “monchis”, es decir, el hambre que entra “por estar fumados”. Asimismo, Selene admitió que, sobre todo en verano, siempre lleva encima algo de agua y azúcar, “por si acaso” (Selene, 23). La ingesta de alimentos para evitar o paliar los percances físicos del consumo de psicoactivos se relaciona con lo que Martínez Oró denomina “consumos instrumentales” (Martínez Oró, 2015: 151). Con ello, el antropólogo se refiere a la ingesta estratégica de ciertas sustancias (agua, alimentos, fármacos e incluso otros psicoactivos) para lidiar con los efectos del uso de psicoactivos.

Al margen de los alimentos, el agua también se empleó en varias situaciones para regular el estado de algunos usuarios. Por ejemplo, en una salida a una macrodiscoteca nos llamó la atención la cantidad de botellas de agua que llevaba la gente a nuestro alrededor, tanto para evitar la deshidratación como para ayudar a ingerir los propios psicoactivos, en forma de pastillas. En otra ocasión, Bruno afirmó que “el alcohol deshidrata, entonces tienes que hidratar el cuerpo de alguna manera [...], es igual que con las anfetaminas, tienes que consumir líquidos, porque te está elevando la temperatura corporal, el ritmo cardíaco y claro, gastas mucho más líquido” (Bruno, 28). En cuanto a los fármacos consumidos de forma instrumental, Svetlana (23) mencionó que algunos de sus amigos, cuando salen de “desfase”, utilizan pastillas de vitamina B12 (la misma que suministran, por ejemplo, los ATS en situaciones de coma etílico) para recuperarse del “colocón”. Por último, uno de los casos más paradójicos de estos consumos instrumentales quizá sea el de la ingesta de drogas para gestionar los efectos de otras sustancias psicoactivas, tal y como observamos en la salida a una macrodiscoteca que acabamos de mencionar. En un momento dado de la noche, Selene (23) y su pareja, Juanjo (29), salieron al parking de la discoteca para intentar bajar el “subidón” que sentían tras consumir unas pastillas de éxtasis. En el coche de Juanjo, ambos fumaron un porro para relajarse; sin embargo, la marihuana provocó en Selene un “bajón”, una “crisis”, que le hizo “ser conscientes de cómo iba”. Para salir de esa crisis, Selene continuó con la alquimia de sustancias psicoactivas que estaba poniendo en práctica, esnifando una raya de speed para reactivarse antes de volver a entrar en la discoteca. En otra ocasión, Ágata (24) relató que, cuando tiene ganas de consumir speed, se prepara un “bifase”, que consiste en “pintar” dos rayas, una de esta sustancia y otra, al lado, de ketamina, y esnifarlas a la vez, empleando para ello dos “turulos” (uno en cada orificio nasal). El objetivo es, en sus palabras, compensar el “subidón” producido por el speed y la “bajona” asociada a la ketamina. A veces, añadió, no prepara dos rayas paralelas, sino una sola en forma de “ele”, “pintando” el primer segmento de speed y la otra línea de ketamina, para esnifarlas de corrido. Comentó, igualmente, que algunos amigos suyos consumen “trifases”, esto es, tres rayas a la vez mediante dos turulos en un orificio nasal y uno en el otro.

La gestión del cuerpo interior también se manifestó en dos ámbitos relacionados con las vías fisiológicas por las que se ingieren ciertos psicoactivos. Por un lado, existía cierta preocupación por la transmisión de enfermedades ligada al hecho de compartir turulo al esnifar cocaína o speed. Nacho (27) comentó, en una ocasión, que “suelen decir que no compartas turulo con otra gente, que es una de las principales vías de transmisión de hepatitis C”, por lo que él nunca lo hacía, o al menos no solía, aunque con amigos íntimos, como Selene (23), sí, porque la conocía y sabía que no le iba a “pasar” (en el sentido de transmitir) nada. El riesgo sobre la salud de esnifar no solo reside en la transmisión de enfermedades a través del turulo. La propia sustancia puede afectar a las fosas nasales, por lo que, por ejemplo, una vez Selene, mientras asistía a un amigo que probaba la cocaína por primera vez y que se sentía inseguro, le recomendó lo siguiente: “cuando llegues a casa suénate bien la nariz y lávate un poquito” (Selene, 23). El consumo de ciertas sustancias por vía oral también puede entrañar ciertos riesgos para el organismo: Delia nos habló de los problemas dentales que había tenido una amiga suya por culpa del “eme” (MDMA), ya que se trata de una sustancia muy ácida que, al contacto con el esmalte dental, lo erosiona y favorece la aparición de caries:

E: ¿Has vivido otras situaciones de riesgo, ligadas a eso, al consumo en exceso, o a “pasarse”?
[...]

R: A una amiga se le han caído los dientes.

E: Anda, ¿y eso?

R: Porque el “eme” es muy ácido, y, o sea, no se le han caído todos los dientes, se le han caído, o sea, partido, se le han partido por el hecho de tomar eme, y, que se los jode.

E: ¿Y ha hecho que ella dejase de consumir? El hecho de caérsele los dientes.

R: No... Es verdad que ya no consume tanto “eme”. Lo ha hecho, pero creo que solamente pilló una vez desde entonces, desde que se le partió el diente y se le cayó. (Delia, 23).

Desde entonces, y como medida de prevención, Delia evita, dentro de lo posible, que al consumir MDMA la sustancia toque sus dientes.

Otro riesgo sobre la integridad física ligado al consumo de drogas y alcohol es la posibilidad de sufrir accidentes de tráfico. Para Paula, este tipo de incidentes:

Es lo que más miedo me da. Me da muchísimo miedo porque yo entiendo que hay gente que a lo mejor lleva muchísimo tiempo conduciendo y se puede tomar un par de copas y sabe que puede conducir perfectamente hasta su destino. A lo mejor un viaje largo no, pero puedes coger el coche. Pero hay gente que se piensa que puede coger el coche y no. De hecho, yo, vamos, viví un accidente de tráfico, que no fue muy grave, pero iba al volante un tío que [...] sí que iba desfasado. Y claro, nosotros tampoco podíamos decir nada porque no lo conocíamos mucho, era su coche y tal y nos iba a hacer el favor de acercarnos a otro sitio. (Paula, 19).

Para prevenir los accidentes al volante tras el consumo de drogas y alcohol, una de las estrategias más extendidas entre los jóvenes consiste en hacer uso del transporte público: metro, autobuses nocturnos, taxis... Incluso cuando ello implica esperar largo tiempo a que el transporte esté disponible, como afirmó Joaquín en una ocasión: "O sea, yo hay raves que me he ido a las seis de la mañana; que estaba diciendo: quiero que abra el metro" (Joaquín, 24). En ocasiones, el riesgo a sufrir un accidente de tráfico se solapa con otros, como el de recibir una multa por parte de la policía. En una salida, Juanjo (29) decidió llevar su propio vehículo porque la fiesta tenía lugar en una macrodiscoteca a las afueras de Madrid, a la que era complicado (si bien no imposible) acceder en transporte público. Antes de entrar al local, dejó el coche estacionado en el parking de la propia macrodiscoteca. Pasadas unas horas, cuando cerró el establecimiento, Juanjo volvió al parking acompañado por su pareja con la idea de dormir un rato antes de poner rumbo a casa, pero el personal de seguridad le comunicó que debía abandonar el recinto, que el parking tenía que quedar vacío. En lugar de conducir hasta casa, decidió mover el coche a un polígono industrial cercano y dormir dentro de él por unas horas, hasta que se encontrara descansado y se le hubiera pasado el efecto de las sustancias que había consumido. Al día siguiente, me confesó que todo eso lo había hecho para evitar una multa, ya que, a la salida del polígono industrial, suele haber un control policial para prevenir que los jóvenes abandonen el recinto al volante bajo el efecto del alcohol y las drogas.

Por último, existe un tipo de riesgo sobre la integridad física que afecta, en la inmensa mayoría de casos, únicamente a mujeres: el riesgo al acoso sexual durante las salidas. En varias ocasiones a lo largo de esta investigación pudimos presenciar situaciones de acoso sexual, así como también las escuchamos, durante las entrevistas, de boca de personas que las habían sufrido en otros momentos. Ya aludimos a un caso de abuso sexual relacionado con el consumo de alcohol en la introducción de este capítulo. Ainhoa, por su parte, declaró lo siguiente: "bueno... A mí me ha tocado directamente, ¿Sabes? Yo iba ciega y ni me daba cuenta, pero me lo contó Joaquín, que... De eso... De yo estar bailando y de estar invadiéndome mazo, mazo, mazo y tocándome y rozándome [...] como te ven bailar [...] dicen: [...] vía abierta, ahí y hala" (Ainhoa, 24). Frente a estas situaciones, observamos tres estrategias puestas en práctica por las jóvenes para evitar ser acosadas: la primera, señalada con anterioridad, sería vigilar sus copas y controlar el origen de las sustancias que consumen durante la salida para no ser drogadas contra su voluntad. En segundo lugar, algunas jóvenes optaban por marcharse del espacio en el que estaban siendo acosadas, para evitar el contacto con el acosador: Laura asegura que, aunque ella corta rápidamente ese tipo de situaciones, "a veces es incómodo", porque estás "con tus amigas bailando y vienen unos pesados y nos tenemos que mover a otro lado" (Laura, 23). Tercero, fingir que uno de los amigos que te acompañan es tu pareja, como en el caso de Carla (22), que cuando detectó que un chico con cara de estar bastante drogado se acercó a ella y empezó a tocarle por la espalda y la cintura, le quitó la mano, y entonces su amiga Eva (22), que había visto lo que sucedía, la agarró y empezó a besarla. El chico lo vio y se sorprendió, mostrando gestos de disgusto, aunque terminó por irse. Carla espetó: "[m]e jode que la peña se crea que tiene derecho a tocarte [...], [m]e he tenido que liar con mi amiga para que me deje en paz" (Carla, 22). El acoso nos recuerda, así, que los consumos son situados, es decir, que los distintos ejes de diferenciación sociales, como el género, son relevantes a la hora de establecer los modos mediante los que se consume, lo que da lugar a distintas experiencias.

2.2. Prácticas de gestión ligadas al "cuerpo exterior"

La pertenencia a un grupo de pares, que asegura un clima de seguridad y confianza en cuanto al consumo de alcohol y otras drogas, es un aspecto fundamental para los jóvenes, como vimos anteriormente. Inés evidenció este hecho al afirmar que, "para evitar rayadas mentales", es necesario estar "en un buen ambiente, y con gente con la que estás a gusto" (Inés, 23). Así pues, permanecer normalizado dentro de ese grupo es esencial, ya que lo contrario implicaría la exclusión grupal, un riesgo a menudo más costoso que el de los propios consumos. Ese "mantenerse normalizado" implica cumplir con los estándares de consumo y con una determinada estilización del cuerpo compartida por el grupo de pares (Martínez Oró, 2015: 160-162).

Es cierto que, frente al control y a la regulación corporal a la que se someten los jóvenes durante su cotidianeidad (por ejemplo, en el instituto, en la universidad o en el trabajo), las salidas de los fines de semana y el consumo de alcohol y otras drogas permiten un cierto grado de desinhibición corporal. Sin embargo, esta desinhibición tiene sus límites dentro de la noción de “normalidad” sostenida por cada grupo; traspasarlos puede dar lugar a ser considerado un “cuerpo grotesco”, con los perjuicios sociales que ello conlleva (Pennay 2012: 401). Por ejemplo, en una rave Nacho (27) me pidió, en tono jocoso, que mirase “al tío que tenía detrás” y que tomara nota en mi libreta: se refería a un chico que estaba bailando a su aire, de manera exagerada, “ridícula”, y que, debido a ese ridículo, al menos para Nacho era digno de mención en relación al efecto del exceso en el consumo de sustancias psicoactivas. Por tanto, y para evitar riesgos sociales, la apariencia del cuerpo exterior debe permanecer regulada entre los límites de “normalidad” sostenidos por el grupo de pares. Es por ello que algunos jóvenes evitan el uso de sustancias que repercuten visiblemente en los gestos del cuerpo (Pennay 2012: 402-403), como en el caso del “mandibuleo” antes mencionado, consecuencia del consumo de speed.

Uno de los casos en los que se traspasa el límite de “normalidad” corporal es en los episodios de vómito, mal vistos por la mayoría de jóvenes, pues reflejan una ausencia de control, un “no saber salir” (Informe de los grupos de discusión: 18). De hecho, existe la figura estereotipada del “paposo”, es decir, aquella persona que, siempre que sale, termina vomitando como consecuencia del consumo de atracón. Es el caso de Carla (22), cuyas amigas le recriminaron, en una de las salidas, que siempre que iban de fiesta, “potaba”. Como apuntamos en el epígrafe anterior, estos episodios de vómito también implican riesgos para la integridad física; su gestión está a caballo entre el cuerpo interior y el exterior. Sucede lo mismo con el esnifado de speed y cocaína, de cuyos riesgos fisiológicos ya hemos hablado, pero que posee también riesgos en una dimensión social. La práctica de inhalar sustancias por los orificios nasales con la ayuda de un turulo resulta “agresiva” y socialmente menos aceptada para gran parte de los jóvenes. A Joaquín, por ejemplo, le resultaba “mucho más duro el esnifar una droga que el chuparla” (Joaquín, 24).

Frente a este rechazo social, los jóvenes desarrollan varias estrategias para ocultar o disimular la inhalación de speed y cocaína. Una primera práctica consiste en consumir estas sustancias en espacios privados para no ser vistos: por ejemplo, en una salida a una discoteca, Selene (23) y Pedro (23) me avisaron, llegado un punto de la noche, de que iban a ir al baño a meterse unos “tiros” de cocaína, por si quería acompañarles. Al llegar al baño, vimos que había mucha gente dentro, charlando y arreglándose frente a los espejos, por lo que nos encerramos, los tres, en un pequeño cubículo y allí, en torno al retrete, ambos prepararon sus rayas y las esnifaron. En otra salida, Alba (27) y Claudia (26) se fueron al baño con el mismo propósito, pero se toparon dentro con uno de los vigilantes de seguridad de la discoteca. Tuvieron que entrar, por separado, a los cubículos en los que se encontraban los retretes para poder esnifar la cocaína sin ser vistas por el personal de seguridad.

Tras la inhalación, en público o en privado, de la cocaína y el speed, otra estrategia para permanecer normalizados y no ser sancionados a nivel social es disimular el propio consumo, hacer que no se note. Por ejemplo, sonándose la nariz con un pañuelo de papel después de esnifar. Una vez, en una rave, Selene (23) y Nacho (27) me dejaron acompañarles a un parking, alejado de la zona de baile, para observar cómo se metían dos tiros de speed. Al acabar, cuando volvíamos con el resto del grupo, Selene me preguntó: “¿me he manchado la nariz?”. Me llamó la atención esa preocupación estética, sobre todo porque Nacho, que también había consumido, no se inquietó lo más mínimo al respecto. Aunque se trate de un caso aislado, la preocupación de Selene podría ser un reflejo de la mayor presión que experimentan las mujeres a la hora de mantenerse normalizadas en relación a los consumos de psicoactivos (Romo Avilés 2001). Esta diferencia de género se vuelve más evidente si tenemos en cuenta otros ejemplos: en otra ocasión, cuando le preguntamos a uno de los chicos que participaba en una fiesta si había consumido speed, nos respondió que no. Sin embargo, tenía todo el orificio nasal derecho y sus alrededores manchados de blanco. Al decirle que tenía la nariz sucia, que se limpiara, el joven se rió y no comentó nada al respecto. En otra salida, a Silvia, tras haber consumido MDMA, le preguntaron que si “estaba contenta”, y ella respondió: “por ahora guardo la dignidad”, dando a entender que, de momento, no había hecho el ridículo, cosa que parecía preocuparle. Otra estrategia para disimular el consumo, en este caso de marihuana y hachís, consiste en emplear colirio para aliviar la rojez de ojos producida al fumar estas sustancias. Según Cecilia, es necesario controlar la cantidad de gotas aplicadas, ya que en exceso “puede ser peor el remedio que la enfermedad”, pues al principio “se te ponen los ojos inyectados en sangre, luego se te van relajando. Si te pasas es abrasivo, tienes que saber usarlo” (Cecilia, 24). Todos los ejemplos antes mencionados parecen confirmar que, en efecto, la presión para mantenerse normalizadas es mayor, o al menos se manifiesta en mayor medida, en mujeres que en hombres.

2.3. La gestión del punto de (des)control

“Se piensan que por consumir va a ser más fiestón. Y yo he estado en sitios drogadísima y me estaba aburriendo como la mierda, me quería ir a casa. No tiene nada que ver. Y se piensan que cuanto más te drogues mejor te lo vas a pasar. A lo mejor te lo pasas peor. A lo mejor cuanto más te drogues peor te lo vas a pasar. Hay que tener un punto entre medias.” (Paula, 19)

El testimonio de Paula nos recuerda que el placer solo se consigue si la sustancia correcta es consumida en el contexto adecuado y en el momento preciso. “Pasarse de la raya”, siguiendo el juego de palabras que Martínez Oró emplea en el título de su libro, puede ser tan poco deseable como no alcanzarla. Para algunos, el control es “poder emborracharse sin que ello merme las posibilidades de seguir pudiendo alargar la noche, de posibilitar mayores dosis de diversión” (Informe de los grupos de discusión: 15). En este contexto, el “puntillo”, o punto de descontrol controlado, sería aquel estado en el que ese equilibrio entre borrachera o colocón y la capacidad de seguir disfrutando se alcanza y se mantiene. Es fruto, por tanto, de un consumo que camina por el filo de los límites marcados por el riesgo, unos límites imprecisos que dibujan una frontera difusa en la que los beneficios y los costes del consumo de atracón son permanentemente negociados (Informe de los grupos de discusión: 23). Como vimos anteriormente, esa frontera entre “tener el control” y “estar fuera de control” no divide dos polos irreconciliables de un binomio rígido; por el contrario, entre ellos se establece una suerte de gradiente, que da lugar a posturas intermedias (“ir un poco mal”, “estar algo descontrolado”...).

Ya hemos mencionado algunas de las estrategias que los jóvenes ponen en práctica para mantener un estado de descontrol controlado. La primera de ellas, la más evidente, sería la del desfase faseado, por etapas, que puede implicar un consumo rápido y cuantioso al principio, hasta alcanzar el “puntillo”, para luego estabilizarse durante el resto de la salida: una noche Álex, cuando se le preguntó si iba a pedir algo más de beber, dijo que él ya llevaba “cuatro chupitos con tabasco, dos de jagger [...] y no sé qué más pero voy a seguir; la cosa es beber rápido para que te suba más” (Extracto del Diario de Campo, O.4). En general, la práctica exitosa del desfase faseado se aprende mediante el ensayo-error, como en el caso de Selene: “Hombre, lo he tenido que pasar [mal] para ver cómo paliar los efectos y cómo evitarlo. En plan, pues eso, no te metas una raya cada hora, no te bebas una botella, pues eso, en dos horas, porque te va a acabar sentando muy mal, y no mezclar drogas” (Selene, 23). El aprendizaje del descontrol controlado, por tanto, pasa por tantear los límites del riesgo, a menudo difusos y porosos; de dicho tanteo se desprenden experiencias, tanto positivas como negativas, que dan lugar a una serie de saberes situados que muestran cómo mantener, de manera exitosa, un punto de descontrol controlado.

De esto último, así como del testimonio de Selene, se desprende que el exceso, lejos de configurar una experiencia inherentemente negativa en los consumos, es necesario a la hora de apre(he)nderlos, pues permite explorar y definir los difusos límites del riesgo e incorporarlos. El aprendizaje de los consumos es, por tanto, un aprendizaje práctico, incorporado, y no una información o conjunto de saberes que se recibe y se procesa a nivel teórico o meramente cognitivo. Los riesgos subjetivados se producen, entonces, no sólo en torno a la información recibida (aunque también), sino a través de las experiencias vividas. Esta relación entre aprendizaje y conocimiento fue destacada por Paula, para quien:

El riesgo es consumir sin conocimiento. Ahí es donde está el riesgo, porque yo creo que si te has tomado la libertad de decidir que puedes tomar drogas es porque tú te conoces y tú sabes que puedes tomar drogas. [...] si no lo has comido nunca, esa droga a lo mejor, pues tío, no sabes lo que te va a pasar. Tampoco te comas aquí ocho pastillas de estas que no sabes ni cuáles son porque es que a lo mejor tu cuerpo no las tolera. Que no todo el mundo tolera los mismos tipos de droga tampoco. (Paula, 19).

Es importante, por tanto, experimentar para conocer la sustancia y para conocer los límites de uno mismo, pues, como también dijo Rafael (19), “cada cuerpo es un mundo”. El mismo Rafael aludió a ese aprendizaje práctico de los consumos cuando afirmó que él, en el momento en el que ya se siente borracho, no entiende para qué seguir bebiendo: “Si ya he llegado al tope, no hay que pasarse de la raya. Y veo... Estoy feliz, estoy happy, me da igual todo... Pues ya está; ya sé que ya he bebido lo suficiente”. Esta estrategia de detener el consumo en el momento en el que se ha alcanzado el punto óptimo de descontrol controlado es común a muchos de los jóvenes. Conviene matizar que ese punto óptimo no siempre es el mismo: varía, tanto de unos sujetos a otros como dependiendo del tipo de salida, pues no es lo mismo salir “de tranquis” que ir

de rave o de “desfase”⁶⁰. Por citar un ejemplo más, Jorge expresó que él se controlaba mucho: “yo sé llegar hasta el punto perfecto para estar pasándomelo bien. Pero muchos amigos míos no tienen ese filtro y acaban potando ¿sabes?” (Jorge, 17). De su testimonio se infiere que, para él, el mejor ejemplo de haber “cruzado la raya”, es decir, de haber perdido el control, es terminar vomitando, idea compartida por más jóvenes, como vimos en el epígrafe anterior. Para otros, sin embargo, ese límite no se ciñe a vomitar, sino que implica llegar a perder la consciencia: de nuevo Rafael (19), al recordar una salida, afirmó lo siguiente: “he consumido mucho alcohol, me he excedido, he vomitado porque mi cuerpo me lo pedía, pero yo he sido racional y sabía cuándo me hablaban, dónde estaba... Aunque estuviera borracho pero hablaba, respondía [...]. Estaba consciente pero borracho”. Para él, el vómito no es sinónimo de descontrol, sino que es perfectamente compatible con un consumo “racional”; solo se pierde el control cuando uno no es capaz de hablar, de responder y, en último término, cuando se pierde la consciencia.

Otra práctica de las ya aludidas para mantener el “puntillo” es la de los consumos instrumentales. Como vimos, consiste en tomar agua, alimentos, fármacos u otros psicoactivos para manejar los efectos del consumo de atracón, ya sea para bajar el “subidón”, para recuperarse del “bajón” o “bajona”, o bien para mantener un estado deseado. Sin embargo, no siempre es necesario ingerir algún elemento para potenciar o paliar los efectos de los psicoactivos: a veces basta con “salir a tomar el aire” o con “dar una vuelta”. Por ejemplo, en una de nuestras salidas a una macrodiscoteca, fuimos testigos de cómo un puerta⁶¹ impedía el paso de tres jóvenes al local porque uno de ellos iba “muy drogado”, ni siquiera podía hablar. El puerta le dijo a sus amigos que esperaran un poco, que se lo llevaran a dar una vuelta, a ver si se le pasaba, porque así no podían entrar. Antes de que se marcharan, se giró hacia el muchacho afectado y le dijo: “ve a que se te pase el globo” (Extracto del Diario de Campo, O.14). Esta situación causó gran frustración entre los amigos del afectado, que fue llevado a una esquina, donde había otros amigos esperándoles. Uno de ellos le dio un abrazo, le miró a los ojos y le dijo: “nuestro impedimento para entrar eres tú. Si no entramos es por ti. Tienes que ponerte serio”. El chico, ante la desesperación de sus amigos, no reaccionaba. Tanto esta reprimenda como la frustración de parte del grupo de pares como consecuencia de que uno de ellos no pudiese mantenerse normalizado, refleja el carácter moral y la carga afectiva que rodea al descontrol “no controlado”.

En paralelo a los conocimientos y estrategias puestas en práctica por los jóvenes para manejar el punto de descontrol controlado, en algunas salidas están presentes instituciones que proporcionan servicios e información para garantizar ese (des)control en los consumos. Es el caso de Energy Control, una asociación que se define, en sus propias palabras, como “un colectivo de personas que, consumidoras o no, se sienten preocupadas por el uso de drogas que se da en los espacios de fiesta y en la sociedad” (Extracto del Diario de Campo, O.10). A lo largo de este estudio, varios sujetos afirmaron conocer esta asociación y alabaron su trabajo, como en el caso de Paula (19), Ainhoa (24) y Joaquín (24); además, en una salida a una fiesta universitaria tuve la oportunidad de encontrar una de sus carpas. Sobre dicho encuentro, escribí lo siguiente en mi diario de campo:

Me distancio de este lugar y, volviendo hacia las facultades, veo que en otro punto de la explanada se concentran más carpas. Una de ellas me llama la atención: sobre ella se lee “Energy Control” [...]. En su interior hay tres personas jóvenes que deben haber llegado hace poco, pues están afanadas en colocar varios folletos sobre un mostrador. [...] Hablo con una de ellas, de 23 años, que me explica que son voluntarias de una organización no lucrativa [...] cuyo objetivo es ofrecer apoyo e información en relación al consumo de psicoactivos en fiestas universitarias y festivales musicales. “En verano”, dice, “tenemos mucho más trabajo”. Cuando le explico lo que estoy haciendo y de qué va el proyecto, me dice que, para ella, la idea de exceso es “la del típico adolescente ‘pasado’, pero esos no suelen acudir a nosotros; los que lo hacen son gente que ya está medio concienciada sobre la importancia de consumir con cierto control”. Me dice que hable con su compañera, que tiene más experiencia en la organización. Ésta es algo mayor, aunque no mucho, y durante la conversación me dice [...] que no son sanitarios, que simplemente dan apoyo, hacen [test de] alcoholemia, análisis de sustancias y test de drogas. Termina diciendo que su objetivo no es abolir el consumo, simplemente: “si consumes, que sea con cabeza”, y me da una tarjeta para quedarme con su contacto, así como me invita a pasarme por el local de la organización para charlar sobre el tema. (Extracto del Diario de Campo, O.10).

⁶⁰ Para un análisis más detallado sobre los distintos tipos de consumo en función de los espacios y tiempos de las salidas, véase el capítulo 4.

⁶¹ Se denomina “puertas” a los porteros que se encuentran a la entrada de discotecas y locales de fiesta, encargados de controlar el acceso al establecimiento. A veces, por extensión, también se utiliza este término para nombrar al resto de personal de seguridad de estos establecimientos.

La labor de esta asociación es, pues, la de acompañar a los jóvenes en sus consumos, aportándoles herramientas e información que garanticen su seguridad. Parte de su éxito, de la confianza que los jóvenes depositan en ella, reside en el hecho de que no sostienen un discurso prohibicionista en cuanto a las drogas y el alcohol. Como se aprecia en la cita del diario de campo, se declaran como consumidoras, esto es, hablan desde la experiencia, algo valorado entre jóvenes como Paula que, como mencionamos en la introducción de este capítulo, consideran que la información difundida por las instituciones gubernamentales es “una basura”, en parte porque consiste simplemente en conocimientos teóricos, no experimentales. En palabras de Joaquín: “Mira, por ejemplo, los de Energy Control estos... O sea, a mí me parece que... Brillante” (Joaquín, 24). No obstante, tanto las estrategias de los propios jóvenes como las difundidas desde asociaciones como Energy Control no siempre se ponen en práctica, al menos no de forma exitosa, lo que en ocasiones conduce a un episodio de descontrol en el que se manifiestan los efectos negativos del consumo de psicoactivos: los vómitos, las caídas, los momentos de crisis en los que el cuerpo no responde, los “amarillos”, los desmayos... Sin embargo, aun cuando las prácticas para permanecer normalizado y mantener un punto de descontrol controlado fallan, existe una última estrategia para paliar los efectos negativos del atracón: los cuidados entre pares.

3. Los cuidados entre pares como estrategia de (auto)control

En aquellos casos excepcionales en los que las estrategias de gestión del punto de descontrol controlado fallan o no llegan a ponerse en práctica, existe un último “colchón” que permite mantener la seguridad y atenuar las consecuencias negativas del consumo de atracón: los cuidados dentro del grupo de pares. Esta gestión no se desarrolla a nivel individual (como algunas de las mencionadas anteriormente), sino que se lleva a cabo en un ámbito grupal, de confianza e interdependencia. Por ejemplo, Juan afirmó que el control del riesgo en el consumo de atracón “tiene un factor súper importante, también: tus colegas y el punto en el que estén tus colegas; y si tus colegas están en el mismo punto, que tú te sepas salir, que los sepas sacar” (Juan, 27). Esto es, para garantizar la seguridad frente a un consumo de atracón, es necesario tener amigos que te sepan “sacar” de situaciones problemáticas derivadas de ese consumo, así como estar dispuesto a “sacarlos” de ellas. De hecho, la práctica de asistir a un amigo en un episodio de descontrol es tan habitual que a veces se da por sentada; lo contrario, no ayudar a un amigo, es considerado como una mala acción, lo que pone de manifiesto, de nuevo, la fuerte carga moral atribuida por los propios jóvenes al (des)control y a la gestión de los riesgos del consumo. Por ejemplo, Adela (21) se indignó al escuchar la historia de Aitor (23) sobre el día en que le dio un coma etílico: “¿Con qué clase de gente estabas, que te permitieron llegar a ese estado?”. Para ella era inaceptable que las personas que estaban con él no evitaran que le pasara eso y no le cuidaran: “Obviamente le tenían que haber cuidado” (Adela, 21).

En ocasiones, cuidar a alguien consiste simplemente en acompañarle hasta que se recupere del episodio negativo, proporcionándole lo que necesite. Para Inés, cuidar a alguien es “estar con él, y decirle que no se preocupe, que se le pasa [...]. Si necesita agua le das agua, si necesita comer algo le das de comer algo, y ya está. No se puede hacer mucho más” (Inés, 23). En los casos de intoxicación etílica, una de las acciones más comunes para lograr que la persona afectada mejore es ayudarlo a vomitar, llegando incluso a meterle los dedos hasta la garganta para provocar la arcada. Otras formas de asistirle es sujetarle el pelo (en caso de que lo tenga largo), o proporcionarle distintos elementos que pueda necesitar. Por ejemplo, en una salida Delia (23), tras mezclar alcohol y MDMA, comenzó a vomitar entre dos coches. Selene (23) y yo la socorrimos: mientras yo le ofrecía pañuelos de papel para que se limpiara, ella le sujetaba el pelo y le pasaba un hielo por la nuca para que se le pasara el malestar. Echar agua, dar aire, u ofrecer comida y agua para beber también son prácticas frecuentes en los cuidados entre pares; cuando acudimos a la macrodiscoteca, observamos cómo uno de los puertos pedía a un grupo de jóvenes que entraran a los baños a echarle agua en la cara a su amiga inconsciente, para que se espabilara; luego, en los exteriores del local, vimos cómo otro grupo abanicaba a su amiga, igualmente desmayada.

Solo en situaciones extremadamente graves, que escapan a la capacidad de gestión del propio grupo, se recurre a los servicios de emergencia; como afirmó Inés: “si ya llega a un límite, a un punto extremo, pues ya llamas a un médico o a la ambulancia, pero nunca me he visto en esa situación” (Inés, 23). Por otra parte, aunque los cuidados suelen darse entre el grupo de pares, en ocasiones se proporcionan por desconocidos, que se encargan de ayudar a la persona afectada (incluso cuando ésta no acepta los cuidados con agrado). Durante una salida, Fernando, al ver a un chico que se tambaleaba por la calle, se paró y le preguntó qué tal se encontraba y si veía bien. Entonces el chico, ofendido, le respondió de malas maneras y, cogiéndole del brazo, le espetó: “Tú eres el que no ves, que se ve que no has leído nada en tu vida”. A pesar de las formas, Fernando le respondió, muy calmado: “Bueno, tío, no te pases que yo solo te estaba viendo muy mal y quería saber qué pasaba” (Fernando, 27).

El carácter contextual y situado de los consumos de atracción hace que, como señalamos en la introducción, las experiencias ligadas al uso de drogas y alcohol estén marcadas por el género, entre otros factores (Measham, 2002: 349; Hutton et al., 2013). En el caso de los cuidados, el género, tanto de la persona que ejerce el cuidado como de la que lo recibe, es sumamente significativo: existen claras diferencias en cuanto a los significados atribuidos a las estrategias tomadas por chicas, por una parte, y por chicos, por otra.

En el caso de las primeras, parece que existe una tendencia a considerar que son las chicas las que deben ejercer los cuidados, tanto a otras chicas como a los chicos. Adela, que, como ya vimos, se indignó al enterarse de que nadie asistió a su amigo el día en que le dio un coma etílico, manifestó que alguien debería haberle ayudado, "sobre todo las chicas, que solemos estar más atentas" (Adela, 21). El carácter asistencial de las jóvenes no se limita a los episodios de descontrol físico, sino que también se entregan, a lo largo de las salidas, al cuidado emocional. Inés nos contó que, en una salida a una discoteca, se topó con los amigos de su exnovio y se puso de "bajón", pero acudió a sus amigas para contarles lo ocurrido y, tras llorar, le dijeron: "mira no te rayes, no merece la pena", y al rato se le pasó la "bajona" (Inés, 23). Otra faceta de los cuidados ofrecidos por las jóvenes es la de mediar cuando sus parejas sentimentales se involucran, como resultado del consumo de atracción, en peleas físicas. Por ejemplo, cuando María (22) abrazó a su novio Rubén (22) para calmarlo tras una situación de violencia, o cuando, en la misma salida, Rebeca (24) tranquilizó a su pareja, Borja (23), después de una contienda con los puertos de una discoteca.

En el caso de los chicos, la percepción de los cuidados cambia. Ellos no se perfilan como "responsables" de dar asistencia, por lo que, por ejemplo, cuando cuidan de otro chico, lo hacen con un marcado carácter de exaltación de la amistad. Por ejemplo, Felipe (23), en una fiesta de Nochevieja, se encontró con un amigo suyo, Karl (23), que estaba vomitando contra un coche. Al verle, se separó del grupo en el que estábamos y nos dijo que se iba a quedar con él, cuidándole, porque le conocía "desde que tenía siete años". Por el contrario, ninguna joven adujo nunca, al menos en las observaciones en las que participamos, un argumento similar para "justificar" los cuidados proporcionados a un amigo o amiga.

Por otra parte, cuando la persona que recibe los cuidados de un chico es una chica, en ocasiones puede darse por hecho que el primero quiere algo con ella, o incluso que busca aprovecharse del estado de debilidad y baja percepción del riesgo de la chica. Hace tres años tuve una experiencia que ejemplifica esta situación: me encontraba en una fiesta organizada por la exnovia de mi hermano en el local de una de sus tías. A lo largo de la noche, una de mis amigas, Delia, que por aquel entonces tenía 21 años, bebió demasiado alcohol y se puso fatal. Salí con ella a la calle y permanecimos un tiempo allí, mientras vomitaba frente a un árbol y se aireaba. Hacía mucho frío, así que le dejé mi abrigo. Cuando lo hice, la tía de la organizadora de la fiesta, que se encontraba dentro del local, se acercó a otra amiga y le dijo: "¡jo, cómo se lo está currando tu amigo, ¿eh?", ya que pensaba que yo estaba haciendo todo eso para ligar con Delia. Mi amiga, por su parte, le respondió: "qué va, ¡sí es gay!", y, al oírlo, la señora exclamó "buah, pues entonces qué *pringao*".

Otro de los roles adoptados por los jóvenes a la hora de cuidar a sus amigas es el de "amigo protector", frente a otros chicos que intentan ligar con ellas o que las están acosando. Por ejemplo, a mi compañera Lara, en una salida, se le acercó un chico que le preguntó si Ángel (24), uno de los integrantes del grupo con el que salió aquella noche, era su novio. Antes de que ella respondiera, Ángel dijo que sí, pese a no serlo. Cuando Lara le preguntó que por qué había hecho eso, dijo que "para protegerla". Algunas jóvenes incluso exigen este comportamiento protector a sus amigos varones; por ejemplo, Svetlana, en una fiesta de Nochevieja, vino hasta mí y me dijo "voy muy borracha, no deberías dejarme sola" (Svetlana, 23). Sin embargo, para otras personas esta actitud paternalista es más que reprobable, como muestra el testimonio de Luis, que en una salida manifestó que "hay veces que tienes problemas porque intentas defender a las mujeres y ellas son las primeras que quieren hacerlo por sí mismas" (Extracto del Diario de Campo, O.5). Afirmó que, en una ocasión, tras intentar "proteger" a una de sus amigas, Ainhoa (24), de un chico que se acercaba a ella, Ainhoa le montó "un pollo gordo" por haber tenido esa actitud. Alba (24), que estaba oyendo la conversación, dijo que "la Ainhoa quiere defenderse ella sola y nosotras nos cuidamos solas", aunque Luis no quedó convencido; dijo que hay momentos en los que Ainhoa va tan "pasada" que ni siquiera es capaz de defenderse.

Por último, en algunos casos los cuidados para paliar las consecuencias negativas del exceso no se proporcionan desde el grupo de pares, sino que se encuentran institucionalizados, es decir, cubiertos por una parte del personal que trabaja en los espacios de la salida. Por ejemplo, cuando acudimos a una macrodiscoteca, uno de los puertos nos informó de que contaban con un Auxiliar de Transporte Sanitario (ATS) dentro del local en caso de que alguno de los jóvenes "se

pasara”. Añadió que la mayor parte del trabajo del personal de seguridad del establecimiento consistía en “ver si la gente estaba bien”, esto es, en garantizar su integridad física. En otros locales observamos cómo el personal sanitario no se encontraba dentro del establecimiento, pero eran los trabajadores de la discoteca, y no el grupo de amigos, los que se encargaban de contactar al SAMUR en caso de emergencias médicas asociadas con el consumo. Uno de los casos que más llamó nuestra atención en relación a estos cuidados institucionalizados fue el de un CSOA⁶²: durante unos conciertos que se celebraban en su interior, una de las organizadoras subió al escenario para informar al público de que, entre ellas, había tres personas con un chaleco naranja que se encargaban de los cuidados: tanto de si alguno de los asistentes tenía un problema de salud, como de si necesitaba asistencia “o un abrazo”.

4. El después de los consumos: cómo lidiar con la resaca

Para cerrar el capítulo, concluiremos con la gestión que hacen los jóvenes de uno de los efectos más negativos del consumo de atracón: la resaca. A lo largo de la investigación, pudimos observar numerosas prácticas destinadas a evitar la resaca del día siguiente, indeseada por los jóvenes, ya que dificulta el correcto desarrollo de cualquier actividad que deba desempeñarse tras la salida (estudio, trabajo, deporte, compromisos familiares, etc.). Por sus testimonios, podría decirse que la resaca es uno de los efectos más temidos de los consumos: para Noelia (24), “bebes y al día siguiente te quieres morir”.

Las estrategias tomadas por los sujetos para paliar la resaca comienzan en el primer minuto de la salida, e incluso antes, al elegir las sustancias que serán consumidas. En una ocasión, por ejemplo, Leo (23) decidió comprar un refresco sin azúcar ni cafeína para mezclarlo con el alcohol porque, según sus saberes situados, “es el azúcar de la mezcla lo que produce la resaca del día siguiente”. Durante la noche, uno de los comportamientos más generalizados a la hora de evitar la resaca es terminar de consumir a una hora prudente. A veces el consumo no se detiene de golpe, sino que, siguiendo la lógica de los consumos instrumentales y del desfase faseado, se pasa de una sustancia con efectos más potentes a otra más débil: al final de una de las salidas, por ejemplo, los jóvenes querían ir de “after” a casa de uno de ellos. Antes de coger el taxi, compraron varias cervezas y, una vez en casa, se tomaron la última raya de cocaína, siguiendo con el alcohol. Uno de ellos, Lucas (26), decidió evitar esa última raya, aduciendo lo siguiente: “me va a dar menos hoy de lo que me va a quitar mañana”. Más tarde explicó que, para él, las resacas de cocaína eran muy duras a nivel sentimental, que eran tan fuertes que podía acabar llorando al día siguiente. Otra estrategia, también ligada a un consumo instrumental, es la de hidratarse mucho durante la salida, como afirmó Bruno: “esa resaca se cura bebiéndote un vasito de agua entre copa y copa, y no lo hace nadie” (Bruno, 28); también ingerir algún fármaco que atenúe las consecuencias físicas de la resaca, aun cuando la mezcla de fármacos y alcohol pueda resultar peligrosa. Según Rafael: “a ver, está mal juntar un ibuprofeno con una ingesta de alcohol porque tiene sus riesgos, pero yo lo he hecho; aunque está mal, me viene de lujo porque evito el dolor de cabeza” (Rafael, 19); y, sobre todo, alimentarse, comer “lo que puedes o lo que crees que te va a sentar mejor” (Selene, 23).

Muchos declaran que el descanso del cuerpo, el reposo, es clave para recuperarse. Se valora la compañía, tener a alguien con quien compartir esa situación adversa, como en el caso de Juan: “lo que más me apetece es estar muriéndome en la cama con alguien que se esté muriendo también conmigo” (Juan, 27). Los saberes situados que (re)producen los jóvenes a la hora de dar consejos para paliar los efectos de la resaca incluyen la lógica de los consumos instrumentales. Por ejemplo, y de manera un poco paradójica, algunos sujetos sostienen que tomar pequeñas dosis de la sustancia que se utilizó la noche anterior permite sobrellevar la resaca. El propio Juan afirmó que, cuando está “de resaca”, se fuma un “porrazo” para relajarse y evadirse: “que no me tenga que levantar y que no tenga que pensar” (Juan, 27). Por su parte, Bruno aconsejó guardarse una pequeña dosis de la sustancia consumida por la noche para tomarla al día siguiente, porque “le has metido tanto desgaste al cuerpo que, al día siguiente, claro, el cuerpo está cansado. Entonces le tienes que volver a dar ese chispazo para que se reactive” (Bruno, 28).

⁶² Espacios alternativos de actividades y ocio para los jóvenes ubicados generalmente en edificios ocupados, con un modelo de gestión y funcionamiento horizontal basado en el asamblearismo y la autofinanciación de sus actividades.

En la gestión de la resaca se sintetizan gran parte de las prácticas que hemos desgranado a lo largo de este capítulo. Con el objetivo de evitarla, durante la salida los jóvenes se sirven de estrategias como los consumos instrumentales o el desfase faseado, dependiendo de las condiciones y de las distintas agencias ofrecidas por el contexto en el que se encuentran. En ocasiones, estas estrategias les llevan a disfrutar del “puntillo”, de un estado de descontrol controlado, a lo largo de toda la noche. Sin embargo, a veces se cruzan los difusos límites entre el control y el descontrol, “pasándose de la raya”, lo que trae consigo consecuencias no deseadas, como la aparición de la propia resaca al día siguiente. Aun cuando la gestión para evitar el riesgo a sufrir la resaca falla (pues el riesgo es, como hemos visto, un frágil equilibrio, en constante negociación, entre costes y beneficios), existen estrategias para paliar esos efectos perjudiciales y reestablecer la “normalidad” corporal, como la compañía y el descanso.

5. Bibliografía

- Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Duff, C. (2003). "The importance of culture and context: rethinking risk and risk management in young drug using populations" en *Health, Risk & Society*, v. 5(3), pp. 285-299.
- Featherstone, M.(1991). "The body in consumer culture" en Featherstone, Mike; Hepworth, Mike; Turner, Bryan S. (eds.). *The body: Social process and cultural theory*. Londres: Sage Publications, pp. 170-196.
- Giddens, A. (1995). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Ediciones Península.
- Harnett, R, Thom, B, Herring, R, Kelly, M. (2000). "Alcohol in transition: Towards a model of young men's drinking styles" en *Journal of Youth Studies*, v. 3(1), pp. 61-77.
- Hayward, K. (2002). "The vilification and pleasures of youthful transgression" en Muncie, John; Hughes, Gordon; McLaughlin, Eugene (eds.). *Youth Justice: Critical Readings*. Londres: Sage, pp. 80-94.
- Hutton, F, Wright, S, Saunders, E. (2013). "Cultures of intoxication: Young women, alcohol, and harm reduction" en *Contemporary Drug Problems*, v. 40, pp. 451-480.
- Lindsay, J. (2009). "Young Australians and the staging of intoxication and self-control" en *Journal of Youth Studies*, v. 12(4), pp. 371-384.
- Martínez Oró, D. (2015). *Sin pasarse de la raya. La normalización de los consumos de drogas*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Measham, F. (2002). "'Doing gender'—'doing drugs': conceptualizing the gendering of drug cultures" en *Contemporary Drug Problems*, v. 29(2), pp. 335-375.
- (2004). "The decline of ecstasy, the rise of 'binge' drinking and the persistence of pleasure" en *Probation Journal*, v. 5(4), pp. 309-326.
- Nogués, AM, Borrás Rocher, F, Segura Heras, J.V, Ruíz Gómez, J.L, Botella Bebia, F. (2004). "Carnavalización y botellón. Una etnografía estadística del ocio juvenil en la provincia de Alicante" en Álvarez-Sousa, Antonio (coord.). *Turismo, ocio y deporte: VIII Congreso Español de Sociología*. A Coruña: Universidade da Coruña, pp. 141-158.
- O'Malley, P, Valverde, M. (2004). "Pleasure, freedom and drugs: The uses of 'pleasure' in liberal governance of drug and alcohol consumption" en *Sociology*, v. 38(1), pp. 25-42.
- Parker, H. (2003). "Pathology or modernity? Rethinking risk factor analysis of young drug users" en *Addiction Research and Theory*, v. 11(3), pp. 141-144.
- Parker, H, Williams, L, Aldridge, J,(2002). "The normalization of 'sensible' recreational drug use: Further evidence from the North West England longitudinal study" en *Sociology*, v. 36(4), pp. 941-964.
- Pennay, A. (2012). "Carnal pleasures and grotesque bodies: Regulating the body during a "big night out" of alcohol and party drug use" en *Contemporary Drug Problems*, v. 39, pp. 397-428.
- Pennay, A y Moore, D. (2010). "Exploring the micro-politics of normalisation: Narratives of pleasure, self-control and desire in a sample of young Australian 'party drug' users" en *Addiction Research and Theory*, v. 18(5), pp. 557-571.
- Pilkington, H. (2007). "In good company: risk, security and choice in young people's drug decisions" en *The Sociological Review*, v. 55(2), pp. 373-392.
- Poulsen, M. (2015). "Embodied subjectivities: Bodily subjectivity and changing boundaries in post-human alcohol practices" en *Contemporary Drug Problems*, v. 42(1), pp. 3-19.
- Plant, M. y Plant, M. (1992). *Risk-takers. Alcohol, drugs, sex and youth*. Londres: Routledge.
- Rodríguez San Julián, E. (2013). "El manejo del riesgo entre los y las jóvenes: daños, beneficios y contextos en el consumo de drogas" en Martínez Oró, David Pere; Pallarés Gómez, Joan (eds.). *De riesgos y placeres. Manual para entender las drogas*. Lleida: Editorial Milenio, pp. 117-128.
- Romo Avilés, N. (2001). *Mujeres y drogas de síntesis. Género y riesgo en la cultura del baile*. Donostia: Gakoa.
- Singer, E, Schensul, JJ (2011). "Negotiating ecstasy risk, reward, and control: A qualitative analysis of drug management patterns among ecstasy-using urban young adults" en *Substance Use & Misuse*, v. 46, pp. 1675-1689.
- Szmigin, I, Griffin, C, Mistral, W, Bengry-Howell, A, Weale, Louise, H y Chris (2008). "Re-framing 'binge drinking' as calculated hedonism: Empirical evidence from the UK" en *International Journal of Drug Policy*, v. 19, pp. 359-366.

6. CONCLUSIONES

El objetivo de esta investigación ha sido la comprensión que el exceso en el consumo de alcohol y otras drogas tiene para los jóvenes. El recorrido que hemos planteado al lector ha pretendido ofrecerle una panorámica amplia de este tipo de consumo, evitando pasar por alto la dificultad de interpretación de sus sentidos y atendiendo a su complejidad durante toda la investigación y el trabajo posterior de análisis y redacción. Para lograr esa visión amplia que contribuya a iluminar la oscuridad de un concepto tan polisémico como controvertido —el del consumo excesivo—, hemos planteado una investigación de carácter etnográfico, en la que hemos compartido con jóvenes madrileños tiempo, observaciones y charlas en los espacios en los que habitualmente tienen lugar sus prácticas de consumo: las salidas de ocio nocturno. Nos hemos acercado al estudio de las motivaciones del consumo para conocer, a partir del discurso de los jóvenes que nos han acompañado en la investigación, las razones y los motivos que los llevan, en ciertos contextos, al uso de drogas con un patrón intensivo de ingesta. Hemos querido penetrar igualmente en su percepción para entender qué significados, valores e imágenes son los que definen y sustentan el modo en el que entienden el consumo excesivo, así como apreciar los cruces —las confluencias pero también las divergencias— con otros discursos existentes sobre el tema procedentes del ámbito institucional, de la intervención sociosanitaria, de los medios de comunicación y de distintos agentes sociales relacionados con los jóvenes. Discursos todos ellos que van trazando la partitura sobre la que se va construyendo la noción de un concepto socialmente sensible, el de consumo excesivo de drogas que, como se ha podido ver a lo largo del libro, no posee una única melodía sino varias que van sonando simultáneamente de forma unas veces más y otras veces menos armónica. Hemos querido conocer también las prácticas en las que el consumo excesivo juvenil se materializa y cobra realidad y se va expresando de diferentes maneras según, entre otras variables, unas coordenadas espacio-temporales que predisponen hacia unos mayores o menores consumos y hacia unas combinaciones de drogas en función de las expectativas de los jóvenes en relación con los efectos deseados en cada uno de esos lugares y momentos de ocio. Unas prácticas en las que se encuentran también presentes determinadas estrategias de gestión del consumo que los jóvenes, con más o menos éxito, adoptan para tratar de limitar y minimizar los efectos excesivos y no deseados de las drogas.

La problematización del consumo excesivo de drogas entre la juventud se ha construido desde unos determinados discursos que han objetivado y definido el concepto como el consumo de altas cantidades de drogas en un corto periodo de tiempo. Voluntaria o involuntariamente, la problematización de esta práctica social se ha simplificado con el calado en el imaginario social de dos figuras contrapuestas de los jóvenes: por un lado, la del consumidor racional, moderado y deseable, y por otro, la del consumidor excesivo, problemático y al borde del peligro. Sin embargo, esta oposición, compleja y multifacética, es interiorizada, reformulada e incluso rechazada por los propios jóvenes, en función del contexto en el que se encuentren y de sus propios saberes situados. Dichos saberes se (re)producen entre los jóvenes mediante un aprendizaje tanto teórico (evaluando la información recibida de las propias instituciones y de su entorno inmediato) como práctico (experimentando y tanteando en sus propios cuerpos los porosos límites del exceso en el consumo de alcohol y otras drogas). Es a través de este aprendizaje teórico-práctico como se (re)formula la noción de exceso y también de riesgo para los jóvenes, solapándose en ocasiones, en mayor o menor medida, con las nociones “expertas” formuladas desde otros ámbitos.

Si algo se ha puesto de manifiesto a lo largo de nuestra investigación es la dificultad de definir de una manera unívoca, objetiva y estable el consumo excesivo. Ni siquiera desde la percepción de los jóvenes se puede hablar de un sola definición del término: diferentes percepciones (que dependen de múltiples factores, entre ellos la edad y el género de los jóvenes, sus trayectorias personales, sus motivaciones y expectativas así como la influencia del grupo y los espacios y lugares de salida) coexisten y construyen significados socialmente relevantes en los que los jóvenes inscriben y definen sus prácticas y valoraciones sobre este consumo a partir de continuos diálogos y renegociaciones en contexto. En sus definiciones del consumo excesivo, el acento no recae tanto en la cantidad de alcohol u otras sustancias consumidas —algo que sí sucede en los discursos expertos— sino en la capacidad de controlar los efectos de la ingesta, entendida siempre en función de un gradiente y no en términos de todo o nada. En otras palabras, el consumo comienza a ser excesivo no cuando se ha bebido o tomado un número alto de drogas en un corto periodo de tiempo, sino cuando la persona no es capaz de mantener el control mental y corporal por los efectos de las sustancias y acaba envuelta en situaciones indeseadas de desinhibición y

sobreexposición social y afectiva, de pérdida de la noción de tiempo y lugar, en estados de enajenación mental o “malos viajes” rechazados por su irrealidad, en conductas agresivas o poco cívicas, o en situaciones de inconsciencia, vómito, desmayos y malestar físico, situaciones todas ellas que son valoradas negativamente. En este sentido, existe una tipología de figuras que representan precisamente el consumo excesivo no valorado y que convierten al joven, a los ojos de sus iguales, en un “pasado” o “desfasado”, “paposo” o “violento”.

Cuando los jóvenes, por lo tanto, son capaces de controlar los efectos, el consumo excesivo es valorado positivamente por ellos. Esta capacidad de controlar consiste en el logro potencial de una “pérdida de control controlada”, en la que los jóvenes tratan de maximizar los beneficios del consumo de drogas minimizando sus riesgos, a través de diferentes prácticas de gestión y del propio aprendizaje derivado de la trayectoria de consumo personal y grupal. No obstante, los límites son siempre difusos y se tantean en la práctica, siendo a veces traspasados consciente o inconscientemente. El control en los consumos no es una entidad discreta, sino una noción plural, un gradiente que no se limita a “tener el control” o “estar fuera de control”, sino que ofrece diversas posturas intermedias. El “puntillo”, o punto de descontrol controlado, es uno de los estados más valorados por los jóvenes durante los consumos de sustancias psicoactivas, ya que permite estar borracho o colocado sin que ello disminuya las posibilidades de seguir alargando la fiesta, esto es, de posibilitar mayores dosis de diversión. Para obtenerlo y mantenerlo a lo largo de las salidas, los jóvenes ponen en práctica distintas estrategias, como el “desfase faseado” (que consiste en dosificar la ingesta de psicoactivos a lo largo del tiempo de la salida) o los “consumos instrumentales” (en los que los jóvenes conjugan la toma de distintas sustancias para nivelar sus efectos cruzados, regulando a menudo el “subidón” y la “bajona”). Dichas estrategias se ponen en juego en dos planos distintos: el del cuerpo “interior”, que hace referencia a los riesgos fisiológicos presentes y futuros de los consumos —algunos de los cuales hemos citado anteriormente— y el del cuerpo “exterior”, relacionado con los riesgos sociales. Por ejemplo, la desinhibición afectiva o la visibilidad de determinados consumos y prácticas, como esnifar cocaína, que no son bien aceptadas entre los jóvenes por su carácter demasiado explícito y su asociación con una imagen, la del “yonki” o “drogadicto”, que representa el lado negativo del consumo excesivo. Debido a la fuerte carga moral y afectiva que rodea al consumo de psicoactivos, en ocasiones estos riesgos sociales (que implican dejar de estar y sentirse “normalizado” dentro del grupo de pares) pueden llegar a ser más temidos por los jóvenes que los percances fisiológicos derivados de los propios consumos. En los casos en los que las estrategias de gestión del consumo no se llevan a cabo con éxito, existe un último colchón frente a las consecuencias negativas de éste: los cuidados, normalmente ofrecidos dentro del grupo de pares pero que, en ocasiones más excepcionales, se administran también desde el personal de los propios locales de fiesta y/o los servicios de emergencia.

Otro elemento importante que interviene en la percepción de los jóvenes sobre lo que se considera o no consumo excesivo es la frecuencia del consumo. La normalización del alcohol y de otras sustancias en las noches y salidas de ocio juvenil ha favorecido la extensión de un consumo de carácter ocasional y recreativo, localizado en los fines de semana, sobre el que se piensa que se ejerce un control —por ese su carácter ocasional— del que carecen precisamente los consumidores diarios, adictos y totalmente dependientes de las sustancias, consumidores que son vinculados directamente con los aspectos más negativos del consumo excesivo. Hay dos figuras o imágenes que representan este tipo de consumidores y que son muy rechazadas por los jóvenes: la del heroinómano y la del cocainómano.

El consumo excesivo, como las estrategias de gestión, se construyen y definen en las prácticas de consumo, en las que los espacios y tiempos de salidas de los jóvenes y las expectativas que asocian con cada uno de ellos influyen en la expresión que adquiere este consumo, sin olvidar la influencia del grupo, la edad y el género. En el imaginario colectivo de los jóvenes hay una asociación directa entre las raves y macrodiscotecas y el consumo excesivo, ambos coincidentes en el hecho de que facilitan una estrecha relación entre la música electrónica y el consumo intensivo de alcohol y otras sustancias, especialmente MDMA. Esta combinación entre drogas, música electrónica y marea de cuerpos bailando al unísono, convierte a estos lugares en espacios de diversión y placer casi garantizada para los jóvenes —con independencia de los malestares que también pueden ir asociados a su frecuentación—, en lugares donde hallar la felicidad de un buen ambiente y diversión en comunidad. Este placer de fundirse con los demás es precisamente una de las motivaciones principales que refieren los jóvenes de nuestra investigación para explicar el consumo intensivo. La búsqueda de experiencias placenteras, consideradas “libres” e “independientes”, “nuevas” y “transgresoras” con respecto al orden diario son motivos recurrentes en los jóvenes para explicar el consumo intensivo, en las que el grupo aparece casi siempre como trasfondo. Se buscan experiencias compartidas, consumos colectivos que refuercen la pertenencia al grupo y lo consoliden. Lo contrario, el consumo individual, deja de entenderse como un consumo normalizado y su valoración se acerca más al consumo adictivo y dependiente asociado al exceso. No obstante, la relación del joven con el grupo no es siempre armoniosa. En ocasiones éste actúa como una fuerza de presión que impele a sus miembros, casi inconscientemente, a actuar dentro de las pautas compartidas

de consumo, siendo descalificados si su conducta se sitúa por arriba o por debajo del consumo aceptado grupalmente. La forma que adquiere el consumo de drogas en las raves y macrodiscotecas varía con respecto a otro tipo de salidas, en las que también hay o puede haber consumos excesivos que, sin embargo, no son percibidos así por los propios jóvenes. Nos referimos a esas noches que ellos mismos califican de “tranquileo”, que suelen transcurrir en torno a zonas de bares de copas y plazas, y que suelen ser ordinarias dentro del calendario de sus salidas. Son salidas asociadas a bajos consumos y, por lo tanto, con menores expectativas de diversión para los jóvenes, que inesperadamente y sin embargo pueden convertirse también en noches de “desfase” si el ambiente propicio se materializa y hay una actitud y predisposición a consumir en exceso mayor de la prevista y habitual en esos contextos.

Los itinerarios y momentos de las salidas, sus pasajes, marcan también las expresiones de los consumos. Sus inicios en casas particulares o bares se suelen caracterizar por unos consumos suaves, de baja y calculada mezcla de drogas buscando —en el caso de que la salida se alargue después en una discoteca, rave o macrodiscoteca— experimentar sus efectos en esos espacios idóneos que coinciden con los momentos centrales y/o finales de las salidas y en los que el consumo adquiere una mayor intensidad. Es un ejemplo de la estrategia del “desfase faseado” que se ha mencionado anteriormente y que se pone en práctica para limitar y manejar los efectos de las drogas y evitar que una mala combinación o una dosis de más pueda malograr la fiesta. Los consumos finales en casas de amigos durante el “mañanao” vuelven a tener de nuevo un carácter más suave, persiguiendo apaciguar los efectos de la excitación y falta de sueño cuando la salida ha llegado ya a su fin o manteniéndolos en el caso de que la fiesta continúe durante el día siguiente.

En definitiva, hablar del consumo excesivo de los jóvenes es hablar de los espacios y tiempos donde se desenvuelven sus prácticas, de las estrategias de gestión y control de los efectos de las drogas incluyendo sus límites y fallas, y hablar asimismo de las expectativas, motivaciones y percepciones que construyen, reconstruyen y concretan, de una manera colectiva y continuada, los significados y valores que los jóvenes tienen de este consumo excesivo que su imaginario dibuja, a la postre, como la pérdida del “descontrol controlado” que regula sus prácticas de consumo.

ANÁLISIS CUALITATIVO: GRUPOS DE DISCUSIÓN

*FUNCIONALIDAD DEL EXCESO EN LOS CONSUMOS
PSICOACTIVOS DE LOS Y LAS JÓVENES*

ANEXO

CentroReinaSofía
sobre Adolescencia y Juventud



En colaboración con:



ANÁLISIS CUALITATIVO: GRUPOS DE DISCUSIÓN

*FUNCIONALIDAD DEL EXCESO EN LOS CONSUMOS
PSICOACTIVOS DE LOS Y LAS JÓVENES*

ANEXO

PRESENTACIÓN, METODOLOGÍA Y DISEÑO

Como parte de la presente investigación antropológica, en este capítulo se desarrolla un acercamiento cualitativo fruto del análisis de cuatro grupos de discusión, que se antojan un complemento ideal para contribuir al rastreo realizado a partir de la observación participante y las entrevistas.

En las siguientes páginas se pretende abordar el análisis de los significados del consumo de alcohol, especialmente en lo que se refiere a los hábitos más abusivos, desde los discursos de adolescentes y jóvenes. Acercamiento a las motivaciones que subyacen al consumo en exceso, las utilidades que persiguen tales hábitos, los riesgos que se perciben, y el papel que ocupa el alcohol en el contexto de las interacciones sociales de los y las jóvenes, en relación al ocio nocturno de fin de semana.

Análisis también de las percepciones y expectativas que genera el consumo de alcohol en la dualización de los espacios de fiesta con los espacios de responsabilidad del resto de la semana, y de la manera en que los consumos se insertan en los procesos de integración grupal y de recreación identitaria. Se abordarán conceptos esenciales para entender todas estas cuestiones, como son el “control”, el “límite”, o la “responsabilidad”, y elementos que suponen la explicitación de estados y hábitos en relación al alcohol (“puntillo”, “desfase”), pero que esconden muchos más significados.

Cabe recordar que el análisis se realiza en torno al discurso dominante, y que se refiere a hábitos de consumo reconocidos y contrastados. Es decir, que se analiza expresamente el consumo de alcohol, y las percepciones sobre su utilidad y sobre la manera en que se inserta en las relaciones de adolescentes y jóvenes. Por tanto, quienes no consumen alcohol, incluso quienes consumen de forma esporádica, o tienen un discurso más alejado de las posturas más integradas en un modelo de ocio nocturno muy concreto (el que gira en torno al botellón, los bares y discotecas), no son objeto de este análisis. Cuestión que conviene dejar clara para evitar generalizaciones sin mucho sustento en este momento, por más que el modelo de ocio al que se refiere el estudio se constituye en protagonista para el imaginario colectivo, en relación a los hábitos de adolescentes y jóvenes.

Como se ha apuntado, este estudio cualitativo empleó la técnica de los grupos de discusión, especialmente indicada para el análisis de discursos sociales, expectativas y percepciones, explícitas o latentes. Análisis de tendencias discursivas dominantes en relación al tema considerado, representativas de los argumentos e ideas del sector poblacional considerado en la muestra, en función de las variables de clasificación consideradas. Para ello, la persona encargada de moderar el grupo intenta ser lo menos directiva posible, otorgando el espacio al grupo para que genere los discursos por sí mismo, siempre dentro de un marco previamente establecido según el tema y los objetivos (marco que establece una guía diseñada con anterioridad, que recoge y agrupa los temas que son objeto de interés para la investigación, pero que puede ser convenientemente alterada en función del desarrollo del grupo).

En este caso, al ser la población objeto de interés tan amplia, y siempre teniendo en cuenta que se pretendían analizar discursos mayoritarios (sin mayores posibilidades de entrar en el análisis de los discursos en los márgenes), el principal filtro que se empleó a la hora de encontrar jóvenes para los grupos tenía que ver con los hábitos de ocio nocturno y de consumo de alcohol. Así, todos los adolescentes y jóvenes que participaron en los grupos, debían reconocer previamente que salían por la noche habitualmente (al menos dos veces al mes), y que, cuando salían, consumían alcohol.

A partir de ahí, y teniendo en cuenta que se realizarían cuatro grupos de discusión (número que tampoco permite jugar con muchas variables de clasificación a la hora de plantear el diseño), las variables consideradas como esenciales para el diseño fueron la edad (en tramos de 16-19 años, y 20-24 años) y el sexo (dos grupos mixtos y dos grupos diferenciados por género); además de procurar una mínima variedad en la localización (se realizaron grupos en Madrid, Valencia y Barcelona), por si existieran peculiaridades que tuvieran que ver con modelos de ocio más o menos locales.

Teniendo todo esto en cuenta, el diseño final de los grupos fue el siguiente:

Chicas, 16-19 años, Barcelona

Mixto, 16-19 años, Madrid

Chicos, 20-24 años, Madrid

Mixto, 20-24 años, Valencia

Cada grupo estaba compuesto por 8/10 personas, cumpliendo la proporción del 50% en los grupos mixtos. Personas que no se conocían entre sí con anterioridad, para así evitar condicionantes, y crear el clima propicio para que emergieran los discursos y referentes sociales que resultaban característicos de la unidad que formaban como grupo.

Realizados en mayo de 2016, fueron grabados para su posterior transcripción. Los literales que ilustran el informe (convenientemente reseñados) están extraídos de tales transcripciones, tal cual fueron grabados.

RESULTADOS

1. EXPECTATIVAS ANTE LA NOCHE Y RECORRIDOS
2. EL ESPACIO SIMBÓLICO
3. EL PAPEL DEL ALCOHOL
4. RESPONSABILIDAD, CONTROL, Y RIESGOS
5. LA PERCEPCIÓN DEL LÍMITE Y LA UTILIDAD DEL CONSUMO EN EL FILO (EL "PUNTILLO")
6. EL CONSUMO ABUSIVO ("DEFASE")
7. GRUPO E INDIVIDUO, ANTE EL CONSUMO DE ALCOHOL
8. EL ESPEJO DE OTRAS SUSTANCIAS
9. APUNTES SOBRE LA PERSPECTIVA DE GÉNERO

1. EXPECTATIVAS ANTE LA NOCHE Y RECORRIDOS

Como señala la numerosa bibliografía al respecto,¹ la noche y el ocio nocturno de fin de semana constituyen un espacio que define y connota muchas percepciones sociales de y sobre los y las jóvenes, tanto en relación a los hábitos, como a las expectativas y los valores asociados. Tal como explican ellos y ellas, la noche representa lo que entienden es romper con la rutina del resto de la semana, la posibilidad de “desconectar” de responsabilidades, problemas, estudios o trabajo, y la necesidad de cambiar las dinámicas que protagonizan la semana. Esa necesidad de cambio se traslada a la manera en que se encara la noche, que en su enfoque y planificación ideal pasa por percibir cambios en los propios recorridos y actividades que se llevan a cabo, en los lugares y personas, y en los elementos que le rodean (ropa, música, consumos...).

- *Yo diría que para mí y para mis amigos salir es romper un poco la rutina de la semana. Si estamos estudiando el fin de semana para un poco, tener un poco de tiempo libre, o si alguien trabaja pues lo mismo. Para nosotros es eso, cualquier forma de romper la rutina de alguna manera ya nos gusta; si es cine, si es discoteca, si es bar. Y no tendemos a tirar mucho por una opción clara, sino vamos haciendo según lo que nos apetece al grupo en general*
- *Sí, también es, yo creo, salir con las personas que no ves durante la semana porque no tienes tiempo, estás estudiando o lo que sea, salir con ellas por la noche, ir a tomar algo en un bar y pasártelo bien, reírte y ya está*
- *Desconectar*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Sin embargo, en el contexto de esa pretensión por romper constantemente con la rutina, se reconoce que también se cae en rutinas alternativas (ir siempre a los mismos sitios, con la misma gente, para hacer las mismas cosas). Además de ello, la búsqueda y planificación de la excepcionalidad en cada salida puede conducir, cuando no se consigue y se es consciente de asistir a nuevas rutinas, a la frustración.

- *El día que tienes expectativas es una mierda*
- *Me acuerdo el día final de la selectividad, todo el mundo salía ahí, “esta noche me voy a pegar la fiesta de mi vida”, y acaban todos durmiendo en su casa o alguno decía, bueno, he bebido pero no voy mal. San Juan, por ejemplo, hay gente que dice, se hace. Y se hace y realmente acaba muy mal, pero hay gente que es, venga, la mejor noche de nuestras vidas, y luego es en plan, hemos hecho lo mismo que todos los fines de semana*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

A la hora de planificar las noches de diversión, cuando el alcohol adquiere un papel protagonista, los rituales y recorridos adquieren importancia y determinan las expectativas. Así, se relata una cronología de acontecimientos que casi siempre suele tener las mismas características: empezar en lugares públicos (a medida que aumenta la edad pueden ser sustituidos por privados, como casas particulares, o asociaciones o peñas), en compañía de lo que suele ser un grupo más o menos grande de personas, consumiendo las bebidas de las que previamente se han aprovisionado, o que adquieren en establecimientos con ofertas especiales y asequibles a su bolsillo.

¹ Rodríguez y Megías: 2001; Elzo, Laespada y Pallarés: 2003; Rodríguez, Megías y Navarro: 2005; Megías: 2007 y 2010; Elzo: 2010; Ballesteros, Babin, Rodríguez y Megías: 2010.

Fase que llegan a definir como de “calentamiento”, en la medida en que la ingesta de alcohol se entiende mayor que la que se tendrá el resto de la noche, cuando visiten los bares y discotecas. Pero “calentamiento” no sólo en relación al consumo de alcohol, pues también adquiere gran importancia el hecho de que tales momentos representan la conversación más pausada, la puesta al día de los más diversos asuntos con los amigos y amigas, la diversión más tranquila, toda vez que se entiende que los ambientes posteriores estarán protagonizados por un mayor bullicio (música de bares y discotecas), el deseo de poner en práctica otras actividades (bailar, ligar...), y por una menor propensión a lo que entienden son interacciones y relaciones “serias”.

- *Antes de salir de fiesta calientas con cerveza*
- *Calientas con cerveza por la tarde, supongo*
- *Yo por la tarde y ya*
- *Yo no caliento, directo. Bueno, depende, si hay tiempo para reunirse todos o quedamos ya ahí para entrar a la discoteca, y ya tienes que ir desde tu casa. O en el metro*
- *Si no, empezar a chupitos y tirar luego de mezcla*
- *Eso ya es otro nivel. Yo con la calma*
- *Tampoco puedo entrar en la discoteca mal, si no luego ya me empiezo a agobiar*
- *Pero mal no, contentito*

(Mixto, 16-19, Madrid)

Por tanto, estamos ante espacios que conviven, momentos complementarios, que encuentran sentido precisamente en su complementariedad: disfrutar de la preparación y los iniciales momentos de compañía y “calentamiento”, al tiempo que se genera el nivel de consumo y de predisposición (a la diversión, al “lío”, al desenfado, a la locura...) necesario para que los espacios de diversión posteriores se disfruten en toda su amplitud. Cuando en esos espacios iniciales (el parque, el barrio, la casa, la peña/el local) se genera esa energía grupal festiva, y siempre atendiendo al ritmo que marcan los horarios de los establecimientos de ocio y de regreso a casa, será el momento de pasar a los bares y discotecas, donde la diversión se entiende de otro modo.

- *Sí, esa es la gran traba que veo yo ahora es que antes tú podías beber en la puerta de la discoteca. En la puerta entre comillas, pero... al lado. Ahora tú tienes que ver, yo por lo menos, ya mis amigos y yo bebemos en mi barrio en un sitio en el que sabemos que no va a pasar la policía. Y luego, claro, eso te corta todo el rollo... a la una y media te tienes que coger el metro.*

(Chicos, 20-24, Madrid)

En esa fase inicial de la salida nocturna (que puede compartir espacio con la tarde, fundamentalmente durante la adolescencia), la justificación de una mayor presencia de alcohol es, según señalan los y las jóvenes, el ahorro de dinero que supone adquirir alcohol en mercados, tiendas o grandes superficies, frente a lo que entienden que es un elevado precio de las consumiciones (alcohólicas y no alcohólicas) en bares y discotecas. Actividades como el botellón se justifican en base al precio de las consumiciones, y a su utilidad como plataforma de lanzamiento que propicia, de manera ajustada a su reducido poder adquisitivo, alcanzar el nivel de consumo justo para alcanzar el estado de diversión, desinhibición y euforia, que teóricamente requiere una noche de diversión. Como algunas personas señalan, el objetivo sería consumir (gastar) lo menos posible en bares y discotecas, y para ello es necesario un consumo previo que posibilite ello sin que se reduzca la expectativa de diversión. Porque una noche de fiesta, en base al discurso mayoritario, implica consumir alcohol.

- *Se hace botellón primero.*
- *Es para no gastarte tanto dinero en la discoteca.*
- *Es que además... Además las discotecas suelen cobrarte para eso diez... 10 o 12 euros por cubata.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

- *Yo creo que también que lo del botellón es porque no es lo mismo comprar una copa en un bar que comprar la botella y hacértela tú*
- *Claro, los precios*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Además de las razones económicas, existe otro argumento que manejan adolescentes y jóvenes a la hora de justificar el mayor consumo de alcohol fuera de los locales, y es la presunción de que en bares y discotecas ofrecen alcohol de mala calidad ("garrafón"), de forma engañosa y con el objetivo de maximizar beneficios. Se ajuste o no esa percepción a la realidad, en ocasiones puede resultar chocante tal afirmación, atendiendo al tipo de bebidas que pueden protagonizar los botellones (marcas blancas, mezclas improbables...), que difícilmente tendrán el paladeo de la bebida entre el primero los objetivos reconocido por adolescentes y jóvenes. Además, en sus propias palabras, a pesar de esas consideraciones sobre beber dentro de bares y discotecas, al final "caes" para "recargar".

- *Al final te gastas doce, y te tomas eso: lo que hemos dicho, lejí, que está asqueroso.*

(Chicos, 20-24, Madrid)

- *Y... al final vas a acabar consumiendo, porque dices: "Con lo que he bebido, pues a lo mejor no voy a beber... No me va a valer..."*
- *Sí.*
- *De todas maneras, sabes que al final en algún momento de la noche vas a flojear. O sea, a las tres de la mañana dices, venga, me recargo otra vez con una copa y tal. Y vuelves para delante. Pues así...*

(Chicos, 20-24, Madrid)

En función de esa diferenciación de escenarios en el recorrido de una noche, y pese a que lo que ocurre en bares y discotecas suele instalarse en el imaginario colectivo como la representación y culminación de la diversión juvenil, resulta bastante común entre ellos y ellas incidir en que el mejor momento es la reunión previa (en parques, plazas, casas, bancos...), la conversación con los amigos y amigas. Momento en el que también está presente el alcohol (o no), pero cuyo significado trasciende en mucho el simple hábito de beber: el objetivo es la relación y la interacción, la generación del ambiente entre personas (del mismo grupo o de distintos grupos de amistad), que permita conocer gente y comunicarse; algo que, se presupone, después no podrá ocurrir, o no de la misma manera (en bares y discotecas es mucho más complicado generar ese clima de intimidad y camaradería).

- *El botellón para mí es lo más divertido.*
- *Claro... O sea, porque hay veces que es donde conoces a gente, y tal...*
- *Y luego es donde también estás con los amigos y puedes estar ahí tranquilamente, hablando.*
- *Puedes estar de fiesta, pero hablando a la vez, tal...*

(Mixto, 20-24, Valencia)

- *Yo cuando mejor me lo paso es cuando estoy ahí con mis colegas bebiendo.*
- *Yo igual*
- *Sí.*
- *De risas y tal. Porque luego ya ahí en la discoteca... Ni hablas... No haces ná. No haces nada.*

(Chicos, 20-24, Madrid)

Y esos momentos iniciales que tanto destacan, están protagonizados por el grupo de amigos y amigas, que dota de sentido al momento en sí mismo, y que se afianza en ese contexto de mayor cercanía, en espacios en los que se encuentra cómodo

y se reconoce. Grupo que empieza completo y unido, y que como unidad va interactuando, según se desarrolle la noche, con otros grupos, conocidos o nuevos, generando las dinámicas y las relaciones que determinan la diversión, la expectativa de novedad. Pero grupo que, como se señala, se suele ir disgregando y disolviendo a lo largo de la noche, en otro aspecto que alimenta esa percepción de que siempre puede ocurrir lo extraordinario, que es el elemento que dota de sentido a la repetición de los hábitos: se sabe con quién se empieza, pero no con quién se acaba.

- *Empiezas con ocho pero no sabes cuántos vuelven.*
- *Jajajaja.*
- *Esto es como la guerra.*
- *Cada uno va por su cuenta.*
- *Moderador: ¿Sí? ¿Hay muchas noches que salís un grupo y no termináis juntos?*
- *Sí.*
- *La mayoría de las veces.*
- *El 99% de veces*

(Mixto, 20-24, Valencia)

- *A mí me gusta que haya gente de todo tipo, también. Y gente abierta, que puedas hablar con yo qué sé, unos guiris, por ejemplo, que no conoces de nada, tranquilamente. No la típica gente cerrada, que estás con tu grupito sólo. A mí me gusta, cuando salgo, hablar con todo el mundo, conocer gente. Gente abierta*
- *A veces, esto sonará mal, acoplarte con otra gente que está por ahí y qué tal, ¿bien? ¿De dónde eres? Te cuentan un poco su vida y tal, y cambias de persona y vas hablando con gente. Puede que con algunos sigas en contacto, otros no, otros te olvidas de ellos*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

2. EL ESPACIO SIMBÓLICO

“Salir”, “ir de marcha”, el ocio y esparcimiento de las noches del fin de semana, todo ello se constituye en sí mismo en un espacio simbólico, que trasciende los lugares, hábitos y consumos, al tiempo que los dota de significado. Para adolescentes y jóvenes, el ocio nocturno de fin de semana encuentra sentido en la dualización con la semana lectiva/laboral, en la ruptura con la dinámica de responsabilidades, y en la teórica ruptura con los tiempos dictados y marcados por las rutinas de la semana. Estos aspectos resultan clave a la hora de entender la manera en que se afrontan algunos valores y se generan determinadas expectativas durante las noches de diversión, pues asumir que es tiempo de “desahogo” y de romper con los corsés que parecieran marcar el resto de días, alimenta cierto clima de asunción de que precisamente no existen responsabilidades ni deberes en ese espacio presuntamente liberador; como si el valor responsabilidad sólo tuviera sentido para determinadas edades en cualquier espacio menos el de los fines de semana. Así, resulta claro el reconocimiento de responsabilidades en el ámbito escolar y familiar, pero no así en el espacio que ocupa la diversión nocturna, cuestión que puede incidir en algunas conductas de riesgo, además de en conflictos con el resto de agentes sociales con los que comparten los espacios físicos de la noche.

- *Yo entre semana estoy muerta entre las clases, el trabajo y todo y lo que estoy deseando es que llegue el fin de semana, pero no para descansar, para salir, para salir con mis amigos y disiparme de todo, porque la semana carga mucho*
- *Salir todos los fines de semana, ya no de fiesta, sino tomar algo con los amigos lo veo algo imprescindible, porque si no te amargas. Con 19 años en mi casa, qué hago un fin de semana, por muy cansada que esté*

(Mixto, 16-19, Madrid)

- *El cine y todo eso para mí es entre semana, el fin de semana es más bar, discoteca y cosas así*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Desde esta perspectiva de la dualización, se podría argumentar, no sin razón, que la necesidad de ruptura no es exclusiva de adolescentes y jóvenes, y que personas de mayor edad (posiblemente más cargadas de responsabilidades y problemas), también puedan y hagan suya tal necesidad. Ciertamente. En este caso, el aspecto diferencial, además de que el proceso de maduración personal determina de forma esencial las expectativas y valores, reside en que adolescentes y jóvenes viven la necesidad de ruptura también como una búsqueda de un espacio propio, físico pero también simbólico. Toda vez que los espacios de responsabilidad que habitan entre semana (centro educativo, familia) resultan cercanos y comunes, pero que no sienten propios del todo, pues las normas y los ritmos son marcados por las personas adultas.

Durante los fines de semana, esa ausencia de espacio propio provoca la intención de apropiarse de uno (el ejemplo más directo es el del botellón que se instala en plazas y parques). No sólo ante la necesidad de situarse en un espacio físico que les acoja y les resulte cómodo; también desde la perspectiva del espacio que trasciende a lo físico: un lugar donde marcan las normas y los ritmos, donde se sienten arropados, a gusto, donde se reconocen y son reconocidos, donde pueden desarrollar todas sus estrategias y experimentos de socialización, y donde forjan grupalmente su identidad. Evidentemente, sería simplista y reduccionista asumir que sólo esos espacios físicos y simbólicos representan la identidad adolescente, o la auténtica naturaleza de su diferenciación en valores y percepciones. Pero también sería ingenuo minimizar la importancia de esos espacios en su desarrollo como personas (como ocurre con otros muchos), y enfocarlos exclusivamente desde una perspectiva problematizadora y centrada en los riesgos.

- *Yo, generalmente, me gusta salir con los amigos pero no en plan discotecas sino más en plan tranquilo, ir a un bar, tomar algo, estar ahí bastantes horas. Yo qué sé, empezar a las 12 y acabar a las 6 por ejemplo. Y, pues estar allí, cambiar de bar de vez en cuando; un futbolín, un billar, también nos gusta que haya música, pero música en plan ambiente, me gusta que no sea todo el rato música, cargado de gente, sino que sea más tú estás en tu sitio, hablas con tus amigos.
(...)*
- *Yo creo que eso también supone que haya muchas veces botellones fuera de los recintos.*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Esa apropiación (temporal) del espacio marca de forma determinante los consumos que en él tienen lugar. Así, hablando del alcohol, se generan mecanismos de ubicación/desubicación temporal y espacial, que determinan las expectativas ante el consumo. Habrá lugares apropiados para el consumo de alcohol (dejando a un lado los privados, y los bares y discotecas, en pos de aquéllos de los que se apropien para tal fin, como plazas y parques), frente a otros que no lo serán; de igual modo, existirán momentos indicados, que además resultan prioritarios (estará mal visto beber en un parque durante el día, delante de menores, familias, o personas mayores, por ejemplo). En definitiva, que asumen la necesidad de reconocerse en el momento y el lugar en el que se producen los consumos de alcohol y otras sustancias, de sentirlos como propios y autónomamente configurados, de sentirse seguros y seguras de sus efímeras conquistas. En este contexto, la noche es el momento propicio que tiene a unificar los criterios.

- *Imagina que estás bebiendo tan tranquilo en la calle con tus colegas y... y están pasando señores mayores, ancianos.*
- *Sí.*
- *No es igual.*
- *Ostia, no es lo mismo, ¿sabes?*
- *Claro.*
- *A mí incluso hay veces que... estoy en la compra, o voy a la compra y hay una familia comprando, pues eso, cositas con los niños y todo. Y de repente llego yo con cinco botellas para mis colegas... y todo, y digo yo: "¡Joder, qué vergüenza!"*

(Chicos, 20-24, Madrid)

A partir de estas premisas, "fiesta" y "noche" presentan una relación casi indiferenciable, que retroalimenta el sentido (no parece que haya fiesta sin noche) y dota de significado a los hábitos y consumos que tienen lugar. Noche entendida como el momento de lo excepcional, la risa, y la travesura. Incluso noche que se interpreta como espacio de mayor libertad, y sin duda de mayor desinhibición (en una característica que se relaciona directamente con el consumo de alcohol, por ser una de sus consecuencias inmediatas más señaladas). Sensación de libertad que tiene que ver directamente con la mencionada percepción de habitar espacios propios, y de configurar momentos y recorridos de forma más autónoma que el resto de la semana.

- *La noche es...*
- *Es la travesura, ¿no?, la risita.*
- *Jajaja.*
- *Porque de día dices, pues ahora mismo hay de día, a plena luz del día que está paseando, ¿qué haces?*

(Chicos, 20-24, Madrid)

- *La noche es más libre, o sea...*
- *Claro, lo que a lo mejor no te atreves a hacer en el día, pues lo haces en la noche, no sé.*
- *Claro...*
- *A lo mejor porque las caras se ven menos, yo qué sé.*
- *Jajajaja*
- *Las... somos más guapos de noche, yo qué sé.*
- *Hombre, en el sentido de que por la noche... tal cual, te sientes un poco más libre. Por la noche yo hago cosas que de día no haces, obviamente, porque... en público no está bien visto.*

(Chicos, 20-24, Madrid)

Frente al día, se interpreta que durante la noche de los fines de semana los hábitos cambian (aunque luego puedan establecerse rutinas que se repiten fin de semana tras fin de semana), y el momento conduce más al exceso y al "desfase"; precisamente por la sensación relatada de mayor libertad, autonomía y desinhibición, y por el sentimiento de apropiación espacial y temporal.

Yo creo que por la noche se magnifica todo, si durante el día fumas, por la noche fumas más, si durante el día te tomas una cerveza durante la noche te vas a tomar dos, tres, cuatro

- *Si a veces tienes amigos que fuman pero tú no fumas nunca dices, dame un poco*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

- *La gente... desfasa más un fin de semana que un miércoles*
- *Sí.*
- *Lo que pasa que un miércoles tampoco sale... Los Erasmus y tal, pero la gente no es el mismo tipo de gente que pueda salir un viernes.*
- *Sí, el ambiente es más diferente, ¿no?*
- *Mucho más festivo, con más ganas de salir.*
- *Entre semana es más como que la gente hace vida normal y la gente se recoge antes, no sé.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

Salir implica, según cuentan adolescentes y jóvenes, completar la ecuación de amigos y amigas más alcohol. En este sentido, se interpreta que resulta un hábito establecido y casi estandarizado, que resulta indisoluble de la percepción de lo que *debe ser* la diversión, fundamentalmente asociada a los y las jóvenes. Como si hicieran suyo un estereotipo socialmente construido, por un lado desde el reconocimiento de que les resulta útil y, sobre todo, divertido; por otro lado, desde la despreocupación y desresponsabilización que supone la propia asunción de que es socialmente construido (es decir, que se comportan tal cual quiere la sociedad, y espera de ellos y ellas).

Yo creo que lo que tiene que haber cuando sales de fiesta para pasártelo bien es un poco de alcohol para llevar la cosa. Bueno, te lo puedes pasar bien igualmente sin alcohol

- *Amigos*
- *Claro, y gente con la que comunicarte y que liguen contigo y esas cosas*

(Mixto, 16-19, Madrid)

Y que yo pienso que si bebes todos los fines de semana ya es un hábito, salir y tener que beber sí o sí . Yo tengo amigas que es salir y tengo que beber para pasármelo bien, sí o sí

- *Y que es absurdo, puedes beber...*
- *Es como un hábito. Salgo, bebo, y ya si no bebo no me lo paso bien y me tengo que ir a casa, es así*
- *Se puede hacer todo*

(Mixto, 16-19, Madrid)

Sin embargo, pese a que el discurso mayoritario asume la realidad de esos hábitos nocturnos establecidos, y cierta estandarización del ocio de fin de semana, también existen argumentos que rechazan lo que puede ser una consecuencia de asumir acríticamente ese modelo de ocio, y es la consolidación de una imagen generacional de consumidores y consumidoras de alcohol de alto riesgo, con hábitos superiores a los de las generaciones anteriores. En este sentido, la respuesta más inmediata suele ser que quienes son sus padres y madres bebían "igual o más", y que en esa imagen generacional de "borrachos" hay un alto componente de chivo expiatorio de la mala conciencia social respecto a hábitos que sustenta desde la jerarquía de valores imperantes.

- *Es que ahora los adultos de hoy en día nos están poniendo como borrachos*
- *Claro*
- *Y tampoco es tan horrible*
- *Pero realmente ellos también bebían muchísimo*
- *Claro*
- *Porque yo tengo mis tíos, que empezaron a beber muchísimo antes que yo, y lo decían. Yo iba con mi padre al bar y bebíamos*
- *Y mi padre fumaba porros*
- *Claro, y mi padre ha fumado tabaco toda su vida (...)*
- *Yo siempre he escuchado, es que mira hoy en día, mira cómo están*
- *Y tú estabas igual en tu época. O peor*
- *O peor*
- *Mi padre me ha contado que fumaban en clase*
- *Moderador: ¿Pero vosotros a vosotros mismo cómo os veis?*
- *Yo me veo bien*
- *Yo también*
- *Yo no me acuerdo de la última vez que me puse pedo.*

(Mixto, 16-19, Madrid)

3. EL PAPEL DEL ALCOHOL

En el contexto de la diversión nocturna de los fines de semana, el alcohol adquiere el papel de acompañante, como señalan los y las jóvenes. Acompañante junto a otros elementos que parecen complementarse (los amigos, la música, el baile, los bares, la seducción, la risa...), de tal manera que si faltan muchos de ellos pareciera necesaria una mayor presencia de alcohol para suplir su ausencia. Además, cuando se está más entretenido y la diversión surge por esos otros cauces, el consumo de alcohol parece algo menos necesario; siempre desde la asunción de que el imaginario sobre la noche de diversión “perfecta” parece incluir todos esos elementos, combinados en su justa medida.

- *Hay veces que estás hablando y de repente no te das cuenta de lo que te has bebido. Y sigues bebiendo y bebiendo. Lo que pasa es que no sé.*
- *Sí, sigues bebiendo.*
- *Es que no te das cuenta.*
- *Dices: “Coño, ¿ya me la he acabado?”*

(Mixto, 20-24, Valencia)

Lo cierto es que la percepción general asume que salir sin beber alcohol es algo minoritario, o incluso que salir sin beber “no es salir”, porque en la propia asunción del sentido de la “fiesta” se incluye el consumo mayor o menor de alcohol. Existen ambientes (discotecas, por poner un ejemplo citado) en los que además se señala que es “imprescindible” para poder “aguantar”, a pesar de la paradoja que implica asumir que un consumo excesivo de alcohol seguramente conduce a terminar la noche antes y de peor manera (si bebes más, aguantas menos). Así, beber parece tener que ver más con dar contenido a una noche cuyo imaginario reclama ese contenido, incluso reconociendo que es un mal necesario, recurrente y fácil, que consolida un hábito del que a veces ni son conscientes, en base a su constante e indiscutida presencia.

- *A mí no me hace falta beber... O sea, quiero decir, yo hay... Hay muchas noches que he salido y me he echado a lo mejor, eso, un cubatilla o algo... Y yo qué sé, si la música te gusta, estás con tus amigos, y a lo mejor dices: “Hoy no bebo, que ayer ya bebi”. O qué... Que no... No me apetece beber simplemente, ¿sabes? Y... y si eso... Tienes que conducir, o cualquier cosa y no bebes. Y... te lo pasas bien igualmente. Quiero decir, que no... Hay veces que no es obligatorio beber para pasártelo bien. Hay veces que sí porque... porque a lo mejor, yo qué sé...*
- *Por los otros.*
- *Sí, yo qué sé, por la discoteca, o por la gente con la que vas, o por lo que sea...*
- *Dices: “Es que si no bebo es imposible que me divierta”, ¿sabes?*
- *Pero hay veces que dices, hoy podía haber... Hoy voy a intentar en toda la noche no beber y que sea una de las mejores noches de mi vida. (...)*
- *Yo siempre que salgo bebo.*
- *(...)*
- *Yo sí, si no, no salgo.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

- *A ver, salir si salgo, pero de aguantar hasta las seis en un garito...*
- *Yo creo que se aguanta mejor sin alcohol que cuando has bebido, eh*
- *Alguna vez que he bebido y sin beber, yo aguanto, puedo aguantar hasta las siete o las ocho sin beber perfectamente. Y si bebo a lo mejor me tengo que volver antes*
- *Eso es lo que pienso yo, porque si estás con el pedo a lo mejor te entra ya el bajón y te quieres ir a dormir*

(Mixto, 16-19, Madrid)

A la hora de señalar las cosas que hacen atractivo al alcohol, principalmente se menciona su papel como elemento desinhibidor, vehículo que facilita la diversión y genera las dinámicas e interacciones a partir de las cuales teóricamente resulta más sencillo generar diversión. Porque se pierde la vergüenza, y parecen olvidarse todos los aspectos que no tengan que ver con la mera diversión. También se señala que disminuyen los miedos, y permite probar y hacer cosas que no se haría estando completamente sobrios o sobrias. En definitiva, consumo de alcohol como coartada para realizar más locuras, “hacer el gamba”, atreverse, divertirse sin mayores pretensiones.

- *Para mucha gente es lo que le hace pasárselo bien... Ir borracho es lo que le hace pasárselo bien*
- *Y para otros simplemente es darle un poco de...*
- *De salsita. Te ayuda un poco a pasártelo mejor*
- *Estimulante. Desinhibidor, que se llama*
- *Eso es*

(Mixto, 16-19, Madrid)

- *Yo creo que te olvidas más de todo.*
- *Y estás más desinhibido, pero...*
- *Es como que te da igual todo.*
- *Cuando te bebes que vas ya pasadillo, ya te importa todo. O sea, ya te has olvidado de los exámenes, te has olvidado de los problemas, te has olvidado de todo. Te centras en bailar, en la música, porque no piensas en nada más. Vamos, por lo menos en mi caso.*
- *Sí.*
- *Y como ha dicho ella, eres más natural, y te da más igual todo...*
- *Pierdes como más la vergüenza.*
- *Sí.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

Trascendiendo su papel como vehículo corto hacia la diversión, o quizás ahondando en su potencial desinhibidor, algunos adolescentes y jóvenes señalan que el alcohol cambia a las personas, eliminando algunos filtros o prejuicios, y debilitando determinados mecanismos de control, que hace que no se piense tanto en las consecuencias de algunos actos cuando se está bajo los efectos de determinada dosis de alcohol.

- *Lo que pasa es que la gente cambia mucho por el alcohol*
- *Muchísimo*
- *Yo tengo un amigo que sólo le he visto borracho, vale. Es conocido porque es amigo de otros amigos míos y el tío es tartaja, es tartamudo y cuando se vuelve pedo habla normal y es mazo hiperactivo*
- *Con el alcohol se te va la vergüenza*
- *Sí, sí, sí*
- *Exactamente*
- *Y gente que es superseria y vamos a estudiar, luego...*

(Mixto, 16-19, Madrid)

- *Es un poco por... porque te quitas todas las... Te quitas un poco lo que te pasa por la cabeza*
- *Que no piensas, a lo mejor, en lo que pueda pasar.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

Más allá de los riesgos evidentes que puede implicar este último aspecto, resulta interesante asistir a las explicaciones sobre cómo el alcohol puede permitir a las personas “ser más uno mismo”, explorando partes de la personalidad que los filtros de la plena consciencia parecen ocultar o soterrar, y aparentemente siendo “más naturales”, precisamente cuando el estado de embriaguez no parece ser el más natural de los estados. En esta asociación entre el consumo de alcohol y la exploración identitaria, la integración grupal y el mutuo reconocimiento, se encontraran no pocos elementos de riesgo asociados a los consumos más problemáticos.

- *Yo creo que eres más tú mismo.*
- *Yo me rallo.*
- *Yo si no bebo me rallo, ajajaja.*
- *Es como que pierdes... como... Pierdes todo lo que tienes ganas de más y tal, y como que haces lo que quieres un poco.*
- *El control, te quitas los controles.*
- *Sí, claro. Te quitas los... las limitaciones que tienes psicológicas todo... todo el rato. Es cómo: pues si me apetece bailar bailo, y ya si... .*
- *Ya, qué más da, ¿sabes?*

(Mixto, 20-24, Valencia)

Frente a una percepción del consumo de alcohol que muy mayoritariamente gira en torno a elementos que tienen que ver con la diversión y el disfrute (es decir, a su capacidad como elemento facilitador), otra perspectiva incide en su potencial como anestésico, ante nervios, disgustos, problemas. Beber para no pensar, para olvidar y para desfogar. Beber con el mero objeto de beber y nada más, cuando la diversión y la interacción ya no entran en juego, y el alcohol adquiere mayor importancia aún a la hora de dotar de contenido al consumo (ningún elemento más entra en juego). Siendo esta perspectiva minoritaria y puntual, conviene reconocer el riesgo que implica para jóvenes (y adultos) con dificultades sociales o relacionales.

- *○ que por ejemplo estás nervioso por cualquier cosa y estás con el cubata*
- *○ que te aburres porque estás todo el rato bebiendo*
- *○ beber para olvidar, que también te ha pasado algo...*

(Mixto, 16-19, Madrid)

- *Si tienes acumulada toda la semana hecho polvo, después bebes para curar todas las penas y las sueltas de golpe*
- *Sí, yo creo que es lo peor, beber para olvidarte de las cosas*
- *Para desfogarte, sí*
- *Hombre, lo peor, depende. Si llevas una semana supermala, no sé, te apetece en el fondo*
- *Yo lo decía en plan que es un remedio para olvidar, yo no creo que el alcohol sea ningún remedio*
- *A ver, no te va a curar tus problemas*
- *Es circunstancial, yo creo*
- *Pero si en ese momento no te hace pensar en ello, mira*
- *Algo que ganas*
- *No es en plan para ahogar las penas, no es en plan sentarte en un banco a beber y a llorar, pero tomarte algo con alguien y distraerte...*
- *Es más pasártelo bien*
- *Sí*
- *No sé, te acaba de dejar el novio pues sales con tus amigos, puede que bebas, puede que no bebas pero al menos tener a gente que te ayude a superar algo, que has sacado malas notas, que has tenido una semana horrible, es como que te ayuda. Claro, siempre habrá el típico que te dirá: bebe que te irá bien y puede que si que bebas para llegar a ese punto de subidón, el puntillo de me siento mejor, pero tampoco es llegar al límite para acabar otra vez llorando diciendo que tu vida da asco*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

La presencia y el establecimiento del paralelismo entre salir y beber alcohol queda patente en el proceso de organización y las expectativas ante una noche de diversión. Así, es común escuchar que la planificación supone la aceptación de que el alcohol estará presente: salir implica que se bebe (reconocen), y opciones que impliquen una menor presencia, o la ausencia, de alcohol, pueden aceptarse desde la premisa de que esa salida se ha “improvisado”. Conviene resaltar, además, que “salir sin beber” no significa la total ausencia de consumo de alcohol, de igual modo que “no salir” no significa quedarse en casa, pues la atribución se establece con salir “de fiesta”, que en sí mismo ya implica unos niveles de consumo, unos recorridos determinados, y unos horarios (tomarse una caña y volver a casa no es “salir”, por ejemplo).

- *A ver, yo creo que eso suelen ser... Los días que no bebes suelen ser los días en... improvisados o algo, que sales a cenar: "Vamos a no sé qué pub un rato", tal...*
- *Sí.*
- *Eso es más de pub, es que yo creo que en una discoteca siempre lo haces.*
- *Sí. Sí, no sé. Si lo planeas, en general sueles, por la cosa de tal... Ehh... ¿Quién bebe ron esta noche? ¿Con quién cojo el botellón?, y tal... Siempre, en general, sueles coger, aunque sea, algo ¿sabes?*
- *Sí. O sea, no tiene porqué... No tienes porqué desfasar todos los días ni mucho menos. Pero... En general, si sales planeado, y tal, sueles coger algo aunque sea.*
- *Claro.*
- *Sí.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

A partir de esa aceptación generalizada, las principales diferencias en los hábitos que atañen al consumo de alcohol tendrán que ver con la predisposición de cada día a salir *tranquilamente* (“de tranqui”), o salir “de fiesta”; asumiendo que la segunda opción conlleva un consumo de alcohol (y, en ocasiones, de otras sustancias), bastante más elevado. En lo que se refiere a la manera de consumir alcohol, la principal diferencia, a la luz de los relatos en primera persona de adolescentes y jóvenes, tienen que ver con beber de forma más o menos pausada, en muchas ocasiones bebidas de menor graduación, aunque sea durante bastante tiempo; frente a beber por atracón durante un periodo corto de tiempo, al que luego pueden seguir más consumos, ya de forma más espaciada.

En definitiva, se puede decir que, hablando de salir, las diferencias en la connotación del consumo de alcohol tienen que ver con la manera en que se bebe, que además se relaciona directamente con el proceso de maduración personal, y con los efectos inmediatos que provoca (el atracón provoca una borrachera más inmediata y descontrolada). Es decir, que no parece relacionarse tanto con la cantidad total de alcohol que se ingiere (con el consumo por atracón te desfondas antes y posiblemente dejas de beber antes). Siempre recordando que nos referimos a hábitos que señalan jóvenes que reconocen consumo habitual de alcohol, y que explican los diferentes modos en que pueden afrontar una noche de ocio y diversión; es decir, un tipo de hábitos muy concretos, que no tienen por qué ser los que identifiquen a todos los y las jóvenes, aunque el imaginario colectivo establezca una relación tan estrecha entre esos hábitos y casi la propia definición de juventud.

- *Yo según, puedo salir de “tranqui”, que beberme seis otra noche y ponerme fino.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

- *San Isidro es ir a beber toda la tarde, pero no... no beber como hablábamos antes de me voy a cocer aquí ya, directamente.*
- *Claro, no, es poquito a poco.*
- *Sí, porque no tienes luego seis horas de reggaetón, entonces.*
- *Yo hablo personalmente, desde mi punto de vista. Luego ya si tú quieres ir rollo menos...*
- *Luego yo, cuando era más pequeño...*
- *Claro, sí, si ibas a cocerte. Pero es que cuando tú eres pequeño vas a cocerte cada vez que puedes.*

(Chicos, 20-24, Madrid)

Esos consumos por atracón, como se apunta, se consideran propios de épocas más jóvenes (siempre de edades más jóvenes que el interlocutor o la interlocutora), hábito que teóricamente se va dejando atrás, en pos de un beber más reposado. Ello sitúa a quien así lo plantea (poca gente llegará a reconocer que no tiene un consumo “controlado” de alcohol), en el terreno del saber beber que otorgaría la experiencia; algo que no quita que se reconozca que, a pesar de ello, de vez en cuando se siguen traspasando los límites, pues “un día es un día”. Así, en ocasiones, abrazar ese nuevo modelo de consumo en contraposición al atracón y el hábito adolescente, puede limitarse simplemente (como ejemplifican) a optar por alcohol considerado de mayor calidad (frente a bebidas baratas y marcas blancas), o a repartir la compra entre más personas para no beber tanto (aunque luego se compre más...).

- *Moderador: Y en vuestra manera de salir, ¿en qué habéis cambiado.*
- *Porque antes salías y... básicamente, yo por lo menos, antes me ponía hasta el culo de alcohol. No... bebía, bebía y bebía. Y ahora cuando salgo me tomo una o dos copas. Y eso pocas veces, porque cuando salgo es a tomarme un cubo de cerveza con mi novia o con mis amigos. Y ya está. Ahora realmente yo creo que ha cambiado la cantidad y el tiempo. Normalmente ahora lo que suelo beber es cerveza, y ya hasta con limón. O sea que...*
- *Yo creo que también es como decía un poco él, eh... Cuando teníamos 18 años salíamos a beber a saco a las discotecas, a beber todo lo que pudiésemos. Y ahora yo creo que con la edad y eso, vamos un poco más a los bares a tomar algo, o a un garito a tomar una copa y nos recogemos antes.*
- *(...)*
- *Yo en mi vida también he cometido excesos, pero luego ya, según vas madurando eres mucho más crítico con eso. Y yo cuando salgo digo: “Pues yo, no paso de... de ciertos límites y no pruebo ciertas sustancias”. Yo me tomo una cerveza, o dos copas, y ya está.*
- *Luego lo que dices tú, pues algún fin de semana, pues oye...*

(Chicos, 20-24, Madrid)

- *Aunque luego también la gente es un poquito... racanea con... con alcohol, que se compran vodka de ese del Mercadona, de... pff... cuatro pavos, y... yo digo... Que a ver, no sé, yo nunca lo he probado. Yo bebo ron normalmente y... depende del día. Es que no sé... Pero normalmente ya lo que hacemos es comprar una botella entre tres, no antes, que era entre dos...*
- *Sí.*
- *Y luego ya en la discoteca, pues si vas con otra botella más, pues haces la noche...*

(Chicos, 20-24, Madrid)

Sea como fuere, el argumento de fondo es que para pasarlo bien no hace falta beber... aunque, probablemente, te lo pases mejor si bebes. Fundamentalmente si el grupo de referencia bebe mayoritariamente, marcando de forma esencial el modo de diversión.

En relación a los motivos para salir sin consumir alcohol, y dejando a un lado la propia y firme elección permanente de no consumir alcohol (porque no gusta, porque no sienta bien...), uno de los principales motivos para que una persona se desmarque de un grupo de amigas o amigos que bebe, es tener que conducir para volver a casa tras la noche de diversión. No son pocos los ejemplos de jóvenes imprudentes que cometen el error de coger el coche y la moto habiendo bebido, pero tampoco son desdeñables los de aquellos o aquellas que se mantienen firmes en su tolerancia cero ante el consumo de alcohol al volante.

- *Pero también puedes pasártelo bien sin beber, eh. Llevo el coche el 90 por ciento de las veces y no bebo*
- *Es que es muy difícil dejar de beber para llevar el coche*
- *Yo bebería, pero también me lo paso estupendamente sin beber.*

(Mixto, 16-19, Madrid)

4. RESPONSABILIDAD, CONTROL, Y RIESGOS

Cuando la relación entre noche y alcohol se realiza de forma tan directa y evidente, la manera en que se interpreta la capacidad de “controlar” el consumo, y se perciben los riesgos asociados, resultan esenciales a la hora de poder interpretar los hábitos y las expectativas que generan; más aún por cuanto el discurso general más integrado en los hábitos de ocio nocturno, percibe que el modelo ideal de “fiesta” incluye consumos que ya se asume que exceden el estado de sobriedad. Es decir, que el control sería una herramienta de autoregulación del consumo de alcohol que se pone en práctica cuando el estado natural de la persona ya se ha visto alterado en alguna medida.

Desde esta perspectiva (desde el discurso más despojado de culpabilidad, y de hábitos de mayor riesgo), “controlar” será poder emborracharse sin que ello merme las posibilidades de seguir pudiendo alargar la noche, de posibilitar mayores dosis de diversión, frente a la “bajona” que provoca tener que regresar a casa. En definitiva, no será beber menos, si no saber cómo poder beber (más) sin que ello afecte negativamente en el corto plazo (riesgos que trasciendan el corto plazo no suelen considerarse).

- *Yo salgo de fiesta y veo a gente tiradísima por los suelos potándose encima, y yo hasta ese punto no he llegado nunca.*
- *Se te puede ir un día la mano, de que te siente mal el alcohol y tal... Pero no...*
- *Pero no dejarte... es que ese no es mi objetivo, es que... No sé quién pensará así, que hay gente que no lo piensa, pero... Y los ves, que dices: “Si ha sido intencionado, ¿qué gracia tiene?”.*
- *Claro. Está claro.*
- *Hombre, llegar al límite, límite, tampoco creo que sea el objetivo... O sea, la gente dice: “Vale, mientras más borracho mejor”. Esto lo tiene ahí como asociado.*
- *A lo mejor es capacidad de control, también.*

(Chicos, 20-24, Madrid)

- *Yo es que soy de ponerme muy ciego, muy borracho al principio y aguantar toda la noche. Y al principio soy el que más pedo va y luego el que mejor aguanta, llevando a los colegas a casa*

(Mixto, 16-19, Madrid)

A partir de este planteamiento, el exceso no estará representado por la borrachera, y sí por los efectos negativos de la misma (vomitar, dormirse, encontrarse mal...). Aceptando esto (el discurso mayoritario lo hace, pues aparentemente todo el mundo se ha emborrachado alguna vez), “ir un poco mal”, entendido como estar borracho o borracha, no estará mal considerado, si ello no tiene consecuencias negativas en el trascurso de la noche, ya sea para uno o una misma, ya sea para las personas que te rodean. En este terreno de juego, aparentemente la única responsabilidad exigida será llegar bien a casa, quedando en cierto limbo todo lo que ocurre antes, si ello no ha impedido llegar en buenas condiciones al hogar.

- *El alcohol es bueno con cierta moderación, no tienes que llegar al punto de caerte en el suelo con un coma etílico, puedes llegar al punto, tu punto propio, el que sea y decir, vale, voy bien o voy un poco mal pero tampoco me estoy muriendo.*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

- *El alcohol tampoco se considera mucho exceso, a no ser que acabes evidentemente potando y eh... Y... y acabando fatal.*

(Chicos, 20-24, Madrid)

Moderador: ¿A la hora de salir, cuáles son vuestras responsabilidades? ¿Sentís que tenéis alguna responsabilidad cuando salís por ahí o no?

- *No perder el móvil*
- *Ni la cartera, ni las llaves*
- *Sí, sí. Y llegar bien a casa*
- *También*
- *Sí*
- *No llegar por los suelos*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Y a pesar de que se establece una clara diferencia entre el consumo de alcohol y el consumo de otras sustancias (porros, cocaína, drogas de diseño), en los términos en los que se entiende el control y el abuso de las mismas, lo cierto es que el discurso de fondo nos remite a discursos ya escuchados entre consumidores habituales de sustancias ilegales. Mientras que desde los consumidores y consumidoras de alcohol (y no de otras sustancias) se expresa mucha menor tolerancia respecto al consumo de drogas ilegales, en el sentido de que no se asume la capacidad de controlar el consumo de las mismas de la manera en que se afirma con el alcohol, ni se adopta una percepción tan benévola a la hora de traspasar los límites, desde consumos de cannabis y cocaína se expresa un discurso muy similar al mencionado respecto al control del consumo de alcohol, para justificar los consumos de esas sustancias ilegales: controlar será consumir sin que ello impida seguir disfrutando de la noche, pudiendo alargar la noche aún más (Megías, l.: 2008). A partir de ahí, se entra en el indefinido terreno de cuáles asume cada cual que son sus límites, asumiendo que cada sustancia representa distintos riesgos, y de diferentes maneras, en una perspectiva que otorga importancia central a la forma en que socialmente se percibe e interpreta el abuso y los propios riesgos, y cómo varían de una sustancia a otra.

- *Pero claro... la droga, yo creo, o sea, similar al exceso.*
- *Es que la droga ya es como... Es como que has dado un paso más.*
- *Sí.*
- *Sí, es de la gente que está un poquito ya...*
- *Claro. La droga es un tipo de gente un poquito más... tal.*
- *Es... Es más feo.*

(Chicos, 20-24, Madrid)

Para estar en mejor disposición de controlar el consumo de alcohol, de no traspasar el límite que impida seguir disfrutando de una noche de fiesta, adolescentes y jóvenes parecen no contar con muchas más armas que las que suponen su propia voluntad y su experiencia. Más allá de ello, simplemente señalan una cuestión básica, con forma de consejo, que teóricamente intentan aplicar en sus hábitos asociados al consumo de alcohol: no beber con el estómago vacío, comer algo. También llegan a mencionar el comprar sus propias botellas (frente a la presuposición de que en muchos locales te pueden ofrecer alcohol de peor calidad), como forma de control de lo que se bebe; argumento que desliga el control de la cantidad de alcohol que se bebe, y desdibuja un tanto la percepción del abuso (¿si abuso de alcohol de, teóricamente, mejor calidad, no está mal?).

Moderador: ¿Hay trucos para controlar? ¿Tenéis trucos para no pasar el límite?

- *Cenar*
- *Comer antes*
- *Sí*
- *Cenar bien, y ya está*
- *Sí, sí*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

- *... de hecho sabes lo que estás comprando, porque a veces te sirven un alcohol que realmente tú estás pagando una cosa y luego es otra, y así te evitas...*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Hablando de excesos, de la manera en que se perciben, asociados al consumo de alcohol, lo primero que se aprecia es que siempre se proyectan sobre otras personas. Y ello a pesar de que casi todo el mundo reconoce que, en alguna ocasión, bebió más alcohol de la cuenta; incluso entre quienes habitualmente se emborrachan. Pero el auténtico exceso se observa en los otros, personas que “no controlan” y cuya imagen de “desfase” servirá para justificar el control propio.

Moderador: ¿Se cometen muchos excesos los fines de semana?

- *Depende*
- *Por mi parte no, pero por parte de mis amigos sí*
- *Alguno, alguno...*
- *Siempre, todos los días alguno cae*
- *A alguna amiga la tengo que llevar a casa en coche*
- *No, pero siempre ves a mucha gente por ahí que dices, este a dónde va a llegar*

(Mixto, 16-19, Madrid)

- *A mí o que no me gusta es el típico amigo que siempre se pasa*
- *Te jode la noche y tienes que estar por él. Vale, es tu amigo, me da igual, pero en el fondo piensas, joder*
- *El punto de ese de tener que recoger a tus amigos. Venga, levántate*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Los elementos que más encarnarían el consumo excesivo tendrían que ver con desatender las responsabilidades, cuestión que de nuevo aleja a cada cual del escenario del riesgo. Es decir, que en el contexto de las noches de diversión no está tan mal visto cometer determinados excesos, precisamente porque no parece que haya más responsabilidad que la mencionada de llegar a casa sanos y salvos, mientras será el resto de días o momentos (durante el día, por ejemplo), cuando se entiende que el consumo de alcohol no tiene cabida, o no de la misma manera. Toda vez que los momentos de consumo están bien definidos, parece complicado que adolescentes y jóvenes asuman el exceso en tal sentido, precisamente porque su consumo (excesivo o no), no entra en esos contextos de responsabilidades (laborales, escolares, familiares...).

Dentro de los contextos que sí se consideran de fiesta, y en los que la percepción del control y los límites es evidentemente distinta, las consideraciones sobre el exceso de nuevo parecen trascender el consumo en sí mismo, la cantidad de alcohol ingerido y la manera en que ello afecta a cada persona, para situar el foco de la atención en cuestiones que tienden a alejar a adolescentes y jóvenes de la preocupación y la asunción de protagonizar comportamientos de riesgo. Así, se habla

de exceso cuando se dice que se sale “por encima de las posibilidades”, algo que no sólo incluye el consumo de alcohol, sino también la capacidad adquisitiva, o los compromisos y normas horarias (la hora de volver a casa, por ejemplo).

- *Cuando se te acaba el dinero pues no te puedes exceder más de eso, entonces. . .*
- *Exceso, pues. . . ¿Qué exceso? Más alcohol. . .*
- *A lo mejor no te drogas por las noches, pero sí sales viernes, sales sábado, y el domingo te vas a La Latina, ¿sabes? Y el jueves es “juernes” y tal. . . Entonces*
- *Joer. . .*
- *Tú lo que dices es salir por encima de las posibilidades de salir.*
- *Claro, el exceso.*
- *Es decir: “Ahora tendría que estudiar pero voy a salir. Ahora tendría que estar preparándome un trabajo para el día tal pero voy a salir”.*
- *Sí.*
- *Sí, bueno, pero eso. . . Ese exceder, todos nos hemos excedido alguna vez. Y has empalmado dos o tres días seguidos, porque al final así te has liado y así ha surgido la cosa, ¿no? Pero. . .*

(Chicos, 20-24, Madrid)

Finalmente, la máxima expresión del discurso más descreído (o más cínico) en relación al exceso, será la que emplea el argumento de que “todo en exceso es perjudicial”, equiparando conductas de riesgo con otras que lo son menos, hábitos consolidados con proyecciones, y obviando las evidentes diferencias entre sustancias y entre consumos de muy diferente naturaleza. Argumento que equipara el consumo de alcohol con otro tipo de consumos que no encuentran utilidad en el consumo excesivo, como sí ocurre con el alcohol (motivo que multiplica el riesgo asociado).

- *Pero el exceso. . . No sé. . .*
- *Cualquier cosa en. . . en exceso es perjudicial. O sea. . .*
- *Si comes mucho. . .*
- *. . . si abusas de la sal y los cafés. . . Todo eso es mal. Igual que si. . . A ver, una persona que se fuma sus porros diarios, por mucho que el cannabis sea menos dañino que el tabaco, va a acabar hecho polvo.*
- *Sí.*
- *Se le van a freír las neuronas.*
- *Sí.*
- *Igual con el alcohol.*
- *Con ocho copas todos los días. . .*
- *Claro, crea adicción, jeje.*

(Chicos, 20-24, Madrid)

Los riesgos (en general) se asumen como parte de la fiesta, de tal manera que “saber salir” será saber evitar esos riesgos, incluido el exceso en el consumo de alcohol. Desde el momento en que se asume que es conocida la existencia de riesgos, se interpreta que sólo las personas inmaduras o inconscientes sucumbirán a ellos (a los que tienen que ver con los propios actos, con la propia voluntad); y nadie reconocerá que no es una persona lo suficientemente consciente o madura para saber beber alcohol.

Moderador: Esos riesgos que me contáis no os preocupan demasiado, ¿no? Porque si seguís. . .

- *A ver, sí preocupan pero los asumes*
- *Claro, como te tira la fiesta mucho*
- *A lo mejor la primera vez sí te echa más para atrás, pero luego ya te vas acostumbrando*
- *Ya sabes por dónde moverte, si ya está viendo a uno que se está metiendo una raya o que está empezando a pegar gritos, por ahí no te vas a ir, te vas a otro local o a la otra punta de la discoteca*

(Mixto, 16-19, Madrid)

- *No sé, yo creo que los riesgos sí, que los sabemos, todo el mundo lo sabe. Luego hay gente que los sabe y los asume y gente que le da igual. Pero saberlo, yo creo que todo el mundo lo sabemos (...)*
- *Yo tengo un amigo de mi clase que ese chaval va a tener problemas. Le han operado hace dos semanas del hígado, porque tiene problemas de hígado, y el finde pasado ya estaba bebiendo*
- *Malamente*
- *Eso es de ser un inconsciente*
- *Y a, si se lo decimos, pero él dice que no se lo puede pasar bien si no bebe*
- *Luego le pasará factura. Hay gente que sabe los riesgos, los problemas que hay, pero pone control o los evita*

(Mixto, 16-19, Madrid)

En el lado opuesto, cuando se traspasan los límites en relación al consumo de alcohol, o respecto a algún otro hábito que implique riesgos, el mismo argumento de la madurez se abandera en sentido opuesto, incluyendo estos excesos en el saco de las cosas que corresponderían por edad (cometer algunas locuras, ser un poco inconsciente, jugar con los límites...), en los procesos personales de aprendizaje, y en el tipo de cosas que se dejarán de hacer cuando sean adultos (como es algo con fecha de caducidad, no parece preocupar).

- *No sé, pero yo creo que con respecto a los vicios del alcohol, porros y tabaco, como somos jóvenes pensamos que es más la época. Por eso no asumimos tanto los riesgos y decir, nos podemos hacer drogadictos*
- *Que luego se pasa ¿no? Es una época*

(Mixto, 16-19, Madrid)

El excesivo consumo de alcohol, además de ser un riesgo de salud en sí mismo, representa la aparición, durante las noches de los fines de semana, de otros riesgos, como explican adolescentes y jóvenes: riesgos asociados a la violencia (potenciada por el consumo de alcohol); riesgos al volante (conducir bebido, o ir en el coche con alguien que ha bebido); robos, abusos y agresiones sexuales (aprovechando que la persona está borracha); o simplemente el que te multen por beber alcohol en la calle (que, curiosamente, entra en la consideración de riesgos). Cuestiones que, pese a ser consecuencia de aquél, o estar potenciadas por él, preocupan mucho más que el consumo de alcohol por sí mismo.

Moderador: ¿Y cuáles son los riesgos de salir por ahí? A lo mejor no hay riesgos...

- *Sí, hombre, que te pases bebiendo, que te pases fumando o las peleas esas que hay*
- *Las movidas*
- *O que estés borracho y te metes en un coche...*
- *Que te roben*
- *O que te secuestren*
- *Puede pasar de todo (...)*
- *Y también si estás bebiendo en la calle, el riesgo de que pase la policía y te ponga una multa (risas)*

(Mixto, 16-19, Madrid)

5. LA PERCEPCIÓN DEL LÍMITE Y LA UTILIDAD DEL CONSUMO EN EL FILO (EL “PUNTILLO”)

Junto a las mencionadas percepciones en torno al control asociado al consumo de alcohol, se producen las proyecciones en relación a dónde se establece el límite del consumo, lo que parece tolerable y lo que no, y lo que resulta operativo y lo que no. Argumentos interesantes por cuanto ofrecen una perspectiva de la utilidad que se atribuye a algunos consumos de riesgo o que, cuando menos, se sitúan más allá de lo que se reconoce es el control de la sustancia. Por tanto, una perspectiva de los consumos (al menos algo) excesivos que asume ciertos beneficios incluso atendiendo a las consecuencias negativas de esos consumos (resaca, principalmente), que compensarían en base a lo que entienden son las ventajas del consumo (la diversión que genera), que se sitúan en primer plano.

Como ocurre con el control, será la experiencia personal el elemento señalado como esencial a la hora de saber cuáles son los límites de cada persona en el momento de consumir alcohol. Cada cual sabe hasta dónde puede llegar, precisamente porque en algún momento se ha traspasado el límite (algo que no está mal visto, por ser prueba necesaria de que se está “aprendiendo” a beber). En ese personal proceso de crecimiento personal, los límites se tantean, lo que supone autoposicionarse en situaciones de malestar provocadas por los excesos en el consumo de alcohol, que en el futuro se intentará no volver a alcanzar; o sí, pero siendo conscientes de las consecuencias, si estas “compensan”.

- *Yo creo que todo el mundo ha experimentado alguna vez que se ha pasado de beber. Y cuando te pasas sabes que hasta ese punto no tienes que llegar*
- *Pero hasta que no lo sientes yo creo que no lo aprendes*
- *Pero como eso, todo*

Moderador: ¿Qué significa eso de que lo sientes?

- *Cuando notas que estás borracho, paras*
- *Por ejemplo; para, para, que vomitarás porque te sentará mal. Y hasta que no te sienta mal no paras realmente*
- *A mí mi cuerpo me lo dice, hay veces que veo el vaso y sé que si me la tomo voy a acabar mal, está comprobado*
- *Sí*
- *Es impulsivo tomársela, dejarlo me da pena (risas)*
- *Tienes que conocerte, saber hasta dónde llegas. Tengo amigos que beben hasta reventar, y tampoco están tan mal. Y si yo me bebiera lo que ellos estaría en el hospital. Yo es que siempre bebo lo mismo; mis dos cubatas y depende, hay veces que el tercero. Es que hay días que te entra más, si has comido bien a lo mejor te entran más de dos, si no has comido nada con uno ya vas borracha*
- *Depende también de la persona, tú te tomas dos y dices, voy bien; yo me tomo dos y estoy en el hospital. Y otro que se tomará cinco y dirá; mira, estoy igual, también es la capacidad de tu cuerpo de soportar el alcohol*
- *No todo el mundo soporta igual el alcohol*
- *Claro, tú dices, cómo puedes ir tan mal si te has tomado solamente. . .*
- *Dos cervezas*
- *No sé, tienes que pasar ese límite de contentillo para saber a dónde llegas*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Lo que conviene señalar en torno a las percepciones de estos límites, es que su definición es tan vaga, como flexible y maleable parece su aplicación. Como si la aceptación del mismo encontrara sentido precisamente en traspasar sus fronteras, siendo consciente de que se hace, desde la asunción de que uno mismo o una misma (otra cosa será el resto de personas), tiene las armas para combatir las consecuencias negativas de ese acto de traspasar los propios límites; o simplemente porque no preocupa, porque no se atribuyen riesgos reales o preocupantes.

Así, del límite se dice que tiene que ver con “sensaciones”, que depende del día y las circunstancias personales, que depende de factores psicológicos, del estado de ánimo, de hábitos previos (comer o no), de la calidad del alcohol, de si se mezcla con otras sustancias, etc. Incluso se habla del límite que marca el dinero, trasladando el foco de atención definitivamente de los posibles riesgos asociados, y situándolo en la capacidad de poder seguir con la fiesta.

Definición, por tanto, que ofrece la sensación de que conocer los propios límites no es una “ciencia exacta”, y que el hecho de saber qué cosas pueden contribuir a la beber alcohol sea una experiencia más o menos disfrutable, más o menos desagradable, más o menos arriesgada, no supone que no se vaya a traspasar esa frontera.

- *Hay un momento, porque mi límite son tres o cuatro copas, pero hay un momento en que pierdes el control. Cuando me he puesto ciego, ciego es que no sabía ni las copas que llevaba. En realidad los límites no sirven para nada*
- *Depende del día*
- *También depende del día, y si hace más calor, más frío o lo que sea. Te sube más o te sube menos*

(Mixto, 16-19, Madrid)

- *También depende del día. O sea, es que hay días que te pones a beber y no te sube, no te sube, no te sube...*
- *También depende de lo que hayas comido.*
- *Claro.*
- *De la cena que hayas hecho.*
- *En la semana de exámenes, y el fin de semana... Pfff.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

- *A veces intentas probar una cosa nueva, de beber o algo, y no te sienta igual que lo que tú te pensabas*
- *O días que bebes y te tarda en subir más que otras veces. Alguna vez que me ha sentado fatal es porque he bebido. Y, ah, que no me sube. Pues otro, y luego te sube de golpe, ya es tarde. Cada día es diferente, pero en general sabes, esto no es una ciencia exacta*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

- *Luego también la borrachera cómo te siente, porque tú un día te puedes tomar, no sé ¿Seis, siete? Y te puede sentar mazo de bien, pero otro te tomas lo mismo y estás por los suelos*
- *Depende del cuerpo, de cómo esté y de lo que hayas comido y de todo*
- *La verdad es que nunca se sabe. Porque si no, nunca te darían bajones ni amarillos, no vomitarías nunca, porque sabrías... Hoy me va a sentar bien, hoy me lo tomo todo*
- *También es psicológico, eh*

(Mixto, 16-19, Madrid)

Esa asunción de que conocer los propios límites en el consumo de alcohol no supone que alguna vez no se pierda el control (si se altera alguno de los factores que componen esa imprecisa ecuación, por ejemplo), no impide que la atribución del *buen beber* o *mal beber* sea casi en exclusiva individual, personalizada e intransferible. En base, precisamente, a que se asume que los límites dependen de tantos factores, y partiendo de que cada cual es protagonista de su experiencia,

existe una clara tendencia a rechazar lecciones en este sentido (dejando a un lado cuestiones de sentido común): si el alcohol le sienta de forma distinta a cada persona, y yo conozco mis límites, sólo yo estaré en la mejor disposición para afrontar esos límites (aunque coqueteo con ellos); tal sería el argumento empleado por buena parte de adolescentes y jóvenes (adultos también).

- *Cada uno tiene sus límites, ¿no?*
- *Claro*
- *Cuando veas que vas ya...*
- *Hay gente que lo sabe controlar y gente que no*
- *Claro*
- *O gente que con un cubata ya está que se tira por los rincones y otro que con tres todavía va bien*
- *Exacto*

(Mixto, 16-19, Madrid)

- *Depende de la persona también, hay gente que lo recibe mejor y otras peor. Yo con dos cubatas voy regular, pero hay gente que se toma cinco y está igual que yo con dos*
- *Es como afecte a cada persona*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Desde esta perspectiva, se espera que se traspasen los límites (al menos de vez en cuando), precisamente porque traspasarlos sirve para tener nuevas referencias. Es decir, que conocer los propios límites en el consumo de alcohol no implica necesariamente poner los medios para no traspasarlos, para no perder el control ocasionalmente en la frontera que delimitan los mismos. En tal circunstancia, traspasar los límites, como manifiestan ellos y ellas, será alterar el estado de conciencia, no pensar, dejarse llevar por el impulso en lugar de por la razón que marca precisamente el conocimiento de los límites. Si bien esto, como tantas veces, y a pesar de que se reconocen las situaciones en primera persona, tiende a ser proyectado sobre otros y otras jóvenes, menos cautos y experimentados, más inconscientes e inmaduros.

- *Es en plan ese de, me lo bebo todo y ya veremos qué pasa. . .*
- *Pero sabes dónde tienes tu límite*
- *A ver, yo te lo acepto una vez, porque se te ha ido de las manos, etc. Pero ya que sea cada semana. . . Quédate en casa*
- *Pero a veces llega un punto en que si puede pasar puntualmente puede resultar hasta divertido; va todo el grupo a consolar a la persona, que está tan mal que se ha puesto a llorar*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

- *Yo muchas veces voy pedo y mi cabeza como que está sobria, está normal, pero mis acciones no*
- *Has pasado el límite*
- *Exactamente, has pasado el límite*
- *Primero va el impulso y luego va la razón y eso es cuando ya está mal*
- *Y que tu mente te está diciendo ¿Qué estoy haciendo, por qué estoy haciendo esto? Y no puedes evitarlo*
- *Eso lo pienso al día siguiente, es lo malo*

(Mixto, 16-19, Madrid)

- *No, la verdad es que el alcohol hace bastantes estragos*
- *Pero todo el mundo lo sabe y todo el mundo se los pasa*
- *Yo creo que hasta que no te pasa algo muy fuerte, porque te puede pasar eso, llamas a alguien y bueno, de eso te olvidas, pero cuando te pasa algo ya gordo, tienes un accidente, ya sí que te preocupas*
- *O cuando ya llevas las que dices hasta aquí soy consciente y dices, va, me voy a tomar una más porque me va a bajar*

(Mixto, 16-19, Madrid)

La aceptación de que los límites se traspasan, y de que ello no sólo no tiene por qué resultar preocupante, sino que puede llegar a formar parte de la propia diversión, sitúa al consumo de alcohol así entendido ante una dimensión que es necesario considerar, para entender adecuadamente la relación de adolescentes y jóvenes con el mismo. Desde la presuposición de que pasar constantemente (siempre) el límite será el único hábito realmente preocupante, se asiste a cierto modelo de consumo que parece caminar siempre por el filo que marcan esos imprecisos límites, y que para ello acuña un término que dota de sentido a esa práctica, aunando la diversión que presuponen muchos efectos del alcohol, y escapando de la culpabilización implícita a la proyección de riesgos. Es beber hasta coger el “puntillo”, ejercicio que sin duda supone alcanzar un estado alterado en cierta medida por el consumo de alcohol, pero que un discurso importante no considera “borrachera”, que será el estado que represente los malos hábitos y las consecuencias más nocivas. Difusa frontera, de nuevo, y difícil ejercicio de control en esa frontera, algo que no impide que en torno al término se genere un clima mayoritario de aceptación, e incluso se asuman aparentes contradicciones como *emborracharse con control*, como teórica explicación de lo que sería “coger el puntillo”.

- *Puntillo es estar borracha pero estar bien*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

- *Porque si tú dices, ayer me cogí una borrachera... Yo creo que el puntillo para nosotros es ya estar borracho, si decimos borrachillo parece que no tal..*
- *No, yo no, el puntillo es eso, estás más alegre*
- *Te da calorcito*
- *Contentillo es el puntillo*
- *Lloras, ríes, empiezas a liarla parda, eso es ya cuando está borracho*
- *De lo que no te acuerdas*
- *Par mí el puntillo es solamente cuando has bebido un poco y tienes un poco de calor, pero está totalmente consciente de lo que dices, de lo que haces y de todo*
- *Claro, que todo te hace gracia, por ejemplo, te ríes por todo*
- *Pero bueno, yo opino que si te ríes por todo ya no eres totalmente consciente de lo que haces*
- *Yo creo que sí*
- *Porque si realmente no te reirías de una cosa que contentillo sí te ríes, ya no es normalidad. (...)*
- *Pienso que tampoco hace falta emborracharse para pasárselo bien*
- *Hay que coger el puntillo*

(Mixto, 16-19, Madrid)

En noches de diversión, y según la explicación de adolescentes y jóvenes, alcanzar el estado de “puntillo” resulta divertido, operativo, e incluso necesario o aconsejable. En tales términos lo explican, desde el momento que emplean el clásico argumento de que “te puedes divertir sin beber, pero bebiendo lo pasarás mejor”. El “puntillo” motiva, “anima”, genera adrenalina, provoca que aguantes más (frente a la borrachera), ayuda a integrarse en determinados ambientes (discoteca, bares musicales). Por todo ello, se sitúa en el centro de la diversión, en el discurso mayoritario.

Moderador: O sea, que es como necesario cogerse el puntillo

- *No es necesario, pero...*
- *No es necesario, pero está bien*
- *Yo nunca he entrado en una discoteca sin haber bebido*
- *También aguantas más, eh. Yo, personalmente*
- *Yo he salido sin beber, en discotecas normalmente bebo*
- *Es que yo en discotecas si no bebo me agobio, me agobio muchísimo. Aparte que los sitios cerrados tampoco es mi fuerte*
- *Yo no creo que sea necesario coger el puntillo o beber para pasártelo bien por la noche*
- *No*
- *No, pero ayuda*
- *Exacto*
- *Te da un poco de adrenalina también*
- *Yo creo que te motiva, te anima, te da el subidón*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

A partir de ahí, la frontera a partir de la cual el “puntillo” comienza a dejar de ser divertido es amplia, y tiene que ver con llegar al momento a partir del cual se deja de ser consciente de los propios actos, y ello se traduce en un estado físico que te impide cumplir con la misión de cada noche (tras la diversión): llegar bien a casa. Caerse al suelo, ir dando tumbos, no recordar las cosas, ser incapaz de hablar correctamente. . . Tales serán las señales que indican que se ha traspasado el “puntillo”, y que la borrachera comienza a dejar de ser divertida.

- *Hay de estas que dices, hoy me da igual si me paso un poco, pero yo en mi caso pasarme tanto de no saber ni dónde estoy no es una cosa que quiero*
- *El puntillo ese, estás un poco feliz pero no me caigo al suelo (...)*
- *Es cuando te empieza a subir el alcohol, que vas contento pero yo creo que eres consciente de todo lo que haces, ni te mareas, ni te encuentras mal*
- *Que es divertido*
- *Que por una parte eres más simpático, como más abierto (...)*
- *Pasártelo bien sin acabar en el suelo y a la mañana siguiente pues te encuentras decentemente. A ver, depende del puntillo que cojas, si el puntillo está así, bien, pero si lo tienes un poco más arriba, ya depende*
- *También que te de igual lo que diga la gente de ti*
- *Llegar al punto en que estás borracho pero no te encuentras mal. Cuando te empiezas a encontrar mal ya no estás con el puntillo, ya has sobrepasado el puntillo y tienes que dejar de beber*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Estas cuestiones entran de pleno en lo que ellos y ellas entienden como “saber beber”, que no significará no alterar el estado a causa del alcohol, sino saber alterarlo hasta el punto necesario y divertido. En ese punto en el cual se pasa de ir “a gusto” a ir mal, se diferencia entre lo gracioso y lo desagradable, y entre las “buenas borracheras” y las “malas borracheras”

- *Ya, hay diferentes borracheras también*
- *A ver, no llegar al coma, no nos vamos a reír si se desmaya*
- *Hay borrachos graciosos con los que te lo pasas bien, hay otros insoportables: De estar todo el rato llorando, o vomitando o muerto. Entonces si te lo pasas bien y te ríes con el dices, bueno, ya se le pasará, nos reimos todos, pero cuando te da el coñazo toda la noche, le tienes que llevar a casa y te tienes que ir con él, pues ya no mola*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

6. EL CONSUMO ABUSIVO (“DESFASE”)

Tras analizar el tipo de utilidades y expectativas que despierta el consumo de alcohol en el filo del control, cabe observar cómo se perciben los consumos claramente percibidos como abusivos, desde el discurso mayoritario. Consumos que implican, en propias palabras de adolescentes y jóvenes, un “desfase”, entendido como el ejercicio (voluntario o no) de traspasar claramente los límites, no “controlar”, y, en los casos más extremos, incluso no ser responsable de los propios actos o el propio cuerpo (llegando al caso de que te tengan que cuidar). Concepto clara y directamente ligado al alcohol, hasta el punto de que la asociación deviene inmediata por parte de adolescentes y jóvenes cuando son interrogados por el significado y las implicaciones del “desfase” de forma genérica, en términos generales. Desfasar es salir y beber para emborracharse, y todas las consecuencias que ello implica.

Moderador: ¿Y qué significa desfasar?

- *Pasar tus límites, no controlar lo que haces o no ser responsable de ti misma*

Moderador: ¿Hablas de beber alcohol o en general?

- *Un poco de todo*
- *Sí*
- *Porque hay gente que desfasa sin alcohol, pero ya de por sí creo que son así ellos*
- *Pero influye mucho el alcohol*
- *Gente que a lo mejor no haría algo de normal, el alcohol ayuda a que hagas cosas que no son responsables*
- *Que se le va la olla, vamos*
- *Lo de perder el control sobre sí mismo creo que tiene mucho que ver, y el alcohol lógicamente contribuye, porque cuando no sabes ni dónde estás ni quién eres y al día siguiente no te acuerdas de nada de lo que ha pasado y no sabes dónde está ni el móvil ni la cartera ni las llaves ni nada...*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Moderador: ¿Qué es eso de desfasar?

- *A tope.*
- *Jajajajaja.*
- *Beber mucho, jeje.*
- *A tope.*
- *No parar.*
- *No tener control.*
- *Jejeje, como si no hubiese un mañana.*
- *Intentar disfrutar el máximo sin pensar en el mañana.*
- *Pensar en el mañana será peor, ajajaja.*
- *Te da dolor de cabeza, jajaja].*
- *Sin pensar en la resaca del día siguiente*
- *Sí, esa es otra.*
- *No tener hora.*
- *No tener límite.*
- *No hay hora.*
- *Es beber como si no existiera la resaca.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

Hay contextos y situaciones en las que el desfase se da casi por hecho, o se observa de manera más comprensiva y menos culposa: celebraciones, cumpleaños, fin de exámenes, fechas señaladas, fiestas populares... o simplemente cuando se lleva mucho tiempo sin salir. En tales circunstancias, se sobreentiende que el desfase es planificado, es consecuencia de un acto voluntario de consumo claramente abusivo, de tal manera que el control se pierde porque voluntariamente se ha querido perder el control. Además, una noche de "desfase", desde esta perspectiva, puede incluir elementos que trascienden el propio consumo de alcohol, como arreglarse más o ponerse otro tipo de ropa, los lugares a los que se va, los horarios, la compañía, etc.

- *Fin de exámenes.*
- *Viaje fin de carrera.*
- *Fallas, fallas.*
- *Las barbacoas con los amigos, en el pueblo.*
- *Llevas mucho tiempo sin salir y sales...*
- *En un cumpleaños.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

- *Pero decir, hoy nos desfasamos, yo tampoco lo asocio a voy a beber cuatro cubatas más de los que me tomo normalmente. Yo creo que es más, lo voy a dar todo, me voy a quedar hasta las tantas, me voy a bailar a saco, no es en plan, me voy a beber 8 botellas. Es en plan hoy la fiesta va a ser mejor o más a tope*
- *Es que yo cuando utilizo esa expresión luego esa noche no voy a beber más, pero a lo mejor me pongo los tacones que nunca me voy a poner.*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Esa planificación resulta un matiz esencial a la hora de percibir y juzgar los consumos abusivos, pues las situaciones en las que se traspasan los límites por una mala gestión de la noche y de la propia capacidad de aguante, de forma no planificada, serán observadas con mucha mayor carga crítica, y desde una perspectiva mucho más centrada en los riesgos (quien así se comporta será acusado o acusada de "no saber beber"). En el lado contrario, el del desfase planificado, se llega a aceptar incluso el hecho de emborracharse como respuesta a la necesidad de "amortizar" el dinero empleado expresamente para ello, que además se supone que generará mayor diversión. Desfasar conscientemente y de forma planificada presupone saber y asumir las consecuencias (que, generalmente, no van más lejos de reconocer que al día siguiente se tendrá resaca), y ello sitúa en un plano diferente a quienes desfasaron porque no conocían sus límites o no supieron salir. De nuevo, la atribución de experiencia resulta esencial.

- *Si llevas mucho sin salir o sin beber, sin pillarte una borrachera. Pues hoy mira, hoy me pilló una taja que no veas*
- *O en las ocasiones especiales, en fin de año*
- *Desfase, tirar la casa por la ventana*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

- *Yo qué sé... Yo por lo... por lo menos bebo bastante para emborracharme... Sobre todo cuando llevo varios días...*
- *Bueno, yo es que necesito muy poco, entonces...*
- *Yo según qué días...*

(Mixto, 20-24, Valencia)

A pesar de que desfasar se entiende como un acto ligado directamente a la diversión, que estará en su origen y pretendidamente será su resultado, también se entiende que el consumo abusivo puede darse cuando se “va la mano” y se desdibujan los propios límites ante la necesidad de abrirse y acercarse a la gente. Además de todo, se sobreentiende que el abuso recurrente (nadie se culpabiliza por desfasar puntualmente en alguna de las circunstancias señaladas) es fruto de “los más jóvenes”, las personas más inmaduras y menos preparadas, y quienes “no saben beber”.

- *Yo creo que es más la edad. Ya... O sea, ya... , no sé, yo creo que dieciocho, diecisiete... No sé, yo creo que...*
- *...los jóvenes desfazan más que cuando llegas a una edad, en plan veintipico.*
- *No es como que desfazan menos, es como que controlas un poco más.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

- *Las chicas que son más así, inseguras o que son más tímidas, cuando beben un poco creen que pueden hacer cosas que realmente ellas no harían estando normales*
- *Bueno, y si tienes una personalidad así, fiestera y abierta creo que también, los dos tipos de perfil*
- *Yo creo que tienes que tener las ideas claras de lo que quieres y no quieres. Y a ver, el alcohol ayuda a todo el mundo a soltarse. Es más fácil que se desfase una persona que normalmente no habla con casi nadie y ve que con eso pues puede hacer eso que de normal no haría*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Pese a que el desfase se percibe claramente como un consumo abusivo, preocupante si se convierte en hábito, también genera visiones distintas. Es así porque cuando se produce en los momentos señalados y aceptados para tal efecto, no está connotado negativamente. Pero además porque la diferenciación entre “buenas” y “malas” borracheras ofrece dos caras del consumo abusivo que también propicia excusas ante situaciones de “desfase” que no encajan en tales circunstancias. Desde el lado más benévolo, “desfazar” será llevar la diversión al extremo (al extremo del consumo, que presupone también el extremo de mayor diversión), algo que se llega a calificar como “necesario” cuando se necesita “desfogar”. Y terreno de juego propicio para generar los momentos “memorables” que tanto se persiguen.

- *Es que las cosas memorables son las que ya te pasan en la borrachera*
- *Eso ha sido cuando te has pasado del límite o cuando estabas conociendo el límite*
- *Efectivamente*
- *Está la borrachera en la que estás ahí, mazo con todo el high, que te mueves, que te relacionas y tal, y luego está la borrachera como que te va durmiendo, te va bajando y ya cuando te bajas es cuando a lo mejor ya vomitas y ya la lías*

(Mixto, 16-19, Madrid)

- *Yo creo que es en el plan en el que vas, esto lo he escuchado mil veces; hoy desfazo, me gasto todo el dinero que pueda en alcohol hasta que esté hasta el culo y luego...*
- *Que pase lo que pase*
- *Exacto*
- *Fiesta a saco, en plan hoy lo doy todo*
- *Jeje*
- *Desmadre*
- *Sí*
- *Tiene su parte positiva y su parte negativa la palabra, yo creo*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Frente a ello se sitúa la borrachera “de bajona”, que encarna la peor versión del consumo abusivo, el exceso que no se disfruta, y que justifica, discursivamente, aquellas borracheras que transcurren por los cauces tolerados. En este sentido, el límite tiende a situarse en la propia capacidad para manejarse física y emocionalmente, y en la capacidad para recordar lo acontecido durante la noche o para mantenerse en pie.

- *A mí no me ha pasado nunca, pero tengo amigos que no se acuerdan de lo que han hecho el día anterior*
- *Suele pasar*
- *A lo mejor es porque afecta así el alcohol*
- *Es depende de la persona*
- *Tienes que buscar tu punto de decir, vale, hasta aquí puedo llegar yo*
- *Ya, pero tengo amigos que no se acuerdan y tampoco están rollo por el suelo muertos, que no pueden ni caminar, no. Están borrachos y tal, pero al día siguiente no se acuerdan*
- *Que vean fotos y las notas de voz. Y dicen; ah, vale. Y continúan al día siguiente*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Para evitar esas situaciones, y siempre con el objetivo de alargar la diversión lo máximo posible, se intenta no traspasar la frontera en que se alcanza la borrachera sin retorno (o más bien que implica el retorno a casa), cuando ya no resulta operativa ni divertida. Pero se asume que no es fácil, y que esa frontera es un fino hilo muy fácil de traspasar, más aún por cuanto se reconoce que el estado de la persona que ha bebido ya está alterado, y es menos consciente de estar en esa situación de riesgo. Entonces se explica que cuando esa situación es compartida por el grupo, cuando los amigos y amigas también han traspasado esa frontera y todos y todas están al mismo nivel (dentro de unos límites que permitan la interacción), incluso se puede disfrutar, o al menos no resulta vergonzante ni culpabilizadora. En este sentido funciona una nueva proyección de los peores usos del alcohol: quienes verdaderamente estarán mal son quienes se emborrachan solos o solas, situación que hace desaparecer el componente social y de diversión que dota de sentido a determinados consumos, según ellos y ellas.

- *Pero de borrachera, borrachera, yo no conozco ningún beneficio*
- *De esas borracheras que acabas en el suelo no. Yo pienso que le beneficio, si se le llama beneficio está en el puntillo, ya si te pasas..*
- *No hay beneficio (...)*
- *Es que yo creo que los beneficios de la borrachera, sobre todo por con quién pasas la borrachera y lo bien que te lo pasas. O sea, yo cuando me pongo pedo es siempre con mis amigos, nunca me he puesto ciego sólo (risas)*
- *Ahí en el pub, a solas*
- *Es que eso ya es otro nivel*
- *Totalmente*
- *Pero cuando pasas lo límites, eso ya. . .*
- *Es que yo creo que si te pones borracho sólo es que ya tienes un problema de alcohol serio*

(Mixto, 16-19, Madrid)

De la mano de estos consumos más o menos abusivos de alcohol, los que asumen ellos y ellas, se habla de una consecuencia que se asume sin aparentes problemas ni dudas, pues se entiende como una parte más de la fiesta: la resaca del día siguiente. Salir implica tener resaca al día siguiente, que será un mal menor que se acepta, entre otras cosas porque en el momento no se piensa en ello, no es un elemento que se considere de auténtico riesgo, y porque quizás se guarde la velada esperanza de que, esta vez, no será tan grave esa resaca (como parte de esa fantasía de una noche infinita de diversión, en la que siempre ocurrirá lo excepcional y lo inesperado). Sólo si al día siguiente se cuenta con responsabilidades de algún tipo, que requieran de toda la capacidad mental y física intacta, la resaca será un elemento disuasorio. Y aparentemente durante los fines de semana no hay tantas responsabilidades de ese tipo. Por no hablar de que quienes tienen más práctica en estos consumos abusivos, cuentan, o así dicen, con “trucos” para intentar mitigar esa resaca, que integran en sus rutinas nocturnas, principalmente al llegar al hogar.

- *A mí sí que me echa para atrás la resaca del día siguiente que tengo que hacer algo. Que tengo algún partido de fútbol. O si me quiero ir al pueblo de un amigo a una barbacoa, a lo mejor ese viernes no salgo para el sábado estar bien, porque ir de resaca. . .*

(Chicos, 20-24, Madrid)

- *Yo prefiero salir el viernes, así la resaca me dura sólo el sábado y el domingo puedo hacer cosas productivas*

(Mixto, 16-19, Madrid)

Una naranja antes de irte a dormir

- *¿Una naranja?*
- *Te lo juro, me lo dijo un amigo en plan coña, lo de me como una naranja antes de irme a dormir porque no tengo resaca. Y desde entonces soy 100% fan*
- *¿Sí?*
- *Yo lo del agua sí, lo de la naranja nunca*
- *Yo dos vasos de aguas y un Ibuprofeno*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

- *A última hora siempre estoy pensando: "Madre mía...".*
- *El vasito de agua, antes de ir a dormir.*

(Mixto, 20-24, Madrid)

Finalmente, cabe mencionar cómo una de las consecuencias, o una de las señales, del consumo abusivo de alcohol, nos ofrece pistas sobre un elemento que forma parte de las expectativas y del atractivo de las noches de fiesta en las que el alcohol adquiere un papel más o menos protagonista, pero que no tiene lugar en ese mismo momento. Y es que rememorar lo que fue la noche, las conversaciones que tuvieron lugar, las bromas, las situaciones, la gente a la que se conoció, los ligues, incluso los conflictos, forma parte de la diversión de salir, y puede ocupar las conversaciones *offline* u *online* de los siguientes días, hasta que llegue el nuevo fin de semana y haya una nueva oportunidad de que se den nuevas circunstancias que rememorar. En el momento en el que se apunta que una borrachera excesivamente desfasada tiene lugar cuando, entre otras cosas, no se recuerda lo que se hizo, ni lo que sucedió a tu alrededor, se señala que uno de los elementos que dotan de sentido a la diversión ha desaparecido, y eso no gusta.

- *Hombre, llega un punto que... Da pena.*
- *Lo típico de "he bebido tanto que ni me acuerdo, tío".*
- *No, no lo disfrutas.*
- *¿Qué gracia tiene eso si no te acuerdas?*

(Mixto, 20-24, Madrid)

- *Luego aunque tengas estas experiencias que en el momento han sido bastante, no sé, duras, luego lo piensas, lo comentas con los amigos y te empiezas a reír de eso*
- *Depende de lo que hayas hecho*
- *Depende de cómo la hayas liado, jeje*
- *También las caídas son muy recordadas, yo tengo una, que me caí en el barro*
- *Y siempre está el típico que siempre da la casualidad que tiene el móvil y la cámara en las manos, no sé cómo lo hacen, yo creo que ve una imagen del futuro de que sabe que te vas a caer y ya saca el móvil para grabar*
- *Ya lo vas viendo esas cosas*

(Mixto, 16-19, Madrid)

7. GRUPO E INDIVIDUO, ANTE EL CONSUMO DE ALCOHOL

La presencia del alcohol tiene lugar en un contexto en el que el grupo de pares adquiere una importancia esencial, más aún durante la adolescencia y primera juventud. Durante las noches de los fines de semana, el grupo es quien marca los ritmos, los recorridos, determina los hábitos y alimenta las expectativas. Con independencia de que el desarrollo de las noches de fiesta conduzca a múltiples interacciones, e incluso a múltiples cambios de grupos y de compañía (como señalan, se sabe con quién se inicia la noche, pero no con quien se termina), del grupo de pares se parte, y al él se llegará de nuevo (rememorando lo ocurrido, y esperando la siguiente salida). En torno al grupo se marcan las pautas que determinan las percepciones de lo que es y debe ser una noche de ocio, también en lo que al consumo de alcohol se refiere; una vez que se decide salir, el grupo marca la pauta.

- *Yo sí que he tenido que tragar, en plan de que todos quieren ir a hacer una cosas, simplemente el hecho de que ellos quieren ir a un bar y yo a una discoteca, y no tengo a nadie con quién salir de fiesta, me tengo que aguantar e irme a tomar algo*
- *Pero puede que la próxima vez salgas de fiesta*
- *También depende del grupo de amigos, porque si sabes que a uno le gusta una cosa y a otros no, intentar buscar... Hoy salimos a un bar y mañana a la discoteca, así todo el mundo está más o menos contento, te adaptas.*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

En relación a las pautas de consumo de alcohol, se asume la importancia central del grupo respecto a los ritos de iniciación; entre amigos o amigas se prueban las primeras bebidas alcohólicas (también otras sustancias), se experimenta con sabores y cargas alcohólicas, se cogen las primeras borracheras, se sufren los primeros efectos adversos, se pasan las primeras noches de malestar; pero también se disfruta de las primeras noches de diversión en las que el alcohol adquiere un protagonismo que antes no tenía.

A partir de esos ritos iniciáticos, de forma más o menos velada, se reconoce la existencia de cierta presión grupal para beber alcohol como vehículo de diversión y unión grupal, como elemento que uniría a todos sus miembros, tanto en lo bueno (la diversión, las risas) como en lo malo (los efectos negativos, la necesidad de cuidarse mutuamente). Y esta presión no parece actuar tanto desde la perspectiva de que es imprescindible beber alcohol para divertirse, pues el discurso general defiende la diversión sin alcohol (aunque también cree que es más fácil y más probable con alcohol); lo hace desde la percepción general de que no beber cuando la mayoría del grupo lo hace, es una de las vías más directas para quedar aislado del grupo, o cuando menos dificulta la plena integración. Entre otras cosas porque las dinámicas, las conversaciones, el sentido del humor, las interacciones, etc., varían mucho (así lo dicen) entre quien ha bebido alcohol (en una cantidad estimable), y quien no lo ha hecho.

- *Y creo que hay como mucha presión, en mi grupo de amigos el que no bebe es siempre, va, bebe, bebe. No creo que eso sea necesario tampoco. Si no quieres beber no bebas, y ya está*
- *Si te lo vas a pasar bien igual*
- *Exacto*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Los chicos y chicas que han optado por no beber alcohol, que no pueden porque les sienta mal, que asumen la responsabilidad de coger el coche después de salir, a quienes no les gusta, o simplemente que alguna noche no lo han hecho, afirman que

puede ser “agotador” ser la única persona que no bebe dentro de un grupo que sí lo hace. Así, “aguantar” sin beber toda la noche, cuando todo el mundo lo hace, llega a ser señalado como un acto con tintes casi heroicos.

- *Yo creo que es muy agotador.*
- *Mucho...*
- *Tiene que ser diferente, ¿no?*
- *...porque todos tus amigos van borrachos. Y si tú no vas es agotador, porque tienes que aguantar una serie de tonterías que..*
- *Claro, es que...*
- *Si fueras tú borracho...*
- *Pero estando tú el único que no vas, dices...*
- *Te abures igual de ver a los demás.*
- *Claro.*
- *Si eres el responsable tú de los demás, si te sientes en plan con la obligación de estar ahí todo el rato pendiente y tal, cuando uno...*
- *Sí, pero es agotador.*
- *Sí, un poco más como si fueras el papá o la mamá(...)*
- *Te preocupas más, también, por los demás.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

Pero incluso para quienes sí beben, en un contexto en el que son clara mayoría, puede llegar a resultar incómoda la figura de quienes optan por no hacerlo; y ahí se percibe con claridad la importancia del alcohol a la hora de generar expectativas y nexos de unión y diversión. Y es que el espejo de quien no consume, o lo hace de manera más moderada, parece situar a quien lo hace de manera más abusiva ante la realidad del consumo, actúa de elemento discordante, y además es testigo y relator de los episodios más vergonzantes y menos amables de la noche. No es que esto se explicita como algo trascendente, ni siquiera que parezca importar en exceso (cuando menos no se reconoce) o sea algo que vaya a cambiar sus hábitos; pero parece ocupar algún lugar en la conciencia colectiva, aquella que se instala en la aceptación de que “no es necesario beber alcohol para pasarlo bien”.

- *Yo también creo que el que ofrece, cuando le dicen que no, le despierta un sentimiento de culpabilidad, este no bebe ni nada y yo me voy a poner...*
- *Se sienten mal, me ven a mí que no bebo ni fumo y encima llego a mi casa estupendamente y al día siguiente hago de todo y se sienten mal, pero es que lo siguen haciendo*
- *¿Por qué se sienten mal?*
- *Se sienten mal en plan, tú mira y mira yo cómo voy y encima me tienes que llevar a casa. Pero lo siguen haciendo*
- *Es que muy malo que una persona te recuerde cada cosa que has hecho en un momento de borrachera*
- *Sí*

(Mixto, 16-19, Madrid)

A partir de esa asunción del liderazgo y la importancia del grupo en relación a los consumos de alcohol, el discurso mayoritario toma la bandera de la madurez y la personalidad para explicar y justificar los propios consumos. Parece complicado que alguien pueda asumir que nadie que no sea él mismo o ella misma determine qué bebe, cuánto y por qué; entonces se afirma que se bebe porque se quiere y se ha tomado una decisión personal, porque se es consciente de lo que se bebe y de qué manera, porque se conocen los efectos sobre el propio cuerpo y se han elegido los sabores y mezclas que agradan, y porque se ha aprendido a disfrutar y a pasarlo mejor. Cuestiones que apelan (ellos y ellas lo hacen) a los valores, al autoconocimiento y a la personalidad, en años de adolescencia y primera juventud en los que, parece evidente, aún no tienen todos los elementos necesarios sobre los que asentar de forma definitiva su identidad. Más aún, años en los que la identidad colectiva marca de forma importante la personal.

- *Yo antes era de las que no bebía y me acuerdo en los patios la gente decía, y mis amigas, he salido el fin de semana y me he emborrachado y yo, genial, como que me daba igual. Pero luego veías, cuando empiezas a salir, un chupito. Ah, que habéis cogido nosequé, voy a probar un poco y ya, un poco, un poco, pues me pido uno directamente y ya está. Yo me lo pasaba igual sin beber, pero a veces es como que te ayuda, pero no es la presión del grupo, yo personalmente bebo porque yo quiero. Es, ah, tienes un cubata, pues está bueno, me pido uno*
- *Igual que lo que yo bebo a mí me gusta, cuando era más pequeña a lo mejor sí que probabas algo que decías, te lo bebes porque tienes que emborracharte porque todos los demás, pero ahora bebo lo que me gusta, no voy a beber nada que no me guste*
- *Claro, porque ya lo determinas. Prueba esto, ya verás cómo te gusta. Pues está bueno, y ya cada vez que sales de fiesta te lo pides o si pruebas algo que está asqueroso ya no me lo voy a volver a pedir, aunque mis amigos lo bebiesen*
- *Claro, sabes lo que te sienta bien y lo que no y que ha llegado un punto en el que ya te pides lo que te sienta bien*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

- *Yo tengo un amigo que no bebe y aunque estemos todos bebiendo él no bebe*
- *Va en la persona*
- *Va mucho en la persona, pero si está con gente que bebe o gente que fuma terminas haciéndolo en algún momento*
- *Que si se hacen un porrillo, venga dale un par de caladas*
- *Si ya está con el puntillo borracho dices, venga, trae acá el porro*
- *Pero eso es tenerlo claro o no, yo en mi vida he probado un porro y ya te digo que son 15 los de mi local que fuman porros. No sé, es que tengo ejemplos en mi familia, yo sigo esos ejemplos y no quiero. Va en la persona*
- *Unos valores que te han añadido de pequeño, también*

(Mixto, 16-19, Madrid)

Además de en relación a los ritos iniciáticos, al establecimiento de las rutinas y a la consolidación de las expectativas ante una noche de diversión, el grupo adquiere importancia central en relación a los consumos de alcohol desde otra perspectiva: como garante de que, en las peores circunstancias, en situaciones en las que alguno de sus integrantes ha bebido demasiado y no puede valerse por sí mismo o por sí misma, habrá más personas para velar por él o ella. En este sentido, se genera un fuerte sentimiento de responsabilidad colectiva, por el que el grupo cuida de todos sus miembros y todos se sienten responsables de los demás. Contexto propicio, por tanto, para que no preocupe en exceso pasar los límites o descontrolar, pues se confía en ese papel del grupo como sustento en los peores momentos (*hoy por ti, mañana por mí*).

- *Si lo haces con amigos de confianza sabes que si tú vas a estar mal también te van a apoyar, eres responsable si les pasa algo, pero yo también sé que si me pasa algo ellos van a estar ahí.*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

- *¿Nunca os ha pasado que aun amigo vuestro le ha dado un bajón o un amarillo en el metro, en el andén y le habéis tenido que subir a cuestas hasta arriba del todo?*
- *Y de subir a su casa*
- *Y vomitarte*
- *Yo eso no, pero sí llevar una amiga desde Torrejón, desde las fiestas, hasta a mi barrio a caballito*

(Mixto, 16-19, Madrid)

En esta circunstancia, de nuevo, quien no bebe alcohol ocupa el lugar más incómodo; por un lado porque se confía en que cuide de quien se ha pasado bebiendo (y suele ser recurrente que le toque tal papel), y por otro porque quizás nadie puede cuidar de él o ella ante otras circunstancias, que ni se plantean ni se esperan. En el lado contrario, quien tiene tendencia a excederse puede aprovecharse de la situación, no sin generar ciertos celos entre el resto.

- *Siempre hay los típicos, que son los mismos. A ver cuándo te toca cuidarme a mí, ¿sabes?*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

8. EL ESPEJO DE OTRAS SUSTANCIAS

Al enfrentarse a la realidad de los consumos excesivos, aquellos que ellos y ellas definen como consumos de “desfase”, las percepciones en torno a otras sustancias, las drogas ilegales, sitúan a los hábitos en relación a la ingesta de alcohol en un lugar específico y diferenciado.

En primer lugar, como ya se apuntó, porque los riesgos percibidos en el consumo de alcohol se observan en el largo plazo, algo que aparentemente provoca que no exista una preocupación directamente ligada al momento de consumo. Ello, obviando otras consecuencias del consumo de alcohol, como su influencia en accidentes de tráfico o las conductas violentas y los abusos (que en realidad son las cuestiones que señalan como principales riesgos del consumo de alcohol).

Frente a ello, los riesgos de las drogas son localizados en el corto plazo, en torno a cuestiones menos cercanas, y, sobre todo, en relación a aspectos biológicos, físicos y mentales; es decir, dolencias, trastornos o problemas que se traducen de forma directa en el mal funcionamiento de zonas localizadas en el cuerpo, algo que multiplica la percepción en torno al riesgo de su consumo. Riesgo que, además, se intuye más inmediato e irreversible.

- *Que el alcohol está muy normalizado y no deja de ser una droga, hay que tener eso claro. Como que está muy socialmente aceptado y lo que sea, y que no es lo mismo una raya de cocaína que una cerveza pero igualmente, no hay que olvidar que es una droga y que, consumo moderado*
- *Yo creo que está peor visto la cocaína que el alcohol a lo mejor por las repercusiones que tiene*
- *Socialmente está mucho más aceptado, siempre se ha dicho en plan; uy, esto. . .*
- *Pero si te metes una raya cada día. . .*
(...)
- *No es lo mismo que te pongas a saco de pastillas, de droga, que te bebas cinco cubatas o seis. Hombre, con el cubata te va a dar un coma etílico si te tomas muchos, pero con una droga fuerte o que hace una reacción peligrosa te puedes morir, que con alcohol también, pero creo que es mucho más peligroso*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Además de ese desprecio de los riesgos a largo plazo, las evidentes diferencias entre la manera en que se percibe el consumo de alcohol, frente al de drogas ilegales, tiene que ver con otras dos cuestiones. Por un lado, con que el mero consumo de drogas (si excluimos el de cannabis) ya tiende a ser calificado como consumo de riesgo, mientras la percepción de riesgo en relación al consumo de alcohol tiene que ver con hábitos muy excesivos. Es decir, que hábitos asentados de consumo abusivo de alcohol pueden preocupar menos que contactos ocasionales y experimentales con sustancias como la cocaína o las drogas de diseño.

Por otro lado, que en relación al consumo de otras sustancias funciona la inmediata referencia a su capacidad para enganchar, aspecto sobre el que se proyecta buena parte del riesgo que implica su consumo, mientras que esa capacidad casi se niega para el alcohol. Es decir, que se asume la capacidad de “controlar” el consumo de alcohol, por muy asentado y excesivo que este sea, mientras se niega para otras sustancias, aunque es mismo sea meramente experimental.

- *A lo mejor alguien se bebe un montón, y otro se mete un par de rayas y ya es como si se hubiese bebido una botella entera de. . . de yo qué sé, de lo que sea. Entonces, también depende de las cantidades que se tome la gente. No sé. . .*
- *Lo veo peligroso todo, en general. Porque todo. . .*
- *Nada es bueno. Pero no sé, el alcohol lo veo menos.*
- *Yo también. El alcohol lo veo menos. También porque lo tenemos más normalizado, pero. . .*

(Mixto, 20-24, Valencia)

- *Ya, al alcohol sí que no me voy a enganchar en la vida.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

La realidad de que el alcohol, además de ser una sustancia legal, es también un producto completamente socializado y profundamente enraizado en nuestra cultura, lo sitúa en un espacio completamente distinto al de otras sustancias, si bien precisamente por ello genera importantes riesgos que tienen que ver con la normalización y el consumo acrítico y despreocupado. Frente a él, sólo el cannabis se sitúa en un espacio similar al de las sustancias legales, en relación a la percepción de sus riesgos (Megías y Rodríguez: 2016). En este sentido, la cocaína y las drogas de diseño encarnan, para el discurso general, todos los males y los riesgos que, en el ejercicio de comparación, despojan de preocupación a los propios consumos de alcohol.

- *La cosa es que en exceso todo en general es malo*
- *Pero el alcohol también está considerado droga*
- *Sí*
- *Claro, por eso. No es bueno beber demasiado alcohol todos los días, ni tabaco ni cocaína ni nada*
- *Ya, pero yo pienso que no es lo mismo fumar todo el día tabaco que fumar, lo que ha dicho ella, todo los días porros, o meterte todos los días coca*
- *O beber todos los días alcohol y una raya de coca todos los días*
- *Lo que pasa es que el tabaco y el alcohol son drogas que te acaban haciendo daño a largo plazo, luego las drogas duras esas te joden la vida*
- *Si te metes una raya de coca más larga de lo normal te quedas en el sitio, te puede dar un paro cardiaco y te quedas ahí*
- *Sí, sí*
- *Claro*
- *Lo otro es como eso, más a largo plazo, luego ya cuando eres adulto dices, tengo cáncer de pulmón*
- *Nosotros ahora no tenemos resaca, pero dentro de 10 añitos...*

(Mixto, 16-19, Madrid)

A partir de estas diferencias, sí que existe un aspecto respecto al que se interpreta que el consumo abusivo de alcohol genera mayores riesgos. Es el que tiene que ver con que su consumo excesivo puede conducir al consumo de otras drogas, al bajar la precaución, aumentar la sensación de seguridad, o simplemente generar un estado en el que no se "controla" lo que se hace. Si bien el término "desfase", en relación con las noches de diversión, encuentra sentido en los consumos de alcohol, el mismo discurso sobreentendiendo que precisamente ese clima de desfase es el más propicio para generar o consolidar consumos de otras drogas. Así, pese a resultar más ajeno, el consumo de drogas ilegales se intuye y se entiende que está muy cerca de esos ambientes de fiesta, medio oculto en base a su peor imagen social y a su condición de ilegal (también dependiendo de los grupos concretos y de sus hábitos).

- *Yo creo que lo tenemos muy cerca pero no se ve mucho, se esconde mucho, habrá muchísima gente a mi alrededor que lo tome y yo no soy consciente de ello*
- *Y en una discoteca, que se toma en los baños*
- *Se hace pero se esconde mucho. Lo veo como otra liga, yo*
- *Sí, yo también, como otro nivel, meterse esas cosas es como llegar a otro nivel*
- *Y está como más oculto, puedes hablar con tus amigos y decir ¿Qué has tomado? Esto y esto, pero nunca estaríais hablando de, pues el otro día me hice tres rayas y me fumé un porro*
- *Un porro sí*
- *Un porro sí que lo diría, pero una raya y eso no. Primero que no lo haría*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

- *Y mucha gente yo creo que la captan de noche, porque eres más susceptible, lo que decíamos antes, hoy desfase. Supongo que si tú vas en este plan si alguien te ofrece no dirías que no de la misma manera que si te lo ofrecieran en un ambiente que no hubieras bebido nada*
- *Hay que tener las cosas claras, yo sé que si se acercan y me ofrecen no voy a aceptar, y ya puedo ir borracha y lo que tú quieras, que no voy a tomarlo*
- *Hay gente que también lo utiliza como excusa, es que iba borracho y me convencieron. A ver, sabes cómo te llamas aunque vayas borracho*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

Por ello, se señala que durante las noches de fiesta algunas precauciones se debilitan, y ello puede conducir al consumo de otras drogas por parte de gente que habitualmente no lo hace, y a quienes no se suele atribuir posiciones de teórico riesgo. Es más, en ocasiones se asume que el consumo de otras sustancias puede tener como objetivo el combatir los efectos más negativos de la borrachera (esto ocurre con la cocaína, por ejemplo), para con ello poder continuar con la diversión. Uso, por tanto, que tendría por objeto contribuir a consolidar esa fantasía de noche sin fin.

- *Es cuando se consume más, por la noche. Claro que habrá gente que drogas todo el día, porque serán drogadictos, pero la gente que no está enganchada, si consume de vez en cuando lo hará por la noche, cuando se va de fiesta*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

- *Cuando estás en tu momento más alto si te paras te vienes abajo de golpe*
- *Sí, sí*
- *Encima es que es eso, de golpe, no es que te pares poco a poco*
- *Y ahí es cuando alguna gente dice, voy a meterme alguna raya para animarme*
- *Y ya la has cagado*

(Mixto, 16-19, Madrid)

9. APUNTES SOBRE LA PERSPECTIVA DE GÉNERO

En relación al ocio nocturno, al papel que juega el alcohol en él, y a la funcionalidad del exceso en el consumo de alcohol, chicas y chicos muestran un discurso bastante uniforme. Ello no quiere decir que no se establezcan algunas diferencias en relación a cómo se percibe la relación de ellas y ellos con el alcohol y en ese contexto, pero las mismas son señaladas desde el mutuo reconocimiento, y la confirmación de los teóricos roles. Es decir, que tanto ellas como ellos reconocen cómo se comportan los chicos en esas circunstancias, y tanto ellos como ellas reconocen cómo son las chicas en esas circunstancias. Y ambos estereotipos refuerzan el discurso general.

Lo primero que se percibe es que existe un estereotipo en relación a cómo son las chicas en relación al consumo de alcohol, que resulta (sigue resultando) funcional a la hora de explicar las expectativas al respecto: frente a los chicos, a quienes se presupone un punto más de locura y de irresponsabilidad, de las chicas se espera mayor prudencia, mayor responsabilidad, y mayor necesidad de percibir que “controlan” la situación (también porque se presuponen riesgos asociados al descontrol, como la posibilidad de que se aprovechen de ti); además de menor “aguante” a la hora de consumir alcohol.

- *Chica: Yo creo que nosotras somos más responsables, creo. Creo...*
- *Chico: Buah...*
- *Chica: No digo que nosotras seamos más responsables...*
- *Chico: Yo he visto alguna que es para decirle: “¡Eh, baja, baja!”*
- *Chica: Claro, hay excepciones, hay excepciones...*
- *Chico: Sí, pero los chicos somos mucho más locos en eso que las chicas.*
- *Chica: Somos más prudentes, yo creo.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

- *La chica, tiene que conocer para saber que hace tal...*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

- *El aguante de las chicas, que también es menor que el de los chicos y cuando beben parece que se les nota menos, ¿sabes? a ellos. O un poco menos...*

(Mixto, 20-24, Valencia)

A pesar de que se explicita que el consumo excesivo y descontrolado no tiene que ver con el género, sino con la personalidad, los valores y las armas sociales de cada cual para enfrentarse a ello, y que se entiende que se van limando diferencias en la imagen diferenciada de chicos y chicas ante el exceso (en este caso, en relación al consumo de alcohol), resulta evidente que aún existe una imagen muy distinta, según sexo, ante el consumo de “desfase”. La imagen de una chica borracha o en mal estado como consecuencia del consumo de alcohol, parece seguir siendo juzgada de manera más severa, precisamente por contravenir lo que se espera de ellas, en relación a la mencionada presuposición de responsabilidad, prudencia y control. Frente a ello, de los chicos casi se espera, por lo que no genera incomodidad ni rechazo.²

² Estereotipos y reparto de roles que siguen la línea de lo analizado en Rodríguez y Megías (2015), donde se analizaba como algunos valores atribuidos a las mujeres, aparentemente positivos (la responsabilidad, la inteligencia emocional, la capacidad de control, la abnegación...), se volvían de alguna manera en su contra por ser socialmente poco operativos, frente a hombres aparentemente más simples pero con menores preocupaciones y cargas personales y sociales.

- *Pero los chicos, por norma general suelen ser más... Hombre, más hombre...*
- *Jeje*
- *Yo es que creo que antes estaba mal visto que una mujer..*
- *Sí, porque era; mira qué guarra, qué fresca*
- *Yo tengo amigos que dicen que la mujer bebiendo cerveza es muy feo, que a ellos no les gusta. Que ellos una chica que sea así no les gusta.*
- *Les gusta más con un Martini*
- *Exactamente. Más fina, por así decirlo*
- *Yo veo a una chica con cerveza y digo, olé tú*
- *Yo digo lo mismo, pero...*
- *Cada cual tiene sus ideales*

(Mixto, 16-19, Madrid)

- *Moderador: ¿Ver a una chica borracha choca más que ver a un chico?*
- *Hombre, claro.*
- *Es cruel, pero choca más.*
- *Moderador: ¿Es cruel?, ¿por qué es cruel?*
- *Sí, es cruel. No tendría que ser así.*
- *Ya, ya.*

(Mixto, 20-24, Valencia)

En este contexto, la igualación en el nivel de consumo de alcohol, que es algo que se explicita por ambas partes (con el matiz que presupone que las chicas "aguantan" menos), se produciría porque las chicas se estarían acercando al consumo "descontrolado" de los chicos, intentando beber lo mismo que ellos (y teóricamente saliendo peor paradas, en base a esa menor capacidad de aguante).

Frente a esto, la otra cara del estereotipo dice que ellos tienen tendencia a exagerar y sobre representar sus consumos (de alcohol y de drogas), por un lado para reforzar su rol y su posición "dominante" en este contexto, y por otro porque saben que socialmente no estará excesivamente sancionado (cuando menos, no tanto como las mujeres). Que algunas chicas pretendan ponerse de nuevo a la altura de esta representación, puede conducir a un ciclo que se retroalimenta sin fin.

- *Antes era como que los que más bebían y fumaban eran los chicos, pero ahora ya...*
- *Las chicas fuman más que los chicos, porque empiezan más temprano*
- *Yo creo que está muy igualado*
- *Está ahí la cosa*
- *Sí, antes a lo mejor. Pero ahora mismo yo pienso que no, todo el mundo igual (...)*
- *Yo creo que porque las chicas consumen más que antes*
- *Y muchas chicas se han metido en la cabeza lo de la igualdad hombre y mujer, yo soy igual que un hombre, puedo emborracharme igual que un hombre, puedo fumar igual que un hombre*

(Mixto, 16-19, Madrid)

- *Yo creo que en la edad que estamos ahora ya es igual*
- *Sí*
- *Más o menos equitativo*
- *Yo creo que en alcohol sí, pero con otras cosas no sé. Con drogas no sé si es igual o no*
- *Yo creo que es igual, pero creo que los chicos tienden más a decirlo*
- *Sí, sí*
- *A mostrarlo, ¿no?*

(Chicas, 16-19, Barcelona)

El estereotipo femenino en el sentido comentado, el del consumo por imitación y por igualación, adquiere matices seguramente más preocupantes cuando el mismo se interpreta (por parte de los chicos, principalmente) como un intento por "gustar" al sexo opuesto, con la minusvaloración y la inseguridad femenina que ello proyecta, además de con los riesgos asociados que supone. Ante este consumo por igualación entre géneros, se plantea que las pretensiones de igualación de los chicos toman como referencia el propio sexo, y giran en torno a la competitividad y la demostración: pretensión por mostrar que se puede beber igual o más que el resto, y que se "aguanta" bebiendo. Predisposición a la fanfarronería que no deja de ser un estereotipo, pero que los propios adolescentes y jóvenes señalan y reconocen.

- *Sí, aunque no aguantes sigues bebiendo. Dices: "Sí, esto lo aguanto". ¡Mentira!*
- *Sigues bebiendo por gula.*
- *También los chicos tenemos como el tic ese de: "Aguanto tío.."*

(Mixto, 20-24, Valencia)

- *Es que a lo mejor en lo chicos, como está la típica frase de, no hay huevos. Entonces a lo mejor a ellos se lo dices y ya la lían. A nosotras yo creo que nos lo dicen y te da igual*
- *Claro*
- *No sé lo que pasa, que es verdad que a los chicos les afecta esa frase y a las chicas no*
- *Porque en general tenéis más cabeza que nosotros*
- *O incluso muchas chicas que lo hacen simplemente por, mira este chico bebe. Ay, si tú no bebes no le vas a gustar*

(Mixto, 16-19, Madrid)

Bibliografía

- Elzo, Javier. (2010). Hablemos de alcohol. Por un nuevo paradigma en el beber adolescente. xxx
- Elzo, Javier; Laespada, Teresa; y Pallarés, Joan (2003). Más allá del botellón. Análisis socioantropológico del consumo de alcohol en los adolescentes y jóvenes. xxx
- Ballesteros, Juan Carlos; Babin, Francisco; Rodríguez, Miguel Ángel; Megías, Eusebio (2010). Ocio y riesgos de los jóvenes madrileños. FAD/Obra Social Caja Madrid, Madrid.
- INJUVE, La noche: Un conflicto de poder (2001). En la Revista de estudios "de Juventud" n° 54; INJUVE, Madrid.
- Megías, Eusebio, director (2007). Adolescentes ante el alcohol. La mirada de padres y madres. FAD/La Caixa, Barcelona.
- Megías, Eusebio (coord.) (2010). Valores sociales y drogas 2010. FAD/Obra Social Caja Madrid, Madrid.
- Megías, Ignacio; Rodríguez, Elena y Méndez, Susana y Pallarés, Joan (2005). Jóvenes y sexo; el estereotipo que obliga y el rito que identifica. Madrid, FAD-INJUVE
- Megías, Ignacio (2008). Las drogas ilegales entre los jóvenes de Castilla-La Mancha: discursos desde los consumos de cannabis y cocaína. FISCAM, Toledo.
- Megías, Ignacio; Rodríguez, Elena (2016). Tendencias de cambio en la representación social del cannabis. La perspectiva de adolescentes y jóvenes españoles. CRS/FAD, Madrid.
- Rodríguez, Elena; Megías, Ignacio (2001). Estructura y funcionalidad de las formas de diversión nocturna: límites y conflictos; en la Revista de estudios "de Juventud" n° 54; INJUVE, 2001. Madrid.
- Rodríguez, Elena; Megías, Ignacio (2015). ¿Fuerte como papá? ¿Sensible como mamá? Identidades de género en la adolescencia. CRS/FAD. Madrid.
- Rodríguez, Elena; Megías, Ignacio; y Navarro, Jose (2005). Jóvenes, tiempo libre y consumo de drogas. Modelos, vivencias y expectativas entre los jóvenes de Castilla La Mancha. FISCAM, Toledo.
- Rodríguez, Elena; Ballesteros, Juan Carlos; Megías, Ignacio; Rodríguez, Miguel Ángel (2008). La lectura juvenil de los riesgos de las drogas. FAD/Obra Social Caja Madrid, Madrid.
- Rodríguez, Elena (codirectora) y Megías, Eusebio (codirector) (2014). La percepción social de los problemas de drogas en España, 2014. FAD.

“SUDAR MATERIAL”

CUERPOS, AFECTOS, JUVENTUD Y DROGAS.
UNA ETNOGRAFÍA DE LOS CONSUMOS
DE ATRACÓN ENTRE JÓVENES MADRILEÑOS



En colaboración con:

